

# RUTAS — DE — CAMPO

# 6

Número

ENERO-FEBRERO DE 2015

diario de  
campo



*De ires y venires*  
Procesos migratorios  
en Guerrero

*Consejo Nacional para la Cultura y las Artes*

Rafael Tovar y de Teresa

PRESIDENTE

*Instituto Nacional de Antropología e Historia*

María Teresa Franco

DIRECTORA GENERAL

César Moheno

SECRETARIO TÉCNICO

José Francisco Lujano Torres

SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Diego Prieto Hernández

COORDINADOR NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

Leticia Perlasca Núñez

COORDINADORA NACIONAL DE DIFUSIÓN

Benigno Casas

SUBDIRECTOR DE PUBLICACIONES PERIÓDICAS, CND

AGRADECIMIENTOS

Gobierno del Estado de Guerrero

Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales  
del Gobierno del Estado de Guerrero

Martha García Ortega

Catharine Good

IMAGEN DE PORTADA

Marcial Camilo Ayala, *Migraciones. Ida y vuelta*, San Agustín,  
Oapan, Guerrero, 2013, amate © Colección de Martha García

VIÑETAS

Paola Ascencio

Karla Jaqueline Peniche Romero

Luis Covarrubias

*Rutas de Campo*

Año 2, núm. 6, enero-febrero de 2015

DIRECTOR

Diego Prieto Hernández

CONSEJO EDITORIAL

Saúl Morales Lara

José Antonio Pompa y Padilla

Alfonso Barquín Cendejas

Cuauhtémoc Velasco Ávila

Enrique Serrano Carreto

Marco Antonio Rodríguez Espinosa

COORDINACIÓN ACADÉMICA

Samuel L. Villela Flores

COORDINACIÓN EDITORIAL

Grupo Multidisciplinario de Estudios sobre Guerrero  
y las Regiones Vecinas

Karla Jaqueline Peniche Romero

Lucila Elena Calvo Hernández

APOYO EDITORIAL

Cristina López Llaveros y Silvia Córdova Ruiz

EDITORIA

Alma Olgún Vázquez

ASISTENTES EDITORIALES

Sergio Ramírez Caloca y Marco Antonio Campos Zapata

CORRECCIÓN DE ESTILO

Sergio Pliego Fuentes y Héctor Siever

DISEÑO Y CUIDADO EDITORIAL

Raccorta

COMUNICACIÓN VISUAL

Paola Ascencio Zepeda

APOYO SECRETARIAL

Alejandra Turcio Chávez y Elizabeth Aguilar Segura

ENVÍO A ZONA METROPOLITANA Y ESTADOS

Fidencio Castro, Juan Cabrera y Graciela Moncada,  
personal de la Coordinación Nacional de Antropología

*Rutas de Campo*, año 2, núm. 6, enero-febrero de 2015, es una publicación trimestral editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Córdoba 45, Col. Roma, C.P. 06700, Deleg. Cuauhtémoc, México, D.F. Editor responsable: Benigno Casas de la Torre. Reservas de derechos al uso exclusivo: 04-2014-100210465500-107; ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Certificado de Licitud de Título y Contenido: en trámite, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Domicilio de la publicación: Insurgentes Sur 421, séptimo piso, Col. Hipódromo, C.P. 06100, Deleg. Cuauhtémoc, México, D.F. Imprenta: Taller de impresión del INAH, Av. Tláhuac 3428, Col. Culhuacán, C.P. 09840, Deleg. Iztapalapa, México, D.F. Distribuidor: Coordinación Nacional de Difusión del INAH, Insurgentes Sur 421, séptimo piso, Col. Hipódromo, C.P. 06100, Deleg. Cuauhtémoc, México, D.F. Este número se terminó de imprimir el 11 de septiembre de 2015, con un tiraje de 2 000 ejemplares.

# Índice

*Aquí y allá* 2

*Enrique Serrano Carreto/Diego Prieto Hernández*

Presentación 4

*Netzahualcóyotl Bustamante Santín*

*De ires y venires. Procesos migratorios en Guerrero* 7

*Samuel L. Villela F.*

Movimientos de población y rutas de intercambio en el Guerrero prehispánico 10

*Rosa Ma. Reyna Robles*

La migración, una tradición prehispánica: la Montaña de Guerrero 20

*Danièle Dehouve*

Trabajar y morir en el surco.

El destino funesto de los jornaleros agrícolas de la Montaña de Guerrero 29

*Abel Barrera Hernández/Isabel Margarita Nemecio*

El padre maíz y las vertientes de la transformación cultural.

Los mixtecos migrantes de Cahuatache 39

*Juan José Atilano Flores*

Presencia social de la población indígena en Acapulco 45

*Beatriz Canabal Cristiani*

Migración, cohesión social e identidad étnica

entre los nahuas de Acatlán, Guerrero, en la ciudad de México 52

*Rosalba Díaz Vásquez*

Identidades en movimiento.

La migración en el estado de Guerrero: el caso de los jornaleros agrícolas 56

*Ramiro Arroyo Sepúlveda*

Enclave migratorio de nahuas oriundos de Chilacachapa,

Guerrero, en la colonia Vista Hermosa, Distrito Federal 63

*Olivia Leal Sorcia*

Vínculos, trayectorias y territorios migratorios de la agricultura en Morelos 72

*Kim Sánchez Saldaña*

De migrantes temporales a asentados. Presencia de población

indígena de la Montaña guerrerense en la región centro-oriente de Morelos 78

*Adriana Saldaña Ramírez*

Migraciones indígenas del sur de México: viajeros y norteños nahuas 84

*Martha García Ortega*

De Balsas y la Montaña a Chicago-Manhattan:

“migradólares” y remesas culturales 90

*Samuel L. Villela F.*

Iniciativas y políticas públicas para migrantes

guerrerenses 2011-2015: un recuento de esfuerzos institucionales 98

*Netzahualcóyotl Bustamante Santín*

## Aquí y allá

Ubicado en un amplio territorio que se extiende al sur y suroeste de la ciudad de México, el actual estado de Guerrero es una de las cuatro entidades federativas del país que deben su nombre a alguno de los héroes de la Independencia; Hidalgo, Morelos y Quintana Roo son las otras tres. Vicente Guerrero fue uno de los pocos insurgentes que sobrevivieron a las derrotas de la etapa radical del movimiento que acabaron con la vida de muchos de los iniciadores de la lucha independentista. Él se mantuvo en armas desde el inicio de la guerra y hasta 1821, cuando, ya como jefe del último reducto del ejército insurgente, pertrechado en las montañas del sur de México, decidió pactar la paz con Iturbide, suscribir el Plan de Iguala, dejarle la jefatura del Ejército Trigarante y consumir la independencia política de México, que apenas se gestaba como nación.

Estos inmensos espacios, que van desde la cuenca del río Balsas, en Tierra Caliente, la Sierra Madre del Sur, la Montaña y las costas Chica y Grande, frente al océano Pacífico, estuvieron habitados hasta el siglo *xvi* por los pueblos *coixcas*, tributarios de la Triple Alianza, quienes hablaban una variante del náhuatl, así como el pueblo *yope*, conformado por tlapanecas que resistieron la dominación mexicana hasta la conquista española.

Después de las primeras guerras de conquista, durante el siglo *xvi* la colonización española dio lugar a una de las mayores mortandades en la historia humana, debido en gran medida a las



enfermedades extrañas traídas sin querer por los intrusos, pero también a la hambruna y a las guerras de exterminio contra las tribus chichimecas, lo cual dio lugar a un verdadero desastre demográfico que impactó a un número de personas que pudo aproximarse a 90% de las poblaciones originarias.

En este escenario de conquista y de catástrofe, los “camino del sur” cobraron especial importancia debido, entre otros factores, a que la bahía de Acapulco se convirtió en el puerto principal en la ruta hacia el Oriente Lejano. Con los viajes anuales de las “naos” de China, estos territorios favorecieron nuevos procesos de poblamiento que desempeñaron un papel central en la conformación de los grupos socioculturales que en los últimos cuatro siglos han habitado y han dado vida a esta inquieta y entrañable región de nuestro país.

El número de *Rutas de Campo* que presentamos ahora trata sobre los desplazamientos discretos y trascendentes de las personas, familias o grupos humanos, a los cuales englobamos genéricamente en el concepto de “migración”, la cual, como fenómeno sociodemográfico y cultural, ha sido determinante en la construcción del tejido social que conforma en la actualidad el estado mexicano de Guerrero.

Sin embargo, más allá de las expresiones particulares que la migración adopta en cada lugar y momento específicos, como puede ser el territorio guerrerense en los inicios del siglo XXI, es preciso reconocer que la migración prácticamente nos ha definido y situado en la Tierra desde los inicios de la formación de la especie humana como tal, delineando los procesos de expansión, distribución, adaptación, intercambio y movilidad de los grupos humanos a lo ancho del planeta y a lo largo de la historia, incluso después de la conformación y asentamiento de las sociedades sedentarias, agrícolas y urbanas, y hasta el momento actual, cuando la contemporaneidad, la globalización y las dinámicas posindustriales no se entenderían sin dar cuenta de las migraciones crecientes e incesantes del campo a la ciudad, de las zonas periféricas a las áreas centrales de la acumulación capitalista, y del sur subordinado y excluido a los centros neurálgicos del norte industrializado y hegemónico.

Este número 6 de *Rutas de Campo*, suplemento periódico de *Diario de Campo*, vehículo de comunicación entre los investigadores del INAH, vincula entonces dos preocupaciones clave para entender el actual momento de nuestro país: la migración y el estado de Guerrero, región que en los últimos tiempos se ha caracterizado por una compleja problemática de violencia, inseguridad, polarización social, desigualdad y búsqueda de nuevas perspectivas para la rearticulación del tejido social, a partir de su inmenso patrimonio histórico, social y biocultural.

Queremos reconocer el aporte de todos los que colaboraron en este número de *Rutas de Campo*, y en particular de Samuel Villela, quien coordinó la edición, apoyándose en el trabajo colectivo de quienes a lo largo de tres lustros han participado en el Grupo Multidisciplinario de Estudios sobre Guerrero y el Seminario de Antropología e Historia de Guerrero.

Queremos agradecer también la colaboración del Gobierno del Estado de Guerrero, que gentilmente ha contribuido con sugerencias, recursos y cobertura institucional, para hacer posible la edición del presente suplemento, que esperamos contribuya a la comprensión del devenir, la problemática y la circunstancia contemporánea de Guerrero y sus enigmáticos caminos.

Enrique Serrano Carreto/Diego Prieto Hernández  
Coordinación Nacional de Antropología, INAH

# Presentación

**E**l Gobierno del Estado de Guerrero, a través de la Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales (SEMAI), se enorgullece en presentar el sexto número de la revista *Rutas de Campo*, titulado "*De ires y venires. Procesos migratorios en Guerrero*", una publicación que por primera vez coeditan la Coordinación Nacional de Antropología del INAH y la SEMAI.

La iniciativa es loable por inédita. Se trata de un número especial dedicado íntegramente a interpretar tanto el origen y la dinámica del éxodo de guerrerenses como a explorar las aristas del fenómeno migratorio, el cual se ha documentado muy escasamente habida cuenta de la fuerte tradición de desplazamiento de los nacidos en Guerrero desde hace al menos 40 años.

La presencia de guerrerenses y sus sucedáneos fuera de la entidad es insospechada. Diseminados en 16 entidades federativas de México como trabajadores del campo o empleados de servicios de hostelería, y en al menos 20 estados de Estados Unidos, los surianos tienen una gran capacidad de adaptación a entornos sociales y climáticos adversos, así como a economías y sociedades muy demandantes.

La creación de la SEMAI, en octubre de 2011, mediante decreto del titular del poder ejecutivo del estado, constituyó un primer paso en la atención a un sector social del que se habla mucho pero al que se le reconoce poco.

Cifras conservadoras refieren la existencia de unos 20 mil jornaleros agrícolas migrantes mixtecos, tlapanecos, nahuas y amuzgos que en periodos de entre seis y ocho meses cierran sus casas, abordan autobuses bajo las órdenes de enganchadores y comienzan un periplo que los lleva en trayectos de hasta 20 horas de camino a los estados del noroeste del país. Su estancia allá por lo general no es placentera. Antes al contrario, sus carencias de alimentación en sus lugares de origen se ven agravadas por condiciones infrahumanas y de explotación en los campos agrícolas.

Con mucha fortuna, una reciente revuelta, ocurrida el 17 de marzo de este año, ha cambiado la forma de mirar y entender la penosa circunstancia de los jornaleros y sus familias. Asumo que esta protesta, originada en San Quintín, localidad próxima a Ensenada, Baja California, y sus consecuencias futuras en el respeto a las condiciones laborales provocará que sea abordada por parte de antropólogos y otros estudiosos.

La migración jornalera guerrerense tiende a dejar de ser esencialmente circular. Los desplazamientos de trabajadores del campo ocurren ahora entre estados del norte y noroeste, considerando los ciclos agrícolas. Cuando termina la cosecha de un producto en un estado, se migra a otro para continuar con la siembra de hortalizas, y así por el estilo. Esto es, se trata de una migración interestatal que permite a cientos de familias guerrerenses generar ingresos durante todo el año.

En cambio, algunos otros deciden en definitiva no volver a sus lugares de origen. En poblaciones de la península de California como Vizcaíno o San Quintín se han fundado, desde el año 2000, asentamientos o colonias de guerrerenses que encontraron en las grandes extensiones de sembradío la anhelada oportunidad de trabajo e ingreso que buscaban desde que abandonaron sus comunidades de origen.

La diáspora de guerrerenses en el exterior se inició con el Programa Bracero (1942-1964). Sin embargo, lo que yo denomino la "gran oleada de paisanos" que se fueron a Estados Unidos comenzó en la década de 1970. De ahí que Guerrero sea considerado un estado de migración emergente no tradicional, en contraste con Zacatecas, Michoacán, Guanajuato y Jalisco, cuyos éxodos se registraron con el amanecer del siglo xx.

Las entidades de Estados Unidos donde se han establecido mayoritariamente los guerrerenses coinciden a su vez con aquellas que concentran fuertes núcleos de población mexicana: California, Illinois, Texas, Arizona, Georgia. En años más recientes (desde 2000-2001) se sumaron a esa lista Carolina del Norte, Carolina del Sur, Florida, Nevada, Colorado, Idaho, Nebraska y Nueva York. En particular, en la ciudad de Nueva York es notable el hecho de que los nativos de la Montaña Alta han desplazado ya a los oaxaqueños al tercer lugar en cuanto a número de mexicanos en esa metrópoli, aunque todavía muy por debajo de los poblanos.

Si bien no existen censos que precisen el número de guerrerenses en Estados Unidos, se estima que representan la sexta población de mexicanos en ese país, donde el mayor número de connacionales proviene del vecino estado de Michoacán. Guerrero es el quinto mayor captador de remesas familiares (1 200 millones de dólares en 2014) y el tercero con el mayor número de repatriados o deportados (140 mil entre 2010 y 2014). Estas cifras son apenas un botón de muestra de la dimensión de la presencia de paisanos allende las fronteras.

Desde 2002 el INAH celebra cada dos años, en Taxco, una Mesa Redonda de Estudios sobre Guerrero como parte del Proyecto Antropología e Historia de Guerrero. Al cónclave acuden investigadores, especialistas y académicos interesados en divulgar los hallazgos, avances y conclusiones de sus investigaciones realizadas en años recientes en todos los rincones del estado sobre antropología, historia, arqueología y otras disciplinas. Invariablemente, desde su primera edición he acudido a esas maratónicas y sustanciosas jornadas de reflexión, debate y divulgación del conocimiento sobre el pasado y presente de Guerrero.

El 29 de agosto de 2014, por invitación de mi colega Arturo Martínez Núñez, secretario de Cultura, y en mi carácter de titular de la Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales, tuve el honor de clausurar los trabajos de la sexta edición de la mesa redonda. Con la presencia de Blanca Jiménez Padilla, delegada del INAH en el estado, celebré la sexta realización del encuentro y ofrecí el auspicio de la SEMAI para publicar algún texto vinculado con la temática migratoria de Guerrero. Meses después el ofrecimiento tuvo eco en la Coordinación Nacional de Antropología, que pidió la colaboración de la Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales para publicar de manera conjunta una revista dedicada a los procesos migratorios en Guerrero. Esta iniciativa fue impulsada con beneplácito por ambas partes.

Este número de *Rutas de Campo* es el corolario de la coordinación institucional entre dos dependencias que unen esfuerzos para coeditar una publicación compuesta por una docena de artículos que Samuel Villela reseña en estas páginas.

Deseo que este material sea divulgado ampliamente entre interesados en la cuestión, pero sobre todo entre núcleos de migrantes organizados dentro y fuera del país para comprender y entender entre todos las claves y las razones que explican la salida forzada de miles de migrantes que asumen a su estado carente de alternativas de desarrollo para ellos y sus familias.

Queda pues a la consideración de los lectores en general el contenido de este primer número, que a la vez ofrece a investigadores y estudiosos de la realidad guerrerense la simiente que realmente su interés y un mayor conocimiento sobre el tema para propiciar reflexiones susceptibles de publicarse.

**Netzahalcóyotl Bustamante Santín**  
Secretario de los Migrantes y Asuntos Internacionales,  
Gobierno del Estado de Guerrero, Chilpancingo, junio de 2015



Marcial Camilo, *Cintlacualtilo*, Oapan, amate

# *De ires y venires.*

## Procesos migratorios en Guerrero

La migración es hoy signo de nuestros tiempos. En tanto proceso demográfico, implica fundamentalmente desplazamientos territoriales de individuos o poblaciones humanas por motivos económicos, sociales, políticos y ambientales. Dos noticias recientes nos dan cuenta de esto.

El mes de mayo pasado, el Parlamento Europeo se sentó por fin a deliberar sobre el desastre humanitario del llamado “viaje de la muerte a Europa”, donde miles de inmigrantes africanos han perecido en las aguas del mar Adriático al intentar huir de la miseria, la guerra y las consecuencias tardías del colonialismo. Finalmente se debate sobre cuotas de inmigración y acerca de las responsabilidades compartidas de los Estados europeos, con economías diferenciadas pero necesitados de fuerza de trabajo migrante, dados sus bajos índices de crecimiento demográfico.

No pasa lo mismo con nuestros vecinos del norte, que en apariencia no se dan cuenta de la magnitud del otro “viaje de la muerte” migratorio que implica internarse en el desierto de Arizona. Aunque han aprovechado la enorme aportación de la fuerza de trabajo de los “mojados”, “ilegales” o “indocumentados” para sortear las crisis cíclicas y mantener las tasas medias de ganancia, aplican políticas migratorias que abren o cierran las fronteras de Estados Unidos de acuerdo con sus necesidades de mayor o menor mano de obra migrante, que a la vez sirven como mecanismos de presión hacia México y otros países latinoamericanos.

Un ejemplo que muestra dos facetas de estas políticas migratorias se acaba de presentar hace unos días: la Corte Suprema de ese país rechazó una ley que negaba la libertad bajo fianza a inmigrantes en Arizona y pretendía obligarlos a portar sus documentos. Poca cosa, si consideramos esta medida al lado de la trascendencia de las medidas que pretendía emitir Barack Obama, pero algo al fin dentro del panorama hostil y contradictorio para migrantes no europeos.

En el estado de Guerrero, la migración internacional se ha convertido en una válvula de escape para las carencias ancestrales de buena parte de la población, sobre todo la indígena. La creciente presencia de montañeros y norcalentanos en dos de las más desarrolladas urbes de la nación vecina del norte dan cuenta de ese proceso. En este número de *Rutas de Campo* concurren varios especialistas e interesados en el tema para dar cuenta de las múltiples facetas económicas, sociales y culturales de la migración en sus diferentes formas y niveles.

Para los tiempos prehispánicos, las migraciones de grupos humanos debidas a la búsqueda de nuevos territorios con el objetivo de fundar nuevos asentamientos, crear de rutas de comercio y mercado, o por efecto de las guerras, se abordan en los artículos de Rosa Reyna y Danièle Dehouve. La primera autora nos presenta un amplio panorama del desarrollo mesoamericano, donde rutas de intercambio y peregrinaciones permitieron la generación de nuevos enclaves poblacionales o la difusión de pautas culturales, como el éxodo teotihuacano; la segunda retoma aspectos puntuales de su vasta obra para dar cuenta de los relatos de migración de antes y después de la Conquista, plasmados tanto en relaciones como en documentos pictográficos, y ofrece un panorama que nos permite entender la historicidad de los asentamientos de diversa filiación étnica y la conformación de una memoria arraigada en identidades territoriales.

En el ámbito estatal de la actualidad, varios trabajos dan cuenta de las modalidades y peculiaridades de los procesos migratorios. Beatriz Canabal analiza en su texto la inserción de migrantes montañeros en Acapulco, sus luchas y estrategias por integrarse y defender su etnicidad, sus pro-

cesos de organización y mecanismos de relación con las instituciones en el entorno de la ciudad más desarrollada del estado y con mayor población indígena después de las regiones del Alto Balsas y la Montaña.

Por su parte, Juan J. Atilano se adentra en la dinámica sociocultural de Cahuatache, una comunidad *ñu savi* de la Mixteca nahua tlapaneca, para entender la articulación de pautas culturales propias del campesinado con la lógica mercantil de los enclaves agroindustriales del noroeste de México y el sector de servicios de la Unión Americana, que son los principales destinos migratorios de esta localidad y grupo étnico. Sobre este trabajo cabe destacar el análisis de las percepciones culturales acerca de la planta primordial, el maíz, que en la lógica cultural *ñu savi* es concebido como persona y que ahora se enfrenta con la percepción que lo ubica sólo como una mercancía, lo cual genera una confrontación de lógicas culturales inmersas en un flujo migratorio que amenaza con desvirtuar o desaparecer esa otra ontología.

Mirando también hacia el interior de los estados expulsores de población, Ramiro Arroyo presenta una descripción y análisis de los factores económicos y socioculturales que producen el proceso migratorio en Guerrero, la cual ha llegado a convertirse en la entidad federativa con mayor expulsión de habitantes del país. A partir de las condiciones de pobreza, desde la situación de “alta marginalidad” en que se encuentran la mayoría de las comunidades expulsoras, se analizan los flujos migratorios hacia los múltiples centros que demandan fuerza de trabajo barata y rentable. Este análisis también considera los elementos identitarios que permiten tanto estrategias de adaptación como fenómenos de reinserción, negación y reproducción cultural, dada la interacción muchas veces conflictiva que se produce entre el migrante y su contexto migratorio. El estudio se enriquece con una amplia información estadística actualizada. Destaca también el señalamiento del caso de los migrantes jornaleros en el valle de San Quintín, cuya lucha reciente ha tenido una amplia difusión.

A su vez, Rosalba Díaz nos introduce en los procesos migratorios que han vinculado a la localidad nahua de Acatlán, municipio de Chilapa, con asentamientos urbanos del valle de México. Después de los flujos migratorios iniciados en la década de 1940, la autora describe el proceso de inserción de los acatecos en las urbes del centro del país por medio de mecanismos que les han facilitado establecer un fuerte nexo entre la gran ciudad y su comunidad de origen: identidad étnica y cohesión social sustentan este vínculo.

En el mismo tenor, Olivia Leal Sorcia nos presenta una breve descripción acerca de las formas de vida y trabajo del colectivo étnico conocido como “chilas”, migrantes provenientes de la localidad de Chilacachapa, en la región Norte de Guerrero, quienes han logrado integrarse a una colonia de la periferia-norte de la ciudad de México. Partiendo asimismo de una contextualización del proceso migratorio en su historicidad, se describen las estrategias que han permitido una inserción favorable en el ámbito urbano de una gran ciudad, recuperando su cohesión grupal desde sus vínculos comunitarios de origen, por lo cual han realizado un manejo hábil con las autoridades delegacionales y se han posicionado como un grupo dirigente en la gestoría de bienes y servicios para la colonia donde se asientan. En ese contexto, de igual forma se describe la reproducción de pautas culturales emanadas de su lugar de origen.

Respecto al ámbito extraestatal, Kim Sánchez Saldaña presenta, en sus propias palabras, “una revisión panorámica de los proyectos de investigación de estudiantes y profesores de antropología social de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, que se han enfocado en fenómenos migratorios de población originaria de Guerrero cuyo destino es Morelos”. El número de investigaciones y tesis es relevante, pues abarca más de una década y ofrece un conocimiento sobre los vínculos económicos del estado de Morelos con los lugares de expulsión en el estado vecino, abordando asimismo las implicaciones culturales de tales desplazamientos.

También en el ámbito morelense está el artículo de Adriana Saldaña, quien reflexiona sobre los procesos de asentamiento de poblaciones nahuas y mixtecas originarias de la Montaña de

Guerrero en la zona de Tenextepango, en la región centro-oriente de Morelos, y las relaciones establecidas entre esos asentamientos y los nativos mestizos

En cuanto a una escala más amplia relacionado con lo nacional e internacional, Martha García describe y analiza lo que ella conceptualiza como complejo migratorio regional entre los nahuas del Alto Balsas, cuya consecuencia es la construcción sociocultural, económica y política que precede a la conformación regional migratoria y se reconfigura en la geografía de los desplazamientos nahuas por dos naciones. Su descripción de las fases por las cuales han transitado los periplos migratorios de los “viajeros” y “norteños” muestra las situaciones cambiantes que estos nahuas han debido enfrentar y las consecuentes estrategias que han implementado, dibujando un amplio panorama de circuitos que abarca buena parte de la geografía de Estados Unidos y Canadá.

La relación de la actividad laboral de estos migrantes con los derechos humanos es el tema central de Abel Barrera e Isabel Margarita Nemecio, quienes, desde sus labores de investigación y defensa de esos derechos, documentan las condiciones de penuria que empujan a amplios sectores de población indígena a migrar. Esa documentación, además de evidenciar las condiciones de vulnerabilidad y desprotección laboral a que están sujetos los migrantes, descubre las complicidades u omisiones de quienes deberían velar por la vigencia de un Estado de derecho. El reciente caso del movimiento emprendido por los migrantes en el valle de San Quintín, Baja California, es ilustrativo de los problemas analizados por estos autores.

Para vincular las regiones culturales con el entorno nacional e internacional, Samuel Villela analiza los nexos de las regiones Norte y Montaña de Guerrero con itinerarios migratorios cuyo destino son dos de las principales urbes del vecino del norte: Chicago y Nueva York. Estos itinerarios, que han tenido como antecedentes las migraciones a los estados vecinos y al Distrito Federal, se han conformado a partir de redes y circuitos por los cuales no sólo transitan personas y bienes, sino también patrones y pautas culturales que se retroalimentan o amenazan con desvanecerse.

Por último, Netzahualcóyotl Bustamante Santín, actual titular de la Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales del gobierno guerrerense, ofrece en su artículo una descripción de la conformación y trascendencia de esta secretaría en el contexto de una política de Estado que ha gestionado medidas y acciones, siempre a la zaga, en cuanto a la importancia del fenómeno migratorio. Asimismo ofrece un importante análisis estadístico de los rubros que evidencian la relevancia del fenómeno migratorio: los números sobre el volumen de fuerza de trabajo que se mueve en un escenario geográfico y laboral que integra diversos destinos, sus aportaciones económicas a las economías familiares y a la del estado, los índices de repatriados y las erogaciones desde la agencia estatal para su atención, además de los presupuestos insuficientes asignados para enfrentar al problema. En un enfoque crítico y propositivo hacia lo que debería configurarse como una política pública más sólida para abordar el fenómeno migratorio desde sus raíces, presenta un dato indicativo respecto a la problemática total: “Guerrero es el segundo estado en el país –después de Michoacán (7.1%)– con la mayor dependencia de remesas, que integran 6.8% del PIB estatal”.

Los estudios reseñados aquí son una muestra del interés académico en el fenómeno de la migración, pues su impacto en la economía y la cultura es notorio. El número creciente de investigadores que se abocan al tema es también indicativo de lo mismo. Esta edición de *Rutas de Campo* ha sido promovida y apoyada por la Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales del gobierno de Guerrero. Con ella esperamos aportar un mayor conocimiento sobre un fenómeno cuyas repercusiones involucran la cohesión social de comunidades marginadas, representa un aporte sustancial a la economía y configura una aguda problemática sociocultural que debe atacarse desde sus raíces. Así avanzaremos en la comprensión de la dinámica económica, poblacional y cultural de los procesos migratorios en que se ven involucradas tanto la población indígena como la población mestiza del estado de Guerrero.

Samuel L. Villela F.  
Dirección de Etnología y Antropología Social

# Movimientos de población y rutas de intercambio en el Guerrero prehispánico

Rosa Ma. Reyna Robles\*

## Introducción

La migración es un fenómeno milenario entre los seres humanos cuyas causas obedecen a múltiples factores, entre ellos cuestiones sociales, culturales y económicas. En arqueología se le ha abordado ligada con otros temas que pueden tratarse desde esta disciplina, como la demografía y las redes de intercambio, siempre con base en evidencias de la cultura material. Demografía y migración, o cálculos y movimientos de población, son los que con base en varios indicadores marcarían las rutas de intercambio. En esta comunicación se resumirán dichos tópicos en algunas regiones de Mesoamérica, aterrizándolos en el actual estado de Guerrero para el Preclásico, el Clásico y el Epiclásico.

En principio destaco que el objetivo de la investigación arqueológica no es sólo conocer objetos y edificios por medio de su excavación y registro preciso, sino llegar a saber la configuración global de los conjuntos culturales y las relaciones significativas entre los datos obtenidos; es decir, una investigación realizada no sólo para descubrir, sino también para entender (Niederberger y Reyna, 2002). Ya que la mayoría de las culturas mesoamericanas carecen de referencias escritas, en especial las más antiguas, la arqueología utiliza como fuente primaria de información las evidencias de la cultura material, aunque para los tiempos más recientes se recurra también a otras disciplinas, como la etnohistoria o la lingüística. Con este fin, la ubicación espacial y la profundidad temporal de los vestigios arqueológicos son los primeros pasos antes de intentar cualquier tipo de inferencia o interpretación, incluyendo los cálculos y movimientos de población y las rutas de intercambio.

Así, la arqueología trabaja fundamentalmente con dos categorías: el espacio y el tiempo. El espacio se ha jerarquizado en lugares que, según su tamaño, van desde unidades menores como las áreas de actividad, las unidades habitacionales, los barrios, los sitios y localidades, etc.,<sup>1</sup>

\* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH (reyna29rr@yahoo.com).

<sup>1</sup> Estas unidades son: 1) área de actividad: unidad mínima con contenido social que implica una o varias actividades ligadas a procesos de trabajo o funciones específicas (Manzanilla, 1986); 2) unidad habitacional: residencia de la unidad básica de producción que requiere la incorporación de diversas áreas de actividad asociadas a la casa-habitación (*idem*); 3) conjunto habitacional o barrio: espacio donde se reúnen diferentes familias para realizar actividades comunes de culto, de oficio, de intercambio o administrativos (*idem*); 4) sitio: "Equivale a la comunidad; es decir, a grupos de personas que viven frente a frente" (*idem*); 5) localidad: "En términos estrictamente arqueológicos, la localidad es un espacio geográfico lo suficientemente pequeño para permitir asumir el funcionamiento de una homogeneidad cultural completa en cualquier tiempo" (Willey y Phillips, 1963); 6) región: "Área geográfica restringida de difusión interna óptima o de intercomunicación colectiva máxima que presenta constante afinidad mutua entre los conjuntos culturales" (Clarke, 1984: 240), en la que "a nivel cultural podemos esperar un modelo en el que intervienen sistemas culturales dinámicos formados por una compleja red de subsistemas en el marco de

hasta llegar al territorio mayor, que es Mesoamérica.<sup>2</sup> En cuanto a la profundidad temporal asimismo existe una jerarquización que va de mayor a menor duración, en horizontes, periodos y fases que a su vez se pueden subdividir, lo cual requiere de la edad precisa de los vestigios “sistemática y conjuntamente presentes” (Clarke, 1984: 220) a modo de ubicarlos en el tiempo.

Partiendo del nivel macro notamos, como consigna Niederberger (1987: 300), que a lo largo de la historia prehispánica de Mesoamérica hay algunos horizontes de integración cultural que se intercalan con otros de regionalización cultural.

Así, los horizontes de integración cultural más claros son aquellos que corresponden a la época olmeca del Preclásico medio (1350/1250-500 a.C.), a la teotihuacana del Clásico temprano (200-650 d.C.), y a la mexicana del Posclásico tardío (1300/1400-1521 d.C.).

Los de regionalización cultural son los que se asignan a la época preolmeca (1500-1350/1250 a.C.), al Preclásico superior-Protoclásico (500 a.C.-200 d.C.) y al Epiclásico-Posclásico temprano (650/700-900/1000 d.C.).

Para este escrito retomo fundamentalmente tres trabajos anteriores (Reyna y Galeana, 2010; Reyna, 2012 y Reyna, 2013b).

### Cálculos de población

Existen estimaciones demográficas propuestas por varios investigadores para distinguir una ciudad de otros tipos de asentamiento. El aumento demográfico en sitios urbanos, nos dice Linda Manzanilla (1986: 113), “[...] puede ser detectado en el mayor número de personas viviendo en las áreas construidas. Sin embargo [...] el surgimiento de centros urbanos corre a la par con un abandono generalizado de los asentamientos rurales, al concentrarse la población en el sitio mayor. Es decir, estaríamos más bien ante un reacomodo de la población, más que ante un aumento demográfico”.<sup>3</sup>

En el caso de Teotihuacán, tales estimaciones se hicieron con base en los resultados aportados por trabajos de superficie, con los que se detectaron más de

2 600 conjuntos departamentales (Cabrera, 1986: 129). Por tanto, si tomamos el número cerrado de 2 600 conjuntos habitacionales y lo multiplicamos por un promedio de 40 personas viviendo en cada uno de ellos, obtendríamos un total de 104 000 habitantes en la urbe.

Otra hipótesis para calcular la población se basa en la extensión de las áreas de productividad; es decir, en el número de hectáreas cultivables multiplicadas por la productividad promedio de maíz, determinada, entre otros factores, por el tipo de suelo, la topografía, la temperatura y la precipitación media anual, lo cual permitiría calcular cuántas personas se podrían sostener con esa producción agrícola (Sanders, comunicación personal, 1973).

Ahora bien, tanto Manzanilla como Cabrera destacan que los datos obtenidos en trabajos de superficie, entre ellos las estimaciones demográficas, son sólo hipótesis que deberán ser corroboradas o rechazadas por otros medios, como la excavación. Manzanilla (1986: 115) hace una llamada de atención “[...] sobre el gran peligro que representa la publicación de cifras que, a los ojos de muchos incautos, parecerían datos fidedignos, siendo que en realidad son estimaciones hipotéticas [...]” o, como indica Cabrera (1986: 129), aunque el autor original haya planteado sólo una hipótesis, quienes le siguen la consideran como un hecho real y verdadero, dando como infalibles los datos sujetos a comprobación.

### Movimientos de población

En 2010 escribimos que en los aproximadamente tres mil años anteriores a la conquista española los movimientos de los pueblos prehispánicos que ocuparon el actual territorio de México, así como sus causas y consecuencias, pueden inferirse con los resultados de la investigación arqueológica.

Para hablar de movimientos poblacionales a partir de los vestigios arqueológicos, según Brambila y Crespo (2005: 156) se debe tomar en cuenta, además de su edad, “el punto de origen, la trayectoria y la región de recepción”. Estas autoras proporcionan un esquema sobre múltiples factores causales de los movimientos de población en el Bajío, sus consecuencias, condicionantes e indicadores; señalan como factores causales el desajuste entre recursos y población, los cambios ambientales, las catástrofes naturales, la expansión de ideas reli-

un sistema ambiental de igual complejidad” (*ibidem*: 34); 7) subárea y 8) área, definidas y delimitadas en el trabajo pionero de Kirchhoff (1967) como Mesoamérica y sus subáreas.

<sup>2</sup> Para una discusión acerca de Mesoamérica y sus subáreas, véase Reyna, 2006: 17-24.

<sup>3</sup> Con esta inquietud, muchos años más tarde esta investigadora editó un volumen que recoge interesantes trabajos sobre el tema (Manzanilla, 2005).

gias, la conquista militar y la atracción de riqueza. Como resultado o consecuencia de esos movimientos anotan la asimilación, la coexistencia en el espacio y tiempo, la interacción ritual (santuario/mercado) y el desplazamiento de la población local o su exterminio. Como factores condicionantes que dificultan tales movimientos están la distancia y las barreras geográficas, o bien que los impulsan y facilitan, como el atractivo de la nueva zona, o que los grupos inmigrantes cuenten con un mayor nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. En este esquema sólo toman como posible indicador la presencia de “[...] cerámica que tiene elementos diferenciados de la antigua trayectoria regional [...]” (*ibidem*: 158 (fig. 1)-159).

Es muy conocido que entre los conjuntos culturales prehispánicos la cerámica es uno de los más valiosos para seguir la trayectoria del desarrollo de los pueblos que carecen de registros escritos, a modo de ubicarlos en tiempo y espacio y asignarlos a alguna de las culturas arqueológicas (Reyna, 2013a). Por medio de estudios empíricos se ha mostrado que ocurren mayores cambios en la decoración que en las formas y en el proceso técnico de producción, y una mayor resistencia al cambio en las de uso cotidiano que en las de uso ritual (Sugiura, 2005: 181).

Entre la cultura material, anota Sugiura (*ibidem*: 178), “[...] la cerámica ocupa un lugar importante y además se distingue por ser uno de los indicadores culturales insustituibles que permiten acercarnos al campo del sistema identitario”. En el valle de Toluca la cerámica, junto con otros indicadores culturales, no sólo le permitió detectar cerámicas específicas que identifica con grupos étnicos diferentes (matlatzinca, mazahua y otomí), sino su distribución espacial, con lo que explica los reacomodos y movimientos de población en el propio valle. Según esta arqueóloga, la expulsión intensa y masiva en el ocaso de Teotihuacán, pero sobre todo el inmediato crecimiento demográfico endógeno en el Posclásico temprano, saturó los espacios más privilegiados. La defensa de ese territorio obligó a las poblaciones nuevas o subsiguientes a colonizar zonas de menor calidad ambiental, pero también a desarrollar un sistema cohesivo en el interior de cada grupo que resaltara su identidad y pertenencia, y gran cantidad de estos símbolos identificatorios quedan plasmados en los objetos cerámicos (*idem*).

De manera adicional, existen otros indicadores arqueológicos para detectar los movimientos de po-

blación. Los más significativos son los cambios en el patrón de asentamiento, en la distribución en el interior de los sitios, en el crecimiento poblacional, en las prácticas funerarias, así como en las técnicas y acabados de los diversos conjuntos culturales; por ejemplo, la industria lítica, la arquitectura, la escultura y la cerámica. Además, los restos óseos humanos proporcionan indicios sobre el origen autóctono o foráneo de los individuos cuando se analizan por medio del ADN, los isótopos de estroncio o mediante estudios de paleodieta (Manzanilla, 2005; Paredes, 2005). Infortunadamente, estos análisis se han aplicado en muy pocos casos.

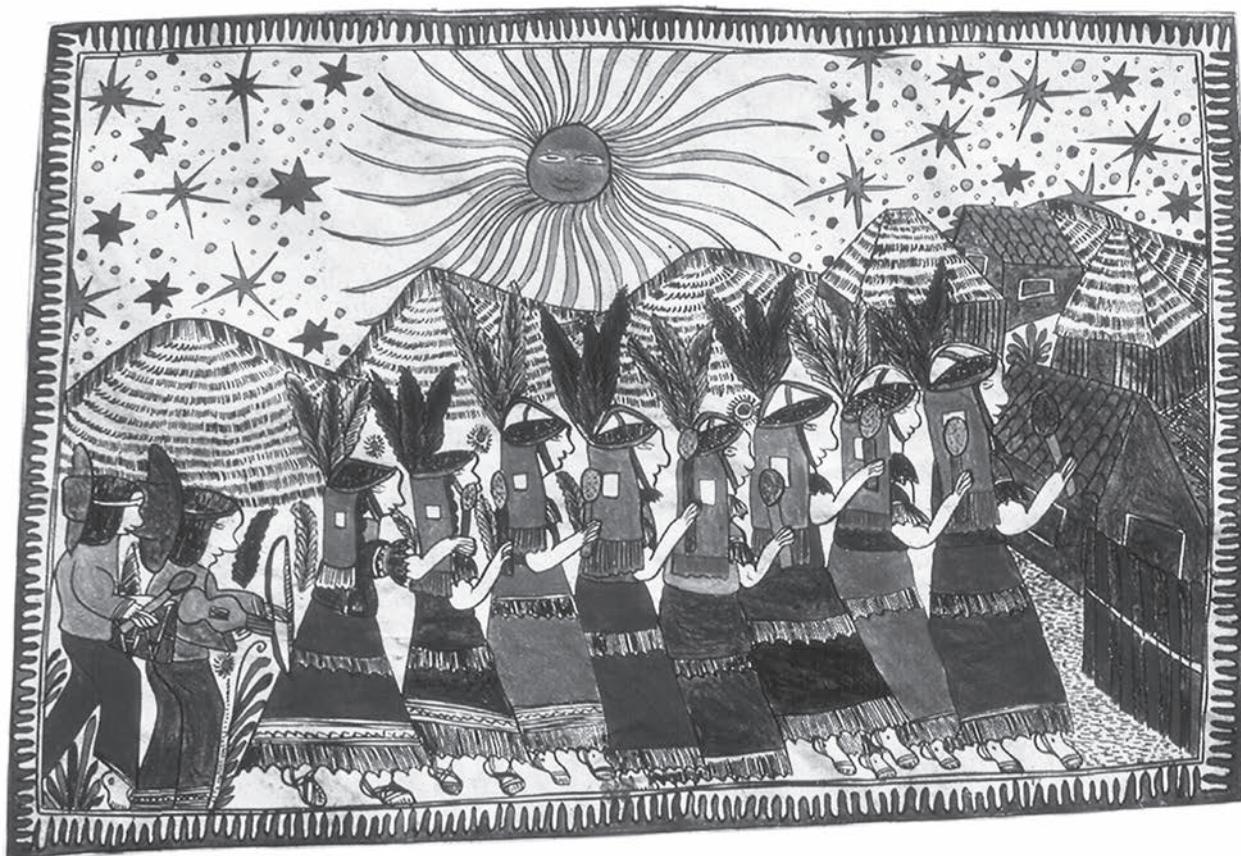
Ahora bien, tomando en cuenta el punto de origen, la trayectoria y la región de recepción, varios arqueólogos han detectado movimientos poblacionales en territorio michoacano, en el Bajío y el occidente en general en dos momentos: hacia 550 d.C., cuando se desplazaron al norte, y hacia 900 d. C., cuando retornaron al sur, a su lugar de origen (Carot, 2005; Pereira, Migeon y Michelet, 2005; Hers, 2005), o bien entre el Altiplano central y otras varias regiones como la oaxaqueña, la maya y la costa del Golfo (Rattray, 2001; Serra Puche, 1998; Uruñuela y Plunket, 2005).

Más que migraciones masivas de pueblos, estos movimientos fueron oleadas o flujos intermitentes pero constantes de grupos de individuos, salvo cuando ocurrió alguna catástrofe natural o social (Serra Puche, 1998; Uruñuela y Plunket, 2005; Manzanilla, 2001; Paredes, 2005; Sugiura, 2005).

### Rutas de intercambio

En otra comunicación anoté que el amplio territorio mesoamericano albergaba una enorme diversidad de paisajes y recursos donde se producían u obtenían los productos de subsistencia con mayor o menor facilidad, y que en tal diversidad biótica y geológica ninguna de las áreas, regiones o sitios disponía de la totalidad de recursos, productos o materias primas para fabricarlos, por lo que se debían conseguir en otros lugares cercanos o lejanos. En estos territorios complementarios se produjo lo que Sanders (1956) llamó una “simbiosis económica”. Así, se originó el intercambio regional con lugares cercanos y el interregional con los lejanos (Reyna, 2013b).

Para comprender la línea de desarrollo del intercambio es necesario conocer la ubicación temporal de todo aquello que se intercambiaba. Para la arqueolo-



Tomás Camilo, *Danza de pluma*, Oapan, amate

gía, con el auxilio de análisis especializados, resulta posible conocer su edad por medio de fechamientos absolutos y es relativamente fácil identificar cuáles materias primas, herramientas y objetos, sobre todo cerámicos, se importaban.

Otra línea de investigación, quizá menos “científica” pero sumamente útil, se refiere al análisis estilístico. Stark (1998) nos dice: “Las rutas de comunicación se perciben con muy diferentes escalas y usando diversos tipos de evidencias. La escala grande corresponde a los amplios patrones estilísticos [...]”.

En vista de que los estilos son emblemáticos de territorios particulares, su estudio contribuye a detectar los patrones de comunicación o información que se transmitía de una región a otra, y pueden revelar procesos diferentes a los del intercambio de productos (*ibidem*: 215).

En este sentido, Niederberger (1987: 751) destaca que el sistema de redes de intercambio de bienes materiales “[...] va acompañado de un sistema paralelo, no menos denso y regular, de intercambio de datos y de mensajes. Por medio de esta red de doble canal, cierta forma de simbiosis cultural va a la par de la simbiosis económica”.

Como bien señala Drennan:

No podemos determinar qué importancia tenía el intercambio [...] si no sabemos [...] no sólo qué se intercambiaba, sino también en qué cantidades, o cómo se organizaba la producción de los materiales, ni cómo se transportaban, o quiénes eran sus propietarios cuando llegaban a la región importadora, y cómo se organizaba su distribución al llegar. Sólo si respondemos a tales interrogantes llegaremos a entender, en casos específicos, cómo se articulaba el intercambio interregional con los procesos regionales de organización social, política y económica [y agrega que] para poder confiar en nuestras respuestas tendremos que considerar y rechazar las respuestas alternativas mediante una consideración cuidadosa de la evidencia arqueológica correspondiente a cada caso, pero sin asumir que una descripción etnohistórica se aplica a determinado periodo prehispánico sin que la evidencia arqueológica lo confirme (Drennan, 1998: 34).

Es claro que conforme nos internamos en la profundidad del tiempo, las descripciones etnohistóricas o etnográficas para explicar el intercambio se vuelven menos válidas y sólo queda la evidencia arqueológica (Reyna, 2013b).

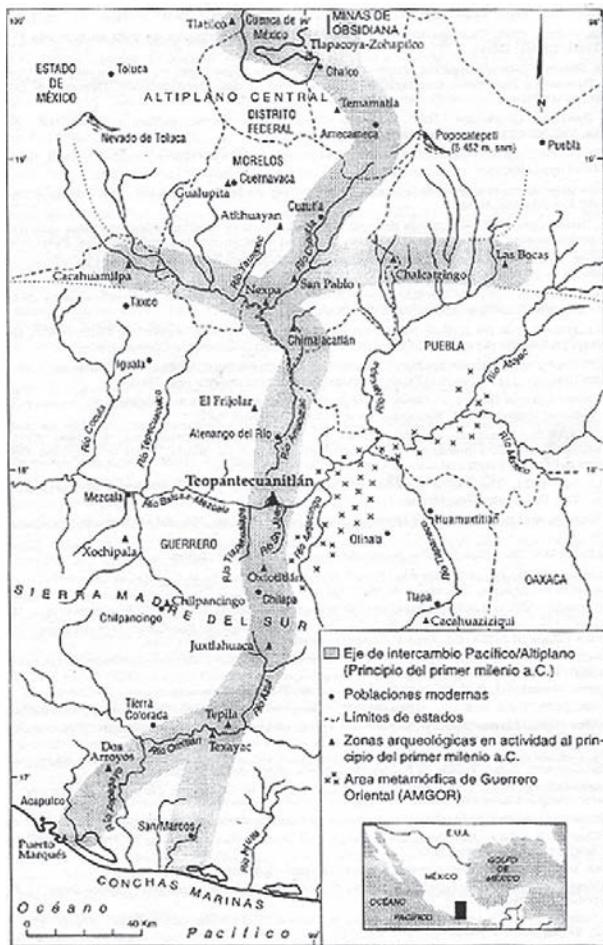


Figura 1 Hacia el primer milenio a.C., a lo largo de la ruta del nácar circulaban otras conchas marinas, piedras metamórficas verdes como la serpentina y obsidiana de la cuenca de México (tomado de Niederberger, 2002: 206, fig. 1)

### Arqueología, etnohistoria y lingüística

Clarke (1984) ya advertía sobre lo peligroso que resulta transferir situaciones etnohistóricas a situaciones arqueológicas, en tanto que Von Mentz (2010) alertaba que las fuentes documentales deben tomarse con cautela, ya que fueron elaboradas por los grupos en el poder.

Con referencia a la historia demográfica del valle poblano-tlaxcalteca, Uruñuela y Plunket (2005: 319) apuntan que los dilemas y obstáculos derivan de un problema metodológico fundamental en la práctica arqueológica, pues mientras para el Formativo y el Clásico sólo se tiene acceso a datos arqueológicos y ambientales para identificar patrones y los cambios sufridos por ellos a lo largo del tiempo, al llegar al Epiclásico se introdujo un nuevo recurso: la historia legendaria y mítica de las fuentes escritas en los siglos inmediatos a la conquista española, a las que se les dio mayor peso que al dato arqueológico.

En opinión de estas autoras, los dos cuerpos de evidencias, el documental y el arqueológico, deben tomarse como dos líneas de investigación independientes que no sólo permitirá buscar los puntos complementarios, sino también las ambigüedades y los aspectos discordantes, para de esta manera resolver las incongruencias y generar reconstrucciones e interpretaciones histórico-culturales del pasado más objetivas y probablemente más apegadas a la realidad que pretendemos conocer (*idem*). Mejor aún sería abordarlos de manera interdisciplinaria (Reyna, 2013a).

En el mismo sentido, se dice que el uso de la información etnohistórica para explicar procesos migratorios es útil cuando ésta es acotada por el dato arqueológico; su abuso, en cambio, ha llevado a interpretaciones erróneas (Jiménez, 2005; Uruñuela y Plunket, 2005).

Utilizar la información lingüística en apoyo de la arqueología guerrerense resulta más problemático porque la mayoría de las lenguas ha desaparecido. Los resultados recientes de la investigación lingüística han demostrado que no existe un solo elemento para rastrear algunas de las lenguas extintas, como el chontal (Antúñez, 2010), menos todavía para conocer el lapso de su vigencia ni sus áreas de distribución.

### La investigación arqueológica en Guerrero

Es necesario decir que muy poco se sabía sobre la historia prehispánica de Guerrero, pues su abrupto territorio permaneció prácticamente inexplorado hasta mediados del siglo pasado, cuando se le incluía como la porción más meridional del occidente de México, y se decía que las sociedades que lo habitaron eran subdesarrolladas, que carecían de una cultura propia y que su evolución dependía de influencias venidas de culturas más avanzadas, desde la olmeca hasta la mexicana. También es necesario recalcar que en las últimas tres décadas la investigación arqueológica ha dado frutos insospechados que revierten la percepción de marginalidad y subdesarrollo que se tenía sobre esta entidad suriana.

### La época olmeca: una ruta de intercambio

Existen dos hipótesis principales para explicar la presencia de vestigios de estilo olmeca en muchas regiones de Mesoamérica: por un lado, la que atribuye como único punto de origen de la cultura olmeca a la costa

del Golfo y desde allí su irradiación hacia cualquier otra parte de Mesoamérica, donde se han detectado sus rasgos estilísticos; por el otro, aquella que explica su presencia en sitios del Preclásico medio, incluido Guerrero, como creaciones de una civilización multiétnica y plurilingüística sincrónica distribuida en un amplio territorio, la naciente Mesoamérica, identificado por medio de un estilo peculiar panmesoamericano, reflejo de un sistema compartido de creencias (Niederberger, 1967: 745-752).

De manera específica para Guerrero, Christine Niederberger (2002) trató las evidencias y datos obtenidos en Teopantecuanitlán durante el primer milenio antes de nuestra era. Allí excavó un sitio habitacional en el que encontró testimonios claros de un artesanado dedicado a la elaboración de objetos de concha, sobre todo de madreperla, que posiblemente exportaban a cambio de obsidiana de Otumba que recibían en forma de núcleos preformados y que, una vez trabajados como navajillas, redistribuían a escala regional.

El análisis de estos materiales y otros como el cinabrio, el ónix, la mica y el “jade” (serpentina), de origen local o regional, aunado a los restos de espejos de mena de hierro, de procedencia oaxaqueña, la llevan a decir: “Este conjunto de datos tecno-económicos – no limitado al examen de un solo producto– permite añadir a la función política y sagrada de Teopantecuanitlán, tal como se observa en la arquitectura monumental y en la iconografía del ‘Recinto Ceremonial’ central, otra importante dimensión: su función económica” (*ibidem*: 202), así como a proponer una ruta de intercambio que ligaba la costa del Pacífico con el Altiplano central (figura 1).

Niederberger traza esta ruta siguiendo la presencia de sitios arqueológicos contemporáneos y el cauce de varios ríos, aunque señala que “[...] en tiempos prehispánicos, utilizaban rutas de comunicación de tipo mixto [...] aliando transporte fluvial [...] con porteo sobre caminos de tierra [...]” (*ibidem*: 179). Es una lástima que la autora ya no conociera la existencia de Zazacatla, un sitio al sur de Cuernavaca, tan importante o más que Teopantecuanitlán (Reyna, 2013b).

La cuestión de las rutas de intercambio en el Preclásico de Guerrero y los productos intercambiados también fue abordada por Luisa Paradis a partir de sus investigaciones en Amuco Abelino, en la Tierra Caliente, donde “[...] su aislamiento geográfico [...] fue contrarrestado por las redes de intercambio con las regiones circundantes” (Paradis, 1980: 206). Así, uti-

lizando la misma ruta, infiere que los objetos de jade o serpentina y la concha pudieron ser intercambiados por obsidiana, en este caso de Zinapécuaro. Ya que carecía de análisis especializados para los materiales arqueológicos, intuyó tales rutas con base en datos etnohistóricos y modernos.

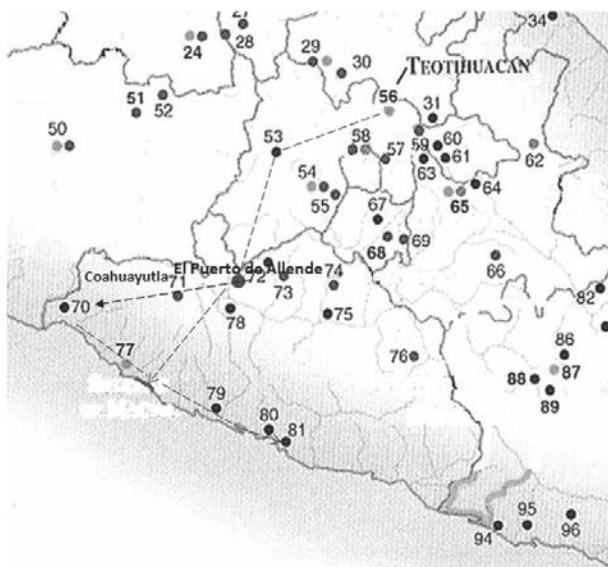
A la época olmeca la siguió un horizonte de regionalización cultural durante el Preclásico tardío-Protoclásico (ca. 500 a.C.-200 d.C.), cuando se abandonaron los rasgos de estilo olmeca, lo cual es de gran importancia porque entonces surgió la cultura arqueológica autóctona que caracterizaría a Guerrero: la Mezcala (Reyna, 2006).<sup>4</sup>

### El Clásico temprano: interacción con Teotihuacán

La carencia de evidencias arqueológicas atribuibles al Clásico temprano (150/200-650 d.C.) en Guerrero, época que corresponde a la vigencia y apogeo de Teotihuacán, lo presentan como uno de los menos conocidos a lo largo de su ocupación prehispánica. Pensamos que esa carencia se atribuiría a la falta de investigación o a un fenómeno que propició que al menos la producción arquitectónica se suspendiera; una explicación tentativa para este hecho gira en torno a que en ese lapso alcanzó su apogeo una de las ciudades más grandes en el orbe: Teotihuacán, cuyo poder y dominio se extendió hasta el territorio guerrerense, al absorber sus recursos y mano de obra (Reyna y Galeana, 2010).

Aunque en Guerrero se ha reportado el hallazgo de pequeñas esculturas, máscaras, estelas, cerámicas, figurillas y basamentos arquitectónicos con rasgos de estilo teotihuacano o “teotihuacanoide”, se desconocen a ciencia cierta los mecanismos mediante los cuales se dio esa presencia y, en la mayoría de los casos, su origen y edad, pues desgraciadamente gran parte de

<sup>4</sup> En Ahuináhuac, a orillas del río Mezcala, se excavaron y fecharon por primera vez en alrededor de 500 a. C. las pequeñas esculturas esquemáticas de estilo Mezcala (Covarrubias, 1948), junto con tiestos cubiertos con engobe jaspeado, de blanco granular y otros, en un conjunto habitacional de mampostería donde se utilizaron columnas formadas por segmentos circulares de piedra o “quesos” (Paradis, 1991 y 2002). Un sitio un poco más tardío es Cueltajuchitlán (200 a.C.-200 d.C.), en cuya traza urbana hay conjuntos arquitectónicos separados por estrechas calles enlajadas, cuartos porticados situados alrededor de patios hundidos, columnas de una sola pieza o formadas con segmentos circulares de piedra, drenajes ocultos, etc. Entre los materiales se localizaron dos burdas figurillas de estilo Mezcala y cerámicas monocromas, algunas decoradas en negro. Además, en dos sitios cercanos, El Frijolar y Zacuantla, se localizaron tumbas techadas con bóveda falsa (Manzanilla López, 2006), cuyo antecedente de la época olmeca se registró en Chilpancingo (Reyna y González, 1998).



**Figura 2** Posibles rutas teotihuacanas hacia la costa del Pacífico pasando por su "enclave" en el Puerto de Allende

estos testimonios no se investigaron a profundidad o se encontraron fuera de su contexto original. Por otro lado, en Teotihuacán se han recuperado objetos y materiales de posible procedencia guerrerense (Reyna, 2012).

Durante mis indagaciones al recorrer la que luego llamé región Mezcala<sup>5</sup> percibí que los vestigios arqueológicos en la Tierra Caliente correspondían al menos a tres tradiciones: la Mezcala, otra local pero con rasgos claramente mesoamericanos y una más con posibles rasgos extramesoamericanos. Este "crisol de culturas" indicaría la presencia de distintos grupos viviendo en el mismo territorio, pero faltaría comprobar si fueron o no contemporáneos. También observé que los objetos de estilo teotihuacano (cerámicas y figurillas) se concentraban hacia el norte de Guerrero.

Ahora bien, en otra región geográfico-cultural, la Costa Grande, se han encontrado objetos de estilo teotihuacano en mayor número y variedad que en la región Mezcala, desde donde se supone que pudieron enviar a Teotihuacán conchas marinas, sal, cacao, algodón y otros materiales perecederos (Brush, 1968: 197; Paradis, 1987; Manzanilla López, 2008: 123). Con base en datos de objetos que cuentan con fechas absolutas o relativas tanto de las dos regiones guerrerenses como del propio Teotihuacán, propuse la forma como se relacionaban, avanzando como hipótesis que

<sup>5</sup> Esta región se ubica en el norte de la Sierra Madre del Sur de Guerrero, pero también abarca porciones limítrofes de los estados de Michoacán, México, Morelos y posiblemente Puebla, cubriendo una superficie cercana a los 24 000 km<sup>2</sup> (Reyna, 2006).

en el caso de la región Mezcala se dio una migración masiva al expulsar una considerable cantidad de personas que era necesaria para aportar mano de obra en la gran ciudad, lo que aparentemente no ocurrió con la población de la más lejana Costa Grande, de la que sólo requerían sus productos, los cuales controlarían por medio de oleadas o flujos constantes de individuos intermediarios (Reyna, 2012).

Paradis (1987) ya señalaba que en la relación Teotihuacán-Guerrero, tanto en la región Mezcala como en la Costa Grande, "[...] Teotihuacán fue obviamente la parte dominante en esta relación [...]", cuestión que Cabrera (1998: 58) reitera al decir: "Por su carácter de gran metrópoli, podemos suponer que era mayor el flujo de materiales que llegaban a Teotihuacán que el que se exportaba [...]. Siendo un centro político y religioso, Teotihuacán exportaba más que nada su ideología [...]."

Entonces surgió una pregunta: ¿cómo llegaban a Teotihuacán los productos de la Costa Grande sin dejar huella de su paso por la región Mezcala? Un trabajo reciente daría explicación a esta incógnita.

En Puerto de Allende, municipio de Tlalchapa, en la Tierra Caliente de Guerrero, registramos un sitio que supusimos que era un "enclave" de la magna urbe debido a la abundancia de vestigios descontextualizados, pero también por sus restos arquitectónicos de estilo teotihuacano. Entre los primeros había candeleros, fragmentos de figurillas antropomorfas de las fases Tlamimilolpa (150-350 d.C.) y Metepec (550-650 d.C.), tres pequeñas vasijas "cráter" y un cajete miniatura de paredes curvo-convergentes, además de cuatro esculturas: una serpiente emplumada, otra que representa un cráneo, un fragmento del cuerpo de una figura antropomorfa ataviada con faldellín y taparrabo y, por último, una cabeza antropomorfa con la nariz y la boca torcidas que representaría a Nanahuatzin (Matos, 1995: 135).

Al inquirir sobre el lugar de donde procedían las vasijas "cráter", inspeccionamos un montículo saqueado donde supuestamente había una tumba, en el cual registramos los restos de un muro en talud coronado por un iztapaltete (Reyna, 2012).

Más aún, en esta ruta, la cual suponemos que pasó por el valle de Toluca, si los teotihuacanos hubieran incursionado hacia Zihuatanejo habrían pasado por el actual municipio de Coahuayutla, donde abundan las "paletas de pintura", pequeños metates para moler pigmentos atribuidos al Clásico (Maldonado, 1980),

pigmentos que tan abundantemente se utilizaron en la pintura mural de Teotihuacán (Reyna y Silis, 2014) (figura 2).

### El Epiclásico: retorno y empuje poblacional

Sobre el Epiclásico (650/700-900/1000 d.C.), corto lapso de apogeo en que resurge la cultura Mezcala, ya me he referido con amplitud en otras ocasiones (Reyna, 2003a y 2006). Sólo resalto que ese apogeo tal vez se debió al “aumento demográfico” producto del retorno de la población a su lugar de origen, ocasionado por la “expulsión intensa y masiva en el ocaso de Teotihuacán”.

Para finales del Epiclásico y principios del Posclásico temprano tomamos la dispersión de la cerámica matlatzinca como un ejemplo de movimientos poblacionales; tal dispersión la percibimos desde el valle de Toluca hacia el actual norte de Guerrero, que coincide con el “empuje” que pudieron ejercer los grupos que retornaron a territorio michoacano hacia 900 d.C. (Reyna y Galeana, 2010) (figura 3).

Para épocas posteriores al Posclásico temprano no me atrevo a hablar por falta de investigaciones y, por ende, de datos. Para el Posclásico tardío, último horizonte de integración cultural y momento de “supresión o avasallamiento de ciudades independientes” (Niederberger, 1987: 692, 694), abundan las investigaciones etnohistóricas, por ahora más calificadas para hacerlo que las escasas investigaciones arqueológicas.

### Palabras finales

Hemos visto que, de los temas interrelacionados –cálculos y movimientos de población y rutas de intercambio–, sólo los dos últimos se han esbozado como resultado de las investigaciones arqueológicas en Guerrero, pues el primero, hasta donde tenemos conocimiento, no se ha trabajado. Las rutas o redes de intercambio implican contactos entre poblaciones de regiones cercanas o distantes. Edith Ortiz (2006: 38) afirma que “la manera en que la arqueología puede establecer cuáles eran los caminos y rutas de intercambio entre diversas regiones es mediante la presencia de materiales foráneos en contextos arqueológicos”. Sin embargo, en los pocos casos en que se han analizado y cuantificado los materiales, se evidencia que la mayoría son autóctonos y la minoría importados (Lister, 1948; Schmidt, 1990; Reyna, 2003a); es decir, en su fabricación se utilizaron materias primas

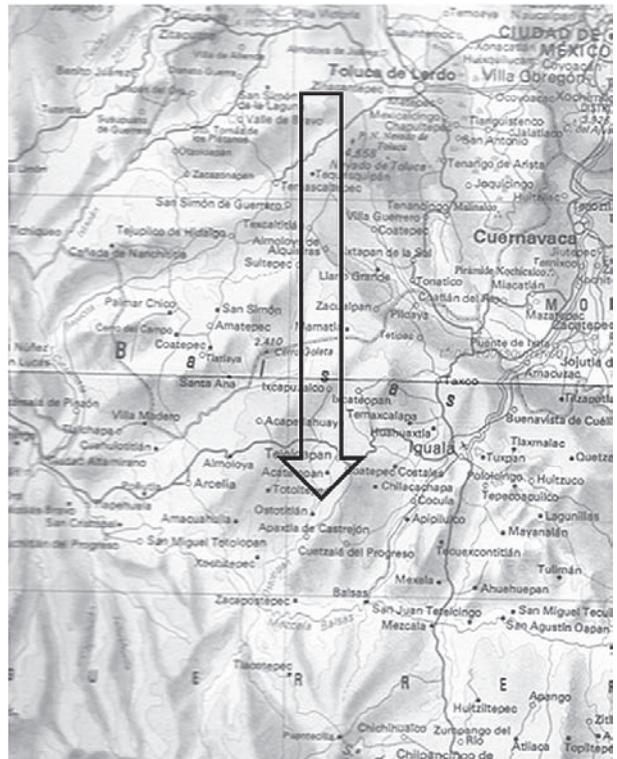


Figura 3 Quizá por el “empuje” de los pueblos que retornaron a territorio michoacano hacia 900 d.C. se dispersó la cerámica matlatzinca hacia Guerrero, sobre todo al norte de la entidad

propias del entorno, aun cuando tengan un innegable parecido morfológico o estilístico con objetos de otras regiones, pues resulta más factible que intercambiaran ideas en vez de objetos.

Además, “las redes de intercambios regionales eran, probablemente, mucho más ricas de lo que deja entrever el simple inventario arqueológico” (Niederberger, 1987: 683, 685). El equilibrio entre datos e interpretación para comprender el intercambio interregional en el desarrollo de las sociedades complejas, como escribió Drennan (1998: 35), “[...] no viene ni del debate teórico desvinculado de la información empírica ni de la sola recolección de datos, sino de la utilización de la información empírica en la evaluación de teorías y de emplear la teoría como guía para la investigación empírica”.

Para deducir movimientos de población con base en la presencia de los materiales o de las ideas plasmadas en ellos se debe conocer, como ya apuntamos, además de su edad, su punto de origen, su trayectoria y su región de recepción.

De estas condicionantes, la trayectoria es la más difícil de establecer, muchas veces por falta de investigación, y en otros casos porque no queda huella. Las rutas que se podrían rastrear son las terrestres; las fluviales y marítimas sólo se infieren por la presencia de materiales foráneos en puntos a veces tan distantes

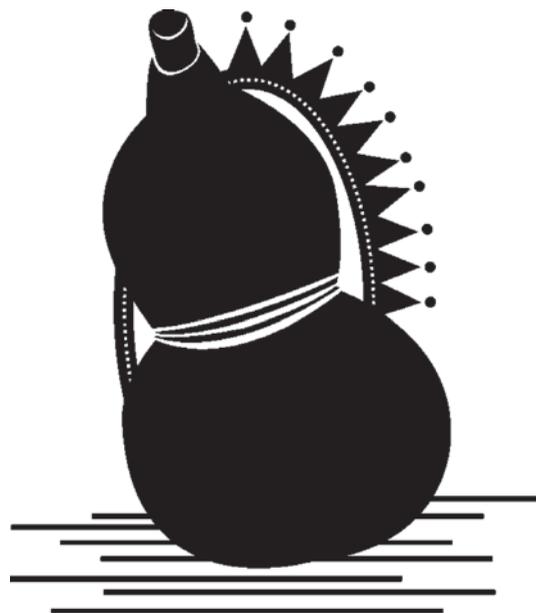
como Sudamérica, Centroamérica, Mesoamérica y el actual suroeste de Estados Unidos.

En este breve esbozo sobre cómo se conocen o cómo se visualizan desde la arqueología los movimientos de población y las rutas de intercambio que dieron lugar a las relaciones en el interior de una región determinada o entre las distintas regiones de Mesoamérica consideramos que su complejidad requiere incrementar los trabajos interdisciplinarios, pues queda claro que sólo aquellas investigaciones que cuentan con evidencias y datos sólidos son las que llegan a formular hipótesis más válidas.

## Bibliografía

- Antúnez, Erasto, "Las lenguas perdidas de Guerrero", ponencia presentada en la Cátedra Ignacio Manuel Altamirano, Chilpancingo, Guerrero, 4 de marzo de 2010.
- Brambila Paz, Rosa y Ana María Crespo, "Desplazamientos de poblaciones y creación de territorios en el Bajío", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 155-174.
- Brush, Ellen Sparry, "The Archaeological Significance of Ceramic Figurines from Guerrero, México", tesis de doctorado en filosofía, Nueva York, Facultad de Ciencias Políticas-Universidad de Columbia, 1968.
- Cabrera Castro, Rubén, "La verificación de algunos de los resultados del *Mapping Project* en recientes excavaciones en Teotihuacán", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XXXII: "Arqueología de superficie", 1986, pp. 127-140.
- \_\_\_\_\_, "Teotihuacán. Nuevos datos para el estudio de las rutas de comunicación", en E. Rattray (ed.), *Rutas de intercambio en Mesoamérica. III Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, México, IIA-UNAM, 1998, pp. 57-75.
- Carot, Patricia, "Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en Michoacán: el retorno de los que se fueron", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 103-122.
- Clarke, David L., *Arqueología analítica*, 2ª ed., Barcelona, Bellaterra, 1984.
- Covarrubias, Miguel, "Tipología de la industria de piedra tallada y pulida de la cuenca del río Mezcala", en *El Occidente de México. IV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, SMA, 1948, pp. 86-90.
- Drennan, Robert D., "¿Cómo nos ayuda el estudio sobre el intercambio interregional a entender el desarrollo de las sociedades complejas?", en E. Rattray (ed.), *Rutas de intercambio en Mesoamérica. III Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, México, IIA-UNAM, 1998, pp. 23-39.
- Hers, Marie-Areti, "Imágenes norteñas de los guerreros tolteca-chichimecas", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 11-44.
- Kirchhoff, Paul, "Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", suplemento de *Tlatoani*, 2ª ed., 1967.
- Jiménez Betts, Peter, "Llegaron, se pelearon y se fueron: los modelos, abusos y alternativas de la migración en la arqueología del norte de Mesoamérica", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 57-74.
- Lister, Robert H., "An Archaeological Survey of the Region about Tloloapan, Guerrero", en *El Occidente de México. IV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, SMA, 1948, pp. 107-122.
- Maldonado Cárdenas, Rubén, *Ofrendas asociadas a entierros del Infemillo en el Balsas*, México, INAH (Científica, 91), 1980.
- Manzanilla, Linda, "Análisis de componentes urbanos en Mesopotamia y en Mesoamérica: consideraciones metodológicas", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XXXII: "Arqueología de Superficie", 1986, pp. 107-117.
- \_\_\_\_\_, "El horizonte Clásico", en L. Manzanilla y L. López Luján (eds.), *Historia antigua de México II*, México, INAH/UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 2001, pp. 203-239.
- \_\_\_\_\_, "Migrantes epiclásicos en Teotihuacán. Propuesta metodológica para el análisis de migraciones del Clásico al Posclásico", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 261-273.
- Manzanilla López, Rubén, *Cuetlajuchitlán, sitio preurbano en Guerrero. Un ejemplo de la sociedad jerárquica agrícola en la región Mezcala*, México, Euroamericanas/INAH, 2006.
- \_\_\_\_\_, *La región arqueológica de la Costa Grande. Su definición a través de la organización social y territorial prehispánicas*, México, INAH (Científica, 526), 2008.
- Matos, Eduardo, *Museo de la Cultura Teotihuacana*, México, INAH/Instituto Cultural Domecq, 1995.
- Mentz, Brígida von, "Minería, recursos naturales y conflictos étnicos en el norte de Guerrero durante el siglo XVI", ponencia presentada en el Seminario de Estudios Multidisciplinarios sobre Guerrero, México, Coordinación Nacional de Antropología-INAH, 1 de junio de 2010.
- Niederberger, Christine, *Paleopaysages et archéologie préurbaine du Bassin de Mexique. Collection Etudes Mesoaméricaines*, 2 tt., México, Centre d'études Mexicaines et Centraméricaines, 1987.
- \_\_\_\_\_, "Nácar, 'jade' y cinabrio: Guerrero y las redes de intercambio en la Mesoamérica antigua (1000-600 a.C.)", en C. Niederberger y R. M. Reyna (coords.), *El pasado arqueológico de Guerrero*, México, INAH/CEMCA/Gobierno del Estado de Guerrero, 2002, pp. 175-223.
- \_\_\_\_\_, y Rosa Ma. Reyna R., "Saqueo y destrucción del patrimonio arqueológico en la cuenca del río Balsas: una llamada

- de auxilio", en C. Niederberger y R. M. Reyna (coords.), *El pasado arqueológico de Guerrero*, México, INAH/CEMCA/Gobierno del Estado de Guerrero, 2002, pp. 567-583.
- Ortiz Díaz, Edith, "Camino y rutas de intercambio prehispánico", en *Arqueología Mexicana*, vol. XIV, núm. 81, 2006, pp. 37-42.
- Paradis, Louise Iseult, "Patrones de intercambio precolombino en el estado de Guerrero, México", en *Rutas de intercambio en Mesoamérica. XVI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, SMA, t. II, 1980, pp. 211-218.
- \_\_\_\_\_, "Teotihuacan and Precolumbian Guerrero", ponencia presentada en la Society for American Archaeology, Toronto, 1987.
- \_\_\_\_\_, "El estilo Mezcala en contexto", en *Arqueología*, segunda época, núm. 5, 1991, pp. 59-68.
- \_\_\_\_\_, "Ahuinahuac: una aglomeración urbana al final del Preclásico y principios del Clásico en la región Mezcala-Balsas, Guerrero", en C. Niederberger y R. M. Reyna (coords.), *El pasado arqueológico de Guerrero*, México, INAH/CEMCA/Gobierno del Estado de Guerrero, 2002, pp. 77-97.
- Paredes Gudiño, Blanca, "Análisis de flujos migratorios y composición multiétnica de la población de Tula, Hgo.", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 203-226.
- Pereira, Grégory, Gérald Migeon y Dominique Michelet, "Transformaciones demográficas y culturales en vísperas del Posclásico: los sitios del cerro Barajas (suroeste de Guanajuato)", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 123-136.
- Rattray, Evelyn, *Teotihuacán: cerámica, cronología y tendencias culturales*, México, INAH/Universidad de Pittsburgh, 2001.
- Reyna Robles, Rosa Ma., *La Organera-Xochipala, un sitio del Epiclásico en la región Mezcala de Guerrero*, México, INAH (Científica, 453), 2003.
- \_\_\_\_\_, *La cultura arqueológica Mezcala*, México, INAH (Científica, 487), 2006.
- \_\_\_\_\_, "La relación Teotihuacán-Guerrero: datos e interpretación", ponencia presentada en el Simposio Teotihuacán y el Occidente. Interacción, Símbolos de Poder y Procesos Políticos, 29 de noviembre de 2012.
- \_\_\_\_\_, "Cálculos y movimientos de población: el Clásico en Guerrero", ponencia presentada en el Seminario sobre el Norte de Guerrero, México, Coordinación Nacional de Antropología-INAH, 16 de abril de 2013a.
- \_\_\_\_\_, "Economía y rutas de intercambio", ponencia presentada en el Seminario sobre el Norte de Guerrero, Coordinación Nacional de Antropología-INAH, 18 de junio de 2013b.
- \_\_\_\_\_ y Elizabeth Galeana, "El Clásico en Guerrero: ¿interacción o movimientos sociales?", ponencia presentada en la IV Mesa Redonda El Conocimiento Antropológico e Histórico sobre Guerrero: Movimientos Sociales, Causas y Consecuencias, Taxco, 18-21 de agosto de 2010.
- \_\_\_\_\_ y Lauro González Quintero, *Rescate arqueológico de un espacio funerario de época olmeca en Chilpancingo, Guerrero*, México, INAH (Científica, 382), 1998.
- \_\_\_\_\_ y Omar Silis, "Arqueología en el área de Coahuayutla", ponencia presentada en la VI Mesa Redonda El Conocimiento Antropológico e Histórico sobre Guerrero: Avances en su Investigación y su Relación con las Regiones Vecinas, Taxco, 26-29 de agosto de 2014.
- Sanders, William, "The Central Mexican Symbiotic Region: a Study in Prehistoric Settlement Patterns", en G. Willey (ed.), *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*, Nueva York, Viking Fund Publications in Anthropology, núm. 23, 1956, pp. 115-127.
- Schmidt, Paul, *Arqueología de Xochipala, Guerrero*, México, IIA-UNAM, 1990.
- Serra Puche, Mari Carmen, *Xochitécatl*, México, Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1998.
- Sugiura Y., Yoko, "Reacomodo demográfico y conformación multiétnica en el valle de Toluca durante el Posclásico", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 175-202.
- Stark L., Barbara, "Estilos de volutas en el periodo Clásico", en E. Rattray (ed.), *Rutas de intercambio en Mesoamérica. III Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, México, IIA-UNAM, 1998, pp. 215- 231.
- Uruñuela Ladrón De Guevara, Gabriela y Patricia Plunket Nagoda, "La transición del Clásico al Posclásico: reflexiones sobre el valle de Puebla-Tlaxcala", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 303-324.
- Willey, Gordon R. y Phillip Phillips, *Method and Theory in American Archaeology*, Chicago, Phoenix Books/University of Chicago Press, 1963.



# La migración, una tradición prehispánica: la Montaña de Guerrero

Danièle Dehouve\*

“**M**igrar” es una palabra que designa el desplazamiento de poblaciones de un país a otro a fin de establecerse en un nuevo asentamiento. Más allá de esta definición sencilla, la migración se refiere a situaciones muy diversas que afectan a los seres humanos de manera distinta y despertan sentimientos tan opuestos como el terror de la invasión, la desesperanza del éxodo, la ilusión del éxito económico o la nostalgia de la patria perdida. Las poblaciones del México prehispánico añadieron a esta gama de significados un sentido muy peculiar, pues para ellos la referencia a una migración primordial representaba una forma de construirse una historia y una identidad, así como de confirmar sus derechos sobre la tierra.

Esta tradición no fue entendida por los españoles, como lo comprueba la reflexión del dominico Durán (2002: I, cap. 1, 54): “[...] ellos mismos ignoran su origen y principios, dado caso que siempre confiesan haber venido de tierras extrañas [...]”. Para los europeos, que basaban su dominio territorial en la antigüedad de su presencia en un lugar, resultaba asombroso encontrar pueblos que legitimaban su existencia con el recuerdo de una peregrinación. De hecho, numerosos pueblos de Mesoamérica conservaban la memoria de un origen extraño y una migración. El caso más conocido es el de los mexicas, que contaban su peregrinación desde la isla de Aztlán hasta México-Tenochtitlán. Tal era también el caso de los purépechas de Michoacán, que dijeron haber llegado del norte, y de los quichés de Guatemala, que afirmaron haber salido de Tula.

Las poblaciones nahuas de la Montaña de Guerrero tienen una “tradición chica” si se compara con la de los mexicas, los purépechas y los quichés. Su viaje fue corto, del Altiplano central a la Sierra Madre del Sur, el tiempo de la migración no rebasó unas décadas y la época de salida correspondió al final del dominio prehispánico. Sin embargo, esta tradición “chica” comparte con las “grandes” tradiciones una estrecha relación entre mito e historia. Por una parte, los desplazamientos de poblaciones fueron un hecho real; por la otra, tal hecho fue recordado y transformado por la memoria colectiva de grupos incapaces de concebir un origen que no fuera un recorrido y una peregrinación.

## La conquista mexicana de Guerrero

En conjunto, el actual estado de Guerrero fue el lugar de llegada de migraciones nahuas (para lo que sigue, véase Dehouve, 1994: 22-24, 1995: 37-48, 2001: 81-82; Carrasco, 1996: 382-401). Entre el imperio tarasco o purépecha –al oeste– y los señoríos mixtecos –al este– se extendía una amplia

\* Directora de investigaciones emérita, CNRS (Centro Nacional de Investigaciones Científicas), París, Francia (daniele.dehouve@gmail.com).

superficie poblada por numerosas etnias organizadas en pequeños señoríos, como los chontales, los cuitlatecos y los yopis.

Las migraciones nahuas que argüían tener el origen más antiguo eran las de los cohuixca o coixca, que hablaban una variante del náhuatl. Asumían el mismo origen que los aztecas y afirmaban que eran una de las tribus de la peregrinación chichimeca salida de Aztlán y llegada a Iguala y Tepecuacuilco en una época anterior al siglo XIII. A partir de su llegada, los cohuixcas colindaron por el oeste con el grupo lingüístico chontal, y por el este con el yopi. Por su parte, los hablantes de náhuatl de Cuetzala (hoy Cuetzala del Progreso) narraban a finales del siglo XVI que sus antepasados salieron del norte al mismo tiempo que los aztecas y que después de cierto tiempo lograron apoderarse de algunas tierras de los chontales.

Pero la mayor parte de las migraciones nahuas vinieron en apoyo a la conquista mexicana de Guerrero, iniciada en el siglo XV. En 1430 los guerreros de Itzcóatl (1427-1440) entraron por primera vez en el territorio chontal y cohuixca, tomaron los pueblos de Tepetlacingo, Tepecuacuilco, Iguala y Cuetzala e incluso llegaron hasta Ixtepec por el oeste, Zacualpan por el este y Tetela del Río por el sur. Más tarde Moctezuma Ilhuicamina (1440-1469) continuó la conquista de otros pueblos de la misma zona; entre otros, se apoderó de Tlalcozautitlán y fundó Chilapa. Sus sucesores, Axayácatl (1469-1481) y Tízoc (1481-1486), llegaron hasta Tlapa –al este– y fortalecieron la guarnición de Oztuma –al oeste–. Finalmente, Ahuitzotl (1486-1502) logró someter la mayor parte del actual estado, llegando hasta las dos costas.

Para finales del siglo XVI se registraban en varias partes algunos núcleos de población de habla náhuatl de origen más reciente que los cohuixcas y los pobladores de Cuetzala mencionados arriba. En Acapetlahuaya, por ejemplo, a media legua del fuerte de Oztuma se encontraban los descendientes de una guarnición mexicana. Las cabeceras de Teloloapan y Zumpango, de habla náhuatl, estaban rodeadas de estancias chontales. El pueblo de Cocula se dividía en dos barrios: el de “cuixca” (es decir, de cohuixcas) y el de “mexicanos”. En la Costa Chica cuatro pueblos eran “mexicanos”: Nexpa, Cuauhtepic, Xalapa y Copalitech, y dos más en la Costa Grande: Coyuca (hoy Coyuca de Benítez) y el pueblo cercano de Citlala (hoy desaparecido).

La región de Tlapa, llamada la Montaña, cubre la parte oriental de Guerrero. También ésta recibió mi-

graciones de población de habla náhuatl. Su originalidad consiste en que para esta región disponemos de documentos distintos a los del resto del estado; mientras que en este último caso destacan las relaciones geográficas redactadas por españoles, en la Montaña predominan los relatos de migración redactados en náhuatl y español, así como los documentos pictográficos elaborados por los propios indígenas.

### Las dos clases de documentos indígenas de la Montaña

Si seguimos los datos proporcionados por el Códice Azoyú I (Toscano, 1943; Vega Sosa, 1988), el señorío de Tlapa-Tlachinollan fue fundado en 1300 y podemos pensar que fue pluriétnico: primero mixteco y tlapaneco hasta que, posteriormente, el náhuatl se unió a los dos primeros grupos lingüísticos. En efecto, Tlapa fue sometido dos veces por los mexicas, la primera bajo Tízoc, en 1481, y la segunda bajo Ahuitzotl, en 1486 (según el Códice Azoyú I). Esto queda confirmado por los Anales de Cuauhtitlan: “Este mismo año [7 *mazatl* del calendario tlapaneco, es decir, 7 *tochtli* del calendario mexicana, o sea, 1486] se destruyeron y acabaron los de Coscacuautenango, tlapaneca” (Toscano, 1943).<sup>1</sup>

La región de Tlapa es muy rica en documentos pictográficos indígenas, todos ellos coloniales, contemporáneos del siglo XVI o posteriores. Se pueden dividir en dos clases. Un primer tipo de documentos fue elaborado por la nobleza indígena deseosa de conservar sus privilegios después de la llegada de los españoles. Fueron compuestos en el siglo XVI o a principios del XVII, periodo crucial para los antiguos señores –los cuales eran llamados en náhuatl *tlahtoqueh* y *tetecuhtin*, con el plural de *tlahtoani* y *tecuhtli*–: ellos querían mantener su influencia en el gobierno de los pueblos, así como conservar algunos de sus derechos a la percepción de tributos y a la tenencia de la tierra (Dehouve, 2002: 142-156).

De modo que era importante que presentaran pruebas de la antigüedad de sus genealogías ante la justicia española; para tal efecto mandaron reunir documentos y realizar lienzos pictográficos. Los más conocidos son el Códice Azoyú I y II, el Lienzo de Tlapa, el Códice Humboldt, el Palimpsesto Veinte Mazorcas y el Lienzo Totomixtlahuaca o Códice Condumex, que a partir de 1943 fueron el objeto de varios estudios sucesivos, aunque ninguno de ellos logró sintetizar un panorama

<sup>1</sup> Coscacuautenango es un lugar situado a un lado de Chiepetlán, según el código que lleva este nombre.



Mapa 1 La montaña de Tlapa: pueblos referidos en el texto

completo –los estudios más recientes son de Gutiérrez, König y Brito (2009), así como de Vega Sosa y Oudjik (2012).

El segundo tipo de documentos indígenas está constituido por el corpus de los documentos de migración nahua a la Montaña de Tlapa. Son más tardíos, del siglo XVIII, y responden a otra clase de preocupación: la de los pueblos de indios deseosos de conseguir el reconocimiento de su propiedad agraria por la Corona española. Éstos son los que evocaré en este artículo.

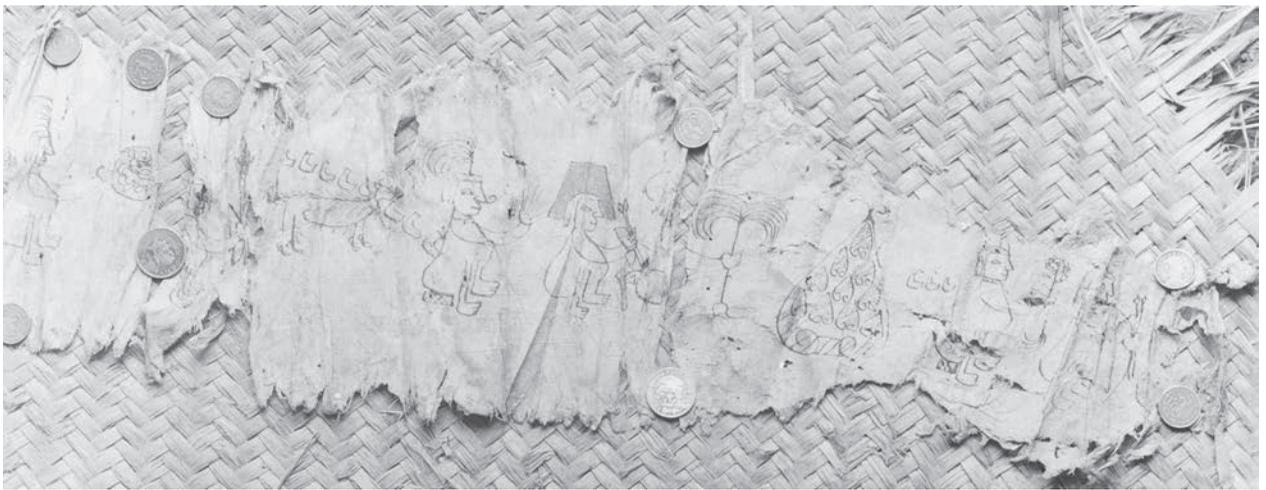
### El descubrimiento de los documentos de migración en la Montaña

A más de 40 años del descubrimiento del primero de estos documentos, vale la pena recordar esta pequeña historia que empezó con mi llegada a Tlapa, en abril de 1967. Joven antropóloga becada por la Universidad Nacional Autónoma de México, fui a realizar los estudios de campo necesarios para la redacción de mi “tesis de tercer ciclo” preparada bajo la dirección de Georgette Soustelle en la Sorbona de París. Pasé un año en el

pueblo náhuatl de Xalpatláhuac, cercano a Tlapa, antes de regresar a Francia y retornar a México en diciembre de 1969, invitada por Guy Stresser-Péan, director de la Misión Arqueológica y Etnológica Francesa en México. Como había vuelto a vivir en Xalpatláhuac, un zapatero de Tlapa me indicó que el pueblo de Chiepetlán, de donde era originario, poseía varios documentos pictográficos antiguos. Así se lo señalé a Guy Stresser-Péan, quien envió a un fotógrafo de la misión para que tomara imágenes de los lienzos, los cuales fueron estudiados y publicados por Joaquín Galarza (1972). El análisis de los documentos pictográficos del pueblo de Chiepetlán, en número de seis, fue completado con la Relación geográfica de Chiepetlán, fechada en 1777, ya conocida por Barlow (1946), la cual contenía un relato acerca de la migración que condujo a fundar Chiepetlán (véase el mapa 1 para consultar los pueblos mencionados en el artículo).

Durante esa misma estancia de 1969-1970 descubrí, en el pueblo de Xalatzala, un documento en caracteres latinos, redactado en náhuatl y en español, que describía la migración que condujo a los antepasados de los habitantes del lugar a fundar el pueblo: el Relato de fundación de Xalatzala. El “comisario” del lugar, que es el nombre que se da al delegado municipal en Guerrero, también conservaba en su casa, en una canasta, dos fragmentos pictográficos que representaban esa misma migración. Guy Stresser-Péan envió al mismo fotógrafo de la Misión a registrar una imagen de las piezas. Cuando más tarde volví para saber en qué estado se encontraban los fragmentos, supe que habían desaparecido, de manera que las únicas huellas de su existencia se encuentran en la publicación que hice de los mismos bajo el nombre de La Tira de Xalatzala (Dehouve, 1995: 31-32, cuya fotografía se reeditó en Jiménez y Villela, 1998: 152; figuras 1 y 2).

A partir de entonces alterné mis estancias entre París y la Montaña. Fue en 1972 cuando descubrí en Ocoatequila, otro pueblo nahua de la zona, un relato de fundación en náhuatl y español comparable al de Xalatzala, de modo que publiqué ambos –el de Xalatzala y el de Ocoatequila– en un artículo (Dehouve, 1976b). Posteriormente, trabajando en la Biblioteca Nacional de México, encontré en el fondo Tenencia de la Tierra en Puebla dos copias de un texto en náhuatl que relata la fundación de Tlaquilcingo, pueblo cercano a los ya mencionados. Por último, cuando a partir de 1972 empecé a viajar a la zona tlapaneca –hoy llamada *me’phaa*–, en particular al pueblo de Malinaltepec,



**Figuras 1 (arriba) y 2 (abajo)** Tira de Xalatzala, núms. 1 y 2, documento fotografiado en 1969 en el pueblo de Xalatzala, conservado en el Centro de Estudios Mesoamericanos y Centro Americanos, México

tomé numerosas fotografías de su relato de fundación en español, que acompaña a dos documentos pictográficos –uno es la copia del otro– pintados sobre lienzos. Publiqué el Lienzo de Malinaltepec en un artículo (Dehouve, 1982) y además encontré, en el Archivo General de la Nación (AGN, ramo Tierras, vol. 348), un texto en español que se presenta como el otorgamiento de tierras por los señores de Teocuitlapa; algunos de sus nombres son los mismos que los mencionados en el Lienzo de Malinaltepec. El conjunto de estos documentos –Xalatzala, Ocotequila, Tlaquilcingo, Malinaltepec y Teocuitlapa– se publicó en mi libro *Hacia una historia del espacio* (Dehouve, 1995).

Entretanto, el antropólogo estadounidense Marion Oettinger había llegado a la Montaña en 1971 con la finalidad de preparar una tesis sobre el pueblo tlapaneco de Tlacoapa. Al visitar otras comunidades, encontró un lienzo en el pueblo nahua de Petlacala, cercano a

Tlapa. Se trataba de una pintura realizada en 1953 por un maestro de artes de Tlapa, llamado Agustín López Recéndez, con el objetivo de reemplazar el original, supuestamente del siglo XVIII y parcialmente quemado en 1950. En los años siguientes el documento original sufrió más daños: escapó a un nuevo incendio y a una inundación, hasta que sólo quedaron algunos fragmentos. Marion Oettinger vio por primera vez la copia del Lienzo en 1972 y los fragmentos del original quemado en 1976. En ese mismo año fotografié los documentos en Petlacala (copia y original).

A continuación el *Lienzo* fue publicado por Oettinger y Horcasitas (1982). Por mi parte, comparé el texto escrito en la pintura reciente de Petlacala con la amplia tradición de migraciones de los otros pueblos que había estudiado. Esto me llevó a afirmar (Dehouve, 1995: 71-76) que este texto debió mucho a la imaginación del pintor que realizó el lienzo en 1953. En

consecuencia, la presencia de este documento comprueba que Petlacala pertenece al grupo de pueblos nahuas que tuvieron un documento de migración y fundación, si bien su contenido y la relación de los lugares mencionados en el transcurso de la migración resultan poco confiables.

Hoy en día esta pintura debe mucha de su fama al ritual que siguen celebrando cada año los habitantes de Petlacala en honor a su Lienzo (Jiménez y Villela, 1998: 67-73).

### **Los siete pueblos con relatos de migración y fundación**

En total son siete los pueblos de la Montaña que conservan documentos de migración y fundación:

#### *Chiepetlán*

Los Lienzos II y III de Chiepetlán (Galarza, 1972: 69-112) son documentos de migración y fundación sin fecha. Están completados por la Relación de Chiepetlán, redactada en 1777 por el cura del pueblo y ya publicada (Barlow, 1946; Galarza, 1972; Martínez Rescalvo, 2010). Estos documentos encierran dos tipos de información, referentes a la migración que condujo a los emigrantes del Altiplano central a Chiepetlán y al reparto de tierras del cual fueron beneficiarios. El Lienzo II representa a 85 emigrantes repartidos en 26 grupos (Galarza, 1972: 81). El Lienzo III pone en escena el otorgamiento de las tierras a los señores de Chiepetlán, delimitando sus posesiones de las de los pueblos vecinos de Tenango, Quiautepec, Cualac y Zacualpa (*ibidem*: 107). La Relación de Chiepetlán de 1777 contiene una información semejante en español.

#### *Xalatzala*

El Relato de Xalatzala, que estaba resguardado en 1969 por el comisario del lugar, comprendía seis folios en náhuatl parcialmente destruidos y ocho en español mejor conservados, fechados en 1799. Constaba de dos partes: la primera reseñaba la migración desde el Altiplano, con todas sus etapas, hasta Xalatzala. La segunda describía el otorgamiento de tierras a los inmigrantes y señalaba los límites de sus terrenos. Estos documentos estaban acompañados por una tira de papel en muy mal estado que representaba de manera pictográfica a esa misma migración.

#### *Ocotequila*

El Relato de Ocotequila estaba conservado por las autoridades del pueblo de este nombre cuando lo consulté en 1972. Comprendía una versión en náhuatl de cuatro folios fechada en 1758 y una versión en español con el mismo número de páginas fechada en 1755 o 1765. El relato, comparable a los anteriores, describe la migración y el reparto de tierras.

#### *Tlaquilcingo*

El Relato de Tlaquilcingo existe bajo la forma de dos copias del mismo texto, en náhuatl, sin fecha, conservado en la Biblioteca Nacional de México (fondo Tenencia de la Tierra en Puebla) y se encuentra construido como los anteriores.

#### *Petlacala*

El Lienzo de Petlacala (Oettinger y Horcasitas, 1982) es una pintura de 77 x 90 cm, copia de 1953 de un documento anterior destruido. Se conserva en el pueblo del mismo nombre. En torno a la representación central de personajes vestidos al estilo colonial (Carlos V y tres señores indígenas), dos orlas dan la vuelta al Lienzo. La orla externa soporta el relato en náhuatl de la migración de los señores de Petlacala. La orla interna lleva la relación en náhuatl de los linderos del pueblo. En otras palabras, el contenido informativo es el mismo que en los demás documentos –etapas de la migración y reparto de tierras– pero los nombres han sido reinterpretados por el pintor de 1953 y no pueden ser tomados como una información fiable (Dehouve, 1995: 71-76).

#### *Malinaltepec*

Los cinco primeros pueblos mencionados arriba son de habla náhuatl y, por lo tanto, la reivindicación de su origen en el Altiplano central no tiene nada asombroso. No es el caso de las comunidades que mencionaremos ahora. Malinaltepec es hoy de habla tlapaneca o *me'phaa*. Hasta la fecha posee dos lienzos pintados (Lienzo I, 49.2 x 42.2 cm; Lienzo II, 47.5 x 39 cm) con el mismo contenido, conservado por las autoridades del pueblo (para mayores detalles, véase Dehouve, 1995: 109-137). Éstos representan a un grupo de caciques y caticas con nombre náhuatl, sentados alrededor de

una mesa en medio de un territorio delimitado por nombres de cerros en la orla externa. Al pie de la iglesia se lee “AÑO DE 1520” y en la mesa central: “1556 MARTES SEIS DE MARZO DE MIL QUINIENTOS CINCUENTA Y SEIS CACIQUES D. MALINALTEPEC”. Al contrario de lo que expresan estas fechas, ambos Lienzos son muy posteriores al siglo XVI. En efecto, están acompañados de dos manuscritos en español fechados en 1740 y 1743. El primero contiene un relato de migración que empieza en el momento de la salida de los señores por un arroyo que lleva un nombre mixteco y un reparto de tierras muy detallado. El segundo reza que la pintura fue realizada en 1743 por un pintor de Tlapa llamado Bartolomé de Zouza.

### *Teocuitlapa*

Por último, otro documento (AGN, Tierras, 348) trata del pueblo de Teocuitlapa, de habla tlapaneca o *me'phaa*, como Malinaltepec. Es un relato corto de una hoja, fechado de 1787, que alude rápidamente a una migración (“salimos de Texmelincan Tecican, ahora de aquí nos venimos a Teocuitlapa el pueblo de San Lucas”) antes de dar los nombres de los límites agrarios de la comunidad. Lo interesante es que varios nombres de caciques son los mismos que aparecen en los documentos de Malinaltepec.

### **Las circunstancias de la elaboración de los documentos**

Como acabamos de ver, las fechas que aparecen en estos documentos son las siguientes: 1740, 1743, 1758, 1777, 1787, 1799. Todos se presentan como copias de documentos anteriores y afirman relatar sucesos que se remontan a la conquista española o poco después.

El conocimiento de la historia regional permite proponer una datación más exacta. En efecto, el siglo XVI en la región de Tlapa fue un periodo de delimitación territorial y no agraria; en otros términos, los españoles se preocuparon por fijar la división político-administrativa que otorgaba a los pueblos los rangos de cabecera y sujeto, con el gobierno indígena que les correspondía. En respuesta, las reivindicaciones de los señores indígenas fueron numerosas, pero de ninguna manera podían referirse a un reparto agrario de terrenos del tipo que nos ocupa. Este reparto empezó con las “composiciones de tierras” en 1710. A partir de esta fecha, para responder a la legislación española, cada pueblo –cabecera o sujeto– procuró legalizar su posesión de tierras

comunales. No pocas veces este proceso desembocó en conflictos agrarios entre comunidades vecinas. Por lo tanto, es verosímil que los documentos de los siete pueblos referidos, que tenían la finalidad de legitimar su posesión agraria ante la Corona, se hayan establecido en el curso del siglo XVIII.

Ahora bien, ¿esto significa que las comunidades se inventaron un pasado para la ocasión? Al contrario, pienso que pusieron en forma escrita los elementos de tradición oral que correspondían a su lugar. En efecto, llama la atención que a pesar de responder a una forma estereotipada que examinaremos a continuación, cada uno de los relatos presenta detalles que no pertenecen a ningún otro. Cotejándolos, propongo que las migraciones nahuas empezaron a llegar a la región de Tlapa en 1490 y que los últimos fundadores de pueblos se establecieron entre 1520 y 1530 de la siguiente manera (Dehouve, 1995: 70):

- 1486: conquista de Tlapa-Tlachinollan por los mexicas, según el Códice Azoyú.
- 1490: fundación de Chiepetlán por emigrantes originarios de Xochimilco, según la Relación de Chiepetlán. En la misma fecha, fundación de Tlaquilcingo, según el *Relato* del mismo nombre: los regalos ofrecidos por los emigrantes a cambio del derecho de cultivo son todos prehispánicos.
- 1521-1522: entrada de los españoles a Tetenanco (Tenango), según el Códice Azoyú.
- 1530: cristianización de los señores de Tlapa, según el Códice Azoyú.
- Entre 1520 y 1530 o después: llegada de los señores de Xalatzala, Ocotequila, Teocuitlapa y Malinaltepec. Los regalos ofrecidos por los emigrantes a los señores de Tlapa son en parte españoles (pesos de oro) o se destinan a señores que llevan un nombre de bautismo o un apellido español.

### **El relato estereotipado**

Los documentos fueron elaborados en el curso del siglo XVIII por personas capaces de escribir y pintar, contratadas por los gobernantes de los pueblos indígenas, deseosos de presentar sus expedientes ante la Justicia española. Ya tenemos conocimiento del nombre de un pintor de Tlapa, Bartolomé de Zouza, quien elaboró la pintura de Malinaltepec. Quizá también pintó el documento hoy desaparecido de Petlacala. En lo que se refiere al escribano, capaz de redactar títulos en



náhuatl y en español, es posible que se haya llamado Ventura, Buenaventura o Buenaventura Flores, pues varios relatos mencionan este mismo nombre –el Relato de Ocotequila, de Teocuitlapa y la Relación de Chiepetlán.

En todo caso, los relatos responden a una forma estereotipada, al describir primero la migración y luego el reparto de tierras. La migración de Xalatzala provino de Toluca, mientras que las de Chiepetlán, Tlaquilcingo y Ocotequila se originaron en Xochimilco. Sin embargo, los migrantes de Toluca se unieron a los de Xochimilco para dirigirse juntos hacia Tlapa. Los tres relatos recuerdan los mismos nombres de migrantes que salieron de compañía.

Sin embargo, cada uno de los grupos estaba dirigido por su propio señor: Chipehuehue (fundador de Chiepetlán), Tecamolotzin (fundador de Xalatzala), Ocotequilteuctli y Ocoxalteuctli (fundadores de Ocotequila) y Tlacoscahua (fundador de Tlaquilcingo). Este último nombre, Tlacoscahua, es en realidad una corrupción del título *tlacochcalcatl*, un rango muy importante en las ciudades del México central que significa “el del *tlacochcalco*”, “lugar de la casa de dardos” (*tlacoch(tli)-cal(li)-(co)-catl*). Dignatario, embajador y mensajero, organizador de la guerra, elector, conquistador, general y juez, el alto personaje que llevaba este título era miembro del consejo supremo al lado del *tlahtoani* de Tenochtitlán (Dehouve, 2013 y en prensa), pero todos

los pueblos nahuas tenían un alto personaje de este nombre. El *tlacochcalcatl* que fundó Tlaquilcingo acaso tuviera este rango en Xochimilco o una ciudad del sur del lago o lo ocupó en el señorío de Tlapa-Tlachinollan.

Los relatos enumeran a continuación el nombre de las etapas de la migración. Trazan un recorrido comparable que se inició al sur de Xochimilco, prosiguió entre el río Mexcala y Chiepetlán, donde cada uno se separó para llegar a su destino final. En ese momento solicitaron el derecho de cultivo a los señores que poseían las tierras: los gobernantes de Chiepetlán, Axoxohuicaya (Axuxuca), Oztocingo, y el señor Xochitonalteuctli (según los fundadores de Ocotequila y de Tlaquilcingo), doña Ana Cortés y el señor de Iguala (según los de Xalatzala). Finalmente, todos los relatos coinciden en describir el reparto de tierras y enumerar las mojonearas, pues la finalidad de estos documentos era principalmente agraria, como ya mencionamos.

Los relatos de Malinaltepec y Teocuitlapa se conservan en pueblos que hoy en día son de habla tlapaneca o me’phaa, y difieren de los relatos de los pueblos nahuas en varios aspectos. En primer lugar, sus fundadores llevaron el apellido de Temilitzin, según el Relato de Malinaltepec y su Lienzo: los señores don Diego, Baltasar y Bartolomé Temilitzin y las señoras doña Teresa, Juana y Mónica Temilitzin. Según el Relato de Teocuitlapa, los fundadores de los pueblos de Teocuitlapa, Huitzapula, Zapotitlán y Acatepec fueron don Diego Temilitzin (llamado Quahiscalera Pilli) y don Joseph Ximenes, llamado “Xochitonalteuctli”. Podemos notar que Xochitonalteuctli era el nombre de uno de los señores que otorgaron sus tierras a los migrantes nahuas de Tlaquilcingo y Ocotequila.

Ahora bien, los relatos de Malinaltepec y Teocuitlapa indican también que los Temilitzin y Xochitonalteuctli no recibieron la tierra por parte de un señor ya establecido en el lugar, sino que ellos se la dieron a “sus hijos” de los pueblos de Malinaltepec, Teocuitlapa, Huitzapula, Zapotitlán y Acatepec. Además, si estos señores migraron, no fue desde el Altiplano central, sino desde Texmelincan Tecican, situado en un lugar cercano a Huitzapula.

Por último, los documentos no enuncian las etapas de su migración; al contrario, rezan que los migrantes “salieron” de un arroyo. Todos estos datos permiten pensar que estos textos tomaron la forma de documentos de migración, pero que sus señores, presentados como migrantes, eran en realidad los verdaderos dueños de muchas tierras de la Montaña Alta.

## La peregrinación como fuente de identidad y legitimación

Los documentos examinados muestran que el origen externo de la población fue invocado en toda la Montaña para legitimar el derecho a la posesión agraria. Si bien muchos documentos se perdieron en el transcurso de la historia y no todos los pueblos mandaron elaborar títulos como los que acabamos de presentar, la tradición oral sigue recordando un sinnúmero de peregrinaciones. Se mezclan así hechos históricos de movimientos migratorios de población con una forma mítica o legendaria de constituir una identidad colectiva.

En la zona nahua muchos pueblos conservan la memoria de una migración primordial, de la cual pueden coexistir varias versiones. Cuando vivía en Xalpatláhuac los habitantes contaban que sus antepasados tuvieron que emigrar de Axochiapan por haber malversado el dinero de una mayordomía. Quisieron fundar su pueblo en el lugar de un manantial, pero un niño lloró y prosiguieron hasta el lugar actual (Dehouve, 1976a: 49): fue una migración tardía, distinta de la llegada de los mexicas del México central que examinamos arriba. Por su parte, los ancestros de la comunidad de San Juan Puerto Montaña deambularon durante 300 años y fundaron sucesivamente 17 pueblos hasta llegar a un lugar rodeado por cuatro ciénagas que reconocieron como el lugar idóneo para construir sus casas (Neff, 2005: 41).

Los diferentes pueblos de la zona tlapaneca o *me'phaa* comparten la misma historia de una migración proveniente de Xilotlancingo, un lugar situado cerca de las juntas de dos ríos: el Totomixtlahuaca y el de Acatepec. Los dos afluentes y sus juntas son los que estructuran el Lienzo Totomixtlahuac o Códice Condu-mex, elaborado en 1570. En la actualidad se observan todavía unas ruinas en forma de grandes hoyos rectangulares en este lugar que pertenece al municipio de Acatepec. Por esta razón los habitantes de la entidad conservan una leyenda particularmente elaborada de la destrucción de Xilotlancingo. Dicen que allí se encontraba la cuna de una "raza" llamada en tlapaneco *sa'hua* o *shurumba'c* que acostumbraba comerse a sus hijos. Antes de sus fiestas hacían brincar a varios niños encima de estos hoyos; aquellos que no lo lograban caían sobre puntas de lanzas y eran comidos. Un día los cazadores fueron a buscar animales en previsión de una fiesta y flecharon una serpiente que cayó en el río, donde se derramó su sangre. Durante la noche

siguiente este "dragón" provocó que el río arrasara los pueblos existentes. Hasta la actualidad se observan unos petroglifos cerca de la comunidad de El Camalote, en el municipio de Acatepec, donde los habitantes ven una enorme serpiente rodeada por pequeñas víboras. Según cuentan los vecinos de Acatepec, los sobrevivientes fundaron el pueblo de Rancho Viejo, en Malinaltepec, así como los pueblos de Huehuetepec y Zilacayotitlán, en el municipio de Atlamajalcingo del Monte (de acuerdo con González García, 2007: 59-61 y mi propia encuesta).

La misma historia es compartida por los habitantes de Malinaltepec. Ellos tienen dos versiones complementarias de su origen. Según la primera, sus antepasados salieron del cerro Malintzi y migraron a Tlapa. Entonces llegaron dos reyes españoles. Al cuarto día, los antepasados pensaron que los españoles los harían sufrir y se fueron por debajo de la tierra hasta salir en un manantial al pie del cerro de La Lucerna. Cuando vieron que el lugar no era bueno, volvieron a entrar en la tierra y salieron de nuevo por el manantial en el lugar llamado Iyasta, donde fundaron su pueblo. Esta primera versión es la que corresponde a los textos de fundación que mencionamos arriba. De acuerdo con la segunda, los del pueblo Patsiwuawua se presentaron ante Diego (el señor de Malinaltepec) porque su comunidad había sido destruida. Durante los preparativos para su fiesta, los hombres salieron a cazar animales, pero no encontraron más que una serpiente con cuernos. La mataron y su cuerpo cayó en el río; por la noche la inundación destruyó todas las habitaciones. Esta última leyenda es un recuerdo de la destrucción de Xilotlancingo (Schultze Jena, 1933-1938, III: 114-120). Las dos versiones corresponden al doble origen de la población de la comunidad, nahua y tlapaneca.

Una historia recopilada en fechas recientes en el pueblo tlapaneco de Teocuitlapa reza que sus habitantes vinieron "de un lugar llamado San Miguel Xilotlancingo, donde hubo una peste a la que sobrevivieron un señor con dos viudas y dos doncellas, mismos que se vinieron a Teocuitlapa, en donde crecieron y se multiplicaron" (Torres García, 2014: 28).

Como vimos, otra variante presente en la Montaña echa la culpa de la migración a los españoles o a guerras sobrevenidas en el lugar de origen. Tal es el caso de la leyenda recopilada en Tlacoapa, según la cual los habitantes del pueblo provienen de Tlapa, ciudad que abandonaron a la llegada de los españoles, que "se comían todas las cosas que pertenecían a los tla-

panecos”, o bien “fueron echados por gente de Puebla durante una época de guerra” (Oettinger, 1980: 51).

Sin duda, una encuesta realizada entre la gente de edad de otros pueblos antiguos pondría a la luz historias de la misma índole, pues desde hace 500 años se mantiene en la Montaña una manera muy especial de construir la historia y la identidad colectiva: la migración es la que crea las raíces.

## Bibliografía

- Barlow, Robert, “La Relación de Chiepetlán, Guerrero”, en *Memoria de la Academia Mexicana de Historia*, vol. 3, 1946, pp. 239-256.
- Carrasco, Pedro, *Estructura político-territorial del imperio tenochca. La Triple Alianza de Tenochtitlán, Tetzococo y Tlacoapan*, México, El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas/FCE, 1996.
- Dehouve, Danièle, “La realeza sagrada en México (siglos XVI-XVI)”, México, Colmich/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, en prensa.
- \_\_\_\_\_, “Las funciones rituales de los altos personajes mexicas”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 45, enero-junio de 2013, pp. 37-68, en línea [<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/ecn45/ecn045.html>].
- \_\_\_\_\_, *Cuando los banqueros eran santos. Historia económica y social de la provincia de Tlapa, Guerrero*, Chilpancingo, Universidad Autónoma de Guerrero/CIESAS, 2002.
- \_\_\_\_\_, *Hacia una historia del espacio en la Montaña de Guerrero*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/CIESAS, 1995.
- \_\_\_\_\_, *Entre el caimán y el jaguar, los pueblos indios de Guerrero*, México, CIESAS/INI (Historia de los pueblos indígenas de México), 1994.
- \_\_\_\_\_, “Los Lienzos de Malinaltepec (État de Guerrero), Reproduction et analyse”, en *Cahiers des Amériques Latines*, núm. 25, 1982, p. 95-119.
- \_\_\_\_\_, *El tequio de los santos y la competencia entre los mercados*, México, INI, 1976a.
- \_\_\_\_\_, “Dos relatos de migración nahuatl en el estado de Guerrero”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 13, 1976b, pp. 137-54.
- Durán, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme*, 2 vols. México, Conaculta (Cien de México), 2002 [1980].
- Galarza, Joaquín, *Lienzos de Chiepetlán*, México, Misión Archéologique et Ethnologique Française au Mexique (Études Mésoaméricaines, I), 1972.
- González García, Antonio, *La lucha agraria y política de los me'phaa de Acatepec, Guerrero*, Gona, 2007.
- Gutiérrez, Gerardo, Viola König y Baltasar Brito, *Códice Humboldt. Fragmento 1, Ms. amer. 2 y Códice Azoyú 2 Reverso. Nómima de tributos de Tlapa y su provincia al Imperio Mexicano*, México/Berlín, CIESAS/Stiftung Preussischer Kulturbesitz, 2009.
- Jiménez, Blanca y Samuel Villela, *Historia y cultura tras el glifo: los códices de Guerrero*, México, INAH (Obra diversa), 1998.
- Lienzo Totomixtlahuaca 1570 (Códice Condumex)*, ed. facsimilar, México, Centro de Estudios de Historia de México, 1974.
- Martínez Rescalvo, Mario (comp.), *Chiepetlán, un pueblo en la Montaña: más de 520 años de historia*, Chilpancingo, Universidad Autónoma de Guerrero/Unidad Regional Guerrero de Culturas Populares, 2010.
- Neff, Françoise, “Mouvement et intensité dans la pensée indienne. Mythes et rituels de l'État de Guerrero, Mexique”, tesis de doctorado, Nanterre, Universidad París X, 2005.
- Oettinger, Marion y Fernando Horcasitas, *The Lienzo of Petlacala. A Pictorial Document from Guerrero, Mexico*, Filadelfia, The American Philosophical Society, vol. 72, núm. 7, 1982.
- Schultze Jena, Leonhardt, *Indiana*, 3 vols., Jena, G. Fischer, 1933-1938.
- Torres García, Rubén, “La fuerza del costumbre. Un acercamiento a la religiosidad tlapaneca (me'phaa)”, tesis de licenciatura, México, ENAH, 2014.
- Toscano, Salvador, “Los códices tlapanecas de Azoyú”, en *Cuadernos Americanos*, vol. 10, núm. 4, 1943, pp. 127-136.
- Vega Sosa, Constanza, *Códice Azoyú I. El Reino de Tlachinollan*, México, FCE, 1991.
- \_\_\_\_\_, y Michel R. Oudjik, *Códice Azoyú 2. El señorío de Tlapan Tlachinollan*, México, FCE/INAH-Conaculta/UNAM, 2012.



# Trabajar y morir en el surco. El destino funesto de los jornaleros agrícolas de la Montaña de Guerrero<sup>1</sup>

Abel Barrera Hernández\* / Isabel Margarita Nemecio\*\*

*Los jornaleros agrícolas ocupan los estratos más bajos de la población mexicana. Reciben los ingresos menores, generalmente por debajo del salario mínimo oficial. Sus condiciones de vida son también ínfimas. Si bien en las zonas prósperas algunos de ellos son trabajadores o empleados más o menos permanentes de una empresa agrícola, generalmente trabajan por día, por tarea o destajo y no disfrutan de seguridad en el empleo ni ingreso seguro. Muchos miles de estos trabajadores son migratorios, siguen circuitos estacionales más o menos fijos, de acuerdo con las necesidades de las diferentes cosechas. Estos trabajadores migratorios se encuentran en peores condiciones. No disfrutan de la protección de la ley, o del seguro social, ni atención médica, alojamientos adecuados o facilidades educativas para sus hijos.*

RODOLFO STAVENHAGEN, 1968 (*apud* Rojas, 2013: 9)

## Introducción

Los jornaleros agrícolas conforman el sector más desprotegido de la población migrante. Hablar de derechos humanos para esta población nos obliga a partir primero de los diferentes factores que los llevan (u obligan) a tomar la decisión de migrar, así como todas aquellas circunstancias que implican para éstos –como comunidades indígenas, como hombres y mujeres, como niñas, niños y adolescentes, como familias– tener que dejar su lugar de origen para ir en busca de un empleo que sólo les ofrece una posibilidad para que puedan subsistir. Se trata de un grupo social de los más pobres y olvidados de nuestro país. Son migrantes indígenas invisibles que recorren territorios y fronteras estatales con la finalidad de sobrevivir, aunque eso signifique perder la vida en el intento.

De esta manera, distintos autores han dado cuenta de la alta movilidad humana que se registra en nuestro país; por ejemplo, se conjetura que, en México, aproximadamente 405 712 familias están en permanente movimiento entre sus zonas de origen y las regiones a las que migran. Se estima que 26% de la población mexicana es migrante, y que de ésta nueve de cada 10 son migrantes internos. Se calcula que 3.5 millones de personas son migrantes internos, la mayoría de origen indígena (Ramírez, 2008: 11).

Desde hace décadas, la población campesina e indígena de nuestro país ha debido recurrir a diferentes mecanismos para subsidiar su economía familiar, uno de los cuales ha sido la migración temporal, estacional o permanente hacia otros estados con ofertas de trabajo. Ésta no sólo apoya la reproducción material y social de las familias, sino también la económica, política y cultural de

\* Director del Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan, A.C. ([abel.barrera@tlachinollan.org](mailto:abel.barrera@tlachinollan.org)).

\*\* Coordinadora del Área de Migrantes del Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan, A.C. ([imargaritann@hotmail.com](mailto:imargaritann@hotmail.com)).

<sup>1</sup> Este trabajo fue posible gracias al apoyo de las fundaciones Ford y MacArthur, que nos han financiado durante varios años para trabajar con los jornaleros agrícolas. Debido a esto hemos podido acompañarlos en este difícil peregrinar por la supervivencia en sus procesos migratorios.



Familia jornalera del municipio de Tlapa, Guerrero, cortando chile serrano en Teacapán, Escuinapa, Sinaloa, 2013  
Fotografía © СДНМ Тlаchínollаn

poblados enteros, como ocurre con frecuencia en las zonas rurales más deprimidas en estados como Guerrero, Oaxaca, Chiapas, Hidalgo, Veracruz, Puebla, Zacatecas y Durango, entre otros.

La gran mayoría de las veces estas migraciones dependen de las ofertas de empleo del mercado de trabajo rural. Es decir, la mayor demanda proviene de las actividades agrícolas asociadas con la siembra y cosecha de una variedad muy amplia de hortalizas, frutas y flores de ornato orientadas en particular a la exportación. Ante el auge de esta actividad económica y la ausencia de otras opciones, entre la población indígena ha crecido el interés y la necesidad de insertarse en estas fuentes de empleo, lo cual ha aumentado la migración temporal y permanente en algunas regiones de nuestro país.

La migración interna rural-rural, regulada por la demanda y la oferta de trabajo agrícola, tienen un carácter forzado donde se inscriben cientos de miles de campesinos e indígenas empobrecidos, los cuales salen de sus territorios de origen de manera cíclica para incorporarse a un mercado de trabajo cuyas características propician la explotación de su fuerza laboral en formas y niveles inaceptables, en una flagrante ilegalidad (Rojas, 2012: 5).

En la actualidad el fenómeno migratorio involucra a un número creciente de hombres, mujeres, niños, niñas, adolescentes y jóvenes –en especial de comunidades indígenas–, denominados jornaleros y jornaleras agrícolas migrantes indígenas.

Se trata de una migración familiar/comunitaria, predominantemente cíclica y pendular, especializada en la producción de un determinado producto agrícola, que para la mayoría de los jornaleros ha sido el único oficio que han realizado en su vida junto con la siembra de las parcelas familiares. Esta actividad productiva ha sido practicada y heredada dentro de los grupos familiares durante generaciones y para ellos no sólo ha significado la única fuente de supervivencia, sino además el único medio para garantizar su reproducción como grupos sociales, lo cual, paradójicamente, también implica la conservación y reproducción de la pobreza y de la exclusión social en que viven (*idem*).

Hablar de este sector de la población nos obliga a repensar acerca de un elemento insoslayable de esta situación, que es el alto componente indígena entre los jornaleros agrícolas, puesto que el capital incursiona cada vez con mayor insistencia en comunidades rurales donde la pobreza y la marginación obligan a sus

pobladores a aceptar pésimas condiciones de vida y de trabajo. Las comunidades indígenas se han ido convirtiendo en auténticos nichos que proveen esta mano de obra sumamente rentable por su bajo costo, pero apta para este tipo de actividades agrícolas.

Hoy en día no existe una fuente censal ni estadística que permita tener un conocimiento certero acerca de la magnitud de la fuerza de trabajo asalariada que labora en actividades agropecuarias. Sin embargo, algunos datos oficiales dan cuenta de la dimensión del fenómeno, de la intensidad de sus flujos, de las rutas trazadas, de los procesos adaptados a partir de los ciclos migratorios con los ciclos de cosecha en diversos estados, de la movilidad individual y familiar, así como de la procedencia y características de la población.

De igual forma, estas cifras dan cuenta de la situación de pobreza y marginación que prevalecen en estas comunidades migrantes. La pobreza es una de las condiciones que propicia la vulnerabilidad de los derechos de los jornaleros agrícolas indígenas. Quienes migran para vivir siguen siendo víctimas de todo tipo de abusos, aceptados y tolerados debido a la imperiosa necesidad de subsistir. Ésta es una realidad de la que se benefician patrones abusivos y explotadores que, en complicidad con autoridades y sindicatos, cierran los ojos mientras niegan que exista explotación de hombres, mujeres, niñas, niños y adolescentes con necesidad de trabajar en condiciones dignas.

De esta manera, el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA) ha registrado datos y elaborado en diferentes años estimaciones que ilustran la magnitud de esta población migrante. Por ejemplo, de acuerdo con la Encuesta Nacional de Jornaleros Agrícolas (ENJO), realizada por la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) en 2009 (“Hacia un perfil...”, 2010), la población jornalera estimada para ese año era de 2040414 jornaleros, y al incluir a la familia ascendía a 9206429 personas. Esta población se encuentra trabajando de manera temporal o permanente, realizando actividades de agricultura en diferentes zonas o campos agrícolas de la República Mexicana.

La encuesta también muestra que tres de cada cinco (es decir, 58.5% de los jornaleros agrícolas migrantes) provenían de municipios de muy alta o alta marginación, localizados principalmente en los estados de Chiapas, Guerrero, Oaxaca y Veracruz, y en menor proporción en Chihuahua, Durango, Puebla, San Luis Potosí y Nayarit. Los estados expulsores de migrantes integran municipios y localidades con po-

blación indígena que también ocupan los primeros lugares nacionales en marginalidad, que es una consecuencia de la ancestral miseria que enfrentan (CDHM Tlachinollan, 2011: 13).

Estos datos destacan que 72.3% gana por jornal o día de trabajo, mientras que 23.8% recibe su pago a destajo. De manera predominante, a 76.5% de los jornaleros se les paga cada semana y 18.4% recibe su salario de manera diaria. De acuerdo con la ENJO realizada en 2009, 60.9% de los jornaleros agrícolas trabajaba seis días a la semana, mientras que 13.9% (uno de cada siete) lo hacía a diario, lo cual supone pocos espacios para descansar de las actividades agrícolas y provoca que estas labores se lleven a cabo en condiciones de desgaste físico y exposición a riesgos. Aunado a esto, la problemática se agrava porque existen jornaleros que deben negociar por su cuenta las condiciones laborales, tales como su salario, la extensión de la jornada, vivienda, equipo de trabajo y asistencia social, entre otras.

Cabe mencionar que el estado de Guerrero ocupa el primer lugar de migración interna a escala nacional, ya que más de 500 comunidades indígenas del estado expulsan a fuertes contingentes de jornaleros agrícolas (Aguilar, 2006: 122-123). La primera explicación para este fenómeno se relaciona con el alto índice de marginación que prevalece en la entidad. Según la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), 73.9% de los municipios con habitantes indígenas del estado no tiene la capacidad de brindar alternativas de empleo a su población, sobre todo en zonas nahuas, mixtecas y tlapanecas (*ibidem*: 14).

### **Radiografía de las comunidades indígenas migrantes de la Montaña**

En un Informe del Consejo Nacional de Población (Conapo) publicado en 2010 se destaca que Guerrero es el estado con la más alta marginación. Allí, uno de cada cuatro habitantes carece de drenaje, uno de cada tres habita en viviendas con piso de tierra, tres de cada 10 no tienen agua entubada y más de la mitad de la población vive en hacinamiento. Por eso Guerrero sigue siendo, junto con Oaxaca, una de las entidades que más migrantes expulsan del país. Aunado a esto, el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) calculó en 2010 que cada año más de 73 000 guerrerenses, oriundos en su mayoría de alguno de los 37 municipios con comunidades en la categoría de muy

alta marginación, abandonan el país en busca de un trabajo mejor remunerado en Estados Unidos (*ibidem*: 19).

Como en el resto de la nación, la pobreza lacera en especial a la población indígena, que en Guerrero asciende a 600 000 personas de los pueblos *na'savi*, *me'phaa*, nahua y *nn'anncue*, 80% de las cuales están en la región de la Montaña. Sin embargo, la Montaña no sólo es expulsora de indígenas hacia Estados Unidos, ya que en las dos últimas décadas se ha identificado que de los 19 municipios que la conforman, Metlatónoc, Cochoapa el Grande, Tlapa, Copanatoyac, Atlixac, Xalpatláhuac, Alcozauca y Atlamajalcingo del Monte son los ocho con mayor índice de expulsión de jornaleros agrícolas hacia el interior de nuestro país (*idem*).

Varios de los municipios de la Montaña de donde procede el mayor número de migrantes agrícolas registran los índices de desarrollo humano más bajo de México, con un grado de marginación muy alto comparado con las ciudades de los estados donde migran anualmente, como Culiacán (Sinaloa), León (Guanajuato) o Hermosillo (Sonora) (CDHM Tlachinollan, 2013: 28).

Anualmente la región Montaña, conjuntamente con la región Centro y Costa Chica de Guerrero, tres de las siete regiones que comprenden el estado, presentan los más elevados índices de migración de jornaleros y jornaleras agrícolas. El 90% de los municipios de dichas regiones tienen un "alto" o "muy alto" grado de marginación. Particularmente, en la Montaña de Guerrero los municipios de Tlapa, Cochoapa el Grande<sup>2</sup> y Metlatónoc son ubicados en los peores niveles de desarrollo humano en el país (PNUD, 2014:16-18).

En conformidad con el *Diagnóstico integral sobre los jornaleros agrícolas y sus familias* que la delegación de la Sedesol en Guerrero presentó en 2009, en los últimos 13 años han emigrado 388 000 jornaleros agrícolas de

<sup>2</sup> Según el INEGI, la población *na'savi* de Cochoapa el Grande está integrada por aproximadamente 15 000 personas, de las cuales 78% son analfabetas. El municipio está conformado por alrededor de 85 comunidades indígenas, ya que la demarcación pertenecía con anterioridad al municipio de Metlatónoc, pero en noviembre de 2002 se convirtió en municipio. Después de esto Cochoapa el Grande se convirtió en el municipio más pobre, desplazando a Metlatónoc. Ahora el primero es considerado por el PNUD como el municipio con el menor desarrollo humano, por debajo de Coicoyán de las Flores, Oaxaca, y Batopilas, Chihuahua, sólo comparable con Zambia, en África. La separación entre ambos municipios dio como resultado que la pobreza se dividiera en dos.

las zonas indígenas y rurales del estado, estableciendo sus rutas migratorias principalmente hacia estados del noroeste como Sinaloa, Sonora, Baja California, Baja California Sur y Chihuahua (Sedesol, 2009).

Por otro lado, el Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan y el Consejo de Jornaleros Agrícolas de la Montaña (CJAM) han documentado, entre 2006 y 2015, la migración de más de 66 000 jornaleros agrícolas provenientes de 362 comunidades indígenas de la región. Durante la última temporada, entre septiembre de 2014 y enero de 2015, se registró la salida de más de 8254 personas, de los cuales 4510 eran hombres y 3744 mujeres: 73% tuvo como destino de trabajo los campos agrícolas de Sinaloa.

Con base en estos datos, se constata que las niñas, niños y adolescentes menores de 15 años que migraron a los campos agrícolas fueron alrededor de 3121; de éstos, 435 eran menores de un año de edad (185 niñas y 250 niños). Mediante estos datos es posible determinar que el grueso de los jefes de familia que migra se encuentra en el rango de edad entre 14 y 45 años. Lo anterior permite inferir que 89% del total de jefes de familia tiene algún vínculo de pareja; es decir, se encuentran casados o viven en unión libre, lo cual influye en que esta migración sea de carácter familiar. Se debe resaltar el hecho de que para las mujeres jornaleras de la Montaña la edad productiva oscila entre los siete y los 50 años de edad.

Es importante señalar que, en sus albores, la migración interna desde la Montaña era fundamentalmente masculina. Hoy en día la oferta laboral en las zonas agrícolas permite que sea de carácter familiar, ya que prácticamente todos los integrantes de los grupos domésticos se emplean en las actividades agrícolas. Los datos obtenidos por Tlachinollan y el CJAM muestran la alta movilidad de las mujeres, ya sea que vayan con sus esposos o por sí mismas en compañía de sus hijos. Es común que viajen mujeres jóvenes con sus hermanos menores<sup>3</sup> o en compañía de algún familiar, como sus abuelos, tíos, padrinos o vecinos.

Cabe destacar que en las comunidades de la Montaña los flujos intermitentes de hombres, mujeres, niñas, niños y adolescentes que migran como jornaleros lo hacen en su mayoría por grupos integrados; es decir, por familias y comunidades completas. Los une el pa-

<sup>3</sup> De acuerdo con los registros del CJAM y Tlachinollan, durante cada ciclo migratorio se ha registrado la salida de varias mujeres menores de edad en compañía de sus hermanos o hermanas de edad inferior.

rentesco, el componente étnico, la lengua y su lugar de procedencia. Estas familias de migrantes establecen códigos comunitarios muy amplios y despliegan diversas estrategias de solidaridad y autoprotección para generar mayores ingresos y minimizar los riesgos que enfrentan durante sus procesos migratorios, potenciando así los recursos con que cuentan, como los económicos, sociales y culturales que posee cada integrante de estas familias.

### **La severa radiografía de la discriminación y explotación laboral de las familias jornaleras de la Montaña**

Los jornaleros de la Montaña adquieren un sello peculiar en cada estado al que migran: viven la marginación y la extrema pobreza tanto en sus lugares de origen como en los de destino; son trabajadores asalariados sumamente explotados, sujetos a un proceso de pauperización paulatina. Se trata de una población que realiza los trabajos más pesados y cuya percepción económica es menor comparada con la actividad agrícola que realizan.

El hecho de que sean hombres y mujeres trabajadores altamente discriminados se evidencia en el trato que reciben por parte de los operadores de autobuses que los trasladan a los campos agrícolas, así como de los contratistas, enganchadores, supervisores, administradores, capataces, mayordomos generales, personal médico, trabajadoras sociales, lugareños, compañeros de trabajo y autoridades locales. A esto se añade que difícilmente los emplean para realizar actividades en los empaques, zonas de carga de los productos o fuera de los surcos de cultivo, donde la jornada de trabajo es mejor remunerada y ofrece otras condiciones laborales.

Por lo general, en los empaques las actividades se destinan a los jornaleros locales o de procedencia no indígena. Los empresarios agrícolas argumentan al respecto que éstos pueden maniobrar con agilidad la selección y empaque del producto, así como el uso del equipo tecnificado para la limpieza de las hortalizas, y que no tienen dificultad con el idioma. En realidad estas contrataciones responden a esquemas basados en la discriminación y estigmatización que priva contra la población jornalera indígena (CDHM Tlachinollan, 2013: 38).

Se ha constatado que les asignan las actividades más laboriosas y extenuantes, relacionadas principal-



Mujer jornalera originaria de Cochoapa el Grande, Guerrero, cortando chile serrano en León, Guanajuato, 2013  
Fotografía © СДНМ Тlachinollan

mente con el mantenimiento de los surcos; es decir, se dedican al deshierbe, al acomodo de los hilos para las guías de las matas, los amarres, el corte, la colocación de mangueras, el trasplante de las matas, etcétera. Difícilmente ocupan puestos de mando, supervisión y organización, ya que en éstos se encuentran personas no indígenas o jornaleros locales u oriundos de la misma comunidad o de otros estados expulsos.

Sin embargo, en fechas recientes las mujeres empiezan a desempeñar mayores responsabilidades dentro de la estructura organizativa del trabajo en el campo. Algunas asumen la tarea de “apuntadoras” y llevan la relación de los nombres de los trabajadores, así como la cantidad de baldes y labores realizadas al día. Al final de la semana ellas contabilizan los datos y, con base en esa información, el empresario agrícola les hace entrega de efectivo, correspondiente al salario semanal de los trabajadores. Así, en ellas recae la responsabilidad de administrar estos sueldos. De acuerdo con la propia percepción de estas mujeres, los empresarios agrícolas les asignan estos cargos por ser más responsables que los hombres. Sin embargo, es una función que sólo realizan aquellas que hablan español, que saben leer y escribir, y que por lo general son jóvenes y solteras (*idem*).

De igual forma, debido a la flexibilidad del mercado de trabajo, se observa la incorporación prematura de los hijos de estas familias a las redes del trabajo asalariado, a pesar de las prohibiciones recientemente establecidas por la ley. En ese sentido, la presencia de niñas, niños y adolescentes en los campos agrícolas también se relaciona con las estrategias productivas y de administración laboral de los empleadores, los cuales han hecho uso extensivo de esta mano de obra.

En este tenor, la inserción de niñas y niños indígenas en los sectores de actividad agrícola depende de las condiciones que se les brinden en los lugares donde migran y el papel que asumen las autoridades ante esta realidad. A pesar de las prohibiciones legales, persiste la incorporación directa o indirecta de niñas y niños indígenas jornaleros a relaciones asalariadas en aquellos campos agrícolas que permanecen en la informalidad, lo cual se encuadra en una dinámica que incorpora la oferta y la demanda de mano de obra infantil. En los campos agrícolas es una realidad que viven cotidianamente cientos de menores indígenas de la Montaña.

Esta situación se agrava cuando algún infante pierde la vida, como ha sido el caso de más de 41 menores de la Montaña fallecidos en diferentes campos

agrícolas de Sinaloa, Sonora, Zacatecas, Guanajuato, Chihuahua, San Luis Potosí, Jalisco y Morelos en un periodo de tiempo que abarca de enero de 2007 a abril de 2015.<sup>4</sup> Si bien la protección de esta población y el reconocimiento de sus derechos es una de las obligaciones del gobierno mexicano, el problema del trabajo infantil de jornaleros indígenas ha permanecido escondido por mucho tiempo y se le resta importancia.

Así, la migración familiar y el trabajo infantil en la agricultura forman parte de una estrategia de diversificación económica vinculada principalmente a las necesidades de supervivencia de los grupos domésticos, debido a que en la mayoría de los casos no disponen de los medios de producción ni los recursos necesarios que les permitan garantizar su reproducción social, económica y cultural.

Estas estrategias tienen un efecto trascendental tanto en los lugares de origen de los trabajadores migrantes como en los estados receptores y en el seno de las familias de aquéllos. Pese a esto la población jornalera de la Montaña enfrenta fuertes rezagos sociales que se expresan en el incumplimiento y goce limitado o nulo de sus derechos humanos, debido a que enfrentan situaciones que se desprenden de la desigualdad étnica y de clase; a la vez, sufre mecanismos de exclusión derivados de su adscripción indígena. Esta situación se agudiza aún más en el caso de las mujeres y niñas, las cuales enfrentan situaciones de inequidad, discriminación y subordinación (Díaz *et al.*, 2009: 132).

Se ha identificado que la violación sistemática de los derechos humanos de la población jornalera se reproduce bajo el mismo esquema de explotación en por lo menos 19 entidades federativas del país: Sinaloa, Sonora, Baja California, Baja California Sur, Chihuahua, Zacatecas, Guanajuato, Jalisco, Nayarit, Colima, Michoacán, San Luis Potosí, Querétaro, Hidalgo, Veracruz, Puebla, Chiapas, Morelos y Estado de México,<sup>5</sup> así como en Ciudad Altamirano, ubicada en la región de Tierra Caliente, entre los límites de Guerrero y Michoacán.

<sup>4</sup> Datos a partir de los casos documentados por el Centro de Derechos Humanos Tlachinollan. En enero de 2007 se registró la muerte del niño David Salgado Aranda, quien falleció al ser atropellado en un campo de cultivo de la empresa Agrícola Paredes, del estado de Sinaloa. Los últimos decesos de niñas y niños acontecieron en el mes de abril de 2015 en campos de labor de Sinaloa.

<sup>5</sup> Estos datos se presentaron en marzo de 2015 como parte de un pronunciamiento emitido por las organizaciones y académicos que integran la Red de Jornaleros Internos y se puede consultar en línea [<http://www.tlachinollan.org/comunicado-apoyan-ong-demandas-de-las-y-los-jornaleros-agricolas-en-san-quintin-representan-el-grito-desesperado-de-millones/>].

Otro obstáculo al que se enfrentan los jornaleros agrícolas durante sus procesos migratorios tiene una íntima relación con el desconocimiento del idioma español. En aras de sobrellevar el trabajo y su estancia en los campos agrícolas, la gran mayoría se enfoca en memorizar y articular algunas palabras en castellano para ocultar su lengua materna.

Ante esta realidad, carecen de garantías de protección a sus derechos humanos. Por el contrario, la política pública actual ha derivado en consecuencias sociales adversas entre las familias jornaleras de la Montaña, sin reparar en que el problema radica en los salarios precarios que perciben y en su nulo acceso a prestaciones y seguridad social, así como en las condiciones en que viven y trabajan. En la medida que estas condiciones laborales no mejoren ni sean reguladas por la autoridad, las familias seguirán viéndose obligadas a recurrir a otro tipo de mecanismos para duplicar o garantizar su ingreso familiar. Es decir, seguirán prolongando aún más sus jornadas de trabajo, recolectarán los productos tres veces más y a marchas muy forzadas, sometiéndose todavía más a las condiciones de sobreexplotación que padecen. Esta situación laboral agudiza sus precarias condiciones de subsistencia, tanto en sus comunidades de origen como en los lugares destino, pues estas medidas también contribuyen a que las familias, junto con sus hijos, abran más fronteras en estados donde antes no migraban y acepten laborar en condiciones indignas, o bien que prolonguen sus periodos de migración, generando un desarraigo de sus comunidades o fomentando cada vez más la migración hacia Estados Unidos.

En general, la población indígena migrante siempre ha carecido de alguna posibilidad de empleo formal, debido a la ausencia crónica de oportunidades de trabajo en sus zonas de origen y a la carencia total o parcial de tierra laborable de su propiedad. A estas condiciones se añan las malas cosechas, la falta de crédito para el campo y los magros apoyos que les brinda el Estado. La situación de los jornaleros agrícolas de la Montaña es una de las menos atendidas tanto por las autoridades gubernamentales como por quienes desde otras instancias se interesan en los temas migratorios. Su proceso migratorio apenas es visibilizado, sin que hasta ahora se le haya dado la importancia que reviste. No se ha dimensionado la gravedad de sus causas, efectos y repercusiones.

En estas condiciones, la vulnerabilidad de las familias jornaleras indígenas que migran para trabajar se

acrecienta. A esto se suma el hecho de que en forma cotidiana se les niegan los medios y recursos para denunciar los atropellos cometidos contra este sector de la población. Estos abusos se reproducen desde sus lugares de origen, los acompañan durante sus trayectos, en las zonas de trabajo y cuando están de regreso en sus poblaciones. El círculo de la discriminación, explotación laboral y de la indiferencia social se reproduce de manera cotidiana en estos contextos de migración interna en nuestro país.

### **Reflexiones finales**

En México se adolece de una verdadera política pública integral que permita dignificar las condiciones de vida de los indígenas jornaleros y sus familias. En la práctica no son reconocidos como trabajadores con derechos, lo cual se traduce en que las políticas públicas no promuevan un trato equitativo en cuanto a sus condiciones de trabajo y al otorgamiento de prestaciones sociales reconocidas y establecidas por la normatividad mexicana e internacional. Las modificaciones hechas a la Ley Federal del Trabajo tras la promulgación de la reforma laboral, en 2013, propician las condiciones de injusticia e inequidad en que labora esta población.

Desde hace más de dos décadas el Estado mexicano ha venido instrumentando diversos programas sociales que carecen de un enfoque integral a mediano y largo plazo, de ahí que poco ayude a contrarrestar las causas estructurales que generan y reproducen la desigualdad económica y social prevaleciente entre la población jornalera. Esto implica que se perpetúen las condiciones de explotación, de exclusión social y de extrema pobreza, a la vez que favorece el fortalecimiento de los intereses particulares de los empresarios agrícolas, que priman por encima de los derechos de la población jornalera.

Ante este escenario, las violaciones contra los derechos de la población jornalera ocurren por omisión, negligencia y complicidad del Estado. Aunado a esto, las autoridades han sido omisas en implementar medidas económicas, administrativas y legislativas, así como políticas públicas que eviten estos abusos y la conculcación de los derechos de los jornaleros agrícolas. Más bien pareciera una manifestación de desinterés en no atender las necesidades de esta población, así como de no mitigar las condiciones de explotación en que labora, con la finalidad de asegu-



Niña jornalera originaria de Cochoapa el Grande, Guerrero, cortando chile serrano en Barretos, Guanajuato, 2013  
Fotografía © CDHM Tlachinollan

rar de manera amplia sus derechos humanos y los de sus familias.

El derecho internacional ha afirmado repetidamente el deber de los Estados de garantizar el ejercicio de los derechos humanos de los migrantes jornaleros en condiciones de igualdad y libres de discriminación. Los principios vinculantes de la igualdad y la no discriminación constituyen el eje central del sistema internacional de protección de derechos humanos.

Por ese motivo, diversos organismos internacionales han manifestado su preocupación ante la situación y vulnerabilidad de la población jornalera migrante y han emitido diversas recomendaciones al Estado mexicano, las cuales coadyuvarían a la erradicación de la indefensión en que se encuentran (CDHM Tlachinollan, 2013: 125).

Es imprescindible reconocer que la migración interna a la que se enfrentan miles de mujeres, hombres, niñas, niños y adolescentes indígenas jornaleros de manera cotidiana tiene que ser una prioridad en la agenda pública de nuestro país y que el Estado está obligado a garantizar el ejercicio pleno de sus derechos; por ello es necesario retomar en la agenda política la situación vulnerable de una población que ha sido invisibilizada (*ibidem*: 126).

Asimismo, los empresarios agrícolas están obligados a garantizar condiciones dignas de trabajo y de vida para los trabajadores jornaleros y sus familias, y a eliminar de una vez por todas los tratos crueles y lacerantes que denigran su condición de migrantes e indígenas. Así lo señala la Organización Internacional del Trabajo en su "Informe de la comisión de expertos" publicado en 2003, donde insiste en la obligación del Estado de imponer sanciones penales en verdad eficaces, así como su estricta aplicación. Estas obligaciones incluyen, por supuesto, "la cabal investigación" de presuntos casos de trabajo forzoso (O'Donnell, 2012: 279).

En suma, se puede afirmar que es una obligación del Estado garantizar los derechos humanos de esta población y disponer de medios para el rediseño de programas que operan las instancias de gobierno y la asignación de presupuestos que propicien y fortalezcan realmente el ejercicio y disfrute de estos derechos, en especial el de los derechos de los jornaleros agrícolas, no sólo en los espacios comunitarios, sino también en los cotidianos, vinculados con el entorno laboral en los campos agrícolas.

## Bibliografía

- Aguilar Bellamy, Alexandra, *Los perfiles emergentes de la migración jornalera en México. Estrategias de sobrevivencia y políticas públicas ante el reto del milenio*, México, Sedesol/ Instituto Nacional de Desarrollo Social/Promoción y Desarrollo de Cultura Cívica/Mixtin, 2006.
- Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan, *Migrantes somos y en el camino andamos*, México, Tlachinollan/Fundación W.K. Kellogg, 2011.
- \_\_\_\_\_, *La Montaña de Guerrero: tierra de mujeres migrantes*, México, Tlachinollan/Fundación W.K. Kellogg, 2013.
- Diagnóstico integral sobre los jornaleros agrícolas y sus familias*, México, Sedesol, 2009.
- Díaz, Rosalba *et al.*, "Desarrollo y equidad de género en el mundo rural de Guerrero", en Gisela Espinosa Damián y Arturo León López (coords.), *El desarrollo rural desde la mirada local*, México, División de Ciencias Sociales y Humanidades-UAM-Xochimilco (Teoría y análisis), 2009.
- Encuesta Nacional de Jornaleros Agrícolas 2009, en línea [<http://sedesol2006.sedesol.gob.mx/index/index.php?sec=336>].
- "Hacia un perfil de los jornaleros agrícolas en México", en *Este País* (encarte), núm. 236, diciembre de 2010.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, *Índice de desarrollo humano municipal en México: nueva metodología*, México, 2014.
- O'Donnell, Daniel, *Derecho internacional de los derechos humanos, normativa, jurisprudencia y doctrina de los sistemas universal e interamericano*, México, OACNUDH/TSJDF, 2012.
- Ramírez, Nashieli, "El contexto de los textos. Programa Infancia en Movimiento", en *Migraciones vemos... Infancias no sabemos. Primera infancia y migración en México*, México, Infancia en Movimiento/Ririki Intervención Social, 2008.
- Rojas Rangel, Teresa de Jesús, *Jornaleros agrícolas migrantes: los invisibilizados*, México, UPN (Horizontes Educativos), 2013.
- \_\_\_\_\_, "Pobreza, migración y exclusión social de los trabajadores del campo en México", ponencia presentada en el LIV Congreso Internacional de Americanistas, simposio 503: "Construyendo el siglo xx: desplazamientos, etnicidad e integración", Viena, 15-20 de junio de 2012.



# El padre maíz y las vertientes de la transformación cultural. Los mixtecos migrantes de Cahuatache

Juan José Atilano Flores\*

## Cambio cultural, etnicidad y proletarización

La movilidad laboral, ya sea de carácter temporal o definitiva, constituye un rasgo distintivo de las comunidades mixtecas, tlapanecas, nahuas y amuzgas de la Montaña de Guerrero. Desde mediados del siglo xx, la migración con patrones pendular, golondrino o definitivo hacia el noroeste de México, Morelos o Estados Unidos es un elemento intrínseco a la cultura de los llamados pueblos montañosos, en tanto su incorporación a los mercados de trabajo rural o urbano ha sido un mecanismo estructural de su integración a la vida económica nacional.

Un caso paradigmático de esta forma de articulación es el de los mixtecos o *ñu savi* (“gente de la lluvia”), quienes cuentan con una prolongada experiencia migratoria hacia distintos destinos laborales, entre los que destacan la zafra cañera en Veracruz durante la década de 1920 y la pizca de hortalizas y frutales en Cuautla, Morelos, cuya emergencia se ubica a principios de 1970; posteriormente se enlazaría mediante el enganche a los mercados del noroeste de México en Sinaloa y Baja California, donde los mixtecos se han incorporado masivamente como jornaleros estacionales en el corte de tomate desde 1980. Sin abandonar estos nichos de mercado laboral, también han trascendido las fronteras nacionales, con nuevos destinos como Nueva York, en Estados Unidos.

Desde 1920 los estudios sobre la migración en México han ocupado un lugar en la agenda de la antropología. Sin duda un estudio pionero en este campo de investigación fue el realizado en 1927 por Manuel Gamio sobre los trabajadores migrantes mexicanos en Estados Unidos. No obstante el carácter germinal del trabajo de Gamio, su impacto en la antropología mexicana fue menor, debido –según Kemper– al predominio de una etnología más preocupada por el registro de rasgos culturales autóctonos (lengua y cultura material) que por el análisis de procesos sociales amplios, como la articulación económica internacional entre México y Estados Unidos que supone el trabajo de los braceros.

En un artículo también de enfoque paradigmático, Kemper realizó una importante revisión de las tres corrientes que dominaron los estudios de migración en México hasta finales del siglo pasado. En ese trabajo el autor destacó el interés de algunos “culturalistas”, como Robert Redfield (1971) y Oscar Lewis (1986), en comprender el impacto de la migración en la cultura local, o bien el problema de la adaptación a nuevos entornos urbanos por parte de la corriente de “adaptación y marginalidad” inaugurada por Douglas Butterworth (1962) con su trabajo sobre los mixtecos

\* Investigador, Proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México, equipo Montaña de Guerrero, INAH (atilanojji@yahoo.com.mx).

migrantes de Tilantongo hacia la ciudad de México. A este enfoque lo siguieron los trabajos “estructurales históricos” de Paul Singer (1971), quien dio un giro marxista al estudio de la migración. Su enfoque de clase en la migración daría origen en México a los estudios sobre el “campesinado”, los cuales postulaban un proceso de proletarianización del campesino que migraba hacia la ciudad (Kemper, 1987: 482).

El presente artículo sobre la migración en Cahuatche centra su atención en el viejo problema de la proletarianización y la descaracterización étnica –trabajado desde finales de la década de 1960 por autores como Rodolfo Stavenhagen (1969), Ricardo Pozas e Isabel Horcasitas (1971) y Roger Bartra (1974), citados por Lara Flores (1991)–. En esencia, estos autores proponían que la condición de clase es el resultado de la relación con los medios de producción: tierra, trabajo y capital. El rompimiento de la relación con la tierra y su aproximación a la venta de fuerza de trabajo constituían las variables de un proceso de proletarianización en el que predominaron los factores económicos y se descuidaron los factores culturales. Aquí proponemos que los migrantes mixtecos en Cahuatche han mantenido el vínculo de producción con la tierra, a la que consideran persona (*ñu'un*), y por otra parte se incorporan de manera estacional al trabajo asalariado en los mercados laborales rurales de Sinaloa y Cuautla, Morelos, así como a la migración definitiva hacia Estados Unidos.

¿Cuáles son las características de esta doble relación en el caso mixteco que tratamos? ¿De qué manera se articula la relación con la tierra y el trabajo asalariado para que se mantenga un bagaje cultural y étnico? Las respuestas a estas dos cuestiones parecen encontrarse en el estatus de persona que los mixtecos otorgan a la lluvia y al maíz, elementos centrales en su cosmovisión. En las siguientes líneas describimos las características de la migración jornalera en Cahuatche, al tiempo que analizamos el proceso por el cual la relación de los mixtecos con la tierra, el maíz y la lluvia comienza a transformarse o a perder fuerza en el pensamiento mixteco.

Propongo que el carácter étnico y campesino de los mixtecos, tradicionalmente abordado desde su vertiente organizacional –participación comunitaria y estructura de cargos– depende también de la vigencia que mantienen las categorías de pensamiento a partir de las cuales los mixtecos ordenan el mundo y lo que existe en él. Si bien las estrategias de participación comunitaria –un aspecto que he abordado en un trabajo anterior– son fundamentales para la reproducción de la

identidad étnica entre los mixtecos de San Martín Peras, Oaxaca (Atilano, 2000: 35),<sup>1</sup> aquí me interesa explorar la pérdida de centralidad del maíz en la cosmovisión de los migrantes mixtecos de Cahuatche en la Montaña de Guerrero. Sostengo así que a la transformación o cuestionamiento de las categorías que regulan la relación con el entorno ecológico de los campesinos sobreviene el cambio en la condición de clase de los migrantes, un cambio sin duda generacional y ligado con los patrones migratorios de las familias mixtecas.

De acuerdo con esta idea, la transformación de clase o proletarianización generada por la migración parece transitar no sólo por variación en la relación de producción con la tierra; además, en esta relación subyace la concepción de la tierra y el maíz como sujetos. El rompimiento con esta percepción es el que acompaña una nueva condición de clase en los migrantes mixtecos.

### ***Tata savi ni: el padre maíz***

En la cosmovisión de los *ñu savi* de Cahuatche el maíz ha ocupado un lugar central en tanto que es concebido como persona. En los mitos locales Savi sí'i y Savi chée, la lluvia fuerte masculina y la lluvia suave femenina conforman una pareja primordial asociada con el origen de la milpa: la lluvia comprendida como persona es a un tiempo la mazorca de maíz. Contaban los abuelos que Savi chée –personificado en una caña de tres mazorcas– era esposo de Savi sí'i, hija del Xixi ticaño (gobernador del fogón) y Nana ño (madre tierra). El fogón dio a su hija las semillas de maíz, frijol y calabaza, así como el tlacolol para sembrar, a fin de que los mixtecos tuvieran su alimento. Este don fue entregado a condición de mantener una relación de reciprocidad permanente con el fuego, la tierra y la lluvia, mediada por el sacrificio de animales domésticos (pollos, guajolotes y chivos) ofrecidos como alimento a Savi kanoo, la gran lluvia.

En el mito de origen del maíz encontramos el establecimiento de un pacto entre los seres humanos y los existentes o potencias de la naturaleza. Este pacto consiste en el establecimiento de una relación de intercambio de alimento, objetivada en la ritualidad agrícola, específicamente en los depósitos rituales de finales de abril destinados a la petición de lluvias a san Marcos, advocación católica comprendida como una entidad superior a Savi chée, dueño de los temporales.

<sup>1</sup> Para el caso mixteco, otro trabajo sobre el tema es el de Laura Velasco Ortiz (1995), y para el de los nahuas de la Montaña de Guerrero, los de Adriana Saldaña (2009 y 2013).

Este mito permite comprender que en el pensamiento de los mixtecos de Cahuatache el maíz establece relaciones sociales de filiación y de alianza con los humanos a partir del intercambio de alimentos: maíz para los hombres y sangre de los animales domésticos para la lluvia. Al igual que los humanos, la lluvia y el maíz –comprendidos como personas en tanto tienen *nima'a* (“corazón”)– conforman una familia extensa que tiene su casa en el monte. De la misma forma, las personificaciones del maíz –Savi chée y Savi sí'i– estructuran un grupo doméstico análogo al de los humanos. Un ejemplo de esta relación se hace patente en el testimonio de Cliserio Candía, un campesino que acostumbra hablar con Savi chée y Savi sí'i después de levantar su cosecha en el mes de noviembre:

Pedimos a Savi san Marcos, el ídolo que está allá en el cerro; lo llamamos con el olor de las flores, con velas, que levante la mano, que abra la puerta para que venga lo que tiene allá, que venga Savi sí'i y Savi chée, que salga, que se levante más la mazorca, que se levante su calabaza, sus frijoles, su mazorca de todos los colores: morado, amarilla, roja, blanca, para tener qué comer. Incluso el maíz que está podrido no lo podemos tirar. Decía mi abuelito: “El maíz es el corazón de nosotros. ¿Por qué lo tiran? ¿Por qué no lo levantas y lo acomodas en su lugar? Si lo pisamos se ponen tristes Savi sí'i Savi Chée [el maíz], están llorando. ¿Por qué se pudrió la mazorca? porque ellos son mayores, son los viejos; entonces no hay que tirarlos y dice [el maíz]: ‘Ya como soy viejito no me quieren levantar’”. Por eso hay que levantarlo, llevarlo a la casa, que tenga su aroma de copal para que esté contento. Y si lo dejamos en el campo ya no va a venir, ya no va a dar, porque no respetamos a Savi sí'i y a Savi chée (entrevista con Cliserio Candía, Barrio del Centro, 24 de noviembre de 2013).

La concepción acerca del maíz, la lluvia, el viento, el fuego y la tierra como personas constituye el estatus ontológico que históricamente ha regulado las relaciones de la sociedad agrícola mixteca con su entorno. A pesar de la continuidad manifiesta de este orden, la incorporación de los mixtecos al trabajo asalariado y a la migración trastocan los fundamentos de esta concepción, cuestionando la práctica ritual agrícola. Estos cuestionamientos provienen, en lo fundamental, de migrantes que han roto su vínculo cultural con el maíz, en tanto que su residencia se encuentra en la ciudad de Nueva York.

Sin duda los migrantes son el punto de toque de la reproducción cultural de la comunidad, cuya posi-

ción juega a favor del mantenimiento de la vida ritual-festiva, ya que ellos financian las fiestas patronales a la Virgen de Santa Rosa de Lima. Sin embargo, también son el sector de la comunidad que ha perdido el vínculo con la milpa y cuestiona las prácticas rituales asociadas con la actividad agrícola. Esta posición se encuentra directamente relacionada con el destino y patrón migratorio que se sigue, así como con la variable generacional de los migrantes.

### ¡Salimos a buscar la vida!

La historia de la migración asalariada en Cahuatache se remonta a la década de 1970, cuando sus habitantes comenzaron a salir del pueblo para contratarse como jornaleros estacionales en la zafra azucarera y más tarde en el corte de tomate en Cuautla, Morelos. Sin embargo, las causas de la migración son tanto coyunturales como de carácter estructural y se remontan más allá de esa década. Las primeras noticias de migraciones masivas las encontramos en 1920, cuando la sequía generó hambre en el pueblo y obligó a un importante número de familias a migrar hacia la costa. El profesor Adolfo Camilo refiere que su abuelo cargaba un grano de maíz colgado al cuello y, cada que sentía hambre, se llevaba el grano a la boca para chuparlo: “Fue una época muy difícil; no había qué comer y mucha gente se fue del pueblo a buscar la vida en la costa, por el rumbo de San Luis Acatlán. Muchos murieron en el camino y los que pudieron llegar fundaron una cuadrilla que hoy se llama Colotlán” (entrevista con el profesor Adolfo Camilo, Tlapa de Comonfort, 9 de septiembre de 2014).

A los factores coyunturales hay que agregar la incorporación masiva de mixtecos al trabajo asalariado, cuya emergencia se dio en la década de 1980, cuando el gobierno neoliberal de Salinas de Gortari incentivó la incorporación de la población indígena y campesina a los mercados de alta productividad del noroeste mexicano.

Omobono Aguilar, pionero en la migración hacia Nueva York y comerciante residente en Cahuatache, refiere que en 1980 llegaron a la comunidad los primeros enganchadores para llevar a gente contratada a Sinaloa. En aquel tiempo los contratistas les ofrecían hasta 140 pesos diarios, de modo que si toda la familia trabajaba, una unidad doméstica típica podía integrar ingresos hasta por siete mil pesos a la semana. Después la gente se comenzó a ir a Nueva York: “Fue en 1992 que salimos las primeras dos personas a Estados

Unidos. Ahí trabajamos como lavaplatos y hoy son alrededor de 300 paisanos los que radican en las ciudades de Nueva York, Maryland y Baltimore” (entrevista con Omobono Aguilar, 29 de noviembre de 2013).

En la actualidad, la migración estacional o pendular hacia Sinaloa y la definitiva a las ciudades de Estados Unidos forman parte de la dinámica económica local y su articulación a los mercados de trabajo rural en el noroeste de México y los servicios en el sector restaurantero de Estados Unidos. Samuel Villela (2010) documenta en un estudio la presencia de migrantes indígenas mixtecos, tlapanecos y nahuas de la Montaña de Guerrero en ciudades del vecino país del norte. En ese trabajo rastrea a los migrantes a partir de los recibos telefónicos de las familias, un método con el que logra trazar el mapa de destinos migratorios en ese país. Su información coincide con la que yo registré recientemente en Cahuatache, en cuanto a que los principales destinos de los migrantes de este pueblo en Estados Unidos son Nueva York, Maryland y Baltimore.

Las tendencias migratorias en Cahuatache apuntan al mantenimiento del patrón pendular hacia Sinaloa durante la temporada de noviembre a marzo, con incorporaciones al mercado rural de Cuautla, Morelos. Por otra parte, se observa una constante entre los jóvenes de entre 11 y 17 años a tener como expectativa terminar la educación secundaria para salir a trabajar hacia Nueva York. Un elemento que alienta tal intención es la existencia de una buena red de migración con parientes residentes en Estados Unidos que facilita la inserción en el mercado de trabajo.

Tanto el patrón migratorio pendular a Sinaloa como el de carácter definitivo a distintas ciudades de Estados Unidos plantean formas distintas de articulación a la comunidad de origen y generan influencias culturales diferenciadas que revisaremos en el siguiente apartado.

### **Formas de articulación con la comunidad**

En 1998, cuando trabajé con mixtecos jornaleros agrícolas de San Martín Peras, Oaxaca, identifiqué que la migración con un patrón pendular hacia Sinaloa permitía una articulación más o menos armónica de los migrantes con la vida comunitaria. Esto era posible a partir de un proceso de flexibilización de las normas comunitarias y por la definición de estrategias, como la delegación de funciones en parientes o el endeudamiento para cumplir con los cargos comunitarios (Atilano, 2000: 86-87). En el mismo terreno temático, Saldaña documentó

para el caso nahua de Tula del Río, en la región del Alto Balsas, que existe un sistema de “alquiler” o pago para cumplir con el sistema de cargos (Saldaña, 2013: 1).

Si en San Martín y en Tula mixtecos y nahuas han articulado su actividad migratoria con las exigencias de la vida comunitaria mediante su participación en el sistema de cargos vigente, la situación de los mixtecos de Cahuatache dibuja un panorama opuesto en esencia, en tanto que el sistema de mayordomía se encuentra prácticamente desestructurado.

En una pesquisa etnográfica reciente constaté que la dinámica comunitaria en Cahuatache transita por el cuestionamiento al papel financiador de la cofradía de Santa Rosa de Lima, la desaparición de las mayordomías de las fiestas de San Marcos, Santa Rosa y San Lucas, y el faccionalismo político que ha configurado distintos grupos rituales en el pueblo, según la filiación partidista (Atilano, 2014). Este escenario impide una articulación comunitaria a partir del sistema de cargos; sin embargo, el papel de financiamiento de los migrantes para el ejercicio de la vida festiva es por demás significativo, aunque resulta conveniente distinguir entre los rituales de los santos patronos y los asociados directamente con el maíz y la petición de lluvias.

En agosto de 2014 presencié la rendición de cuentas del grupo ritual de la delegación centro de Cahuatache. Este grupo, afiliado al Movimiento Regeneración Nacional (Morena), se reunió en la casa de don Miguel Aguilar, un principal del pueblo, para efectuar el protocolo de agradecimiento a la comunidad de migrantes en Estados Unidos por su contribución económica para la fiesta patronal a la Virgen de Santa Rosa de Lima. Mientras que los migrantes habían apoyado a este grupo, el sector de la comisaría municipal había recibido recursos del municipio en funciones de Xalpatláhuac para el pago de la comida y la cerveza consumida por las 28 bandas de música que habían visitado el pueblo durante la celebración. Al desaparecer la mayordomía, el mecanismo de organización del grupo de la delegación centro fue la integración de una comisión con presidente, secretario y tesorero; esta comisión cobra los giros postales que provienen de los migrantes en Nueva York, Maryland y Baltimore, que para esa ocasión sumó la cantidad de 2 785 dólares aportados por 42 radicados en ese país.

Con cámara en mano, los principales y la comisión colocaron listas en hojas de cartulina que consignaban las aportaciones de cada uno de los migrantes y la lista de gastos en que se usó su dinero: juegos pirotéc-

nicos, coronas de flores, manojos de gladiolas, cuetes, velas, cerveza, misas, aguardiente, gastos de teléfono, copal, cartulinas, destapadores, marcadores, cerillos, gastos de filmación tanto de la fiesta como del informe y el pago de una res y dos chivos para la comida. En su discurso, los principales agradecieron a la comunidad sus aportaciones y señalaron su importancia, en tanto que los mantiene como ciudadanos del pueblo de Cahuatache.

A diferencia de la fiesta patronal, la de san Marcos constituye una responsabilidad exclusiva del comisario municipal en funciones, quien, al desaparecer la mayordomía a este santo,<sup>2</sup> se encuentra obligado a cubrir los gastos de velas, flores, copal, aguardiente, cuetes y el costo del chivo sacrificado a Savi chée y después ofrecido en tacos a los pasados. Aunque en abril del mismo año observé el ritual y constaté que el comisario recibió el apoyo financiero de su hijo –que también migró a Nueva York y ahora es comerciante de pizzas radicado en Tlapa–, es un hecho que tales rituales, asociados con la agricultura del maíz, constituyen un ejercicio de la autoridad del pueblo y de cada familia en particular. Esto resulta lógico al observar que la unidad familiar se replica de manera análoga al pueblo en su conjunto y que son los padres quienes están obligados a dar de comer a sus hijos.

Si bien la estacionalidad de la migración pendular permite una mayor forma de articulación con la comunidad, en tanto la mayoría de migrantes sigue vinculada con la agricultura de milpa y, por lo tanto, con los rituales de san Marcos, son las generaciones de migrantes residentes en Estados Unidos quienes cuestionan en sus padres la continuidad de estas prácticas.

Es un hecho que la reproducción cultural de las comunidades transita por la participación comunitaria, la cual requiere de recursos para tal ejercicio. El mecanismo de articulación que sustituye la presencia de los migrantes en los cargos por la entrega de dinero resulta efectivo sólo parcialmente, pues convierte a las fiestas en actos fastuosos que giran en torno a los santos patronos, si bien en el otro extremo la lejanía de los migrantes con su antigua forma de subsistencia, que fue el cultivo de maíz, los aleja de su cosmovisión: insertos en el mercado laboral y en el salario, las relaciones con la planta de maíz desaparecen del horizonte.

<sup>2</sup> En diferentes estancias en campo los mixtecos hicieron alusión al antiguo cargo de mayordomo de san Marcos. Entre las obligaciones rituales del mayordomo se encontraban el ofrecimiento de un castillo (juego pirotécnico), el cual se quemaba en la Casa de Savi Cheé, además de la entrega de flores y velas para el santo y la invitación de una comida a los integrantes de la danza del tecuan.

## A manera de conclusión

Si en la década de 1970 “campesinistas y descampesinistas” se ocuparon de comprender a los jornaleros agrícolas como parte o estrato del proletariado o subproletariado, los estudios de mercado de trabajo rural con enfoque cultural son los que, a finales de la década de 1990, pusieron atención en el rompimiento de los lazos culturales del campesino con la tierra. Como bien apuntó Sara Lara (1991: 53-54): “La proletarización no es un fenómeno que avanza al mismo tiempo y con los mismos efectos para todos los campesinos. El grado o ritmo de proletarización depende del ritmo de acumulación y reconcentración de los medios de producción, como de las posibilidades de resistencia [cultural] de las unidades de producción campesinas”.

Si bien la llamada proletarización muestra hoy en día signos semejantes en muchas comunidades indígenas del país –pérdida de la centralidad de la tierra como medio de subsistencia, migración, venta de la fuerza de trabajo, monetización de las economías campesinas, etcétera–, los casos aquí comparados nos indican la relevancia del factor cultural como estructurador de las relaciones entre los hombres y los medios de producción, fundamentalmente con la tierra. En el caso de los mixtecos de Cahuatache, la relación con el maíz rebasa las categorías económicas al colocar a la tierra, la lluvia y el maíz como entes sujetos con los cuales el hombre está obligado a relacionarse de manera recíproca.

Quizá los propios marxistas no supieron comprender la relación entre estructura y superestructura, o bien la articulación entre relaciones sociales de producción e ideología. Esto es así debido al sentido negativo que Marx dio al concepto de ideología, comprendida como falsa conciencia. No obstante, la antropología nos permite relativizar tal enfoque para recolocar a la ideología como un modo de pensamiento propio de las formas concretas que adoptan las relaciones de producción; con este concepto no sólo me refiero a las capitalistas, sino también al conjunto de relaciones que persisten entre distintos sectores de la población campesina en México.

Si bien son las condiciones materiales de producción las que configuran estructuras particulares de pensamiento, es necesario reconocer que el tránsito de la condición de clase campesina hacia el proletariado depende en mucho de las categorías que regulan la relación del campesino con su entorno ecológico, el cual no puede reducirse a un concepto de “condiciones materiales de producción”. El cuestionamiento y

ruptura de tales categorías –por ejemplo “el maíz que es persona”– muy probablemente conlleva una nueva adscripción social o de clase. Esta ruptura parece más generacional que política, como se observa en el siguiente testimonio: “Estas creencias [rezo a Savi chéé y Savi sí’i] vienen de nuestros abuelos, pero ahora mi hijo me pregunta que para qué rezo y por qué guardo el maíz podrido si no sirve para nada. ¡Déjalo en el terreno! ¿Para qué lo juntas? Yo le explico que así lo hacía mi abuelo y hay que hablarle a las mazorcas porque si no se ponen tristes y ya no crecen cuando siembre otra vez” (entrevista con Clicerio Candía, Barrio del Centro, 24 de noviembre de 2013).

Los antropólogos deberíamos reconsiderar el problema del cambio cultural colocando el tema no como un proceso de descaracterización étnica, sino como un problema de cambio ideológico u ontológico. Esto resulta claro en el ejercicio etnográfico, pues mientras que el campesino ve continuidad en la identidad del maíz y el hombre, su hijo migrante sólo ve granos podridos. En Cahuatate el cambio cultural es complejo y multifactorial, ya que transita por aspectos de carácter estructural en la economía regional y pone en evidencia variables políticas de la vida interna comunitaria y procesos de transformación ideológica de carácter generacional, en particular dejar de ver y tratar al maíz como persona.

Este planteamiento podría ser explorado en una amplia gama de pueblos indígenas que participan en la migración. El eje articulador de la comparación debe ser, sin duda, las transformaciones en las relaciones humano-maíz. No hace mucho escuché a la doctora Kim Sánchez señalar que los tlapanecos y nahuas que trabajan como jornaleros agrícolas en el valle de Cuautla se han proletarizado porque han perdido todo vínculo con la agricultura de la milpa (Sánchez, 2015). En otros casos los migrantes integran huertos de traspatio o incluso en macetas, como lo ha documentado Morayta (comunicación personal); sin embargo, habría que indagar si tales transformaciones incidieron en los principios de pensamiento que regulaban la relación de los hombres con el maíz o en general con la tierra.

Si la antropología mexicana ha destacado la centralidad del maíz en las culturas de tradición mesoamericana, ¿por qué los antropólogos que estudiamos la migración hemos descuidado las transformaciones en esta relación? Quizá porque los estudios pioneros en el tema sobre el cambio cultural y la adaptación comprendían la cultura de manera sumamente acotada y redu-

cían su campo a un conjunto de variables materiales. De manera muy posterior a ellos, los estudios de Alfredo López Austin y otros colegas nos hicieron ver la importancia de esta planta en las cosmovisiones indígenas del área de Mesoamérica.

## Bibliografía

- Atilano Flores, Juan José, *Entre lo propio y lo ajeno. La identidad étnico-local de los jornaleros mixtecos*, México, INI/PNUD/Estado del Desarrollo Económico y Social de los Pueblos Indígenas de México (Migración), 2000.
- , “¡Estamos divididos! Democracia partidista y afinidad política entre grupos rituales en un pueblo *ñu savi* de la Montaña de Guerrero”, ponencia presentada en la VI Mesa Redonda El Conocimiento Antropológico e Histórico sobre Guerrero, Taxco, agosto de 2014.
- Lara Flores, Sara María, “Las obreras agrícolas, un sujeto en movimiento”, en *Nueva Antropología*, vol. XI, núm. 39, junio de 1991, pp. 101-120.
- Lewis, Oscar, *Ensayos antropológicos*, México, Grijalbo, 1986.
- López Austin, Alfredo, *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, México, IIA-UNAM, 2012.
- Kemper, Robert V., “Desarrollo de los estudios antropológicos sobre la migración”, en Susana Glantz (comp.), *La heterodoxia recuperada en torno a Ángel Palerm*, México, FCE, 1987, pp. 478-510.
- Redfield, Robert y Alfonso Villa Rojas, *Chan Kom. A maya Village*, Chicago/Londres, The University of Chicago Press, 1971 [1934].
- Saldaña, Adriana, “La participación de los ausentes en la vida comunitaria de un pueblo nahua de Guerrero”, en *El Tlacuache*, suplemento cultural de *La Jornada de Morelos*, núm. 364, 17 de mayo de 2009.
- , “Cumplir con su pueblo aun siendo migrante en una comunidad nahua de Guerrero”, en *El Tlacuache*, suplemento cultural de *La Jornada de Morelos*, núm. 581, 4 de agosto de 2013.
- Sánchez, Kim, “Migrantes indígenas en el valle de Cuautla, Morelos”, conferencia presentada en el Seminario Permanente de Estudios sobre Guerrero, México, Coordinación Nacional de Antropología-INAH, marzo de 2015.
- Velazco Ortiz, Laura, “Entre el jornal y el terruño: los migrantes mixtecos en la frontera norte de México”, en *Nueva Antropología*, vol. XIV, núm. 47, marzo de 1995, pp. 113-125.
- Villela Flores, Samuel, “De la Montaña a Manhattan. Procesos migratorios en la Mixteca nahua tlapaneca de Guerrero”, en Miguel Ángel Rubio y Margarita Nolasco (coords.), *Movilidad migratoria en la población indígena de México. Las comunidades multilocales y los nuevos espacios de interacción social*, México, INAH (Etnografía de los Pueblos Indígenas de México, Ensayos), vol. I, 2010.

# Presencia social de la población indígena en Acapulco<sup>1</sup>

Beatriz Canabal Cristiani\*

La población indígena de la Montaña de Guerrero ha mantenido desplazamientos continuos tanto para trabajar en labores agrícolas en la Costa Grande o en la Tierra Caliente de la entidad como en el estado de Morelos. Esta dinámica migratoria se intensificó en la década de 1990 con la salida de grandes contingentes de trabajadores agrícolas hacia las zonas de la agricultura más capitalizada y de exportación en el occidente y el noroeste del país, en Baja California, Sonora y, sobre todo, Sinaloa. Primero se trató de la salida de los hombres de las comunidades y más tarde participaron las mujeres. Ahora se desplazan las familias completas.

Esta intensificación en los desplazamientos de la población indígena se relaciona sin duda con la falta de estímulos a la producción de granos básicos, pero también con el abandono de esta región en cuanto a servicios fundamentales y con el recrudecimiento de la violencia.

La emigración guerrerense se ha incrementado tanto en las salidas hacia Estados Unidos como a sitios lejanos para trabajar durante largos periodos y luego regresar a las comunidades. Sin embargo, también ha crecido la población que migra y se asienta cerca de los sitios de trabajo y, de manera permanente, en centros turísticos como Acapulco y Zihuatanejo, así como en la zona metropolitana del valle de México, integrada por el Distrito Federal y diversos municipios del oriente del Estado de México.

La migración interna ha redistribuido a la población en el país y, de acuerdo con Romo y Téllez (2013: 84), hoy la distinguen las siguientes características: su crecimiento se ha estabilizado y ahora la población involucrada en los movimientos internos es más numerosa que la que sale del país; hay cambios importantes tanto en los orígenes como en los destinos, ya que el norte y la frontera han dejado de ser atractivos, mientras se consolidan los asentamientos de migrantes en los sitios turísticos y las periferias de las ciudades y las zonas metropolitanas. En 2010, en las 59 zonas metropolitanas del país residían 63.8 millones de habitantes; es decir, 56.8% de la población nacional que se ocupaba preferentemente en el sector servicios y 49.2% que laboraba en el sector secundario (*ibidem*: 92-96).

Acapulco sigue siendo el municipio más poblado del estado de Guerrero, y actualmente concentra –después de La Montaña–, a la población indígena más numerosa. A su llegada, los indígenas han conformado colonias donde predomina la gente *savi* (mixtecos), *nahuas*, *me'epah* (tlapanecos) y *ñomnda* (amuzgos), prioritariamente. Hoy se habla de la presencia de cerca de 15000 indígenas que provienen de la región del Alto Balsas y de la Montaña, aunque no hay

\* Profesora-investigadora, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco (bcanabal@correo.xoc.uam.mx).

<sup>1</sup> Este trabajo se deriva de un proceso de investigación desarrollado en el puerto de Acapulco en compañía de la doctora Gabriela Barroso, de la Universidad Autónoma de Guerrero, así como de profesores de escuelas bilingües y de Magdalena Valtierra, animadora de varias organizaciones sociales de los residentes indígenas.

datos que refieran con mayor exactitud la dimensión de esta migración. La mayoría son nahuas de la región del Alto Balsas y del municipio de Chilapa; en segundo lugar se encuentran mixtecos y tlapanecos que provienen de los municipios de Malinaltepec, Metlatónoc y Tlapa, en la región de la Montaña.

En este puerto ha predominado la oferta de trabajo en el sector terciario, en particular en los servicios, que en 2004 daban ocupación a 45% de la población. Este porcentaje no sólo se ha mantenido, sino que, de acuerdo con el censo de 2010, se elevó hasta ocupar a 82.8% de la población (*Censo...*, 2010; *Encuesta...*, 2004).

La población indígena que se establece en el puerto se ocupa en actividades de trabajo formal e informal, abarcando un gran abanico de ocupaciones en grandes o pequeños establecimientos o bien en la venta y oferta de servicios en calles y playas. Se ocupa en trabajos de albañilería, herrería, mecánica, limpieza y servicio doméstico en hoteles, casas y restaurantes, y asimismo en la producción y venta de comida, artesanía y el trabajo en la playa en actividades como masajes, aplicación de tatuajes y elaboración de "trecitas".

Esta población llegó a Acapulco en busca de trabajo temporal y poco a poco se fue estableciendo y ocupando espacios en lugares circundantes, lejos del centro turístico, fundando con parientes y paisanos núcleos vecinales y colonias donde se registra una mayor o menor diversidad étnica y en muchas ocasiones predomina alguna lengua. Por ejemplo, en la colonia Chinameca se ubica mayoritariamente población mixteca, mientras que en la colonia Unidos por Guerrero se ha establecido 49% de población mixteca, 15% nahua, 10% tlapaneca y 3% amuzga, de acuerdo con el censo de población levantado en 2007 en esa colonia, coordinado por Gabriela Barroso.

A su llegada, los migrantes que fundaron sus colonias no encontraron servicios, comunicación, transporte ni viviendas. Ellos han tenido que luchar para que se introduzcan las condiciones mínimas y vivir a las orillas del puerto. Aun así carecen de buenas condiciones de vida. También encuentran un ambiente hostil cuando se les identifica como indígenas; por ello, intentan borrar hasta donde sea posible su origen, impidiendo que sus hijos hablen la lengua, o bien optan por acercarse en las colonias o en las escuelas bilingües a organizaciones sociales que defiendan sus intereses.

Ser indígena en Acapulco implica inclinarse por esas dos opciones: procurar el ocultamiento de su origen étnico, dejar de hablar la lengua y mimetizarse entre la población mestiza, o asentarse en colonias donde conviven con gente de su mismo origen, organizarse para tener una mejor situación de trabajo y de vida a partir de su condición de indígena y luchar por ser reconocidos como tales, aunque hayan perdido la relación inmediata con la tierra y su comunidad.

Como señalaba Cristina Oehmichen en un ensayo sobre los indígenas de la ciudad de México:

Los migrantes indígenas han encontrado en la pertenencia étnica y comunitaria uno de sus más firmes soportes para sobrevivir en un medio hostil. Las redes de parentesco les han permitido afrontar situaciones difíciles y hacer frente a múltiples necesidades. Dichas redes son movilizadas para ayudar al recién inmigrado a conseguir trabajo y alojamiento. Asimismo, son movilizadas para obtener permisos para el comercio en la vía pública y enfrentar la competencia por el espacio urbano [...] Las redes comunitarias han servido también para conformar frentes de lucha política por la vivienda y organizaciones de tipo gremial para obtener un espacio para trabajar en el comercio y para sacar de la cárcel a sus miembros cuando son detenidos por la policía (Oehmichen, 2005: 217).

Así, los migrantes indígenas de Acapulco han conformado nuevas formas asociativas que se inician con su incorporación a redes familiares o comunitarias que facilitan su traslado, los contactan con agentes privados o gubernamentales y les ofrecen facilidades para reconocer los sitios donde sean recibidos y puedan trabajar.

### **La presencia social indígena en el puerto**

Para los habitantes indígenas, vivir y trabajar en Acapulco significa superar una gran cantidad de retos que van desde la prohibición para realizar sus actividades de comercio en las playas y calles hasta el riesgo de ser multados o de que les "levanten" la mercancía y sólo en algunos casos los "toleran". Este tipo de problemas, al lado de los que padecen en sus colonias, que por lo general carecen de los servicios más indispensables, los han orillado a organizarse en núcleos sociales de acuerdo con sus actividades. Como es de esperarse, estos núcleos sociales tienen como sello distintivo su conformación en torno a las identidades étnicas.

De este modo se ha generado una gran diversidad de organizaciones, como las escuelas bilingües, las organizaciones de colonos, de artesanos, de mujeres, de indígenas residentes que están constantemente apelando a sus derechos, así como una comisaría y un comité ciudadano.

Esta lucha por visibilizar la presencia indígena en el puerto ha promovido la creación de una Dirección de Asuntos Indígenas en el municipio, que antes no existía. Magdalena Valtierra refiere que hace cuatro años la CDI no reconocía a la población indígena del puerto ni los apoyaba con proyectos, aunque más tarde se lograron algunos resultados (testimonio de Magdalena Valtierra, marzo de 2015). Ha sido gracias a una lucha constante de la población indígena que ahora se asume como residente, que las instancias oficiales la han reconocido como un sector social particular con intereses propios y diversos. De cualquier manera, los recursos de que disponen para estos fines son insuficientes y las organizaciones presionan para que se cambie la perspectiva oficial, la cual considera que se trata sólo de grupos pequeños y muy localizados.

A partir de la integración de las colonias de migrantes indígenas en Acapulco surgió la necesidad de que los niños tuvieran una escuela propia. En algunos casos las propias autoridades educativas promovieron su organización, pero en otros fue la propia población, apoyada por maestros de las regiones indígenas, la que luchó para que éstas se construyeran y fueran reconocidas. Hoy en día hay siete escuelas primarias bilingües y tres de nivel preescolar en las que o bien predomina una de las lenguas o hay niños hablantes de distintas lenguas.

Uno de los fundadores de la escuela bilingüe de la colonia Unidos por Guerrero señala que el objetivo de fundarlas ha sido “rescatar esa cultura porque ya se está perdiendo. Se abrieron esas escuelas para no perder la lengua, porque hay muchos muchachos que están aquí ahorita que ya no la hablan”. También se afirma que este tipo de educación es un derecho por el que hay que luchar (entrevistas realizadas en la colonia Unidos por Guerrero, marzo de 2007).

Juanita, una maestra de la escuela de la colonia Chinameca, señala que “el punto principal para nosotros, los maestros, era conservar nuestra lengua, que los niños no perdieran su lengua. Nosotros no estamos de acuerdo en que nuestra lengua no vale, que el español sea la única lengua que debe existir: la nuestra vale como cualquier otra lengua” (entrevista con Juanita, maestra de la escuela de la colonia Chi-



nameca, Acapulco, marzo de 2007). De igual forma la maestra Juanita relata cómo dieron inicio a la fundación de la escuela:

Llegaron muchos señores de Tlaxco, de la Montaña de Guerrero, y empezaron a ver esa necesidad que urgía para sus hijos y ya fue cuando empezaron a platicar más sobre eso y platicaron con unos maestros de que se quería una escuela en la colonia. Eran maestros de la montaña, pero vinieron a ver si había alumnos y si existía la posibilidad de solicitar o gestionar maestros. Vieron que sí había alumnos, porque luego nada más iban los niños a trabajar con sus papás a la playa y no recibían nada de clases, de educación (*idem*).

Otro de los profesores que han animado el trabajo en la escuela bilingüe Unidos por Guerrero comenta que “resistimos culturalmente, pero se trata de resistir mediante trabajo, con el esfuerzo, de ir creciendo. Abarcar una escuela bilingüe no era suficiente; por eso cada vez hay más escuelas bilingües indígenas en Acapulco donde se fomenta el redescubrimiento o reconocimiento de las raíces culturales” (entrevista con el profesor Santiago García Reyes, Acapulco, 2009).

En ambas colonias, por medio de estas escuelas se refuerza el orgullo de ser gente indígena. La escuela, la casa, la colonia, son los espacios donde los niños y jóvenes encuentran comprensión y solidaridad; en contraste, como trabajadores ambulantes son humillados e incluso maltratados en las calles y en las playas por su condición laboral y étnica.

Las familias de las colonias indígenas valoran estas escuelas donde los niños aprenden y entonan el himno nacional en su lengua materna y en español. Estas instituciones bilingües cumplen también con la función de reunir a los padres de familia y a los colonos para recibir cursos y participar en talleres sobre aspectos como nutrición, salud o agricultura, además de gestionar servicios urbanos para las colonias como pavimentación, recolección de basura o alumbrado público, entre otros. La escuela es el centro de la organización social.

Es interesante destacar asimismo el establecimiento en la colonia Unidos por Guerrero de una comisaría "al estilo" de las de la región de la Montaña. Convertida para fines de reconocimiento en comité indígena, desempeña una gran diversidad de actividades que benefician a los colonos, como la dotación de servicios, pavimentación, asuntos de registro civil, arreglo de las escuelas bilingües y otros trámites de servicios

comunitarios. Si bien la idea de la comisaría se sustenta en su fundamento comunitario, en el puerto funciona de manera distinta, pues la encabeza una secretaría conformada por tres hombres y tres mujeres de origen mixteco, nahua, tlapaneco y afrodescendiente. Hay un gran contraste con las comisarías de la Montaña, donde las mujeres no tienen la posibilidad de participar; otra novedad es la diversidad de grupos que la conforman.

Este comité expuso al municipio sus principales demandas en un documento: reconocimiento de la comisaría indígena, el registro civil, construcción de la red de luz, reparaciones de las redes de drenaje y agua potable, del centro de salud y de la oficina para el comité ciudadano; apoyo a proyectos productivos de hortalizas y artesanías, así como para el rescate cultural; realización de talleres sobre alimentación e higiene dirigidos a las mujeres, alfabetización de adultos, respeto a los espacios de trabajo y de venta de productos.

Se puede hablar entonces de un proceso de translocalidad identitaria que tiene su concreción en urbes como Acapulco, donde los indígenas han creado y recreado formas propias de organización social con significado comunitario por la preservación de sus culturas.

Además de la comisaría, se han generado procesos organizativos que pretenden representar a los indígenas migrantes y residentes del puerto, como la Unión de Indígenas Radicados en Acapulco (UIRA) y el Frente Regional de Indígenas en Acapulco (FRIA). La primera agrupa a indígenas de todas las etnias del estado de Guerrero que han llegado a Acapulco. Se creó en la década de 1980 para ayudar a resolver los principales problemas que enfrentaban los indígenas migrantes, como traducción y asesoría jurídica, entre otros. Por su parte, el FRIA nació en febrero de 2010 y ha tenido la función de acceder a recursos financieros para llevar a cabo proyectos productivos y de capacitación. A partir de estas organizaciones, la presencia social indígena en el puerto ha cobrado fuerza y coordinado la gestión de proyectos, la solución de diversas demandas y la movilización en pro de su reconocimiento.

Actualmente se ha iniciado un proceso de organización de acuerdo con las distintas ocupaciones de esta población. Se han constituido agrupaciones de artesanas, de mujeres indígenas "trensadoras", de productores y vendedores de papalotes, una organización de indígenas vendedores en el parque Papagayo, una organización de indígenas de la playa Condesa, una asociación de artesanos de la colonia Generación 2000, una orga-



© Luis Covarrubias, *Danzante de Santa Cruz, Guerrero*

nización de “raspaderos” del Zócalo, una cooperativa de comercialización de raspados y artesanías, una organización de indígenas de tatuajes y otra de comerciantes de artesanía llamada Grupo Mantú de la Plaza Politécnica. Se han conformado otras asociaciones más territorializadas en las colonias o por su lugar de origen, como la Organización de Indígenas de la Colonia José López Portillo y la Organización de Indígenas del Alto Balsas.

Es importante destacar la participación de las mujeres en este proceso organizativo, ya que desde su llegada al puerto han asumido un papel económico fundamental para solventar los gastos de la familia, que en muchas ocasiones encabezan. Un ejemplo lo constituye la Unión de Mujeres Indígenas Radicadas en Acapulco, que además de animar la concreción de proyectos para sus agremiadas, organiza talleres y eventos a fin de discutir temas prioritarios para ellas y su familia.

Este proceso organizativo no ha resultado fácil en una ciudad donde los indígenas no sólo son minoría, sino que también sufren maltrato y discriminación. Sin embargo, a partir de estas formas asociativas se ha logrado visibilizar y obtener su reconocimiento como trabajadores, comerciantes y colonos con demandas específicas, ya que su ser indígena ha sido para ellos una marca que les torna el camino de la defensa de sus intereses mucho más difícil. En la ciudad viven en colonias con escasos servicios, tienen trabajos informales y en ambas condiciones sufren limitaciones económicas, discriminación y están sujetos a muchos episodios de violencia.

Entre los migrantes que ya se han integrado a la vida social de su nuevo destino se da un importante proceso de reterritorialización: hay casos en que se han creado espacios de resistencia –como los ya mencionados– a partir de los cuales se hace evidente la identidad de los migrantes ya llamados “residentes”, construyéndose así una nueva espacialidad siempre en conflicto que implica interacción y lucha. En esta nueva espacialidad se intercala el anhelo de seguir siendo indígenas, de continuar con los lazos comunitarios y la conexión necesaria con nuevos lazos en las nuevas zonas de trabajo y de vida.

### **La vida familiar, la vida comunitaria**

Es perceptible una redefinición de la vida familiar y de la vida colectiva y comunitaria, ya que las mujeres y los

jóvenes que llegan al puerto participan de una manera más dinámica en la economía familiar y en la toma de decisiones en el ámbito comunitario –colonias, escuelas y asociaciones–. Logran así una mayor equidad en sus derechos, en el acceso a la educación, a la información, a la libertad matrimonial y en la decisión de maternidad y paternidad.

Se advierten cambios en el papel de los integrantes de las parejas y de la familia: se trata de procesos que transforman la vida social y comunitaria en esta dirección, pero también –hay que decirlo– son procesos en los que media una gran cantidad de obstáculos de tipo económico y cultural que los migrantes tratan de superar, sobre todo las mujeres y las nuevas generaciones que viven tanto rupturas como continuidades.

La gente de la colonia Chinameca proviene en su mayoría del pueblo de Tlaxco, localizado en el municipio de Xalpatláhuac, en la Montaña Alta. La ocupación de esta colonia se fue dando desde mediados de la década de 1980, si atendemos a lo que una mujer nos manifestó en una entrevista:

Nosotros somos de Tlaxco; tenemos 20 años en Acapulco. Yo llegué de ocho años. Aquí estudié la primaria y me casé a los 15. Mantenemos ligas con el pueblo; vamos cada año con mis papás en los Días de Muertos y en la fiesta de san Miguel Arcángel. Cuando llegamos acá vendíamos chicles en la Costera; mi mamá hacía pulseras y las vendía. Ella nunca aprendió a hablar bien el español. En nuestro pueblo todavía se siembra, pero antes había más gente en el pueblo; ahora ya no. Muchos se han ido pa’l otro lado o compran un terrenito en Acapulco con lo que mandan de Estados Unidos (entrevista con Alejandra, colonia Chinameca, junio de 2006).

En estas colonias las distintas generaciones han ido cambiando su percepción acerca de la vida en el pueblo y de las perspectivas que como jóvenes o mujeres tienen en el puerto. Cata nos señalaba en entrevista: “Somos de la montaña, pero a mí me gusta más aquí porque vamos a la playa y tenemos dinero; allá sólo el campo produciendo maíz. Aquí vivía mi hermano y por eso me vine; ya todos mis hermanos están aquí. Yo trabajo en la playa, hago trencitas; mi marido vendía paletas y se fue a Estados Unidos para ganar más” (entrevista con Cata, junio de 2006).

Los habitantes indígenas consideran que la vida en el puerto los favorece porque tienen trabajo e ingresos, y asimismo porque han mejorado en otros aspectos de

su vida personal y familiar. De todas formas, manifiestan alguna añoranza de la vida en el pueblo que ya quedó atrás.

Alejandra también nos señalaba:

Yo tengo 26 años y ya no quiero más hijos [...] cuando tenemos muchos hijos no podemos darles todo lo que necesitan; escuela, por ejemplo. Aquí nos dan pláticas. A mí me gusta más allá [Tlaxco] porque el aire es más fresco; lo que uno come es más natural. Mis papás dicen que regresarán cuando tengan 70 años. Aquí venimos a buscar trabajo; aquí tiene de bueno que las mujeres sí van a la escuela y se casan con su novio, no como en el pueblo, que los papás escogen con quién se van a casar. Allá las siguen “vendiendo”; aquí no. Los que apenas llegan acá, a veces quieren seguir con la costumbre (entrevista con Alejandra, colonia Chinameca, junio de 2006).

Los más jóvenes, los que ya nacieron en Acapulco, no se sienten ya ligados con las comunidades de sus abuelos, sobre todo porque gran parte de sus parientes se encuentran en el puerto. Aunque han ido a las escuelas bilingües y dominan el castellano, siguen utilizando la lengua materna porque la hablan en la casa y conviven en su colonia con parientes y vecinos de su mismo pueblo.

Una entrevistada nos señalaba: “Todas las tardes me voy a Papagayo, a la playa. Hago una ‘trecita’ diaria y en temporadas como cinco. A veces saco como 200 pesos al día. Yo no conozco el pueblo de mis padres ni quiero ir; me gusta más aquí. Yo hablo mixteco con mis amigos, con mi familia, pero soy acapulqueña. Tengo 17 años. Quiero conocer Nueva York. Algún día me voy. Allá tengo familia que me podría ayudar” (entrevista con joven indígena residente, junio de 2006).

Sin duda, en el puerto hay una redefinición de la vida familiar, del matrimonio y del papel de las mujeres: se reconstruye la vida colectiva y comunitaria porque las mujeres tienen una mayor participación económica, mayor acceso a la educación, y mantienen más contacto con medios de información, con un medio social más amplio y con distintas organizaciones. Tales cambios no han sido fáciles para estas mujeres, que en este contexto enfrentan obstáculos y conflictos que deben ir superando.

La ritualidad que envolvía la vida matrimonial en las comunidades de origen de los migrantes indígenas de Acapulco, que obligaba a las mujeres a obedecer la voluntad de los padres, ha cambiado o se ha

ido dejando atrás. Algunas de estas prácticas prosiguen y otras se transforman de acuerdo con nuevas necesidades: “rupturas y continuidades”, los llama D’Aubeterre (2000a y b).

Si bien persiste entre los colonos indígenas el orgullo de su herencia étnica, los hombres y las mujeres –éstas últimas en forma más notoria– ya miran sus derechos y obligaciones en la institución matrimonial y familiar de distinta manera. Se recrea el pasado, pero considerando las necesidades de un medio diferente, más heterogéneo, donde las mujeres necesitan trabajar fuera de casa para recibir ingresos y donde las jóvenes deben prepararse para lograr mejores oportunidades de empleo.

### Reflexión final

A partir de este intenso proceso organizativo, los indígenas residentes de Acapulco han cobrado presencia y creado una nueva espacialidad social donde se intercalan un “querer seguir siendo indígenas” –desde la continuidad de los espacios de resistencia creados en Acapulco, imbricada con la continuidad de sus lazos con las comunidades de origen– y los nuevos hábitos y funciones que asume cada uno de los integrantes de estas familias en la ciudad.

Para refuncionalizar su condición inicial de migrantes los indígenas residentes en Acapulco generan alternativas diversas, nuevas formas de conducir su vida, de verse en un antes, un ahora y un después: de generar formas novedosas de ciudadanía como individuos y colectividades que crean y recrean espacios de socialización.

La investigación en torno a este tema ha comprobado que los migrantes indígenas no rompen en definitiva con sus lazos familiares y afectivos en sus lugares de origen; conservan la lengua y otros elementos culturales que los caracterizan. Así, en lugares como Acapulco reproducen su vida familiar y comunitaria a partir del contacto con sus coterráneos, mantienen relaciones de trabajo y participan en la red de relaciones sociales locales, a la vez que retienen el vínculo con su comunidad de origen.

En algunas colonias realizan festividades parecidas a las de sus pueblos originarios o acuden anualmente a las fiestas de sus pueblos para visitar a sus santos patronos. “Se trata de gente que lleva aquí viviendo de 15 a 20 años. Eso ha servido para no perder totalmente las costumbres, la fe” (Guzmán: 2004).

Podríamos coincidir con Gilberto Giménez (1996) al considerar que la

[...] desterritorialización física de los sujetos sociales por desplazamiento o abandono de su lugar de origen no implica automáticamente la “desterritorialización” de su cultura internalizada [...] incluso entre los emigrantes internacionales (de primera generación) la referencia simbólica y subjetiva a la cultura del lugar, de la clase y de la etnia de origen se mantiene viva y operante, sea por vía de la comunicación a distancia o por lo que hemos llamado “reterritorialización” simbólica de la cultura de origen en los lugares de destino [...] la identidad se recompone, se redefine y se readapta, pero sobre la base de conservar lo esencial de la antigua identidad y de la matriz cultural que le sirve de soporte.

Diversos estudios (Grimson, 2011: 11; Reguillo y Godoy, 2005: 12) advierten cómo, frente al movimiento de poblaciones y el desdibujamiento de las fronteras identitarias y territoriales, nacen esfuerzos de reterritorialización. Esto es, de construcción de prácticas segmentadas para fijar el propio terruño, pero también de representaciones translocales para saldar la distancia que separa el lugar de origen del lugar de destino.

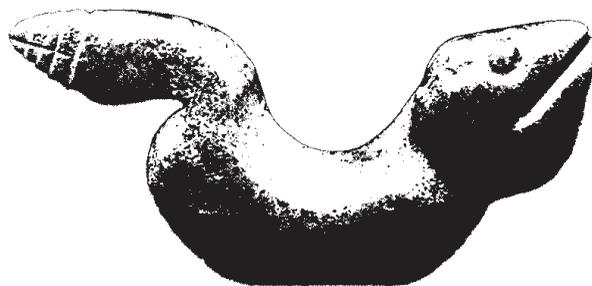
La presencia social de los indígenas en sus colonias, sus escuelas y en sus organizaciones constituye la forma en que construyen una nueva espacialidad social donde se da una constante interacción con otros grupos de poder y donde todos los días los indígenas residentes luchan por su reconocimiento en un entorno físico y social; donde se enfrentan cotidianamente a un medio hostil que les exige cambios y adaptaciones.

Hemos llegado a aceptar la idea de que los migrantes, como actores sociales, no son sólo el producto de una situación crítica y de la carencia de oportunidades de desarrollo en sus lugares de origen, pues también producen realidades novedosas y muy dinámicas.

Si bien la nueva red de relaciones a que se incorporan a su llegada a los nuevos lugares de trabajo y de vida los sitúa como “los que llegaron después”, “los de afuera”, “los diferentes e inferiores” por su origen cultural, lingüístico y rural, a partir de esta marca –al reconocerse desde su diferencia– los migrantes indígenas se han abierto a sí mismos la posibilidad de establecer nuevas relaciones sociales para apropiarse de un lugar y enfrentar una estructura de poder, haciendo manifiesta su identidad y sus demandas desde esta nueva situación.

## Bibliografía

- Barroso, Gabriela, *Censo de población levantado en la colonia Unidos por Guerrero*, México, Universidad Autónoma de Guerrero, 2007.
- \_\_\_\_\_, Beatriz Canabal y Nicolasa García, *Nuestra historia. Escuela Ve'savi*, México, Secretaría de Asuntos Indígenas/ Gobierno del Estado de Guerrero, 2010.
- Canabal Cristiani, Beatriz y Cristina Gabriela Barroso, “Mujeres y migración de la Montaña de Guerrero con destino a Acapulco”, en *Veredas*, año 7, núm. 13, 2006, pp. 265-277.
- Censo General de Población y Vivienda*, México, INEGI, 2010.
- D'Aubeterre, M. E., “Mujeres y espacio social transnacional: maniobras para renegociar el vínculo conyugal”, en Dalia Barrera Bassols y Cristina Oehminchen (comps.), *Migración y relaciones de género en México*, México, IIA-UNAM/ Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza, 2000a.
- \_\_\_\_\_, *El pago de la novia: matrimonio, vida conyugal y prácticas transnacionales en San Miguel Acuexcomac*, Puebla, El Colegio de Michoacán/BUAP/ICSYH, 2000b.
- Encuesta Nacional de Empleo Urbano*, México, INEGI, 2004.
- Giménez, Gilberto, “Territorio y cultura”, en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, vol. II, núm. 4, diciembre de 1996.
- Grimson, Alejandro, *Los límites de la cultura: crítica de las teorías de la identidad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- Guzmán Pérez, Kenia, “Indígenas migrantes en Acapulco”, en *El Sur de Acapulco*, 28 de abril de 2004.
- Oehmichen, Cristina, *Identidad, género y relaciones interétnicas. Mazahuas en la ciudad de México*, México, IIA-UNAM, 2005.
- Reguillo, Rossana y Marcial Godoy, *Ciudades translocales: espacios, flujo, representación: perspectivas desde las Américas*, Guadalajara, ITESO, 2005.
- Romo Viramontes, Raúl, Yolanda Téllez Vázquez y Jorge López Ramírez, *Tendencias de la migración interna en México en el periodo reciente*, en *La situación demográfica en México*, México, Conapo, 2013, en línea [www.conapo.gob.mx].



# Migración, cohesión social e identidad étnica entre los nahuas de Acatlán, Guerrero, en la ciudad de México

Rosalba Díaz Vásquez\*

**A**catlán es una comunidad nahua perteneciente al municipio de Chilapa de Álvarez, en el estado de Guerrero. Como en muchos otros pueblos de la Montaña de Guerrero, en Acatlán la migración laboral estacional y definitiva es una de las actividades de mayor trascendencia para casi la mitad de su población total, que suma aproximadamente cinco mil habitantes, incluyendo a la población migrante asentada en diversos lugares del estado y del Distrito Federal. En este documento se abordará de manera particular el caso de los acatecos residentes en el valle de México y los mecanismos por los cuales han logrado establecer un fuerte vínculo entre la ciudad y su comunidad de origen, un vínculo sustentado en la cohesión social, así como en una permanente revaloración y reivindicación de su identidad étnica.

Las causas, los efectos y las características de la migración adquieren formas muy distintas según el grupo de que se trate. Para un indígena, migrar de manera definitiva representa por lo general movilizar a toda su familia, abandonar las tierras que son parte de sus raíces y fundamento sustancial de su identidad e integrarse a un esquema donde es ubicado en la escala socioeconómica más baja, con enormes desventajas ante el resto de la población. Los nuevos valores de la vida urbana le son desconocidos, de ahí que su vida migratoria se inicie con enormes desventajas. Sin embargo, el caso de los acatecos y su devenir en la ciudad de México parece ser exitoso, como veremos más adelante.

## Antecedentes

A principios de las décadas de 1940 y de 1950 empezó una migración temporal “aventurera”, más allá de la capital del estado, en la que los acatecos se dirigieron de manera aislada o en grupos pequeños, durante cortas temporadas, hacia Copalillo y Temalaca para conseguir, mediante el trueque, maíz y palma que usarían para hacer cinta.

Cada año migraban por temporadas más o menos largas, de dos o tres meses, hacia la sierra de Atoyac para ocuparse en el corte de café. Además, en la temporada de verano se dirigían a Tlazmalac y otros lugares aledaños para contratarse como gañanes o jornaleros agrícolas en la tumba de hoja de maíz y, en otoño, para la cosecha de cacahuete. También se dirigían por tiempo indefinido al estado de Morelos, sobre todo hacia Cuautla, Jojutla, Atencingo y Zacatepec, para emplearse en el corte de la caña de azúcar. Hacia la década de 1960 la migración se fue generalizando y muchos más comenzaron a dirigirse temporalmente hacia las zonas de produc-

\* Profesora-investigadora, Unidad Académica de Antropología Social, Universidad Autónoma de Guerrero (rosal-diaz@yahoo.com.mx). Con especial agradecimiento al señor Constantino Medina Lima (†) por su colaboración para obtener información.

ción agroindustrial en Baja California, Sonora, Sinaloa y Chihuahua, para la cosecha de jitomate, chile y otros cultivos hortícolas.

La situación general de pobreza, como resultado de una serie de factores macroestructurales –entre los que se enumeran la crisis de la economía agrícola de subsistencia, el crecimiento de la población y la escasez de tierras cultivables, sumados a la baja productividad agrícola–, ha orillado a familias enteras a la búsqueda de mejores condiciones de vida fuera de su comunidad, su región, su estado y, en tiempos más recientes, más allá de las fronteras, ya sea de manera temporal o permanente. En algunas comunidades la represión política y militar también ha obligado a los campesinos a abandonar sus tierras (Sánchez Saldaña, 1996: 198).

Otro buen número de acatecos se estableció en forma definitiva en algunas ciudades de la costa del estado, como Acapulco, Ayutla, Tecoanapa, Marquelia, Cruz Grande, San Marcos, San Luis Acatlán y Ometeppec; hacia el centro se concentraron en los municipios de Chilapa, Tixtla, Tierra Colorada y Chilpancingo. La mayoría de estos emigrados se ocuparon principalmente en el comercio informal, y en la actualidad cuentan con comercios establecidos y casas de su propiedad.

Mención aparte merecen los acatecos que se asentaron en el valle de México a partir de 1975, a excepción de los pocos que adquirieron casas en el Distrito Federal, sobre todo en la colonia Aragón. Los acatecos estaban distribuidos como propietarios en las colonias de Ciudad Nezahualcóyotl, principalmente. Hacia 1970 esta migración se intensificó a consecuencia de una fuerte crisis en la producción garbancera, debida a la plaga conocida comúnmente como “el café”. La baja producción de maíz se compensaba con la cosecha del garbanzo, pero el declive en la producción de la leguminosa ocasionó también un descenso en la producción del maíz por la rápida propagación del “café”. Al interrumpirse el ciclo temporalero del maíz y del garbanzo, se dio una gran desocupación durante los meses de “secas” (Matías Alonso, 1997: 14). Esta crisis en la producción agrícola, y sobre todo el hecho de que los primeros emigrados regresaba a cumplir con alguna mayordomía o con regalos a la familia, hizo pensar a los del pueblo que debían ganar más dinero en la ciudad, de modo que muchos otros se animaron a salir de la comunidad.

Entonces, poco a poco, la gente se fue viniendo para México, con la idea de que aquí se gana bien, o te ven que ya has mejorado y luego la gente, cuando regresaba, era muy

fachosa; regresaban con lentes oscuros y ya no querían comer lo mismo de antes, y a la gente de allá les daba envidia porque creían que ganaban muy bien y así fue llegando la gente (entrevista con Constantino Medina Lima, representante de la Mesa Directiva Pro Mejoramiento del Pueblo de Acatlán, noviembre de 1998).

A principios de la década de 1990 la migración se elevó al rango internacional, cuando algunos acatecos emigraron hacia Estados Unidos y Canadá.

### **Acatecos en la ciudad: volumen y ubicación**

En la actualidad, más de 300 familias residen en la zona conurbada de la ciudad, sobre todo en el municipio de Nezahualcóyotl, en la avenida Chimalhuacán y en las colonias Benito Juárez, La Perla, San Agustín, Valle de Aragón, Agua Azul y La Esperanza. En el municipio de Chimalhuacán se ubican en algunas colonias colindantes con el bordo de Xochiaca, en algunas colonias populares del municipio de Valle de Chalco, en las colonias La Villa, Martín Carrera y Tepetates, de la delegación Gustavo A. Madero, y en algunas más de la delegación Iztapalapa, todas en el Distrito Federal.

### **Actividades principales**

En los primeros años de su estancia en la ciudad, la mano de obra no calificada de estos migrantes llevó a los hombres al subempleo y al desempleo, y a las mujeres a la servidumbre y el comercio informal. Ante esta inestabilidad laboral, se colocaron como estibadores en La Merced y la Central de Abastos, y en pocos casos como obreros. Más tarde, y aún en la actualidad, la actividad económica principal es el trabajo asalariado en el Departamento de Limpia del Distrito Federal. Los primeros migrantes se colocaron como barrenderos y jardineros, para luego ascender a choferes de los camiones recolectores de basura y dejar para los recién llegados los puestos anteriores. La segunda generación de emigrados se insertó en algunos de los empleos ya mencionados, combinándolos en algunos casos con estudios técnicos y profesionales. Hoy en día un buen número de acatecos se dedican a actividades profesionales en la ciudad de México.

Cabe mencionar la migración temporal de un buen número de jóvenes (dada la dispersión de los sujetos, el dato duro está en proceso de elaboración) que desde antes del año 2000 y hasta la fecha han migrado

al Distrito Federal exclusivamente por motivos de preparación académica, así como a otros estados de la república y al extranjero. Esto habla de un cambio en el patrón de la migración y de una posición económica distinta en algunos sectores de la población, lo que hace que las nuevas generaciones ya no sólo busquen salir por cuestiones económicas, sino por lo que consideran una superación personal. Aunque estos jóvenes tal vez no representan un número significativo, sí configuran un rostro distinto de la migración.

### **Relación con la comunidad y organización social**

La relación económica y social que los acatecos mantienen con su pueblo se manifiesta de diferentes formas. Hacen visitas a su pueblo en los días de festividad. Entre las más concurridas está la fiesta de petición de lluvias, la patronal del 24 de junio, en la que participan activamente, y el Día de Muertos, en noviembre. En Acatlán funcionan las mayordomías, y quienes las asumen asisten con mucha frecuencia al pueblo para cumplir con su cargo.

Los migrantes tienen injerencia en la vida política de la comunidad. Un ejemplo es su actuación en el conflicto agrario que protagonizaron en 1982 por la recuperación de tierras en manos de mestizos de Chilapa. En esa ocasión los comuneros delegaron a los migrantes la gestión burocrática. Ellos dieron seguimiento a los trámites administrativos y acudieron a las oficinas de la Secretaría de la Reforma Agraria en la ciudad de México y en la capital del estado. Durante las deliberaciones se ganaron un espacio de decisión y acción. Los comuneros migrantes y los residentes se ayudaron recíprocamente y con esto renació una gran fuerza comunal en Acatlán.

Por otra parte, una vez resueltas las necesidades individuales, los acatecos que migraron se organizaron de manera formal para mantener los vínculos con su comunidad de origen y participar en obras de mejora física de su localidad. La ayuda material al pueblo se canaliza a través de la Mesa Directiva Pro Mejoramiento del Pueblo de Acatlán. La Mesa de Traslados al Pueblo de Acatlán proporciona ayuda para trasladar a los fallecidos en la ciudad hacia su lugar de origen. Estas mesas también llevan a cabo gestiones con los organismos gubernamentales para resolver los problemas del pueblo y los migrantes en la ciudad.

Además, por medio de estas asociaciones se organizan eventos religiosos y sociales, además de que se

mantienen las relaciones entre los acatecos que viven dispersos en la ciudad. Un ejemplo de esto es la celebración dedicada a San Juan Degollación en Ciudad Nezahualcóyotl, el 29 de agosto, donde se reproduce de manera casi exacta la fiesta patronal que se efectúa en la comunidad el 24 de junio. El 12 de diciembre se realiza una peregrinación hacia La Villa: las mujeres portan su traje tradicional de acateca (naguas y huipil bordados de artisela con vistosos colores), llevan un estandarte y bailan al compás de la música de viento traída del poblado vecino de Zitlala.

En las bodas se conservan las prácticas tradicionales del pueblo, como llevar *huentli* ("ofrenda") a la novia, bailar con música de viento y comer pozole, tamales de frijol y garbanzo con mole rojo, acompañados del habitual mezcal.

Las relaciones de parentesco y compadrazgo no sólo se conservan, sino que se refuerzan en la ciudad de México. Los que van llegando siempre cuentan con la presencia de parientes, amigos o paisanos que ayudan a solucionar una serie de problemas relacionados con el alojamiento, la búsqueda de un empleo e incluso con la subsistencia. En cambio, resolver esos problemas para los primeros que llegaron dificultó su proceso general de adaptación.

### **De la vinculación informal a la constitución organizacional**

El tipo de organización que han creado los migrantes acatecos se caracteriza como un conjunto de mecanismos institucionales que facilitan la formación y mantenimiento de los lazos creados a partir de la experiencia común de la migración. Al igual que los clubes o las asociaciones, en las mesas directivas se obtiene un foro de comunicación e intercambio, y las redes de migrantes básicas, como la amistad, el paisanaje o el parentesco, son ampliadas por la vía de esas asociaciones.

Por otro lado, la participación activa de los migrantes en la fiesta patronal convierte a este festejo en un instrumento para la migración de regreso y sirve como vehículo importante en la integración de los que retornan dentro de la comunidad de origen.

El caso de los nahuas de Acatlán es representativo de cómo las relaciones de paisanaje y amistad pueden ser tejidas en una fábrica social que provee a los migrantes de un recurso adaptativo de gran valor en un medio ambiente extraño. Por medio de las relaciones

interpersonales, la gente, los bienes y la información circulan para crear un *continuum* de la red social entre la comunidad de origen y el destino (Massey, 1987: 7).

Es importante mencionar que las aportaciones de los migrantes para los proyectos de mejoras en el pueblo son relevantes, pues se trata de un sector mayoritario en la comunidad y con estas aportaciones se recanalizan los recursos de los migrantes a través de los mecanismos formales (las mesas directivas de apoyo al pueblo), que además dan cuenta del mantenimiento de los lazos sociales que se han fortalecido entre los emigrados.

Durante las asambleas que se llevan a cabo en la ciudad no sólo se discuten los asuntos de interés general en el pueblo y las formas de ayuda, o bien las problemáticas de los acatecos que viven en los diferentes puntos de la ciudad, ya que también intercambian información sobre posibilidades de empleo y abren nuevas relaciones con paisanos que se mueven en otros círculos sociales; de esta manera, los recién llegados reciben apoyo para obtener trabajo, hospedaje y respaldo de las mesas directivas. Cabe señalar que la mayoría de las asambleas se llevan a cabo en idioma náhuatl.

### A manera de breve conclusión

El desarrollo de las redes sociales como una de las etapas de la migración definitiva que se da a través de las organizaciones voluntarias, el paisaje, el parentesco o la amistad refiere el caso de los acatecos como uno más que documenta la migración como un proceso social y no como un grupo que sale en forma involuntaria o voluntaria de la comunidad. El fenómeno migratorio tiene así diferentes modalidades y efectos en la continuidad y la cultura de la sociedad donde los migrantes están adscritos (Arizpe, 1978: 32).

En este sentido, es importante mencionar que el tipo de organización desarrollada por los acatecos en la ciudad ha servido como modelo para los demás acatecos que se encuentran en otros puntos del estado de Guerrero y comienza a ser implementado por los incipientes migrantes internacionales.

Con base en todo lo anterior, desde nuestro punto de vista la comunidad acateca en el municipio de Nezahualcóyotl opera como una comunidad “hija” en términos de Massey (1987), alrededor de la cual se ha desarrollado una organización socioeconómica que se extiende a migrantes subsecuentes que crecen nu-

méricamente y se dirigen a ese lugar en particular, así como a algunos otros donde se asentaron los primeros acatecos. Al orientarse a esos puntos de destino, las redes y las estructuras desarrolladas allí les proporcionan mayores posibilidades de éxito, en virtud del “capital social” acumulado por la comunidad migrante.

Por otro lado, estas redes y este capital social que se incrementan en tanto aumenta el número de migrantes es una estrategia adaptativa con rasgos culturales y organizativos propios –en este caso de los nahuas de Acatlán–, lo cual no sólo refuerza la identidad étnica en el interior del grupo y en relación con la comunidad de origen, pues también es una estrategia de resistencia ante los constantes embates de una sociedad nacional empeñada en negar la diversidad cultural.

### Bibliografía

- Arizpe, Lourdes, *Migración, etnicismo y cambio económico*, México, El Colegio de México, 1978.
- Díaz Vásquez, Rosalba, *El ritual de la lluvia en la tierra de los hombres-tigre. Cambio sociocultural en una comunidad nahua, Acatlán, Guerrero, 1998-1999*, México, Conaculta, 2003.
- Massey, Douglas, Rafael Alarcón et al., *Return to Aztlán. The Social Process of International Migrations from Western México*, Oakland, University of California Press, 1987.
- Matías Alonso, Marcos, *La agricultura indígena en la Montaña de Guerrero*, México, Plaza y Valdés-Altépetl Nahuas de la Montaña A.C, 1997.
- Sánchez Saldaña, Kim, “Migración de la Montaña de Guerrero: el caso de jornaleros estacionarios en Tenextepango, Morelos”, tesis de maestría, México, ENAH-INAH, 1996.



# Identidades en movimiento. La migración en el estado de Guerrero: el caso de los jornaleros agrícolas

Ramiro Arroyo Sepúlveda\*

**G**uerrero es un estado de migrantes. Miles de guerrerenses salen año tras año de sus lugares de origen para insertarse, temporal o definitivamente, en sociedades diferentes a las propias. En estos procesos, tanto las sociedades receptoras como las originarias ven enriquecidos sus principios culturales, puesto que el migrante conecta contextos económicos, sociales y culturales diferentes. En este artículo se presenta una visión general de los migrantes guerrerenses, pero en particular de los jornaleros agrícolas migrantes indígenas, como portadores de “identidades en movimiento”.

## Introducción

El desplazamiento de los hombres por espacios diferentes a los de su origen es tan antiguo como la historia de la humanidad. Pero no todo desplazamiento se debe entender como proceso migratorio. Salir del lugar de residencia por un tiempo definido y trasladarse a un lugar distinto del mismo no resulta suficiente para considerar este hecho como un proceso migratorio. El migrante es aquel que sale de su contexto cultural, social, económico y político para incursionar o insertarse en un andamiaje diferente al propio, donde no sólo establece relaciones económicas sino también de convivencia cotidiana, basadas en el enfrentamiento con una sociedad diferente a la propia y donde será aceptado o rechazado, según sea el caso.<sup>1</sup>

El migrante adquiere su calificativo como tal en el momento que forma parte de un colectivo consciente de que su existencia y reproducción trascienden su entorno local. De ahí que la migración incida en el todo colectivo, en la familia, en los parientes, en los vecinos, en la sociedad, ya que pone en contacto a pueblos, comunidades y sujetos con otros sujetos, es decir, con otros seres humanos semejantes a uno mismo, pero diferentes en cuanto a contextos disímboles que a fin de cuentas se encuentran hermanados.

La constitución de los Estados-nación dio origen a las fronteras que fracturaron los espacios históricos de los pueblos, de las culturas, y estas fracturas acotaron la libre movilidad de las personas. Individuos, familias, grupos, pueblos y naciones fueron coartados en su convivencia por las fronteras establecidas a causa de los intereses de los grupos dominantes en espacios cerrados y considerados como propios, como exclusivos.

\* Docente-investigador, Unidad Académica de Antropología Social, Universidad Autónoma de Guerrero (rarroyo50@yahoo.com.mx).

<sup>1</sup> Roberto Herrera Carassou (2006: 24) señala: “Cada miembro de una población reside en algún punto o series de puntos en el espacio y un mero cambio en la ubicación de su residencia debe ser definido únicamente, sin mayores implicaciones, como ‘movilidad espacial’. Es decir, si no hay un cambio cultural involucrado en el traslado de un lugar a otro, no se puede hablar de migración”.

Pero también existen procesos migratorios que, sin fronteras explícitas, se desarrollan en el interior mismo de los países. Nos referimos a migraciones del campo a la ciudad, o bien desde ciudades pequeñas hacia las grandes, así como a los flujos de personas entre regiones marginadas y aquéllas de mayor desarrollo, que por lo general corresponden a una migración rural-rural. Tal es el caso de los jornaleros agrícolas que, en forma pendular o cíclica, recorren las regiones donde se practica una agricultura altamente comercial, uniendo así lugares de pobreza con lugares de trabajo.

La pobreza estructural de las comunidades rurales en México sólo reproduce pobreza y sus habitantes se ven obligados a instrumentar diversas estrategias para lograr la reproducción de sus unidades familiares, entre las que sobresale la migración –temporal, cíclica o definitiva– con fines laborales para incorporarse en el campo como jornaleros agrícolas asalariados en actividades de tipo agroindustrial, o bien como trabajadores asalariados de la construcción o de servicios en las ciudades. Es la dinámica del capital la que marca los destinos y tiempos de las migraciones.

Ejemplificaremos estas afirmaciones con los flujos migratorios que se presentan en la actualidad en el estado de Guerrero.

### **Identidades en movimiento**

En Guerrero se presentan todos los tipos de flujos migratorios.<sup>2</sup> Encontramos los que se inician en las zonas rurales y se dirigen a las principales ciudades de la entidad y algunas del país, como el Distrito Federal; otros, que son los más estudiados y donde se ha intentado centrar la atención de las autoridades oficiales, son los de los migrantes internacionales; por último, las corrientes migratorias de los jornaleros agrícolas interestatales.

¿Qué se sabe acerca de la migración? Que existe una gran cantidad de gente que sale del estado o se mueve hacia el interior del mismo; que se van porque en su lugar de origen no logran satisfacer sus necesidades básicas; que algunos parten en pos de la aventura o para buscar la reunificación de las familias; que mandan dinero a sus casas para que los familiares que permanecen allí sobrevivan; que el migrante sufre el destierro, la nostalgia, la discriminación, la desintegración

familiar; que cuando regresan a sus comunidades traen otras costumbres y ya no son los mismos que cuando salieron; que se han “aculturado”. En fin, todo esto es motivo de anécdotas que la sabiduría popular plasma en términos de percepciones expresadas en manifestaciones musicales como los corridos. ¿Quién en estos momentos no recuerda una canción que evoque la vida de un héroe o una experiencia desgraciada en la vida de un migrante? Sea o no conocido el personaje de la interpretación musical; sea o no del terruño; sea, pues, de un paisano migratorio. En este campo todos somos solidarios. El héroe es el héroe; la tragedia es la tragedia. Todos somos uno. Y en eso hay un consenso generalizado.

Todos estos elementos referidos a la migración configuran una realidad no ilusoria, sino el reflejo de una sociedad que se encuentra en constante movimiento en términos de subordinación y discriminación, marginada del interés público y, en gran medida, del conjunto de la sociedad nacional.

Veamos ahora algunos datos duros que nos permitirán acercarnos al fenómeno de referencia. No sin antes advertir que, en cuanto a cifras, éstas son sólo un pálido reflejo de la realidad, por lo que debemos verlas nada más como tendencias que ilustran, si bien no precisan la dimensión y dinámica de esta problemática.

Entremos, pues, a la danza de las cifras.

En lo que respecta a la migración interestatal, baste mencionar a los indígenas que se ubican en las principales ciudades turísticas, comerciales o de servicios del estado de Guerrero, como Acapulco, donde con base en el Censo de Población y Vivienda de 2010 existían 11 452 hablantes de lenguas indígenas no oriundas de este municipio; o la ciudad de Chilpancingo, en la que de acuerdo con la misma fuente radican 5 197 personas de origen indígena –cifras por demás subestimadas–. Incluso podemos mencionar a la ciudad de Tlapa, que en los últimos años se ha convertido en un fuerte polo de atracción para población de diversas comunidades de la Montaña, u Ometepec, en la Costa Chica, Tlapehuala, en Tierra Caliente, Zihuatanejo, en la Costa Grande, y Taxco, en el norte.

Por otra parte, de acuerdo con datos de la Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales (SEMAI) del Gobierno del Estado de Guerrero, cada año salen de la entidad 73 000 personas hacia Estados Unidos. La misma fuente afirma que en ese país viven alrededor de un millón de guerrerenses. Esta cifra incluye tanto a indocumentados, que son la gran mayoría, como a quienes han regularizado su situación migratoria. De

<sup>2</sup> El doctor Bustamante ha definido como flujo migratorio al “conjunto de desplazamientos recurrentes de más de una persona por una misma ruta que los lleve de sus residencias habituales a un lugar de trabajo fuera de la ciudad o comunidad donde viven”.

acuerdo con esta cifra, los migrantes en ese país representan 29.5% del total de los guerrerenses registrados por el Censo de Población y Vivienda de 2010.

Para ilustrar estas cifras, en el documento citado se indica que sólo en la ciudad de Chicago se encuentran cerca de 300 000 guerrerenses, hecho que convierte a esa ciudad en la segunda metrópoli con el mayor número guerrerenses después de Acapulco, de acuerdo con la Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales.

La importancia económica de este tipo de migración no se pone en duda, puesto que el Banco de México –de acuerdo con el Módulo de Estadísticas de Remesas Familiares– indica que el momento más alto de envío de remesas de los guerrerenses a sus lugares de origen fue durante 2007, con 1 489 millones de dólares.<sup>3</sup> Una caída drástica se presenta como efecto de la fuerte crisis de 2008, que ocasionó que las remesas se redujeran en 2009 a 1 196.8 millones de dólares. En 2011 éstas se elevaron a 1 258.4 millones de dólares, y en los primeros seis meses de 2014 se contabilizaron 599 millones. Estas cifras llevan a sostener la afirmación de que, sin estas remesas, el estado de Guerrero no se sostendría.

En cuanto a los jornaleros agrícolas migrantes temporales, las deficientes fuentes estadísticas existentes mencionan que en esta categoría laboral se inscriben, según cálculos conservadores, entre 47 000 y 50 000 personas cada año. La mayor parte de estos jornaleros provienen de las comunidades indígenas de la Montaña Alta y la Montaña Baja. Cabe mencionar que estas cifras no cuantifican a los jornaleros que salen de las comunidades del norte de la entidad y se dirigen a los campos agrícolas del vecino estado de Morelos o de la zona de Tierra Caliente que van a los campos de Michoacán, ni a los que salen en pequeños grupos hacia destinos predefinidos por ellos mismos. Las cifras mencionadas aluden de manera fundamental a los que se dirigen al noroeste y norte del país, donde se ubican los grandes emporios agroindustriales que reclaman grandes contingentes de mano de obra barata en prácticamente todos los procesos de trabajo que llevan a acrecentar sus altas ganancias.

Como se observa, Guerrero es un estado de migrantes.

<sup>3</sup> José Antonio Chávez Román (2008: 22) señala que “durante el año 2007 Guerrero captó 1 239.1 millones de dólares, equivalentes a 23 veces el financiamiento del gobierno estatal para el desarrollo social durante ese año”.

Ahora bien, se debe considerar que los procesos migratorios no aluden en exclusiva a las personas que físicamente salen de sus lugares de origen para trasladarse a otros contextos económicos, sociales, políticos y culturales diferentes al suyo, sino que el proceso involucra al conjunto de la sociedad y a los gobiernos de sus comunidades de origen, así como a las relaciones que los migrantes establecen con las sociedades y los gobiernos de sus lugares de destino.

Es decir, solemos ver en exclusiva a la movilidad –el viaje que caracteriza a los procesos migratorios– en términos del desplazamiento espacial y temporal de determinados individuos; sin embargo, se debe considerar que el viaje no es sólo de quien se pone en movimiento, sino que alude al conjunto de las personas relacionadas con el viajero, pues la gente “inmóvil” enriquece asimismo sus modos de vida, cultura, identidades y relaciones sociales mediante los encuentros con la gente, los bienes y la información y conexiones de diversa índole con otros lugares, a pesar de que no realice un viaje en el sentido literal. Lo anterior muestra que el fenómeno migratorio involucra al conjunto de la sociedad, puesto que sus características responden a una dinámica estructural que implica lo nacional, lo estatal y lo regional.

Los migrantes no sólo llevan en sus recorridos sus anhelos y carencias, sino que también son portadores de elementos identitarios que los caracterizan y los fortalecen en su lucha cotidiana contra la discriminación y marginación en los lugares de destino; a la vez, son receptores de elementos culturales de las sociedades con las que conviven, los cuales les permiten el enriquecimiento de la cultura propia. Por eso son portadores de “identidades en movimiento”.

Aquel que llega encuentra el cobijo del paisano, del amigo o familiar; de ellos recibe apoyo, cobijo y orientaciones sobre el comportamiento a seguir en esa nueva sociedad. El que llega no lo hace sin llevar nada a cambio: es portador de las noticias de la familia, de la comunidad, de la imagen que le envían de su pueblo; incluso no faltan los pequeños ingredientes culinarios o medicinales que le fue posible reunir y transportar. Todo esto lo carga en su pequeño equipaje, o bien en su prodigiosa memoria de imágenes expresadas con el calor y la nostalgia de su lengua. Es portador y receptor de un ágil y necesario intercambio de fortalecimientos identitarios y solidarios.

Por otro lado, con el retorno a su comunidad de origen el migrante se incorpora a la renovación de iden-

tidades mediante prácticas con una carga simbólica importante –como la relación con la tierra, la participación en la vida comunitaria a través de la danza, la banda, la mayordomía, los cargos de representación y autoridad, la recurrencia a la medicina tradicional, etc.–: los toma en cuenta y reconoce su nombre y su historia.

Lo anterior no significa que los migrantes sean los únicos elementos portadores de las relaciones entre su comunidad y otras sociedades, pero sí que es imprescindible su vivencia, por lo cual se convierten en los más efectivos agentes. Esto se constata al escuchar una expresión común en las localidades de origen: “No hay más que te lo diga alguien que lo vivió, que lo padeció, o para ser franco, lo que uno ha vivido”.

El carácter polivalente del concepto de “identidad” obliga a contextualizarlo en diferentes dimensiones y ámbitos de los grupos sociales, en particular cuando se trata de migrantes. Su esencia permite distinguir las características principales del grupo en cuestión, a la vez que muestra las diferencias respecto al “otro”. Fundamentalmente se considera que cada grupo social construye una concepción del mundo y un conjunto de elementos simbólicos que dan sentido y orientación a sus valores, a sus comportamientos, a las normas de convivencia y a sus aspiraciones y las formas de lograrlas. Esto permite la cohesión del grupo y constituye aquello que se define como “identidad colectiva”, si bien existen identidades positivas que retoman los valores del grupo y dan contenido al “nosotros”, a lo propio, a lo que lo distingue del “otro”, pues la identidad aflora en relación con el “otro”, con el diferente, quien a su vez cuenta con sus propios elementos identitarios, a partir de los cuales construye una “identidad negativa” del diferente a él mismo.

Entre los migrantes este juego de identidades adquiere toda su crudeza. En las sociedades receptoras, los elementos culturales de los emigrados se ven en forma despectiva, como elementos inferiores a los propios, lo cual genera constantes procesos de discriminación. Por su parte, los inmigrantes encuentran en sus elementos identitarios la fortaleza para enfrentar estos procesos vejatorios contra su dignidad humana.

La consecuencia son sociedades en constante enfrentamiento. Sin embargo, precisamente estos desencuentros permiten a su vez un reconocimiento paulatino entre los grupos y propician el flujo de elementos culturales entre ellos, e incluso inciden en el conjunto de las sociedades en encuentro.

Al respecto, García de León (2010: 39) señala:

La “identidad” involucra diversos niveles de pertenencia y distinción. El problema más bien radica en el momento de definirla, en qué ponemos el foco de atención. Y como los conceptos de “etnia”, “autonomía”, “grupo étnico” e “identidad cultural”, por sólo citar los más usados, ponen ahora más el énfasis en la *frontera* del concepto que en el *flujo*, más en la distinción en relación con los “otros”, más en la “alteridad” y la “distinguibilidad” que en la dinámica interna; esto suele enmascarar la complejidad del concepto. Por lo demás, esto es de esperar, porque la “alteridad” suele ser la vía más expedita para adentrarse en el problema. Pero tendemos entonces, al polarizarla en un solo sentido, a conferirle un aspecto de rigidez e inmanencia que en la realidad no tiene, a fijarla en una sola dimensión: algo por lo demás absurdo, pues nadie mantiene una pertenencia todo el tiempo, unas veces se es y otras no, y dentro de cada categorización fluyen atributos identificadores muy diversos que principalmente se activan en situaciones de negociación, supervivencia y conflicto; en una pluralidad de pertenencias que, lejos de eclipsar la identidad personal o colectiva, es precisamente la que la define y constituye.

En esta dinámica, cuando los sentidos colectivos son seducidos por elementos identitarios de otras culturas, la identidad propia se vigoriza y fortalece, conformando así “identidades en movimiento”.

Dentro de los diferentes flujos migratorios que en la actualidad se presentan en el estado de Guerrero, el de los jornaleros agrícolas, fundamentalmente indígenas, se distingue por la precariedad de sus prácticas, pues los motivos y razones de su migración, sus dinámicas y formas de concebir su propia realidad y aprovechar o sufrir la separación de sus espacios originales son distintivos de ese grupo social. Las razones han sido señaladas por diversos autores (Arroyo, 2008; Sánchez y Arroyo, 2002; Canabal, 2008; Rojas, 2010).

Los indígenas son una población que cumple a cabalidad las exigencias de sus contratantes: el gran capital nacional y sus socios transnacionales. Se trata de una población en extrema pobreza que no encuentra espacios de reproducción económica en sus lugares de origen; son hábiles en las tareas del campo y resistentes ante las pesadas y extenuantes cargas de trabajo; se hallan dispersos en una gran geografía estatal y nacional; desconocen sus derechos, tanto humanos como laborales; no son prioritarios en las políticas públicas, ni como margi-

nados ni como un importante capital humano, y cuentan con incipientes organizaciones sectoriales o gremiales de reciente creación, con proyectos de desarrollo en formación. En fin: mano de obra rentable, fácil de reclutar y resistente a los fuertes procesos de explotación a que se ve sometida.

Veamos algunos datos duros que nos permiten acercarnos al fenómeno de referencia.

En el contexto nacional, Guerrero se distingue por ocupar los primeros lugares entre los estados de la federación con los índices más elevados de marginación. De acuerdo con información oficial de los años 1995, 2000, 2005 y 2010, estos índices se han venido incrementando. Para el año 1995 la entidad se ubicaba en el segundo lugar de marginación, apenas superado por Chiapas, que ocupó el primer lugar nacional. Para el año 2000 continuó en el segundo lugar, incrementando su índice de marginación, mientras que Chiapas siguió encabezando la marginación nacional, si bien su índice bajó. En 2005, Guerrero ocupó el primer lugar de marginación a escala nacional y Chiapas pasó al segundo. Para 2010, Guerrero mantuvo el primer lugar. Cabe señalar que todos los municipios con alta composición indígena de la Montaña Alta, la Montaña Baja y la Costa Chica registran índices de muy alta marginación ("Índices...", 1995, 2000, 2005, 2010).

En cuanto a población indígena, Guerrero es una entidad que se distingue, pues en 2010 se ubicó en el sexto lugar nacional, con 6.82% del total de indígenas del país, o en términos numéricos, 478399 personas, equivalentes a 15.14% de la población total del estado. A su vez, Guerrero tiene el segundo lugar en monolingüismo, pues 22.88% de sus hablantes de lenguas indígenas no habla español, un porcentaje apenas superado por los grupos étnicos de Chiapas, donde este indicador fue de 24.88%.

Por tipo de lengua, los hablantes de náhuatl son los más numerosos, con una población de 170622 personas, equivalente a 35.91% del total de personas que hablan lenguas indígenas en el estado; los siguen los mixtecos, que sumaron 139387 hablantes y representaron 29.33%; los hablantes de tlapaneco ascienden a 119291, que en términos relativos representan 25.10%. Todos estos grupos se ubican sobre todo en la Montaña y, en menor medida, en la zona norte y centro del estado. En la Costa Chica se asientan localidades de mixtecos y amuzgos, estos últimos integrados en una población de 45799 personas, es decir, 9.40% del total de la población de lenguas indígenas en la entidad ("Tabulados...", 2010).

En lo referente a los jornaleros agrícolas guerrerenses, las deficientes fuentes estadísticas oficiales que existen nos mencionan, como ya se anotó, que esta actividad es practicada por entre 47000 y 50000 personas, en su mayoría de comunidades indígenas de la Montaña Alta y la Baja, así como de la Costa Chica. Los municipios que se destacan como altos expulsores son Chilapa (nahuas), Tlapa (multiétnico), Cochoapa El Grande (mixtecos), Ahuacuotzingo (nahuas), Tlacoachistlahuaca (mixtecos y amuzgos), Metlatónoc (mixtecos y tlapanecos), Zitlala (nahuas), Ometepec (amuzgos) y Xochistlahuaca (amuzgos).

De acuerdo con información recabada por el Centro de Derechos Humanos de la Montaña de Guerrero Tlachinollan, la entidad "ocupa el primer lugar a nivel nacional de migración interna, más de 500 comunidades indígenas del estado expulsan fuertes contingentes de jornaleros agrícolas" (*Migrantes somos...*, 2011: 14). Entre las entidades de destino destacan Sinaloa, Sonora, Baja California, Baja California Sur, Chihuahua, Michoacán, Jalisco y Morelos, donde se ubican los grandes emporios agroindustriales que reclaman grandes contingentes de mano de obra barata empleados en cultivos con tecnología agrícola de punta, destinados en su mayoría a los mercados internacionales que ofrecen la oportunidad de acrecentar sus altas ganancias.

Si bien hoy en día y durante todo el año emigran jornaleros de Guerrero, 51.35% lo hace entre noviembre y enero, mientras que el resto lo hace en diferentes meses para trabajar sobre todo en las tareas de pos o pre cosecha. La migración es de tipo familiar: 55.94% de los trabajadores son hombres y 43.26% mujeres. Las edades responden a las exigencias del trabajo: 66.05% tiene entre 15 y 59 años, y el resto lo constituyen menores y ancianos que conforman el núcleo familiar. Cabe destacar que, según los datos oficiales, 90.9% de los jornaleros carece de contratos formales de trabajo o ni siquiera los conoce (*ibidem*: 13).

Los jornaleros agrícolas de Guerrero, en particular los indígenas, son parte de un contexto político, económico, social y cultural complejo y dinámico, donde la disputa entre partidos políticos, las luchas cada vez más amplias y profundas de diversos pueblos indígenas por espacios autonómicos y defensa de sus recursos naturales, así como su enfrentamiento permanente contra la delincuencia, se conjugan con demandas sectoriales como las del magisterio, transportistas, damnificados –ya sea por desastres naturales o a causa de la violen-

cia-, sumándose los reclamantes de servicios públicos o apoyos para la supervivencia, como los peticionarios de fertilizantes, de programas sociales y pequeños proyectos productivos. En conjunto esto lleva a una constante movilización no exenta de enfrentamientos en contra del Estado, contra los poderes caciquiles regionales o municipales, y en algunos casos contra los poderes federales.

En este contexto tan complejo, abrupto y variado, las demandas específicas de los migrantes como asalariados, marginados y explotados ocupan, por desgracia, un espacio no prioritario para el conjunto de la sociedad y el Estado, por lo que desde sus comunidades de origen se encuentran inmersos y actuantes en demandas y luchas locales, regionales y estatales, sumándose a formas organizativas y dinámicas sociales, políticas y culturales. Sin embargo, en su lucha por demandas que emanan de su relación con otras sociedades diferentes a la propia, con las que cotidianamente se enfrentan en condiciones de discriminación y marginación, se encuentran poco acompañados. En este campo, su comunidad, la sociedad civil y el Estado no los acompañan suficientemente para solventar, o al menos mitigar, su sufrimiento. Se argumenta que las prioridades, por el momento, son otras, de modo que se hace lo que se puede con los escasos recursos a la mano y con la poca voluntad política de que se dispone.

El migrante guerrerense enfrenta la búsqueda de alternativas en este estado de realidades y prioridades, ya sea mediante la exposición de sus propias desgracias con la intención de sensibilizar a los órganos de toma de decisión política y administrativa, o bien mediante acciones organizativas que no sólo actúan con base en la denuncia, sino también con apoyos concretos propios o con los que logran arrancar al gobierno mediante negociaciones lentas y difíciles.

Cabe mencionar que durante la administración anterior del gobierno estatal se creó la Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales, una acción acertada, puesto que en gobiernos anteriores sólo existía una Dirección de Guerrerenses en el Extranjero, adscrita a la Sedesol estatal.

Los objetivos que pretende cubrir esta secretaría sin duda son ambiciosos. Se actúa tanto con migrantes internacionales como con los jornaleros migrantes interestatales. En el caso de los primeros, trabaja principalmente en asesorías jurídicas, traslados de cadáveres y la implementación del Programa 3x1. Para los jornaleros se brindan escasos apoyos, sobre todo mediante la

Unidad de Servicios Integrales de Tlapa, e igualmente se prestan apoyos económicos y jurídicos, esencialmente en casos de siniestros.

A pesar de sus buenas intenciones, lo cierto es que sus actividades son demasiado reducidas, pues es poco lo que se puede hacer con sólo 24 millones de pesos de presupuesto anual ante la dimensión del problema que desean atender. Por otra parte, las actividades de coordinación interinstitucional tanto estatal como federal, las cuales permitirían potenciar los escasos recursos existentes de carácter económico, jurídico o político, resultan escasas y poco efectivas, dadas las prioridades excluyentes de las instituciones participantes.

Ante la ineficiencia e indiferencia de las instituciones oficiales responsables de la atención a los migrantes, no cabe duda de que la defensa de los jornaleros se dará por ellos mismos. Tal es el caso del movimiento de huelga de los jornaleros de San Quintín, en Baja California: el 9 de noviembre de 2014 la Alianza de Organizaciones Nacional, Estatal y Municipal por la Justicia Social, representante de los jornaleros en San Quintín, presentó sus demandas a la licenciada Juana Laura Pérez Floreano, secretaria de Trabajo y Previsión Social de Baja California, así como a la licenciada Minerva Torres, delegada federal de la STPS con sede en Mexicali. Ante la falta de respuestas, en la madrugada del 17 de marzo de 2015 estalló la huelga.

Las 14 demandas planteadas describen la situación de explotación, discriminación y malos tratos que padecen los jornaleros. Entre éstas destacan la revocación de los contratos colectivos de trabajo firmados entre los patrones y las representaciones sindicales de los trabajadores (CTM y CROC); la afiliación al IMSS desde el primer día de trabajo; no más tolerancia al acoso sexual por parte de los mayordomos de cuadrilla, mayordomos generales e ingenieros encargados de los ranchos; un salario mínimo estatal de 300 pesos por día; el pago de 30 pesos por caja de fresa –desde 2001 se paga a 10 y 12 pesos–; que la jarra de mora se pague en 17 pesos y la cubeta de tomate a ocho, además de que se otorguen todas las prestaciones sociales que corresponden por ley (“Pronunciamiento...”, 2015).

Al respecto, el Centro de Derechos Humanos de la Montaña de Guerrero Tlachinollan ha denunciado:

Estos abusos y tratos deshumanizantes se muestran con toda su crudeza en los campos agrícolas de San Quintín, donde miles de jornaleros han desenmascarado el régimen esclavista que impera en los campos agrícolas, donde

los empresarios, a la usanza porfirista, dan trato de esclavos a los indígenas que más riqueza generan con su trabajo en las agroindustrias. Las jornaleras y jornaleros aglutinados en la Alianza de Organizaciones Nacional, Estatal y Municipal por la Justicia Social, han colocado en la agenda pública el tema de los derechos laborales y las demandas sociales de la población jornalera de México, quienes han sido ignorados y vilipendiados (*El Sur*, Aca-pulco, 17 de marzo de 2015).

## Consideraciones finales

La nostalgia, ese sentimiento de dolor provocado por la necesidad de abandonar el terruño, que en el caso del migrante guerrerense se acentúa por el contexto de discriminación, segregación y explotación en el cual se inserta, lleva al transterrado a la construcción de puentes físicos particulares, imaginarios y simbólicos de unión con su lugar de origen, lo cual le permite retomar su condición de ser social, cultural y humano en espacios y tiempos desdibujados y continuos.

No obstante los diferentes elementos identitarios que se desarrollan entre sus comunidades de origen y los lugares de destino en un flujo permanente, y que llevan a cambios en vestimentas, gustos musicales y alimenticios e incluso en giros lingüísticos, entre otros, la matriz cultural –el mecanismo nodal de los referentes identitarios– permanece como un fuerte y vigoroso tamiz para asimilar o rechazar “lo ajeno”.

Estas fortalezas identitarias se ponen en juego en las luchas que los jornaleros y sus familias emprenden en la búsqueda de sus derechos laborales y humanos. Ejemplo de esto es el actual movimiento de los trabajadores agrícolas de San Quintín, cuyo desenlace tendrá sin duda una fuerte repercusión en todas las zonas agrícolas del país. Los jornaleros y sus aliados han iniciado sus reivindicaciones como trabajadores, como migrantes, como indígenas, como seres humanos.

## Bibliografía

- Arroyo, R. (coord.), *La migración en Guerrero*, Chilpancingo, COESPO, 2008.
- Bauman, Z., *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*, México. FCE, 2013.
- Canabal, B., *Hacia todos los lugares... Migración jornalera indígena de la Montaña de Guerrero*, México, UAM, 2008.
- Chávez Roman, José Antonio, “Marginación, desarrollo y manejo de los recursos naturales en la Montaña de Guerrero”,

en Beatriz Canabal y José Joaquín Flores (coords.), *Montañeros: actores sociales en la Montaña del estado de Guerrero*, México, UAM-X, 2004.

Díaz Garay, A. e Irma Solano Díaz (coords.), *Políticas migratorias y de desarrollo en México*, México, Miguel Ángel Porrúa/Universidad Autónoma de Guerrero, 2012

“Documento de presentación”, Chilpancingo, Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales-Gobierno del Estado de Guerrero, s.f.

García de León, A., “La dimensión polivalente de las identidades”, en Ricardo Melgar Bao y Rossana Cassigoli (coords.), *Pueblos, diásporas y voces de América Latina*, México, Posgrado de Estudios Latinoamericanos-UNAM, t. I, 2010.

Herrera Carassou, Roberto, *La perspectiva teórica en el estudio de las migraciones*, México, Siglo XXI, 2006.

“Índices de marginación”, México, Conapo, 1995, 2000, 2005, 2010, en línea [[http://www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/Indices\\_de\\_Marginacion](http://www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/Indices_de_Marginacion)].

*Migrantes somos y en el camino andamos*, Tlapa, Tlachinollan, 2011.

“Pronunciamiento del Proletariado Agrícola del Valle de San Quintín en víspera de un paro general”, México, Frente Popular Revolucionario, 16 de marzo de 2015, en línea [<https://frentepopular.wordpress.com/2015/03/16/pronunciamiento-del-proletariado-agricola-del-valle-de-san-quintin-en-vispera-de-un-paro-general/#more-9888>].

Rojas, R. T., “Los jornaleros agrícolas migrantes. Migración, mercados de trabajo y acciones gubernamentales en Sinaloa y Guerrero: los invisibilizados”, tesis de doctorado, México, UIA, 2010.

Sánchez Muñohierro, L. y R. Arroyo Sepúlveda, “Zonas rurales, migración indígena y trabajo jornalero”, en E. Serrano (coord.), *Estado del desarrollo económico y social de los pueblos indígenas de México*, segundo informe, México, INI-PNUD, 2002.

“Tabulados del cuestionario básico”, en *Censo de Población y Vivienda 2010*, México, INEGI, 2010.

*Voces del Desarrollo*, núm. 5, enero-marzo de 2008.



# Enclave migratorio de nahuas oriundos de Chilacachapa, Guerrero, en la colonia Vista Hermosa, Distrito Federal

Olivia Leal Sorcia\*

**E**n este escrito se brinda una breve descripción de las formas de vida y trabajo de un colectivo étnico que presenta cierto grado de congregación poblacional en una colonia popular ubicada en los límites de la periferia norte del Distrito Federal con el Estado de México. Se trata de hombres y mujeres de origen nahua que se autonombran y son nombrados como “chilas”, quienes provienen del pueblo de Chilacachapa, en el municipio de Cuetzala del Progreso, ubicado en la región norte del estado de Guerrero.

Antes de dar paso a la descripción etnográfica, conviene precisar ciertos antecedentes del proceso migratorio de los oriundos de Chilacachapa a la ciudad de México desde finales de la década de 1970, a fin de contextualizar ciertos acontecimientos contemporáneos que caracterizan las formas de vida y trabajo de este colectivo étnico.

## Los primeros residentes chilas en la ciudad de México

La salida de hombres y mujeres chilas del pueblo de Chilacachapa desde las décadas de 1960 y 1970 se nutrió de causas diversas, entre las cuales se hallaban la falta de oportunidades laborales, la pobreza, las diferencias políticas y, en particular, la escasez de agua potable, factores que generaron un desplazamiento continuo hacia diversas ciudades del mismo estado de Guerrero, como Acapulco e Iguala, o bien hacia Cuernavaca, Morelos, y de manera particular hacia la ciudad de México. Desde la década de 1960 se registró la salida de campesinos del pueblo, la cual se intensificó en las de 1980 y 1990.

Las primeras oleadas se nutrieron de hombres solos, si bien en pocos quinquenios la movilidad incluyó a las esposas e hijos. En su mayoría se trataba de trabajadores del campo con nula o escasa escolaridad, pero también hubo varios chilacachapenses con experiencias previas en el terreno organizativo debido a largas luchas sostenidas en el pueblo, ya fuera por motivos políticos, agrarios o bien por su participación en cargos civiles y religiosos desempeñados por ellos mismos o sus parientes. De esta primera generación destaca su acceso diferenciado a diversos asentamientos para el caso de la ciudad de México. Las zonas centro y centro-sur fueron los espacios a los que arribaron en condiciones sumamente precarias, en su mayoría rentando cuartos pequeños y con servicios deficientes.

No se trata, por lo tanto, de una migración que desde su llegada a la capital del país se congregara masivamente en una misma vecindad o en dos o tres zonas específicas, sino que fue llegando a distintos puntos. No fue hasta la década de 1980 cuando se presentaron condiciones que

\* Profesora-investigadora, Universidad Autónoma de la Ciudad de México (oli\_sorcias@yahoo.com.mx, olivia.leal@uacm.edu.mx).

podríamos llamar “extraordinarias”, las cuales permitieron que un grupo numeroso de familias tuviera acceso a una vivienda propia (departamentos), en particular en la zona centro-poniente (colonia Pensil); por otro lado, el explosivo y acelerado crecimiento urbano que se presentó en el sur, oriente y nororiente del Distrito Federal creó nuevas zonas de poblamiento, caracterizadas por una ausencia de infraestructura en servicios y vialidades, aunque años después les permitieron convertirse en propietarios de un solar urbano. Se trata de las zonas de Santo Domingo, en Coyoacán; Cuauhtepac, en la delegación Gustavo A. Madero, así como La Presa y San Cristóbal, en los municipios de Tlalneplantla de Baz y Ecatepec, respectivamente.

El periodo entre 1980 y 1995 representó un parteaguas en la historia de asentamiento definitivo de los chilas en diversos puntos de la zona metropolitana del valle de México (ZMVM). Este periodo abarcó además lo que yo llamo el “clímax” de la organización popular y colectiva, impulsada a veces directamente por los propios chilas y en ocasiones integrada a asociaciones más amplias. Por ejemplo, al mismo tiempo que gestionaban vivienda en la colonia Pensil, colaboraban en diversos comités que tramitaban mejoras para su comunidad de origen, sobre todo en proyectos para abastecer agua potable; asimismo demandaron su reconocimiento como ciudadanos del pueblo, aun cuando radicaran en otros puntos del país. De igual manera fundaron una asociación civil de revistas atrasadas que les permitió acceder a puestos de periódicos en calles y avenidas estratégicas de la ciudad y consolidar así gremios ocupacionales propiamente urbanos, en tanto que otros se mantuvieron en organizaciones gremiales pertenecientes a la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOF) en el Distrito Federal. Por otro lado, iniciaron la adquisición de lotes urbanos para la construcción de viviendas en puntos de la periferia de la ciudad de México, como la colonia Vista Hermosa, en Cuauhtepac, o en la colonia Xalpa, en la delegación Iztapalapa.

Durante esta superposición de espacios sociales de lucha participaron tanto la primera generación de migrantes –aquellos que arribaron a la ciudad entre 1970 y 1980 y que en la actualidad son abuelos y bisabuelos– como una segunda generación (sus hijos), que para esa época (1990) estaba conformada por los primeros jóvenes con acceso a estudios de nivel medio básico e incluso superior, los cuales ahora son padres y madres de familia. Esta combinación de generaciones resultaría muy productiva en todos los terrenos organizativos,

al potenciar las formas de participación grupal, entre las que destaca la vinculación con diversos actores sociales externos al colectivo chila –trabajadores sociales, abogados, funcionarios, organizaciones de la sociedad civil, académicos y estudiantes universitarios–. Estos actores externos se ubican como catalizadores significativos en la formación de la gestión social entre los chilas, lo cual se suma a su experiencia de lucha históricamente gestada desde su comunidad de origen.

Un elemento clave a la largo de este periodo corresponde a la manifestación abierta y pública de su etnicidad política, al asumirse en un principio como “nahuas”, como “pueblo indígena”, y más tarde como “grupo organizado” e incluso como “ciudadanos”. A partir de su historia local, la referencia a su etnicidad aparece como un potencial muy dinámico y maleable de reconocimiento grupal que en gran medida explica los fuertes procesos de politización que continuamente han mostrado desde su arribo a la ciudad de México y que continúan vigentes. Lo anterior se observa en su participación constante en luchas sociales de diversa índole, tanto en el pueblo de origen como en los lugares de vivienda y trabajo en la ZMVM.

En este sentido, resalta una idea de lo colectivo que los chilas han construido como parte de su socialización en la ciudad de México y que en la actualidad representa un catalizador central en su configuración como colectivo étnico. Ha sido la referencia al pueblo, al trabajo grupal, al interés no individual lo que recurrentemente destaca en sus discursos, sobre todo ligado con sus luchas sociales y afiliaciones políticas, o que por momentos, y en ciertas coyunturas, les ha permitido dirimir sus diferencias ideológicas y reunificarse bajo el interés grupal frente a otros grupos chilas, frente a las instituciones, las organizaciones sociales o los partidos políticos, según la zona de la ciudad donde radiquen.

### **La colonia Vista Hermosa en Cuauhtepac: espacio urbano apropiado por los chilas**

Cuando se construye la historia de asentamiento de los chilas en la ciudad de México, se observa que no se congregaron en uno o dos puntos de la capital, sino que se dispersaron en seis o siete lugares diferentes de la ZMVM. En la ciudad no celebran festejos en conjunto, como el del santo patrón o cualquier otra figura religiosa, ni se concentran como paisanos en ningún otro tipo de festividad, tales como una peregrinación, el carnaval, Semana Santa, Todos Santos, etc. No obstante, las fami-

lias chilas radicadas en la zmm mantienen estrechos y vigorosos lazos mediante la celebración de fiestas familiares –bautizos, confirmaciones, primeras comuniones, quince años y bodas–, además de impulsar fuertes redes de parentesco, compadrazgo y padrinzago. El funcionamiento de estas redes se vincula con el establecimiento permanente de relaciones laborales entre parientes y paisanos que abarcan el comercio formal e informal, los servicios, la maquila o la venta y elaboración de comida.

En particular, se tiene el registro de la llegada de las primeras familias oriundas de Chilacachapa a la colonia Vista Hermosa hacia el primer quinquenio de la década de 1980. En los primeros años tuvieron que sortear las difíciles condiciones de acceso a un asentamiento ubicado a una altitud aproximada de 2400 msnm, donde los primeros residentes provenientes de diversos puntos del país y de otras zonas, sobre todo de la periferia norte de la ciudad de México, padecían problemas de convivencia social debidos a los hostigamientos cotidianos de varias bandas de jóvenes que se juntaban en un punto estratégico de acceso a la colonia y que frecuentemente los violentaban al robarles sus escasas pertenencias, llegando incluso a presentarse enfrentamientos físicos. A este clima hostil y violento se sumaban las difíciles condiciones de habitabilidad por una urbanización incipiente, sin el apoyo de las autoridades delegacionales. Así, las primeras familias chilas que llegaron a Cuauhtepéc debieron formar alianzas con otros grupos, además de sumarse a los esfuerzos organizativos encabezados por luchadores sociales locales.

El arribo de nuevos pobladores a esta zona de Cuauhtepéc conformó un escenario parecido a otras zonas periféricas de la urbe, donde la presencia de población indígena se combinó con migrantes de otros estados del país y de otros puntos de la propia ciudad de México. Sin embargo, en el caso de la actual colonia Vista Hermosa, que originalmente se llamaba barrio San Martín, los chilas y otras familias provenientes de la Mixteca Alta de Oaxaca propiciaron prácticas colectivas y de organización vecinal particulares en un territorio recién colonizado, pero que colindaba con otro dispersamente poblado. Si bien las primeras familias chilas y mixtecas llegaron a la zona hacia finales de la década de 1970, un proceso continuo de poblamiento provocó que a mediados de los años ochenta emergiera un espacio claramente definido y delimitado donde se congregaron las familias.

Al decidir asentarse en la parte más alta del barrio de San Martín, “junto al cerro”, los primeros pobladores



que compraron terrenos aprovecharon una pequeña meseta que les permitió sortear con mayor facilidad la edificación de sus viviendas. Al respecto, es significativo escuchar las referencias de algunos pobladores de San Martín, quienes desde un principio notaron las formas de organización y agrupación colectiva impulsada por aquéllos a quienes bautizaron como los “chilas”, en alusión al lugar de origen de los migrantes: Chilacachapa. Con esta denominación se “bautizó” a todos los nahuas asentados en la parte alta del cerro, aunque con el paso del tiempo homogeneizó al resto de los pobladores del área, identificada en la actualidad, como veremos adelante, como el “barrio chila”. En un escenario donde las bandas de jóvenes controlaban el territorio, el enfrentamiento entre grupos por la disputa del espacio urbano fue permanente. Un dirigente local comentó que cuando llegaron los “chilas” era evidente que venían con “gente de mando”; esto es, personas mayores que tomaban las decisiones más importantes. Con su arribo, refiere, se produjo un “choque”, pues protagonizaron enfrentamientos constantes contra quienes dominaban el barrio de San Martín.

Esta primera oleada de migrantes chilas no se caracterizó por tratarse de familias emparentadas, sino más bien de paisanos, por lo cual en un principio no se reprodujeron formas organizativas tradicionales ni aspectos relacionados con el compadrazgo e incluso parentales. Lo que sí se reprodujo en forma muy temprana fue la toma de decisiones de manera colectiva, mediante la realización de asambleas donde se discutían arduamente los problemas cotidianos como el transporte, la seguridad, el abasto, la dotación de servicios y la regularización de los predios, entre otros.

A lo largo de este primer periodo de asentamiento, tanto chilas como mixtecos y otros grupos populares trabajaron de modo conjunto, motivados por la necesidad de defenderse y proteger su escaso patrimonio. Poco a poco definieron mecanismos comunes en la toma de acuerdos colectivos para protegerse del entorno de violencia y discriminación, además de demandar servicios y obra pública a las autoridades delegacionales. La reproducción de la asamblea como instancia de decisión colectiva representó una vía eficaz, debido a su carácter instrumental y por la fuerza de representación que dotó a los primeros gestores y líderes ante las autoridades locales, y no por un sentimiento de nostalgia o de pretender reproducir en la ciudad formas comunitarias, ya fuera de grupos de origen campesino o indígenas. Esto resulta significativo para entender las formas actuales como se impulsan las asambleas vecinales.

Durante la década de 1990 se incrementó el número de familias chilas asentadas en Vista Hermosa, varias de ellas emparentadas, así como de otros paisanos, con lo cual la diferencia étnica empezó a visibilizarse, además de que algunos chilas empezaron a asumir nuevos liderazgos, sobre todo vecinales. Esa década también representó el periodo en que varias familias tuvieron acceso a viviendas mediante la compra de las mismas tanto en el centro de la ciudad como en distintas periferias metropolitanas. Convertirse en propietarios permitió que las familias sentaran las bases de un trabajo de gestión permanente y, podríamos decir, casi "militante" para la mejora de los predios y del entorno urbano inmediato. Este proceso cobró una importancia estratégica en el caso de las familias chilas radicadas en la colonia Vista Hermosa.

Acciones en torno al mejoramiento del equipamiento urbano, la edificación de viviendas propias y la ampliación de servicios de primera necesidad representaron los primeros ejes de trabajo grupal, el cual cobró fuerza desde el cambio de milenio, materializado con

la creación de un comité vecinal de la colonia hacia el año 2002, el cual sigue operando hasta hoy. El papel que ha jugado esta agrupación ha sido estratégico para el mejoramiento del equipamiento urbano y, más recientemente, en la promoción de diversos programas sociales. Destaca el hecho de que en la dirigencia de este comité han estado hombres y mujeres chilas, con lo cual se han generado diversos liderazgos de carácter vecinal. Lo que más destaca de este continuo proceso de organización vecinal es que la participación no se ha restringido a los oriundos de Chilacachapa, pues ha involucrado a diferentes residentes cuyos orígenes comprenden desde otros grupos indígenas hasta oriundos de zonas rurales de diversos estados de la República Mexicana.

Sin duda, la historia del asentamiento original de San Martín y de la fundación posterior de la colonia Vista Hermosa en Cuauhtepéc, a donde arribaron principalmente familias nahuas y de otros grupos indígenas referidos en los apartados anteriores, da cuenta de un proceso continuo de organización vecinal, inicialmente a partir de objetivos a corto plazo, los cuales se vincularon en especial con la infraestructura, seguridad, vías de comunicación y regularización de predios. Sin embargo, a mediano plazo destaca la emergencia de un discurso vinculado con el mejoramiento social y el reconocimiento de derechos culturales en un espacio urbano que se comparte, erigido con el trabajo de todos y donde, además, el orden normativo urbano se sigue nutriendo de relaciones informales.

A diferencia de los primeros años de llegada, en este segundo momento también intervinieron diversos niveles de gobierno, porque el territorio se incluyó en acciones de política pública y los actores conocían ya los programas en los cuales podían inscribir ciertas demandas, y sobre todo porque se posicionaron como ciudadanos con derechos que exigían de la autoridad su cumplimiento en obras y apoyo para el rescate de espacios públicos y de promoción de la diferencia cultural.

### **El barrio chila en la colonia Vista Hermosa**

Cuando inicié la recopilación de información sobre la historia de urbanización de la zona popularmente conocida como San Martín, localizada en las faldas altas del cerro del Chiquihuite y que hoy comprende la colonia Vista Hermosa, entrevisté a uno de los principales líderes del lugar, quien me platicó que hacia la década de 1980 se creó un asentamiento urbano contiguo,

pero localizado “más arriba”, conocido coloquialmente como el “barrio chila”. Su característica principal, me señaló, es albergar a numerosas familias oriundas de Chilacachapa, Guerrero, asentadas donde se forma una especie de cuneta, en las faldas altas del cerro, a una altitud promedio de 2 400 msnm. A partir de las narraciones del entrevistado supuse que se trataba de una concentración significativa de familias que vivían colindantes unas con otras y donde claramente se identificarían límites entre las calles, donde se distinguiera el denominado barrio chila. Imaginé que me encontraría con una capilla, o bien que identificaría distintivos en las calles, casas y patios que aludieran a rasgos propios de los nahuas en sus viviendas. Lo cierto es que el barrio chila no presenta fronteras delimitadas y sus viviendas tampoco muestran particularidades atribuibles a un grupo o a otro.

Al sumar información de otras entrevistas, destaca que los vecinos coincidían en señalar la presencia numerosa de familias chilas asentadas en toda la colonia, así como en la cercana colonia Tlalpexco y aun del “otro lado”, es decir, la zona conocida como La Presa, en el municipio de Tlalneplantla de Baz, Estado de México. Si bien identificamos una concentración poblacional cuyo origen está en Chilacachapa, Guerrero, lo cierto es que en algunos casos los terrenos de las casas colindan entre parientes o bien entre paisanos, pero lo que predomina es la ubicación de familias chilas entre vecinos provenientes de otros estados de la república como Hidalgo, Guanajuato, Oaxaca y Veracruz principalmente, además de originarios del Distrito Federal y de municipios aledaños de la entidad mexiquense.

Por lo anterior, los límites territoriales del “barrio chila” se desdibujan y más bien esta denominación da cuenta de la presencia de un grupo que encabeza diversas actividades públicas que destacan en el conjunto de las dinámicas urbanas de la zona y en las que, como veremos adelante, no sólo participan los chilas, pues en ellas colaboran otros vecinos de diversos orígenes y adscripciones étnicas.

Podemos decir entonces que, más que un territorio claramente delimitado, el “barrio chila” se integra por varias manzanas que abarcan casi la totalidad de la colonia Vista Hermosa. Si bien sus límites territoriales se desdibujan, lo cierto es que en este barrio se identifican dinámicas urbanas propias que son producto del trazo irregular de las calles que, entre otras características, limita el tránsito de camiones y autos. A lo anterior se suman los pronunciados desniveles del asentamiento,

que dan como resultado que el principal acceso peatonal y automovilístico se restrinja a dos calles, mientras que en otros puntos los vecinos se desplazan por escalinatas que fungen como atajos en diversas direcciones, ocasionando que los encuentros entre todos se den en forma reiterada. Debido a estas características urbanas, la interacción entre vecinos en el interior de la colonia y sobre todo en sus puntos de acceso –peatonal y automovilístico– resulta muy intensa. Lo anterior también se explica dadas las características de la configuración urbana de la zona, la cual combina dos lógicas espaciales que se complementan: barrios populares urbanos y barrios rurales de origen campesino.

En el caso de la primera lógica, en la colonia Vista Hermosa resulta común la presencia numerosa de niños y niñas jugando fútbol, carreras y “bote pateado”, que se acentúa significativamente en los periodos vacacionales. También se observa un desplazamiento constante por todas las calles y a todas horas del día: hombres y mujeres ancianos, adultos y niños van de un lado a otro para comprar tortillas, llevar recados y diversos enseres, surtirse en la recaudería, en las tiendas de abarrotes y en la farmacia; asisten al comedor comunitario, al jardín de niños, a la casa de cultura, al local de internet. Como ellos dicen: se la pasan “de abajo para arriba”, refiriéndose a los desniveles del asentamiento. A esto se suma que, como muchas familias se dedican a la maquila y al comercio ambulante, se desplazan con bultos, mochilas y bolsas hacia y desde las principales vías de circulación de taxis y camiones.

Durante gran parte del año los momentos de mayor presencia de personas en las calles y aceras se presenta pasado el mediodía, cuando aparecen decenas de niños, niñas y madres de familia que regresan de las escuelas primarias, una de las cuales está en la colonia Tlalpexco, contigua a Vista Hermosa, y la otra en la colonia Lázaro Cárdenas, que limita al oriente con el Estado de México. Sin embargo, el flujo de vecinos se presenta desde horas muy tempranas –cinco o seis de la mañana– hasta entrada la noche –hacia las diez u once.

Un aspecto que sin duda favorece la concentración de vecinos en ciertas calles es precisamente que a la colonia se accede por automóvil sólo por dos calles a las que confluyen varias más. El acceso al “barrio chila” es por la calle Loma La Luna, la más ancha, que permite el tránsito de camionetas y camiones, y por lo cual resulta la principal arteria para ingresar a una gran parte del territorio en sus secciones más altas.

En relación con el abasto, si bien en la colonia y sus alrededores existen diversos giros de negocios cuyo horario de servicio es extenso –desde las ocho o nueve de la mañana hasta las diez u once de la noche–, la conectividad con otros nodos urbanos hacia el centro y norte de la ciudad de México posibilita que los pobladores se desplacen con frecuencia para abastecerse de diversos productos; por ejemplo, insumos para los talleres de costura y maquila de bolsas, muñecos y ropa, refacciones diversas, útiles escolares y despensa, entre otros. Una escena común que se observa en esta colonia y en distintas zonas de Cuauhtépec es que hombres y mujeres, incluso adultos mayores, suben y bajan por los vericuetos con bultos, costales y mochilas; es decir, “siempre están acarreando cosas”. Esta incesante actividad demanda una gran condición física para aguantar las subidas y transportar los diversos productos desde las paradas de los camiones, peseros y taxis, localizadas en las entradas de la colonia, hasta los accesos a las viviendas, que muchas veces implican escalinatas.

Cabe destacar que en la actualidad el asentamiento entero que abarca la colonia Vista Hermosa y algunas manzanas y calles que forman límites con las colonias Tlalpexco y 6 de Junio cuenta con una amplia dotación de servicios públicos, como agua potable, la cual raramente escasea, alumbrado público, drenaje, pavimentación, rampas, escalinatas, coladeras, recolección de basura y venta de gas LP en forma periódica, además de cableado telefónico, televisión digital y cobertura de internet. No se trata de una zona donde los servicios operen con deficiencias significativas. Otro dato relevante se refiere a la presencia constante de cuadrillas de trabajadores o promotores sociales, sobre todo adscritos a la Unidad Territorial núm. 10, adscrita a la Delegación Gustavo A. Madero, desde donde se coordinan diversos programas sociales y de dotación de servicios urbanos. En varias ocasiones me ha tocado observar a promotores del Gobierno del Distrito Federal recorriendo las calles en subida y bajada, tocando las puertas de las viviendas para censar a adultos mayores, niños en edad escolar, madres solteras, etc. Lo mismo se observa cuando se despliegan brigadas de promoción de la salud, vacunas para las mascotas, entre otras actividades.

Como se comentó en el apartado anterior, que la colonia cuenta en la actualidad con una gama importante de servicios urbanos a pesar de la localización del asentamiento –extrema en altitud– no se explicaría sin tomar en cuenta la larga lucha de gestión para la

dotación de servicios y obra pública realizada por los propios vecinos desde la década de 1990, en sintonía con una demanda de servicios muy puntuales a diversas instancias proveedoras, que abarcan empresas públicas y privadas como Teléfonos de México, la extinta Compañía de Luz y Fuerza del Centro, el Sistema de Aguas de la ciudad de México o bien la también extinta Ruta 100, además de las asociaciones particulares de transporte.

La demanda continua de servicios se ha sustentado principalmente desde el comité vecinal de la colonia Vista Hermosa –y en diferentes periodos en vinculación con organizaciones cuya representación abarca varias colonias de Cuauhtépec–, cuyas estrategias de presión se relacionan con formas de gestión que podemos llamar “institucionalizadas”, en el sentido de que se dirigen oficios, se demandan informes de resultados, se muestra una actitud respetuosa hacia las dependencias de gobierno y, en caso necesario, se convoca a audiencias y reuniones de conciliación, además de dar seguimiento a minutas de acuerdos, entre otros aspectos.

En síntesis, se rinde información detallada cuando la autoridad lo requiere; por ejemplo, para justificar beneficios colectivos o vecinales de ciertas obras y proyectos comunitarios, como comúnmente los llaman. Por el contrario, como ciudadanos exigen transparencia por parte de la autoridad, sobre todo si se trata de la rendición de cuentas, en especial cuando está en juego la aplicación de recursos monetarios o de la programación y ejecución de obras y acciones de gobierno, vía los programas sociales.

El posicionamiento como ciudadanos de los vecinos radicados en la colonia Vista Hermosa, que incluye a los chilas, representa el punto de diferenciación más importante con otras experiencias analizadas contemporáneamente en el caso de las periferias en la ZMVM. Sobre este tema algunos investigadores señalan que los colonos se asumen como “pobres urbanos”, siempre susceptibles de ser manipulados por las instituciones y los grupos políticos locales, que los atrapan en forma cotidiana mediante prácticas clientelares y de cooptación que los integran y subordinan a las dinámicas urbanas.

En el caso de la organización vecinal en la colonia Vista Hermosa, cuyo liderazgo ha sido encabezado por hombres y mujeres chilas, la demanda de servicios y vivienda no se generó desde una retórica de la pobreza. Los discursos se construyeron a partir de plantear

exigencias como vecinados, pero más tarde como propietarios de solares urbanos, integrados por completo a las dinámicas metropolitanas. Las demandas de obra y programas no se dieron ni se dan en un canal unilineal de comunicación entre vecinos y autoridades, pues también se alimentan de las disputas y contrastes con otros grupos vecinales, con agrupaciones populares e incluso con fracciones políticas de diversos partidos políticos.

Para continuar con la descripción de las interacciones presentes en el asentamiento de Vista Hermosa, la segunda lógica de configuración espacial que he observado se refiere a las dinámicas de los barrios en comunidades rurales, en el sentido del predominio de relaciones cara a cara y de formas parentales, de compadrazgo y paisanazgo, las cuales implican estar pendientes de las acciones, necesidades y peticiones del pariente, el compadre, el paisano y, ¿por qué no?, estar informado de los chismes sobre los vecinos y otros residentes.

Por ejemplo, durante los recorridos en campo por la colonia resultó notorio que los entrevistados conocían muy bien a sus vecinos, al comunicarnos acerca de sus datos personales, de sus familiares, de sus compadres o paisanos. Asimismo ofrecían información en cuanto a si en ese momento se encontraban en la vivienda, sus horarios y lugares de trabajo, qué ocupación desempeñan, si tienen parientes y paisanos en la colonia o en una colonia cercana, etc. Al observar desde el inicio de la investigación este tipo de relaciones, empecé a elaborar la tesis de que se debía principalmente a que varios de los pobladores son parientes. Por ejemplo, resulta una práctica habitual entre los oriundos de Chilacachapa “avisarse”, “enviar cosas” o “dar recados” a los familiares, padrinos o compadres cuando se decide viajar al pueblo, la fecha de salida o si se requiere llevar encargos; por eso, al regreso de alguien acuden personalmente a saludar, o bien “mandan avisos” y visitan las casas para “dar los recados de vuelta”.

Al respecto, durante una visita que realicé al pueblo de Chilacachapa durante la fiesta en honor a Santiago, en julio de 2013, las familias que arribaban, tan sólo unas horas después de instalarse en sus casas, emprendían un largo periplo que duraba varias horas y abarcaba, en primer lugar, visitas a los padrinos y después a los tíos y tías, los abuelos y, por supuesto, a los compadres. Además, siempre llevaban presentes, como chiles verdes, frutas y enseres domésticos, pues esto simboliza una forma de atención y muestra de respeto. En varias

ocasiones escuché mencionar que así “cumplen”, al avisar de su arribo y de los días que estarán en el pueblo, aparte de “llevar los recados” y mandados solicitados. Lo mismo pasa entre vecinos, aun cuando no sean parientes ni compadres. Durante el transcurso de los días se van enterando de la llegada de las familias y, por supuesto, de quiénes no llegaron al pueblo y las causas al respecto.

En particular, durante los días que estuve en el pueblo me sorprendió lo reiterado de las pláticas en torno al tema del arribo de los paisanos e incluso de las disculpas entre familiares cuando, al encontrarse en las calles de la comunidad, no se habían realizado las visitas correspondientes. De alguna forma esta misma dinámica sobre estar informado del paradero, la llegada y salida de los habitantes que se observa en el pueblo se reproduce en cierto sentido en la colonia Vista Hermosa. Lo interesante es que el tipo de asentamiento, congregado espacialmente, saturado demográficamente y con pocos accesos para el tránsito vehicular, propicia que los residentes se trasladen por los mismos lugares y se reproduzca densamente este tipo de relaciones vecinales, las cuales no se restringen a los chilas, sino que se extienden a otros vecinos de orígenes diversos.

Sin embargo, es necesario precisar que lo mencionado en los párrafos anteriores no supone que siempre predominen relaciones armónicas entre los pobladores de la colonia –y del pueblo–, sobre todo por diferencias políticas; tampoco que no surjan conflictos entre vecinos, expresados en rencillas, envidias e incluso prácticas de violencia doméstica y pleitos debido a la alta ingesta de alcohol. El aspecto que deseo acentuar se refiere más bien a la emergencia de relaciones contradictorias entre los pobladores, donde por momentos los cohesiona el interés común, si bien en otros casos se mantienen distanciamientos ante las diferencias ideológicas o de simpatías políticas, lo cual no excluye que se esté permanentemente informado sobre las acciones del vecino, qué hace o deja de hacer, dónde se encuentra e incluso sus necesidades.

Siguiendo con esta segunda lógica espacial, también podemos agregar datos de carácter sociocultural. En particular, los festejos del ciclo de vida, los funerales y ciertas actividades religiosas –procesiones y promesas– que involucran en forma permanente a un número considerable de residentes chilas, pero no en exclusiva. A diferencia de otras colonias o barrios tradicionales de la ciudad de México, en Vista Hermosa

sa no se festeja a ningún santo patrón. Si bien se han construido en las calles varios nichos en honor a la Virgen de Guadalupe, su celebración se restringe al 12 de diciembre y su organización es de carácter familiar. En contraste con este festejo –que llamo “acotado”–, se llevan a cabo promesas a ciertas figuras religiosas, como María y José, propiedad de una familia chila que organiza visitas durante nueve días, arrancando el día en que se inician las posadas y cuyos creyentes abarcan a vecinos diversos.

Durante este tipo de eventos se llevan a cabo caminatas por las noches. Las imágenes se trasladan de una casa a otra por todos los rincones de la colonia y a veces también se organiza una posada, al término de la cual se ofrece atole y tamales a los invitados. Otras celebraciones, como los velorios y las fiestas del ciclo de vida –bautizos, primeras comuniones, quince años y bodas– constituyen los principales festejos y ceremonias que, podríamos señalar, condensan la vida festiva en la colonia. Los festejos relacionados con este ciclo resultan altamente vistosos debido a la presencia de bailes, bandas de música, cierre de calles, caminatas de los invitados, regalos, comida, instalación de grandes lonas, templetes, sillas y mesas, adornos, etc. También llegan a ocupar la cancha de fútbol rápido que construyeron los vecinos en una de las zonas más altas del asentamiento –y podríamos asegurar que de todo Cuauhtepac–. A lo anterior se suma que estos festejos tienen lugar los fines de semana de manera reiterada, organizados por todos los rincones de la colonia.

Al escuchar a varios dirigentes locales referirse a los chilas, son comunes las alusiones a un carácter colectivo proclive a la celebración; son constantes las expresiones como “siempre están de fiesta” o “los chilas son bien fiesteros”. Estas frases denotan los continuos festejos que, por sus características, no pasan inadvertidos, debido al colorido y ruido que provocan las bandas de música de viento, además de la utilización de las calles y patios de las casas como sedes. Este ámbito de celebración “chispeante” representa el principal aspecto de visibilización de la diferencia étnica en el asentamiento de Vista Hermosa por parte de los chilas. Las frases señaladas dan cuenta del dinamismo que impregna las celebraciones en el asentamiento, sobre todo los fines de semana.

El siguiente comentario, producto de una observación de campo, ejemplifica mi afirmación: en abril de 2014 recibí una invitación para asistir a un bautizo por parte de una familia chila, en una casa ubicada en la

colonia Vista Hermosa. Al momento de la llegada de la banda de música tradicional y de una breve caminata con los invitados al bautizo, se cruzaron saludos con otra banda de músicos y otros invitados que ya se congregaban para participar más tarde en una boda, la cual se celebraría ese mismo día, dos calles arriba. Una hora después del cruce de saludos, ante el sonido estruendoso de la otra banda, los invitados del bautizo salimos a observar la caminata que se realizaba desde la casa de los padrinos de la boda hacia la de la novia. El festejo matrimonial se haría en un espacio acondicionado en una pequeña cancha de fútbol rápido, construida por los propios vecinos con material que les donó la delegación. Como las bodas son los festejos más importantes y deslumbrantes entre los chilas, el colorido de la caminata destacó considerablemente, ya que los invitados, sobre todo hombres, iban bailando el torito al ritmo de la banda de viento, mientras los novios, padrinos y parientes cargaban canastas con pan, regalos y bebida.

Además del bautizo y la boda, ese sábado también se celebró una primera comunión en las instalaciones de la casa de cultura edificada en la colonia. Es decir, en un sábado normal se organizaron tres festejos muy vistosos en este pequeño asentamiento. Incluso me comentaron que algunas familias se tuvieron que dividir para cumplir con las invitaciones: los abuelos y unos hijos y sobrinos asistieron a uno de los festejos, mientras que otros hermanos, tíos y sobrinos hicieron acto de presencia en los otros. Estas dinámicas que entretienen el entramado social a través de las fiestas en torno al ciclo de vida son una constante entre las familias chilas.

Otro dato a considerar sobre las dinámicas barriales en el asentamiento es que a partir de la construcción y apertura de la casa de cultura, en 2009, la cual representa el proyecto comunitario vecinal más importante logrado por los vecinos y encabezado por chilas, se impulsan diversas actividades que desbordan los muros del recinto hasta abarcar las calles y banquetas. Hasta la fecha se han organizado festivales y entrega de regalos con motivo del Día de Reyes, el Día del Niño y el 10 de mayo, además de la clausura de cursos del jardín de niños, concursos de carreras deportivas, funciones de box –donde se instala un cuadrilátero en plena calle–, así como diversos concursos. Para este tipo de actividades se cuenta con el apoyo de varias dependencias de la delegación Gustavo A. Madero, en particular mediante la Dirección de Desarrollo Social.

Si bien estas actividades responden a intereses institucionales, es decir, a los programas de trabajo y

acciones de gobierno de las dependencias gubernamentales locales, lo cierto es que la forma en que se invita a los vecinos por medio de altavoces y se garantiza el flujo de información entre los residentes tiene un punto de encuentro con el tipo de festejos del ciclo de vida a los cuales ya me referí. Más específicamente, ante el anuncio de eventos culturales, sociales y deportivos, las redes de parentesco y paisanaje propias de los chilas se ponen en marcha para su difusión, pero lo interesante es que también operan redes vecinales que involucran al resto de los pobladores de la colonia. Un rasgo característico de estas actividades impulsadas en la casa de cultura es que, además de llevarse a cabo en los distintos salones con que cuenta el recinto, con mucha frecuencia se extienden hacia las calles aledañas, sobre todo cuando se trata de actividades deportivas o bien cuando se celebra una fecha conmemorativa.

Así, la combinación de festejos del ciclo de vida, por un lado, y de actividades organizadas desde la administración de la casa de cultura, por el otro, genera que durante todo el año la vida pública en la colonia sea intensa y visible, donde el uso de la calle es fundamental y la congregación de vecinos de diversas edades y género constituye algo habitual. El sentido del festejo bullicioso y colorido que implica eventos propios del ciclo de vida y actividades festivas de diversa índole y envergadura llama la atención de otros residentes, los cuales atribuyen estos patrones sociales de comportamiento a los chilas, dándoles el calificativo de “festeros”, aunque en realidad involucra a muchos más grupos de orígenes diversos.

A manera de cierre, debo señalar que los chilas siempre han mostrado un fuerte dinamismo en términos de sus configuraciones sociales –pugnas, disputas, solidaridades, unificaciones, rupturas–, y también en torno a las formas como expresan abiertamente sus identidades, algunas veces reconociéndose como nahuas, como pueblo indígena, y otras bajo un carácter de clase cuyas carencias y necesidades comparten con obreros, colonos y campesinos.

A partir del trabajo etnográfico con los chilas he encontrado que la referencia a lo colectivo resulta una herramienta muy efectiva que los aglutina para el logro de beneficios tangibles, pero al mismo tiempo se ha convertido en un valor positivo donde los líderes o los sujetos chilas se subsumen bajo la idea de un “nosotros”, destacando siempre los beneficios colectivos, aun cuando claramente destaque el trabajo de uno o varios chilas en determinados momentos o situaciones.



### Bibliografía

- Álvarez Enríquez, Lucía, “Cuautepec, Gustavo A. Madero”, en L. Álvarez Enríquez (coord.), *Pueblos urbanos. Identidad, ciudadanía y territorio en la ciudad de México*, México, UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 2011, pp. 151-217.
- Arizpe, Lourdes, “El simulacro de la guerra de Independencia en Chilacachapa, Guerrero”, en L. Arizpe (coord.), *El patrimonio cultural cívico de México. La memoria política como capital social*, México, Miguel Ángel Porrúa/UNAM, 2011, pp. 29-43.
- González Ortiz, Felipe, *Multiculturalismo y metrópoli. Cultura y política en un fragmento urbano (antropología urbana)*, México, UAM-Iztapalapa, 2009.
- Hernández Pacheco, Sandra Sonia, “Cuautepec”, en L. Álvarez (coord.), *Pueblos urbanos en la ciudad de México* (disco compacto), México, UNAM/UAM/UACM (Proyecto Pueblos originarios, democracia, ciudadanía y territorio), 2011.
- Leal Sorcia, Olivia, “Reconocimiento étnico y periferias multiculturales: los chilas (nahuas) en Cuautepec, ciudad de México”, tesis de doctorado en ciencia sociales, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2014.
- Nieto, Raúl, “Multiculturalidad en la periferia urbana: la tensión entre lo público y lo privado”, en *Nueva Antropología*, vol. XVII, núm. 57, agosto de 2000, pp. 57-67.
- Ochoa Tinoco, Cuauhtémoc, “Urbanización y participación ciudadana en Cuautepec, D.F.”, México, 2012.
- \_\_\_\_\_, “Abriendo brecha en el olvido. La vinculación entre universidad y comunidad. La experiencia UACM, PAPO Cuauhtépec”, en *Reencuentro*, núm. 62, diciembre de 2011, pp. 88-91.
- Villela, Samuel y Nérida Ocampo, *Memoria y tradición en el norte de Guerrero*, México, INAH, 2012.
- Zenón Herrera, Alma Fabiola, “Rememorando y descubriendo un pueblo que se resiste al olvido; memoria y territorio en Cuauhtépec”, en L. Álvarez (coord.), *Pueblos urbanos en la ciudad de México* (disco compacto), México, UNAM/UAM/UACM (Proyecto Pueblos originarios, democracia, ciudadanía y territorio), 2011.

# Vínculos, trayectorias y territorios migratorios de la agricultura en Morelos

Kim Sánchez Saldaña\*

## Introducción

**E**l presente artículo tiene el propósito de ofrecer una revisión panorámica de los proyectos de investigación de estudiantes y profesores de antropología social de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM) que se han enfocado en fenómenos migratorios de población originaria de Guerrero cuyo destino es Morelos. Daremos cuenta de estudios realizados bajo la línea de generación y aplicación de conocimiento denominada Agricultura y Migración Laboral en Morelos, adscrita a la Facultad de Humanidades de la UAEM y de la cual he sido responsable desde 2002.

Esta línea se conformó con la convicción de que una perspectiva antropológica sobre diversas facetas de la actividad agrícola y los procesos migratorios asociados con ésta ofrecería una comprensión más amplia sobre el quehacer de una vasta población y sus modos de vida. En particular, se ha sostenido que los mercados de trabajo rural en Morelos, como en muchas regiones del país, son escenarios de relaciones interétnicas, dada la creciente tendencia de las comunidades indígenas a incorporarse a diferentes flujos de trabajadores agrícolas, los cuales generan espacios multiculturales complejos en esos nichos migratorios.

Desde los inicios de esta línea de investigación se impulsaron pesquisas centradas en conocer, actualizar y analizar movimientos asociados con actividades productivas en regiones agrícolas del estado de Morelos, identificadas como polos de atracción de jornaleros indígenas temporales que se desplazaban desde Guerrero y Oaxaca. Posteriormente las problemáticas de interés se fueron ampliando a otros núcleos temáticos, actores sociales o regiones, todos relacionados con aspectos socioculturales del empleo rural, las estrategias productivas de los agricultores y las cadenas agroalimentarias.

A lo largo de estos años han participado muchos estudiantes y egresados de la licenciatura en antropología social de esta institución educativa, de distintas generaciones, como prestadores de servicio social, colaboradores, asistentes de investigación y tesistas. Entre estos últimos destacan una docena de proyectos de investigación para tesis de licenciatura o posgrado, en su mayoría con becas de apoyo del Conacyt.<sup>1</sup>

\* Profesora-investigadora, Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de Morelos (antropkim@gmail.com).

<sup>1</sup> Becarios del proyecto Conacyt 44249: "La constitución de territorios migratorios como espacios de articulación de migraciones nacionales e internacionales. Cuatro estudios de caso", proyecto red dirigido por la doctora Sara María Lara Flores del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, en el que participaron El Colegio de San Luis, El Colegio Mexiquense y la AUEM (junio de 2004- septiembre de 2008). Además, Adriana Saldaña ha sido becaria de posgrado por la ENAH y la UAEM en maestría y doctorado, respectivamente.

Esta breve reseña pretende contribuir a la difusión de tales estudios empíricos, así como resaltar algunos de los hallazgos alcanzados en conjunto, en particular aquéllos referidos a experiencias de migrantes oriundos de Guerrero.

### **Anclaje de los estudios de caso**

Desde la década de 1960 el desarrollo de la agricultura comercial de hortalizas, frutas y flores en Morelos ha provocado múltiples impactos demográficos, sociales, económicos y ambientales que se hacen sentir principalmente en las áreas rurales, pero que afectan al conjunto de la población del estado y las regiones vecinas. En buena medida, estas mutaciones son la expresión local de tendencias nacionales y globales del papel cambiante de la agricultura y los sistemas agroalimentarios en el conjunto de la sociedad. Además, entendemos que tales transformaciones se traslapan y eclosionan con procesos macroestructurales que redefinen las relaciones campo-ciudad en una entidad que, como Morelos, está sometida a fuertes presiones urbanizadoras.

En este contexto, en el ámbito rural morelense los productores agropecuarios han protagonizado grandes permutas en pocas décadas, demostrando una gran versatilidad en la gestión de sus recursos, combinando la reconversión productiva con la preservación de la milpa, complementando el trabajo familiar con la contratación de peones, o bien manteniendo viejas y nuevas formas de dar viabilidad a las acosadas economías campesinas.

Parte de esa historia reciente ha sido la conformación y consolidación de polos de atracción de trabajadores agrícolas asalariados de carácter estacional desde regiones aledañas de Puebla, Oaxaca y Guerrero, y ya no sólo de los tradicionales contingentes de cortadores que se incorporaban a la zafra azucarera, sino también de nuevas corrientes orientadas al cultivo y la pizca de productos frescos demandados tanto en el mercado interno como el internacional.

Como se ha señalado antes, en el diseño de esta línea de investigación seleccionamos desde 2002 espacios identificados como nichos migratorios de jornaleros agrícolas en Morelos: la producción de jitomate de temporal en los Altos de Morelos, la cosecha de angú en la región sur, así como del ejote en el oriente del estado. En todos los casos la información indicaba que el grueso de los trabajadores se retiraba al término de la temporada de cosechas y regresaba a sus comunidades

de origen. Esto dio pie a que nos preguntáramos, entre otras interrogantes, cuáles eran sus formas de vida e interacción con la población local.

Cabe aclarar que, al tratarse de migrantes temporales con una residencia menor a seis meses en Morelos, su presencia no había sido captada por el INEGI y sólo en algunos casos se contaba con un registro parcial por parte del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA), dependiente de la Sedesol. Por eso nos atrevemos a considerar que algunos de estos estudios constituyen una valiosa fuente de información sobre fenómenos escasamente documentados, aunque esos desplazamientos sean conocidos por pobladores en el ámbito local o regional.

En la medida que se fueron sumando estudiantes y tesis, se incorporaron nuevas investigaciones que no se centraban en documentar en sí mismas problemáticas de los jornaleros migrantes, sino que más bien se enfocaron en trabajadores locales o asentados, productores agrícolas y sus canales de comercialización, lo cual ha sido enriquecedor para comprender el contexto más amplio en que se posicionan los diferentes actores sociales, incluidos los migrantes. Por un lado se realizaron estudios abocados a comprender las lógicas de reproducción de campesinos y empresas familiares vinculados con redes de distribución y orientados al mercado nacional. En el polo opuesto, el propósito fue medir el impacto económico, social y cultural de modernas empresas capitalistas orientadas a la exportación de hortalizas, especias o flores. Para facilitar la exposición, agruparemos geográficamente los estudios realizados, resumiendo sus objetivos y aportes.

### **Los Altos de Morelos y sus vecinos mexiquenses**

En los Altos de Morelos tiene lugar una actividad agrícola dinámica, ampliamente documentada por Elsa Guzmán Gómez (1991), consistente en la producción de jitomate, tomate y pepino para el mercado nacional que se concentra en los municipios de Atlatlahucan, Totolapan, Tlayacapan y Yecapixtla.<sup>2</sup> Esta actividad es el principal sustento de muchas familias campesinas de esos lugares, pero también de familias de Oaxaca y

<sup>2</sup> La doctora Guzmán Gómez es profesora-investigadora de la Facultad de Ciencias Agropecuarias y Desarrollo Rural de la UAEM, especializada en agriculturas campesinas, estrategias de reproducción de pequeños productores y sistema de milpa, entre otros, además de gran conocedora de los Altos de Morelos (Guzmán, 1991) y su región poniente (Guzmán, 2005). Sus estudios han sido un referente obligado para nuestra línea de investigación.



Guerrero, ya que ha representado uno de los polos de atracción jornalera más relevantes en el estado, al que acuden miles de trabajadores migrantes desde comunidades indígenas de diferente filiación étnico-lingüística de esos estados (Sánchez, 2007 y 2008). Nuestro equipo de investigación realizó un extenso trabajo de campo en las comunidades de Totolapan, Atlatlahucan y Achichipico entre 2004 y 2007. Entre otros logros, se ha reconstruido el proceso histórico de conformación de centros especializados de contratación de mano de obra eventual. Asimismo, se han identificado las principales comunidades de origen de los trabajadores migrantes y sus patrones migratorios (*idem*).

Quetzalli Estrada Lima (2006) llevó a cabo un proyecto específico sobre cómo este exitoso modelo de explotación agrícola a pequeña escala se extendió hacia los municipios colindantes en el sureste del estado de México: Atlautla, Ozumba y Tepetlixpa. Los pequeños productores mexiquenses compartían tecnología, redes de comercialización y mano de obra, este último un factor fundamental para explicar la rentabilidad de esa producción. Los datos etnográficos obtenidos arrojaron luz sobre el comportamiento de los distintos flujos migratorios, su procedencia y trayectorias. La autora encontró en municipios mexiquenses que, al igual que en Los Altos, el predominio de ciertas comunidades mixtecas y tlapanecas en los distintos centros de

contratación se asocia con redes parentales, relaciones de paisanaje y vínculos con productores locales.

Por su parte, Percy Betanzos Ocampo (2008) analizó en esta región el uso de agroquímicos, una práctica extendida en la producción de jitomate entre los pequeños productores, quienes pese a su limitado capital requieren garantizar el rendimiento de sus cosechas. La investigadora descubrió que la exposición a agroquímicos afecta en primer lugar a los propios productores, debido al carácter familiar de estas empresas agrícolas. Al enmarcar su estudio en la perspectiva de percepción del riesgo, encontró discursos en la cultura laboral que muestran la importancia de los factores culturales en el manejo de los agroquímicos, lo cual coadyuva a dar poca visibilidad al uso indiscriminado de plaguicidas en Morelos y tiene serias consecuencias tanto ambientales como en la salud de la población local y de los trabajadores migrantes.

### Región sur y empresas exportadoras

Adriana Saldaña Ramírez y quien esto escribe hemos realizado estudios en el suroeste de Morelos sobre el impacto económico y social de la producción de una hortaliza exótica poco conocida en México: el angú u okra (Sánchez, 2003, 2006a y b; Saldaña, 2006; Sánchez y Saldaña, 2009 y 2011). En esta actividad predomina una empresa de capital extranjero, establecida en Morelos desde la década de 1980 para cubrir la demanda invernal de clientes selectos en Estados Unidos. Representa el típico caso de un producto no tradicional de exportación controlado por una agroindustria con alta inversión de capital e infraestructura, la cual adecúa su funcionamiento para satisfacer un mercado con estándares internacionales. Una compleja y jerarquizada estructura ocupacional, segmentada por criterios étnicos, de género y origen migratorio, tiene en su base a centenares de familias de jornaleros indígenas nahuas que cortan manualmente el producto de noviembre a abril y que provienen de las regiones del Alto Balsas y la Montaña de Guerrero.

Por más de una década, Adriana Saldaña (2006 y 2012) ha dado especial seguimiento a los trabajadores migrantes procedentes de la comunidad de Tula del Río, en el Alto Balsas, en un estudio longitudinal que hace recordar la propuesta metodológica de Max Gluckman sobre "casos extendidos". Con base en esto, la investigadora ha documentado, entre otros aspectos relevantes, las trayectorias laborales y prácticas espaciales de

los grupos domésticos de esa comunidad que migran a diferentes destinos dentro y fuera del país. La autora sostiene que la flexibilidad de los grupos domésticos para ajustarse a las diversas unidades socio-espaciales depende de varios factores fundamentales, entre los que destacan los repertorios culturales de la comunidad.

Tomando como escenario la empacadora de esta misma agroindustria, Jesseca Taboada Muñoz (2008) realizó una etnografía sobre las mujeres locales que se emplean de noviembre a mayo. El trabajo temporal de selección y empaque de angú, así como de otros productos frescos, es intensivo y monótono, a pesar de lo cual ha sido bien recibido por la población local, pues en la región existen pocas oportunidades laborales. Las entrevistas directas permiten a la autora afirmar que las trabajadoras se encuentran en condiciones de vulnerabilidad tanto económica como social, cultural y de género que facilitan la precarización del empleo.

En la misma región, pero en otra agroindustria, Erandy Toledo Alvarado (2008) investigó sobre el impacto de la producción y exportación de hierbas aromáticas por parte de una empresa de capital extranjero. Ella se enfocó en documentar cambios en el patrón de cultivos, el mercado de trabajo y de tierras en los municipios de Mazatepec y Amacuzac. En su trabajo, la investigadora reflexiona sobre los efectos que los nuevos patrones de consumo alimentario en países centrales tienen en comunidades distantes, como Cuahuchichinola, en Mazatepec, subordinadas a empresas globales y sus nichos de mercado, que en este caso consiste en prestigiosas cadenas de restaurantes en Estados Unidos.

### **Región oriente, territorio de alta movilidad**

La cosecha de ejotes en la región oriental del estado, centrada en el municipio de Ayala,<sup>3</sup> representa el polo de atracción más relevante de jornaleros indígenas migrantes de la Montaña de Guerrero en Morelos, los cuales se desplazan en familia. En su tesis sobre la cadena de producción y comercialización de ejote, Kris Natalia Gómez Rodríguez (2008) encontró que este cultivo se ha ido expandiendo en el siglo *xxi* hacia los municipios de Axochiapan, Jantetelco, Jonacatepec y Tepalcingo. Asimismo, se trata de una cadena coordinada informalmente, donde diversos agentes locales y

<sup>3</sup> Entre 1995 y 2000 realicé estudios sobre la migración estacional durante la cosecha de ejote y sobre el papel de los intermediarios laborales concentrados en Tenextepango, municipio de Ayala (Sánchez, 2000 y 2006a y b).

extralocales comparten una red social, de lealtades e intercambio de favores, que trasciende las relaciones de oferta-demanda.

Por su parte, Guadalupe Xochitla Patiño (2008) se enfocó en el efecto de esa reconversión productiva de los ejidatarios orientales en la construcción de mercados de trabajo para migrantes temporales en Tepalcingo, uno de los municipios que forma parte de las nuevas zonas ejoteras.<sup>4</sup> Sus estudios muestran cómo la ampliación espacial de la demanda de trabajo estacional genera nuevos itinerarios de las corrientes de jornaleros migrantes de la Montaña de Guerrero, las cuales se vinculan con las redes sociales de migrantes asentados en Tenextepango, municipio de Ayala.

Recientemente Adriana Saldaña presentó su tesis doctoral sobre "La configuración de Tenextepango, y otras colonias aledañas, como un centro de contratación multirregional de mano de obra para las cosechas de hortalizas y frutas" (2014), la cual eleva a otra escala nuestro conocimiento sobre la región. Algunos hallazgos de ese estudio se presentan en esta misma revista, así que no me extenderé por razones de espacio.

### **Región centro y la agricultura periurbana**

Por último, para el centro del estado se pueden reseñar tres investigaciones cuyo trasfondo son las transformaciones sociales en el sector agrícola vinculadas con población inmigrante proveniente de Guerrero, una de ellas dedicada a la producción de fresas para el mercado regional y las dos restantes ligadas con la floricultura, pero disímiles en su modelo de gestión.

En primer lugar, Circe Giner Martínez (2008) analizó la pequeña producción de fresa en Oacalco, municipio de Yautepec, realizada por inmigrantes mixtecos originarios del municipio de Metlatónoc, en la Montaña de Guerrero, que ahora son productores independientes ya radicados en Morelos. Un factor decisivo fue la disponibilidad de tierras irrigadas para arrendar, lo cual coincidió con el cierre del ingenio azucarero en

<sup>4</sup> Por otra parte, Jacqueline Ocampo Galicia (2014) investigó sobre trabajadores agrícolas nativos de Tepalcingo, que antes se empleaban localmente en la cosecha de cebollas, una actividad que dio dinamismo a la región hasta finales del siglo pasado y cuyo actual declive los obliga a peregrinar hacia Chihuahua y Coahuila. Por razones de espacio no ahondaremos en este estudio, pero vale destacar que el proceso de reconversión productiva que generó mercados de trabajo para jornaleros indígenas guerrerenses implicó, a la vez, la expulsión de trabajadores oriundos especializados en la cebolla, los cuales ahora migran hacia modernas regiones agrícolas en el norte del país.

esa localidad, producto de la crisis de la economía ejidal cañera. Paradójicamente, el cierre de espacios para unos campesinos los ha abierto para otros.

También en Yautepec, Carolina Corral Paredes (2008) investigó a una empresa extranjera localizada en Santa Catarina, exportadora de esquejes de flores –material vegetativo–. Su estudio, centrado en la experiencia de las trabajadoras nativas e inmigrantes asentadas que laboran en los invernaderos, muestra cómo este tipo de empresas genera empleos precarios, inestables, con sistemas intensivos de trabajo y en entornos de riesgo por el uso desmedido de agroquímicos. De modo similar al estudio de caso en la empacadora de angú, el análisis de Corral ofrece un acercamiento a la feminización del trabajo y las relaciones de género en la empresa floricultora.

En contraste con ese perfil de unidad productiva, Paola Marina Ávila Carranza (2013) investigó sobre pequeñas empresas viveristas en Jiutepec, un municipio conurbado de la ciudad de Cuernavaca.<sup>5</sup> Esta agricultura periurbana es protagonizada por indígenas mixtecos residentes, originarios del municipio de Tlalixtlaquilla, en la Montaña de Guerrero. También en forma análoga a los productores freseros analizados por Giner (2009), la investigadora considera que la trayectoria de los mixtecos expresa su movilidad social, pues transitaron de jornaleros a productores independientes. La autora muestra cómo este grupo mixteco en Jiutepec se distingue por desarrollar redes y espacios sociales marcados por su filiación étnica.

### Consideraciones finales

Las investigaciones reseñadas aquí se han enfocado en la situación y el devenir de la agricultura comercial campesina y las estrategias de reproducción social de los hogares rurales morelenses y de regiones vecinas involucradas, en particular de Guerrero. En varios estudios de caso ha predominado el interés por documentar la interdependencia estructural entre la agricultura comercial de Morelos y la agricultura de subsistencia de regiones campesino-indígenas, principalmente de la Montaña de Guerrero. Se trata de

<sup>5</sup> Previamente, Sánchez y Saldaña (2010) realizaron una investigación sobre los viveristas de la localidad de Tetela del Monte, una comunidad de origen campesino al norte de la ciudad de Cuernavaca. Se trata de uno de los núcleos de origen de una dinámica actividad que se ha ampliado en Morelos y en la cual participan nativos y migrantes asentados de Guerrero, como los estudiados por Paola Ávila.

un complejo proceso histórico que ha configurado, en diferentes escalas y territorios específicos, relaciones interétnicas entre mestizos e indígenas de diversos pueblos. Tales relaciones han estado marcadas por el carácter estacional de los encuentros y las modalidades de migración pendular.

Empero, hay que decir que a lo largo de una década de estudios hemos constatado cierta erosión de esta relación de intercambio entre sistemas agrícolas de pequeña escala, lo cual en gran medida es producto, por un lado, del deterioro y desarticulación de la economía campesina en las comunidades de origen de los migrantes, y por el otro de las dificultades de los productores morelenses para sacar adelante sus cosechas, o bien su repliegue hacia otras fuentes de ingreso menos inciertas. En este contexto se explica el creciente proceso de asentamiento de familias de la Montaña de Guerrero en Morelos, que continúa con frecuencia su vinculación con el trabajo agrícola.

Nuestras pesquisas constatan además que, de manera general para el campo morelense, se profundiza ese proceso de polarización social, el cual ha fomentado una mayor incursión de las mujeres en relaciones asalariadas y acelera la migración internacional desde áreas rurales.

Este fenómeno complejo y multicausal se refuerza ante la creciente incursión, desde la década de 1990, de una agricultura empresarial en Morelos que, aprovechando ventajas para acceder a tierra, agua, infraestructura y servicios que se le facilitan por su proximidad con el Distrito Federal, cuenta además con abundante mano de obra local e inmigrante flexible y capacitada, pero vulnerada por la crisis de la agricultura tradicional del estado, la escasez de empleos y la desregulación de las relaciones laborales.

Este artículo pretende compartir nuestras inquietudes y dar una mayor difusión a las investigaciones realizadas bajo el proyecto general Agricultura y Migración Laboral en Morelos, el cual alberga la perspectiva de servir para documentar, comparar, profundizar o abrir nuevas interrogantes sobre estos escenarios o problemáticas afines.

Se puede concluir que, de una u otra manera, Morelos ha sido un espacio fundamental de reproducción social y resistencia cultural para comunidades indígenas de Guerrero, debido a la cercanía con las comunidades de origen, la apertura de los nativos frente a los foráneos y el dinamismo del sector agrícola que representa fuentes de empleo.

## Bibliografía

- Ávila Carranza, Paola Marina, "Migración, viverismo y nuevos espacios de una comunidad mixteca asentada en una zona periurbana de la ciudad de Cuernavaca", tesis de licenciatura en antropología social, Cuernavaca, UAEM, 2013.
- Betanzos Ocampo, Percy, "Fumigados. Una revisión general sobre el manejo, control, uso y problemática de agroquímicos en los Altos de Morelos", tesis de licenciatura en antropología social, Cuernavaca, UAEM, 2006.
- Corral Paredes, Carolina, "Para las mujeres las flores. Género y trabajo en una empresa floricultora en Morelos", tesis de licenciatura en antropología social, Cuernavaca, UAEM, 2008.
- Estrada Lima, Quetzalli, "La colonia Guadalupe Hidalgo, un nuevo centro de contratación de jornaleros migrantes en el sureste del Estado de México", tesis de licenciatura en antropología social, Cuernavaca, UAEM, 2006.
- Giner Martínez, Circe, "Migrantes mixtecos: productores independientes en Oacalco, Morelos", tesis de licenciatura en antropología social, Cuernavaca, UAEM, 2008.
- Gómez Rodríguez, Kris Natalia, "La construcción de una cadena de comercialización de ejote en Tenango, Morelos", tesis de licenciatura en antropología social, Cuernavaca, UAEM, 2008.
- Guzmán Gómez, Elsa, *Resistencia, permanencia y cambio. Estrategias campesinas de vida en el Poniente de Morelos*, México, UAEM/Plaza y Valdés, 2005.
- \_\_\_\_\_, "Persistencia y cambio, los campesinos jitomateros de Morelos", tesis de maestría en desarrollo rural, México, UAM-Xochimilco, 1991.
- Ocampo Galicia, Jacqueline Lucila, "Cosechando cebollas en Chihuahua y Coahuila, un estudio de jornaleros agrícolas migrantes de la comunidad de Tepalcingo, Morelos", tesis de licenciatura en antropología social, Cuernavaca, UAEM, 2014.
- Patiño Mejía, Guadalupe Xochitla, "La construcción de mercados de trabajo rural en Morelos. El caso de la producción de ejote en Tepalcingo", tesis de licenciatura en antropología social, Cuernavaca, UAEM, 2008.
- Saldaña Ramírez, Adriana, "La configuración de Tenextepango, y otras colonias aledañas, como un centro de contratación multirregional de mano de obra para las cosechas de hortalizas y frutas", tesis de doctorado, Cuernavaca, Posgrado de Ciencias Agropecuarias y Desarrollo Rural-UAEM, 2014.
- \_\_\_\_\_, *Todos son de casa, hasta los que no están. Organizando la vida entre los grupos domésticos migrantes de una comunidad nahua de Guerrero*, México, INAH, 2012.
- \_\_\_\_\_, "Diferentes configuraciones de los grupos domésticos frente a dos tipos de migración. Estudio de caso de la comunidad nahua de Tula del Río, Guerrero", tesis de maestría en antropología social, México, ENAH, 2006.
- Sánchez, Kim (coord.), *Siembras, cosechas y mercados. Perspectivas antropológicas de la agricultura en Morelos*, México, Juan Pablos/UAEM, 2009.
- \_\_\_\_\_, "El albergue de Atlatlahucan, Morelos. Perfiles y trayectorias de los jornaleros migrantes", en Pablo Castro Domingo, *Dilemas de la migración en la sociedad postindustrial*, México, Miguel Ángel Porrúa/UAM-I/UAEM/Conacyt, 2008, pp. 39-64.
- \_\_\_\_\_, "Viejas y nuevas trayectorias laborales entre los jornaleros agrícolas migrantes en Morelos", en Isabel Ortega (coord.), *Los jornaleros agrícolas, invisibles productores de riqueza. Nuevos procesos migratorios en el noroeste de México*, Hermosillo, CIAD/Plaza y Valdés, 2007, pp. 175-196.
- \_\_\_\_\_, *Los capitanes de Tenextepango, un estudio sobre intermediación cultural*, México, Miguel Ángel Porrúa/UAEM, 2006a.
- \_\_\_\_\_, "El angü mexicano: un 'exótico' producto de la globalización", en Beatriz Canabal, Gabriela Contreras y Arturo León (coords.), *Diversidad rural. Estrategias económicas y procesos culturales*, México, UAM-X/Plaza y Valdés, 2006b, pp. 203-226.
- \_\_\_\_\_, "Tierra y trabajo para forjar una cadena de productos frescos en una región agrícola en México", en Wim Pelupess y César Romero (eds.), *Teoría y práctica del enfoque de cadenas globales de mercancías en América Latina*, Cochabamba/Tilburg, Universidad Mayor de San Simón/Universidad de Tilburg, 2003, pp. 145-184.
- \_\_\_\_\_, "Calidad y modo de vida en jornaleros estacionales en Tenextepango, Mor. Reflexiones desde una antropología de las migraciones", en Magalí Daltabuit, Juana Mejía y Rosa Lilia Álvarez (coords.), *Calidad de vida, salud y ambiente*, Cuernavaca, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/UNAM (Multidisciplina), 2000, pp. 323-334.
- \_\_\_\_\_, y Adriana Saldaña (coords.), *Buscando la vida. Productores y jornaleros migrantes en Morelos*, México, Plaza y Valdés/UAEM/Promep, 2009.
- \_\_\_\_\_, "Posibilidades y limitaciones de los pequeños productores en la horticultura ornamental: el caso del viverismo en Tetela del Monte, Morelos", en Héctor Fletes Ocón (ed.), *Pequeños productores y vulnerabilidad global alimentaria*, San Cristóbal de las Casas, Universidad Autónoma de Chiapas/RISHORT, 2010, pp. 121-145.
- \_\_\_\_\_, "Configuración de corrientes migratorias alrededor del mercado de trabajo de la okra en Morelos", en Sara Lara (coord.), *Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva*, México, Miguel Ángel Porrúa/El Colegio Mexiquense, 2011, pp. 151-212.
- Taboada Muñoz, Jesseca, "Mujer y trabajo: feminización laboral y relaciones de género en la Empacadora de Puente de Ixtla, Morelos", tesis de licenciatura en antropología social, Cuernavaca, UAEM, 2008.
- Toledo Alvarado, Erandy, "Transformaciones actuales en la agricultura local. El caso de Cuauchichinola, Morelos", tesis de licenciatura en antropología social, Cuernavaca, UAEM, 2008.

# De migrantes temporales a asentados. Presencia de población indígena de la Montaña guerrerense en la región centro-oriente de Morelos

Adriana Saldaña Ramírez\*

**E**l estado de Morelos ha sido un polo de atracción de población oriunda de entidades vecinas debido a su importante dinámica económica tanto en el sector servicios como en el agrícola. Diferentes labores en este último, en particular las cosechas, han sido desarrolladas por mestizos e indígenas provenientes de Guerrero, Oaxaca y Puebla, que en las décadas de 1960 y 1970 permanecían de manera temporal, mientras había trabajo. A partir de 1980, y en especial durante la primera década del siglo **xxi**, se presentaron significativos procesos de asentamiento de trabajadores y sus familias, los cuales fundaron nuevas localidades alrededor de regiones agrícolas y desencadenaron una diversificación étnica de las mismas. Cabe destacar que, a pesar de este reciente fenómeno de asentamiento, los flujos migratorios temporales no han desaparecido ni disminuido en importancia.

Si revisamos el *Censo de Población y Vivienda 2010* en relación con la variable de “lengua indígena”<sup>1</sup> en población de tres años y más en Morelos, encontramos que en la entidad el grupo étnico más numeroso es el de los nahuas, de los que difícilmente se puede discernir entre los nativos y los inmigrantes. Sin embargo, resulta interesante destacar que el segundo y tercer lugar lo ocupan quienes hablan lenguas mixtecas (5 547) y tlapaneco (1 531) (Sánchez, 2014; *Síntesis...*, 2010). Éstos corresponden a los asentados y a segundas y terceras generaciones ya nacidas en Morelos que continúan hablando su lengua materna. El objetivo de este artículo es reflexionar sobre esos procesos de asentamiento a la luz de una investigación realizada en poblaciones nahuas y mixtecas originarias de la Montaña de Guerrero en la zona de Tenextepango, dentro de la región centro-oriente de Morelos, y las relaciones establecidas entre éstas y los nativos mestizos.

## La llegada de los jornaleros agrícolas a Tenextepango

La región centro-oriente de Morelos ha sido el lugar de recepción de jornaleros indígenas provenientes de la Mixteca oaxaqueña y poblana, así como de la Montaña de Guerrero, que laboraban de larga data en la zafra cañera. Sin embargo, la introducción de nuevos cultivos a mediados del siglo **xx** generó una mayor demanda de trabajadores que llegaron de las mismas regiones que los cosechadores de caña de azúcar, pero de diferentes localidades (Sánchez, 2003).

En el ejido de Tenextepango, ubicado a pocos kilómetros de la ciudad de Cuautla, bodegueros de La Merced, en la ciudad de México, introdujeron un conjunto de hortalizas frescas en la

\* Profesora-investigadora, Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de Morelos (adrianasr\_99@yahoo.com).

<sup>1</sup> La *Síntesis metodológica y conceptual del Censo de Población y Vivienda 2010* define el concepto de “lengua indígena” como el “conjunto de idiomas que históricamente son herencia de las diversas etnias indígenas del continente americano”.

década de 1950, entre las que sobresalió el ejote verde a partir de créditos otorgados a los ejidatarios, en una modalidad de “compra de cosecha por adelantado”.<sup>2</sup> Esto se dio en el marco del proceso de “modernización” del campo, cuyo objetivo era la introducción de nuevos cultivos acompañados de la aplicación de paquetes tecnológicos *ad hoc* basados en los adelantos científicos de la llamada “revolución verde” para incrementar la productividad, abastecer a las ciudades en constante crecimiento y sostener el proceso de industrialización del país (Rubio, 2001: 32, 35; Warman, 1978).

Los ejidatarios tenextepanguenses iniciaron el cultivo de ejote en sus tierras, donde antes sembraban caña de azúcar para los ingenios de la región.<sup>3</sup> La reconversión productiva fue alentada por los distintos problemas de organización de los ingenios y la fijación del precio de la caña, que les impedía obtener ganancias.

La producción de ejote generó una demanda significativa de trabajadores, en especial durante la cosecha, en la que se necesitan cuadrillas numerosas que la realicen de manera puntual. Los habitantes originarios de la zona que trabajaban como jornaleros agrícolas resultaron insuficientes, pues poco a poco se incorporaron a tareas del sector terciario. Por tal motivo, casi desde el inicio se contrató a población migrante, que los productores contactaban en el mercado viejo de Cuautla, donde según Astorga (1978: 110) a diario se juntaban entre dos mil y cuatro mil trabajadores.

Entre las década de 1960 y 1970 la superficie sembrada y el rendimiento de la producción ejotera se triplicaron. Para asegurar la presencia de sus trabajadores, los productores alentaron la llegada directa de éstos hasta Tenextepango, y se les dio permiso para establecerse durante el periodo laboral en alguna parcela no sembrada o en los patios de sus casas. Allí los jornaleros y sus familias solían construir casas con materiales de desecho, conocidas como “casitas de basura”.

Si bien estos primeros jornaleros en Tenextepango llegaron de la Mixteca oaxaqueña y poblana, pronto la Montaña de Guerrero se posicionó como la fuente más importante de abastecimiento de mano de obra,

<sup>2</sup> El primer crédito fue la entrega de semillas; progresivamente integraron los agroquímicos y dinero en efectivo. El trato era que el bodeguero daba alguno de estos “apoyos” al ejidatario con el compromiso de que, al realizar la cosecha, el total de la producción le fuera entregada para su venta. En ese momento el bodeguero descontaba el crédito otorgado. Estos mecanismos siguen funcionando hoy en día.

<sup>3</sup> Los ejidatarios de Tenextepango eran pequeños productores que solían contar con parcelas de temporal (entre dos y tres hectáreas) y de riego (entre una y dos hectáreas).

fundamentalmente de indígenas nahuas y mixtecos. Los municipios que más aportaron trabajadores fueron Atlixac, Chilapa de Álvarez, Copanatoyac, Metlatónoc, Tlaxiactaquilla de Maldonado y Tlapa de Comonfort.<sup>4</sup>

Durante este periodo, el perfil típico del trabajador era el de jornalero-campesino. Es decir, los trabajadores migratorios llegaban a Tenextepango para contratarse en la cosecha de ejote de noviembre a mayo, y al terminar regresaban a su comunidad para seguir con la siembra de su milpa y otras actividades agropecuarias de subsistencia, con una marcada estacionalidad, entre junio y octubre (Sánchez, 2006; *Migrar...*, s.f.: 13). Se debe señalar que para las comunidades montaÑeras tratadas en este artículo la búsqueda de trabajo en otras regiones era una práctica previa, pues entre las décadas de 1940 y 1950 ya se dirigían a otros lugares dentro del mismo Guerrero y algunos estados colindantes.

### Inicio del proceso de asentamiento

En la década de 1980, un número importante de familias jornaleras que llegaba temporalmente a Tenextepango comenzó un proceso progresivo de asentamiento que nutrió de pobladores al casco urbano de la localidad y formó espacios de colonización en torno a la misma.

El fenómeno del asentamiento de jornaleros originarios del sur del país en regiones agrícolas de Sinaloa y Baja California, donde la agricultura está en manos de grandes empresas que dirigen su producto al mercado internacional, ha sido analizado ya por diferentes autores (Lara *et al.*, 2014; Zolniski, 2011; Coubés *et al.*, 2009). Las reestructuraciones productivas en esa región del país incrementaron de manera importante la demanda de trabajo, lo cual ha influido en los circuitos migratorios y generado nuevas zonas de asentamiento (Lara *et al.*, 2014). Ante esto, los asentamientos de trabajadores agrícolas en Tenextepango son un caso particular e interesante, pues allí se desarrolla la agricultura comercial que dirige su producto al mercado nacional, mantenida por pequeños productores que en esencia no han cambiado su forma de producir casi desde la introducción del ejote. Así, resulta interesante explicar las razones que llevaron a que jornaleros, en otro momento temporales, se hayan quedado a residir en la zona, pues a diferencia del noroeste no se ha experimentado una reestructuración productiva.

<sup>4</sup> De acuerdo con Sánchez (2006), los flujos migratorios de esos municipios se consolidaron por la operación de intermediarios laborales originarios de las mismas comunidades que los trabajadores.

En Tenextepango hubo un aumento relativo de la demanda de jornaleros estacionales, provocado por una reconversión de la producción agrícola basada en el cultivo y la cosecha de ejote, la cual al principio influyó en la llegada de los montañeros entre los meses de noviembre y mayo. Este proceso de reconversión productiva se diversificó en la década de 1980, cuando los bodegueros de la ciudad de México, que ya se encontraban presentes en la región, impulsaron la producción de elote para sus puntos de venta en los meses restantes. Al mismo tiempo alentaron la producción de ejote en el valle del Mezquital, Hidalgo, entre los meses de abril y octubre, para complementar la que se desarrollaba en Morelos.

Esto representó para los jornaleros la oportunidad de emplearse más allá de la temporada invernal, pues al terminar podían permanecer en Morelos para la cosecha de elote o seguir las cosechas de ejote en Hidalgo, ya que el acceso a esos mercados de trabajo se dio a partir de los intermediarios laborales que operaban en Tenextepango. Permanecer allí les permitía conseguir un lugar en alguna cuadrilla; asimismo, la oportunidad de acceder a diferentes mercados de trabajo desde Tenextepango resultó determinante en su decisión de asentarse.

Las familias jornaleras compraron las tierras de temporal de los ejidatarios, que poco a poco dejaron de sembrarlas para abocarse a la producción de hortalizas comerciales durante todo el año en sus parcelas con infraestructura de riego. Estas tierras se ubicaban alrededor de Tenextepango, en las faldas de los cerros y en las lomas cercanas.

#### *Procesos de degradación de las condiciones de vida en la Montaña de Guerrero*

Cabe decir que no se puede entender este proceso de asentamiento si no se observa lo que sucedía en la década de 1980 en las comunidades de origen en Guerrero. El Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan (*Migrar...*, s.f.) señala que en esta década el número de familias que buscó laborar fuera de la región se incrementó respecto a años anteriores. Entonces se consolidaron las migraciones por la ruta del Pacífico, al mismo tiempo que a los destinos tradicionales, como lo era Morelos.

De acuerdo con los testimonios recabados durante el trabajo de campo, la crisis de la agricultura maicera

de subsistencia por razones económicas, políticas y ambientales se identifica como detonante de la decisión de asentarse. La agricultura en sus pequeñas parcelas cada vez daba menos para abastecer al grupo doméstico completo. En las entrevistas se enfatizaba en los costos elevados de los insumos, sobre todo fertilizantes y plaguicidas, la lejanía de las tierras respecto a las comunidades y las malas condiciones climáticas, que hacían más difícil sostenerla ante las escasas lluvias. “Antes chambeaban e iban, chambeaban e iban. Venimos para Morelos porque cuando aquí hay trabajo y estábamos trabajando, pues allá, en Guerrero no: allá puro maíz” (testimonio de MA, La Joya, 2011).

Otros factores significativos fueron la degradación de sus recursos naturales, la violencia generada por conflictos entre los pueblos y el narcotráfico: “En esta calle todos somos de Guerrero. Allá, en Guerrero, hay un chingo de peligro; se matan solos y aquí está bien tranquilo, sólo batallamos un poquito por el lodo cuando llueve y ya” (testimonio de JC, Tenextepango, 2012).

#### **Inserción residencial en Tenextepango**

Los primeros asentamientos de jornaleros agrícolas migrantes se dieron en la década de 1980, pero han visto un crecimiento exponencial en la última década, ya que hubo un incremento en el número de éstos y la población total en ellos. De acuerdo con Martínez (2005), las colonias Constancio Farfán (La Pascuala) y Buenavista fueron los primeros asentamientos, fundados hace más o menos 25 o 30 años.<sup>5</sup> Otras, las más recientes, se fundaron en la segunda mitad de la década de 1990, como Loma Bonita, Ampliación Tenextepango, El Cerro Olinche, Las Lumbreras, Valle de Morelos (antes La Longaniza) y La Joya. Mención aparte merece Leopoldo Heredia, una colonia agrícola militar<sup>6</sup> que ya existía en 1930 con otro nombre, pero que al ser contigua a Tenextepango ha visto crecer a su población desde el inicio del asentamiento de los otrora migrantes temporales.

Los casos de las colonias Loma Bonita y Valle de Morelos son una muestra de esta dinámica. La primera contaba en el año 2000 con una población de 131 habitantes, la cual aumentó a 469 en tan sólo 10 años. Tal vez el caso más impactante sea el de Valle de Morelos, pues en el mismo periodo pasó de 59 personas a 510

<sup>5</sup> Esto coincide con lo encontrado en la investigación sobre la colonia Buenavista, fundada por una familia nativa en 1966, aunque más adelante vio crecer su población con inmigrantes.

<sup>6</sup> Este tipo de colonias fueron entregadas por el gobierno del doctor José G. Parres a los veteranos zapatistas (Anaya, 2010: 30).

(*Síntesis...*). Cada una de las colonias está conformada tanto por migrantes indígenas y mestizos como por población nativa que ya no alcanzó lugar en el núcleo urbano de Tenextepango. En cuanto a la población indígena, se encuentran nahuas y mixtecos, y por lo general uno u otro grupo de hablantes tiene una mayor representación en cada colonia; por ejemplo, Loma Bonita y Valle de Morelos son asentamientos nahuas, mientras que La Joya es claramente mixteco.

Esta situación llevó a que las autoridades municipales reconocieran oficialmente a estas colonias como “comunidades indígenas” en 2010, en el marco de la discusión de la Ley Indígena, cuando se les pidió que las integraran en un catálogo. Esto también constituyó una estrategia del municipio para aplicar recursos de distintos programas de la Sedesol y la CDI, que tienen como objetivo la atención a la población indígena y de muy alta marginación. De esta manera, la autoridad municipal ha satisfecho demandas de infraestructura de los asentados, que no podría atender sólo con sus presupuestos.

Nahuas, mixtecos o mestizos pasaron por un proceso de asentamiento con etapas claramente definidas. Un primer momento, de duración muy variable, se caracteriza por la decisión de asentarse en alguna colonia mediante la renta de un terreno baldío o con alguna construcción en obra negra. Una vez que han hecho algún ahorro significativo, con los ingresos de todos los miembros del grupo doméstico se da el primer pago para un terreno donde levantan alguna construcción precaria (“casitas de basura”). Más adelante, cuando se salda la deuda y tras un largo periodo, se comienza a construir la casa de loza.

Si bien este proceso de asentamiento fue el mismo para todos los inmigrantes, la manera como se vivió fue diferente para mestizos e indígenas. Por lo general, los originarios de la Mixteca oaxaqueña, que no se consideran indígenas porque nunca hablaron mixteco, tuvieron mejores condiciones que los nahuas y mixtecos de Guerrero. Los mixtecos oaxaqueños son más urbanizados y poseen una mayor cercanía cultural con la población nativa, lo cual los ha llevado a ser tratados de mejor manera. En cambio, los nahuas y mixtecos<sup>7</sup> de Guerrero siempre tuvieron mayores dificultades para rentar algún terreno, pues se les considera “los cochinos” o “los problemáticos”. Así, su inserción residencial se vio afectada por su condición étnica.

<sup>7</sup> En la jerarquía social de la zona, los mixtecos de Guerrero se ubican en el último peldaño. Esto agudizaba sus problemas para conseguir terrenos en renta.

Es común encontrar testimonios en que los mixtecos refieren que en la primera etapa de asentamiento, la cual corresponde a la de renta, eran visitados constantemente por sus caseros para verificar el terreno y forzarlos a limpiar los patios, e incluso que eran corridos constantemente y obligados a buscar otro lugar para vivir.

#### *Relaciones cotidianas entre nativos e inmigrantes*

La presencia más permanente de los inmigrantes representó desafíos para los nativos, que siempre los admitieron en su condición de trabajadores temporales en la estructura económica, ya que desarrollaban las tareas que no eran consideradas propias para los oriundos de Tenextepango. Sin embargo, cuando comenzaron a residir en la localidad, los veían como vecinos molestos que, además de ser sus trabajadores, eran pobres e indígenas. De esta manera fueron recibidos sin mucho entusiasmo por los nativos, que paradójicamente permitieron su asentamiento ante la disposición de la venta de sus terrenos de temporal, que dejaron de tener importancia frente a los de riego, de donde obtenían sus recursos más significativos.

Desde el punto de vista de los nativos, en Tenextepango se recibe bien a los que vienen de Guerrero, Oaxaca y Puebla: “[...] muy bien, aquí nadie los está viendo si son de otros lugares, como en Estados Unidos” (testimonio de MG, Tenextepango, 2012). Sin embargo, siempre existe la percepción de ellos como “cochinos”, “piojosos”, “rateros”, “drogadictos”, “guerreros”, entre otros apelativos que demuestran una estigmatización de los inmigrantes: “En esas colonias, por ejemplo, en La Longaniza [Valle de Morelos] roban mucho porque es gente que desde su pueblo ya vienen maleados” (testimonio de MR, Leopoldo Heredia, 2010).

Las relaciones vecinales se tornan más complejas al cobrar el tinte de relaciones interétnicas, pues los diferentes apelativos dan cuenta de su distancia cultural al mismo tiempo que su estigmatización. Desde su llegada no se observó una segregación social de los inmigrantes; es decir, siempre se integraron a los mismos espacios que los nativos: realizaban sus ceremonias del ciclo de vida en la misma iglesia y capillas, asistían al mismo centro de salud y los niños fueron inscritos en las mismas escuelas, entre otros.

No hubo una segregación social, en el sentido señalado por Palerm (2010) para el caso de mexicanos en California, a partir de disposiciones explícitas de exclusión y de restricción de acceso a escuelas, programas educa-

tivos, servicios religiosos y, en general, lugares públicos. Sin embargo, el hecho de que ahora una gran parte de los inmigrantes viva en las lomas y faldas de los cerros, rodeando Tenextepango, quedó en manos de los locales al vender las tierras de temporal, lo cual resultó en una segregación geoespacial de su asentamiento.

En la vida cotidiana ha existido una convivencia pacífica, pero siempre cargada de tensiones derivada de que los nativos se sienten con la autoridad –por ser “los patrones”, los originarios y mestizos– de regañar o llamar la atención a los inmigrantes. Como ya se comentó, entre los oriundos de Tenextepango existe una percepción diferenciada de los inmigrantes nahuas y los mixtecos de Guerrero, que provoca que los segundos sean más estigmatizados.

Los inmigrantes también tienen algo que decir sobre los nativos, y siempre se refieren a ellos como “envidiosos” y “egoístas”, pues es muy claro para ellos que los consideran invasores. A su vez, los habitantes originarios han quedado en la cadena de producción y comercialización del ejote como productores, al desestimar su participación en otras actividades, y no ven con buenos ojos que los inmigrantes, que inicialmente llegaron como cosechadores, hayan incursionado en actividades que ahora los colocan como productores, “capitanes”, transportistas y “corredores”, pues sus horizontes sociales han ido más allá del campo.

Se molestan porque aquellos, por trabajadores, ya se superaron, pero eso les duele mucho, les da coraje, pues yo trabajé en casas de aquí, pero hay gente que la gente que la vio trapeando casas y ya tiene casa y una Suburban. La gente de aquí se estancó porque se quedó aquí y no soportan eso. Muchos se van al norte, vienen con buenos carros. Les duele porque del puro ejote y del campo se han hecho de éstos, porque además esas familias tienen familia en Estados Unidos que les mandan sus remesas (testimonio de EM, Leopoldo Heredia, 2012).

Las tensiones cotidianas se han agudizado a partir de que la población de las colonias de más reciente creación ha recibido, desde la última década, apoyos para mejorar la infraestructura de sus colonias y sus casas, ya que los nativos reclaman su derecho de acceso a los mismos por ser originarios. La jefa de Asuntos Indígenas en el periodo 2009-2012 señaló de manera contundente el recelo de la población local contra los inmigrantes, básicamente originado por la operación de ciertos programas. Incluso entre los propios funcio-

narios del ayuntamiento se han presentado reclamos debido a la situación creada. Esto ha sido considerado por las autoridades locales como un precio que hay que pagar, si bien no asumen la responsabilidad de generar otro tipo de dinámicas que difundan información sobre la diversidad cultural en su municipio.

### **Nuevos patrones migratorios**

Durante la última década estos inmigrantes han tomado sus nuevos asentamientos como punto de partida hacia otras regiones agrícolas más dinámicas en el noroeste del país. Por ejemplo, es notorio el crecimiento de la migración a Sinaloa para la cosecha de hortalizas de exportación. Otros destinos importantes son Jalisco, Sonora y Chihuahua, que han dado lugar a un nuevo patrón de migración-asentamiento-migración. Si bien algunos han dejado de desplazarse para permanecer en Tenextepango porque se insertan en empleos como la albañilería, el servicio doméstico y el pequeño comercio, alternados con el jornaleo agrícola, la gran mayoría sigue sus rutas migratorias teniendo a Tenextepango como punto de partida y retorno.

### **Reflexiones finales**

En este artículo se ha mostrado el proceso de asentamiento en Morelos de población indígena oriunda de diferentes localidades de la Montaña de Guerrero, el cual obedece a un claro proceso de proletarización de un amplio sector del campesinado, escenario que se repite en otras regiones del país. Esto responde a la degradación de las condiciones de vida en los lugares de origen, lo cual ocurre en gran medida por la crisis de la agricultura maicera de subsistencia, mientras que otras regiones de agricultura comercial, principalmente orientadas a la exportación, son sumamente dinámicas.

En este contexto se deben entender los asentamientos de miles de familias jornaleras indígenas fuera de sus lugares de origen, pues, como ha señalado Sánchez (2014), diversas presiones los han obligado a expandir sus espacios de vida más allá de sus comunidades de origen y a interactuar con otros grupos que son diferentes en lo social y lo cultural.

Estos asentamientos son espacios de contacto interétnico entre población migrante indígena y mestiza y población nativa mestiza, pero también entre diferentes grupos indígenas, entre ellos los nahuas y mixtecos. En esta relación entre nativos e inmigrantes no se ha

presentado una segregación social, ya que han compartido los mismos espacios comerciales, religiosos y de ocio. La convivencia ha sido tranquila, pero tensa en ciertos momentos, aunque nunca se han presentado conflictos abiertos ni enfrentamientos en los que los inmigrantes reclamen o discutan la manera en que son tratados tanto en la vida cotidiana como en el mercado laboral.

Por tal motivo se considera que esto ha sido resultado de su situación de vulnerabilidad, resumida en lo que Pedreño (2011) ha llamado “condición inmigrante”, que es la intersección –para nuestro caso– de su adscripción étnica, estatus migratorio y condición de dominación cultural que determinará las oportunidades y limitaciones, así como su relación con los nativos. En otras palabras, la condición inmigrante es la suma de las vulnerabilidades, la cual ha derivado en su actitud de aceptación de su situación subordinada. Esto es reforzado por el hecho de que vivir en la zona de Tenex-tepango ha implicado, desde su punto de vista, mejoras en sus condiciones de vida respecto a sus lugares de origen; por ejemplo, hay quienes en su pueblo no tenían casa ni acceso a terrenos para siembra, mientras que en Morelos sí han contado con esa oportunidad, lo cual es percibido por ellos mismos como un avance. Por eso, el “contraste específico de experiencias” (Seefoó, 2005) de su situación en el lugar de trabajo y en los lugares de origen ha permitido su aceptación a diferentes situaciones de explotación.

## Bibliografía

Anaya, L., “Reconstrucción y modernidad. Los límites de la transformación social en el Morelos posrevolucionario”, en M. A. Crespo y L. Anaya (coords.), *Política y sociedad en el Morelos posrevolucionario y contemporáneo*, Cuernavaca, Congreso del Estado de Morelos, 2010.

Astorga, E., “Tendencias y procesos en el área oriente de Morelos”, en *Revista del México Agrario*, vol. XI, núm. 2, 1978.

Coubés, M. L., L. Velasco y C. Zolniski, “Asentamiento residencial y movilidad en el valle de San Quintín. Reflexión metodológica sobre una investigación interdisciplinaria”, en L. Rivera y F. Lozano (coords.), *Encuentros disciplinarios y debates metodológicos. La práctica de la investigación sobre migraciones y movildades*, México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 2009.

Lara, S. M. et al., “Asentamientos de trabajadores migrantes en torno a enclaves de agricultura intensiva en México: nuevas formas de apropiación de espacios en disputa”,

en A. Pedreño (coord.), *De cadenas, migrantes y jornaleros. Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*, Madrid, Talasa, 2014.

Martínez, J., “Redes sociales, intermediarios y el mercado de trabajo rural. Estudio de caso, región centro-sur del estado de Morelos”, tesis de maestría en estudios regionales, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2005.

*Migrar o morir. El dilema de los jornaleros agrícolas de la Montaña de Guerrero*, Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan, s.f.

Palerm, J. V., “De colonias a comunidades: la evolución de los asentamientos mexicanos en la California rural”, en S. M. Lara (coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad territorial*, México, Conacyt/Miguel Ángel Porrúa, 2010.

Pedreño, A., “La condición inmigrante del trabajo en las agriculturas globalizadas”, en S. M. Lara (coord.), *Los “encadenamientos migratorios” en espacios de agricultura intensiva*, México, Colegio Mexiquense/Miguel Ángel Porrúa (Desarrollo y migración), 2011.

Rubio, B., *Explotados y excluidos. Los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal*, México, Plaza y Valdés, 2001.

Saldaña, A., “La constitución de la zona de Tenex-tepango como centro de contratación de mano de obra de alta movilidad para las cosechas de hortalizas en las regiones centro y noroeste del país”, tesis de doctorado en ciencias agropecuarias y desarrollo rural, Cuernavaca, Facultad de Ciencias Agropecuarias y Desarrollo Rural-UAEM, 2014.

Sánchez, K., “Mercado de trabajo rural, migración indígena y relaciones interétnicas”, en *Investigaciones Sociales. Revista del Instituto de Investigaciones Histórico Sociales*, año VII, núm. 11, 2003.

\_\_\_\_\_, *Los capitanes de Tenex-tepango. Un estudio sobre intermediación cultural*, México, Facultad de Humanidades-UAEM/Miguel Ángel Porrúa, 2003.

\_\_\_\_\_, “Prácticas y estrategias identitarias de los Me’phaa en Morelos”, en L. González y P. Moctezuma (coords.), *Estudios de comunidad e identidad en espacios multiculturales. La mirada de los antropólogos*, Cuernavaca, Juan Pablos/UAEM (Ediciones Mínimas), 2014.

Seefoó, José Luis, *La calidad es nuestra, la intoxicación... ¡De usted! Atribución de la responsabilidad en las intoxicaciones por plaguicidas agrícola*, México, ColMich, 2005.

*Síntesis metodológica y conceptual del Censo de Población y Vivienda 2010*, México, INEGI, 2010.

Warman, Arturo, *Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado Nacional* (2ª ed.), México, Publicaciones de la Casa Chata, 1978.

Zloniski, C., “De campamentos a colonias: horticultura de exportación y asentamiento en el valle de San Quintín, Baja California”, ponencia presentada en el VIII Congreso Nacional de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales, Puebla, 2011.

# Migraciones indígenas del sur de México: viajeros y nortehños nahuas

Martha García Ortega\*

## Introducción

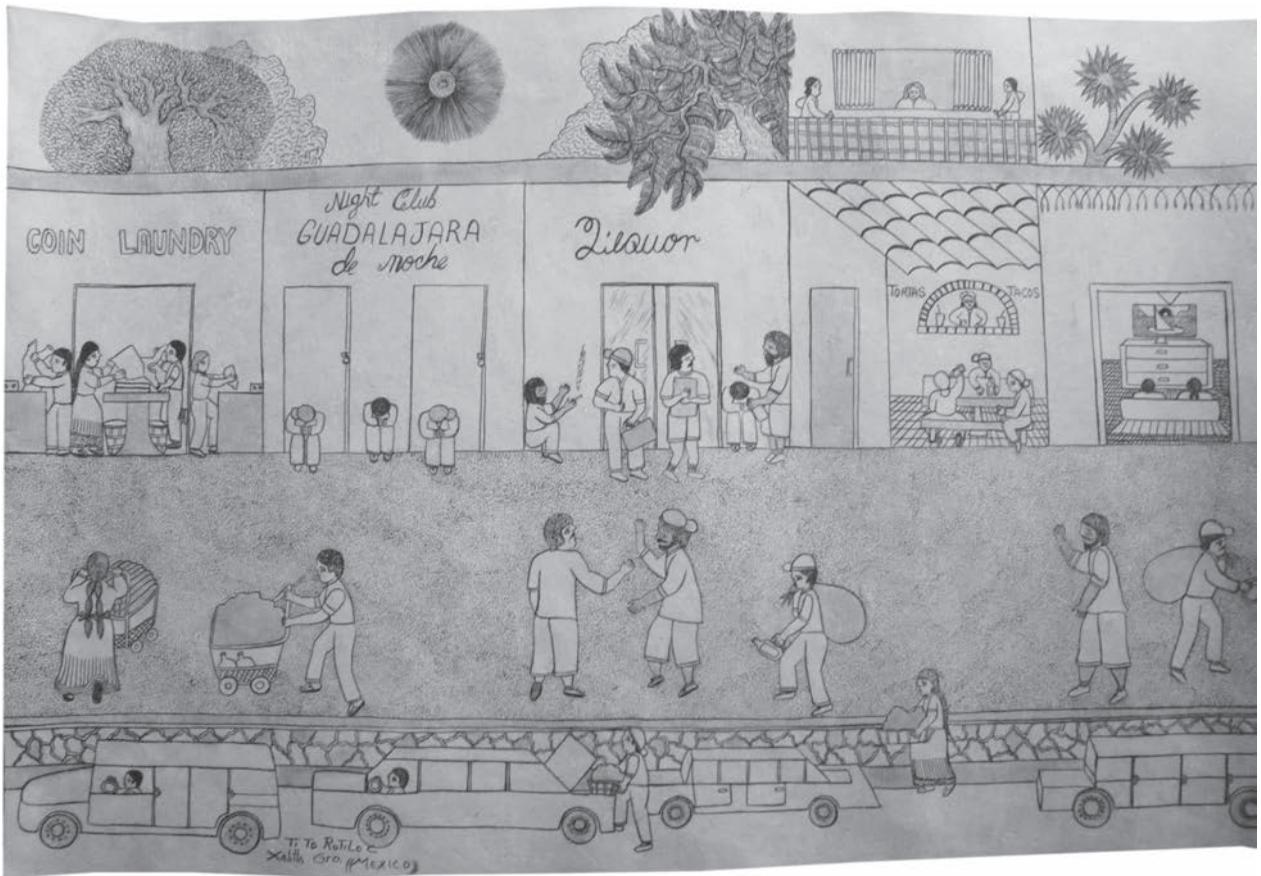
**B**astaron 60 años para que las migraciones de las comunidades nahuas llevaran a su población a más de 100 destinos en México y Estados Unidos, logrando diversificar su mapa étnico fuera del territorio tradicional, geografía a la que llegaron hace más de un milenio y donde asentaron sus raíces y su cultura a la orilla del río Balsas, en el centro-norte del empobrecido estado de Guerrero. El paisaje árido y la quebrada orografía de esta región indígena delatan las múltiples razones por las que estos nahuas han tenido que “buscar la vida” desplazándose a otros lugares, consolidando varias rutas que hoy en día corren paralelas en dos países. Debido a estas dinámicas los nahuas se llaman a sí mismos “viajeros” y “nortehños”, nominaciones que responden a sus categorías sociales propias, construcciones nativas originales y fieles a esa tradición impuesta por sus viejos y renovados trayectos familiares y grupales.

Seguir la pista de esa dispersión fue posible por el trabajo antropológico en esta zona durante casi tres décadas, tiempo privilegiado para advertir los cambios más recientes de estos pueblos (sobre los resultados, véase García, 2000, 2002, 2007, 2008a, 2008b, 2009, 2015). De esta forma también se consiguió hacer múltiples estancias y recorridos con estos nahuas en sus hogares originales y en sus sitios de trabajo, donde han conformado nuevos asentamientos, por lo que el estudio de los desplazamientos de estas comunidades se nutre de fuentes de primera mano recabadas por décadas, al ir a distintos puntos geográficos locales, nacionales e internacionales.

Las comunidades de referencia son Ahuehuepan, Ahuelicán, Ameyaltepec, Analco, Maxela, San Agustín Oapan, San Juan Tetelcingo, San Marcos Oacatzingo, San Miguel Tecuiciapan, Tlamamacan y Xalitla, en el Alto Balsas. En los lugares turísticos nacionales: San Miguel de Allende, Distrito Federal, Cuernavaca, Playa del Carmen, Mérida, Chetumal, Cancún, Mazatlán, Puerto Vallarta, Acapulco, Taxco, Chilpancingo, Tixtla y Tijuana. Y en Estados Unidos: Chicago, Los Ángeles, Riverside y Houston.

En esas trayectorias nacionales e internacionales maduraron rutas y redes que de forma paralela gestaron un complejo migratorio regional como resultado de articulaciones intercomunitarias precedentes entre pueblos y familias a través del comercio, la lengua, el parentesco, el sistema de cargos, la vida ritual y la organización etnopolítica (no partidista). Debe precisarse que la región migratoria articula las migraciones nacionales con las internacionales; es decir, una no se explica sin la otra. La experiencia mexicana se plantea en tres etapas: la primera

\* Investigadora, El Colegio de la Frontera Sur, Unidad Chetumal (mgarciao@ecosur.mx).



Tito Rutilo, *Vivir clandestino*, Xaltila, Guerrero

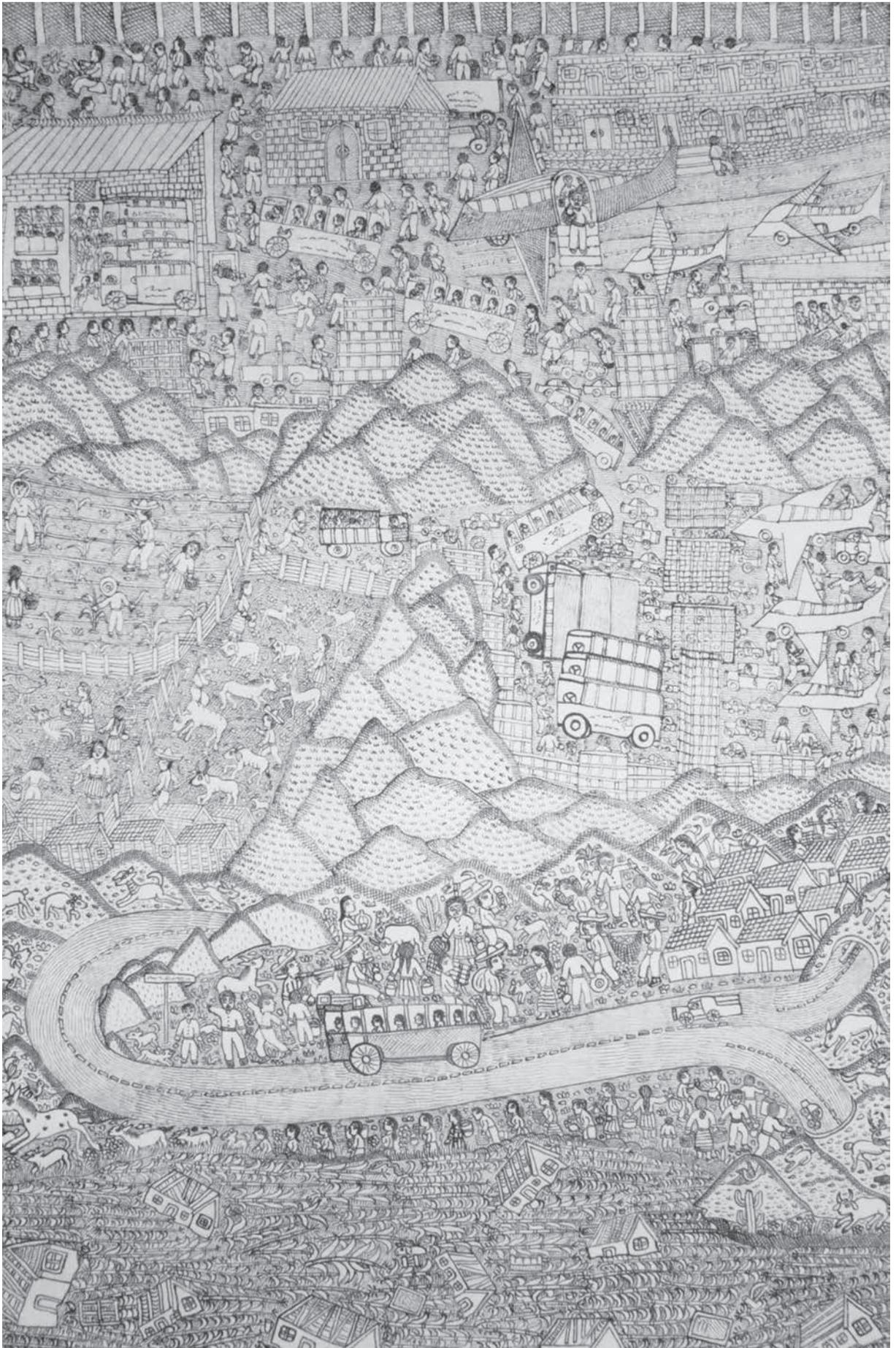
se relaciona con las incursiones comerciales del mercado artesanal dentro del propio estado de Guerrero (1940-1960); la segunda se asocia con el surgimiento y apogeo de las pinturas en papel amate, que propició el inicio de la migración a escala nacional en ciudades y centros turísticos (1960-1970), y la tercera coincide con la debacle artesanal, la crisis económica mexicana y procesos donde se consolidan las rutas migratorias y asentamientos nahuas en distintos puntos de México (1980). Entrelazados con estas tendencias se encuentran los desplazamientos itinerantes por el trabajo agrícola asalariado en campos agroindustriales del centro y noroeste de México desde los últimos 45 años (1960-2005).

Respecto a las migraciones dirigidas a Estados Unidos, se establecen tres periodos: el primero cubre el Programa Bracero (1942-1964), mediante el que fueron contratados los primeros trabajadores internacionales de la región del Alto Balsas; el segundo se inscribe en un proceso de crecimiento de las migraciones indocumentadas; el tercero se objetiva durante la legalización y reunificación familiar que derivó en la concentración y dispersión migratoria de los nahuas para distribuirse en 19 entidades de Estados Unidos entre 1965 y 2010.

En estas dinámicas destaca la condición clandestina en que los inmigrantes se mantienen y la importancia de la reforma de inmigración de 1986 (IRCA, por sus siglas en inglés: Immigration Reform and Control Act). En este punto destacan las tendencias de asentamientos y la constitución de “capitales migratorias” (Durand y Massey, 2003): Los Ángeles y Houston, donde se han consolidado redes comunitarias (García, 2008a).

Las articulaciones entre estas etapas son visibles a partir de la noción de “complejo migratorio regional nahua” con que se esquematizan las distintas tradiciones migratorias. Con este modelo se identifica el tipo de articulaciones que subyacen en la integración regional con las tendencias globales, experiencias que son fuente de renovadas prácticas intra y transcomunitarias no sólo culturales en sí (para una propuesta sobre los rituales de paso y migración, véase García, 2008b), pues también implican a aquellas orientadas por la migración y que impulsan nuevos trayectos que dilatan la geografía nahua.

Resulta pertinente enfatizar que esta noción propone, además de la existencia de articulaciones histórico-estructurales entre migraciones nacionales e internacionales, la multiplicidad de perfiles familiares



Pedro Celestino, *Causas de la migración*, Xalitla, Guerrero

y comunitarios asociados con la diversificación laboral de los actores migrantes. En este trabajo se desarrolla la construcción sociocultural, económica y política que precede a la conformación regional migratoria, y que se reconfigura en la geografía de los desplazamientos nahuas por dos naciones.

### Diversificación migratoria

Durante el siglo xx las comunidades nahuas del Alto Balsas consolidaron un complejo migratorio regional integrado por distintas modalidades dentro de corrientes nacionales e internacionales hasta cubrir una buena parte de Norteamérica: desde las fronteras del sur de México hasta el norte de Estados Unidos. Sus principales tradiciones de movilidad geográfica se deben al desenvolvimiento del mercado artesanal y a la diversificación de su inserción laboral en diferentes sectores productivos, de ahí que el éxodo nahua tenga entre sus componentes una dimensión estructural. Sus itinerarios migratorios se caracterizan por la circularidad y el asentamiento. Esto ha incentivado la creación de nociones nahuas sobre quiénes van y vienen.

“El viaje” se ha convertido en una práctica cultural en diversas comunidades rurales e indígenas de México. A partir de las experiencias transcomunitarias, en paralelo con otros procesos de integración como la influencia de los medios de comunicación y la educación oficial, entre otros, su universo simbólico y sus instituciones colectivas se han transformado. Esa orientación tiene sus propios significados culturales fáciles de referir en la construcción de nociones nativas sobre las personas que cruzan sus fronteras primordiales, las del origen común, consanguinidad o territoriales, teniendo como horizonte social “buscar la vida”, justificación implícita de sus prácticas migratorias. A partir de esta experiencia han elaborado sus propios términos sobre las personas y las cosas que participan de estas salidas y sus infinitos retornos: “viajeros”, “viajeras”, “norteños” y “norteñas”.

En ese registro hay hombres y mujeres de todas las edades que se desplazan en condiciones distintas, por lo que los términos locales responden a las características de su migración. Aunque en español los nahuas se conciben como “viajeros”, en su idioma existen diferentes denominaciones para hablar de los migrantes: *uehca quiztinemi* (lejos anda saliendo), *uehca onquiquiza* (lejos va a pasarse), *uehca ontequipanotinemi* (lejos anda trabajando) y *quiquizque* (los que siempre están

fuera). De esta forma, es “viajero” quien sale a vender, va de paseo o de visita dentro de los confines nacionales o internacionales. Quienes van a trabajar o viven en Estados Unidos son “norteños” o “norteñas”; los “norteños” van al viaje cuando llegan de visita a la comunidad de origen. Una expresión en náhuatl para el migrante que se halla en Estados Unidos es “*oya norte*” (“se fue al norte”).

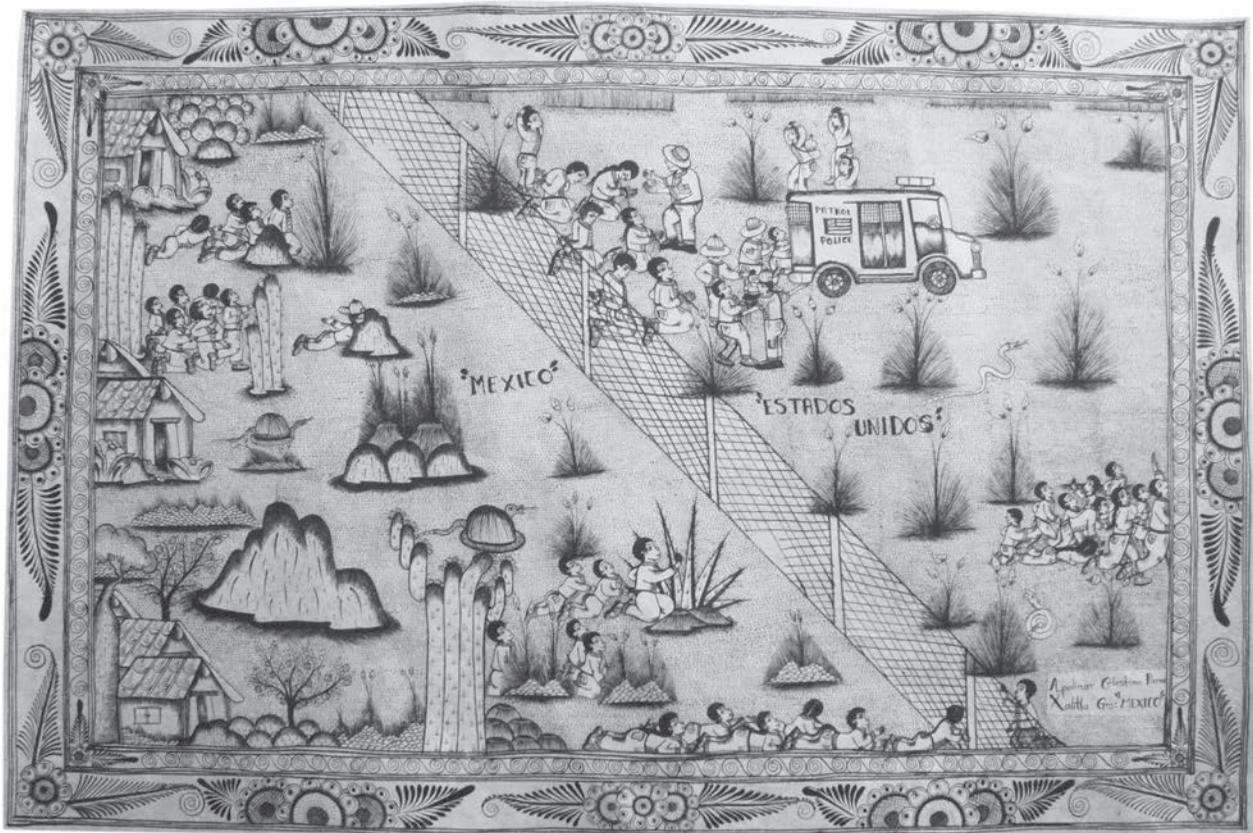
Viajeros por tradición, los pobladores de esta región se dedican a pintar barro o papel amate, a tallar madera, a la orfebrería de oro y plata o joyería de piedras semipreciosas y fantasía, al grabado y cerámica; son agricultores de autoconsumo en pequeña escala y proveen de mano de obra a distintos sectores económicos en México y Estados Unidos. Esta condición les ha permitido diversificar su economía, teniendo como sustrato sus recursos naturales y culturales. Sobre esta base, y mediante sus desplazamientos históricos, las comunidades nahuas han acelerado su proceso de integración con el resto de la sociedad con base en múltiples intercambios, al grado que su cotidianidad está marcada por el intenso movimiento de bienes, símbolos y personas, propios y extraños, que atraviesan sus fronteras étnicas.

Dentro de las experiencias de reconfiguraciones étnicas, estas comunidades han dado paso a una multiplicación de sus categorías y circuitos rituales. Además de la recreación de las prácticas relacionadas con la agricultura aún vigentes en estos pueblos, diversas fiestas y ceremonias se recrean a lo largo del calendario ritual y social.

Una de las fechas más populares entre los migrantes es la celebración patronal; entre los nahuas, este evento concentra una alta actividad ritual en virtud del tiempo que permanecen los migrantes internacionales y nacionales en la comunidad. En esos momentos se aprovecha para un variado abanico festivo: el bautizo, las bodas, los quince años, la celebración de los tres años y las misas colectivas tan vistosas. Tal periodo, que se puede alargar durante meses, concentra una alta carga simbólica (García, 2008b). Los correlatos alrededor de estas fuerzas derivan en nuevos vínculos rituales.

### Conclusiones

Las singulares trayectorias de la migración internacional de los nahuas de la región del Alto Balsas destacan al comparar las tendencias generales en el



Apolinar Celestino, *La frontera México-Estados Unidos*, Xalitla, Guerrero

estado de Guerrero. Sus principales corrientes están fuera del circuito de los emigrantes internacionales de su entidad, que por lo general se concentran en Chicago, Illinois, y en menor medida en Los Ángeles, California. Tampoco coinciden en sus rutas hacia Estados Unidos con otros nahuas ni con emigrantes de otros grupos étnicos de la entidad; por ejemplo, los nahuas en el municipio de Copalillo prefieren el sur de Illinois, y los de la Montaña, Nueva York.

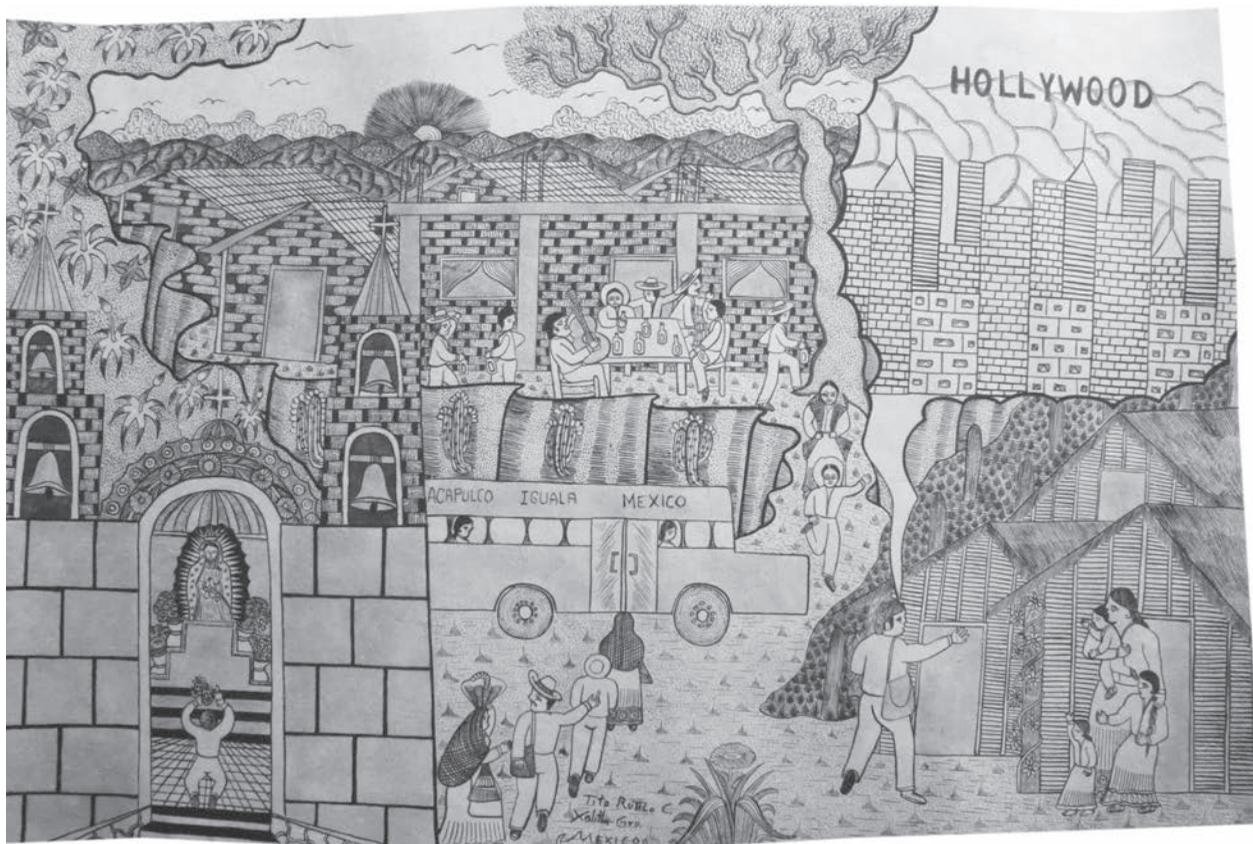
Más bien los trayectos principales de los nahuas balseños coinciden con los destinos nacionales de las corrientes que históricamente se han dirigido en lo fundamental a California y Texas. Esta referencia sirve para reubicarlos dentro de las caracterizaciones generales hechas sobre “el vuelco” de la migración México-Estados Unidos a partir de la década de 1980, cuyas principales propuestas hablan de un “nuevo perfil” (Durand y Massey, 2003: 171) del emigrante mexicano internacional y de una “nueva geografía de la migración” (Aragónés y Dunn, 2005).

En efecto, los nahuas se aglutinan en Los Ángeles, punto de su encuentro social y lugar para ubicarse en otros destinos, tradicionalmente hacia estados del sur (por ejemplo, Nevada) y del norte (Washington). Houston,

en Texas, es la otra “capital migratoria”, escala para Georgia y otros estados –entre ellos las Carolinas–. Ambas urbes se establecieron como referentes de los migrantes internacionales de la región nahua desde los años ochenta. Para la primera década del siglo XXI los nahuas se distribuían en Arizona, Atlanta, California, Carolina del Sur y del Norte, Colorado, Florida, Georgia, Illinois, Indiana, Kentucky, Misisipi, Nevada, Nueva York, Nuevo México, Oregon, Tennessee, Texas y Washington.

Dentro de estos destinos los nahuas se han empleado en la agroindustria, restaurantes, almacenes, empaquetadoras, costura, trabajo doméstico, limpieza, fuerzas armadas, construcción, comercio, jardinería y carpintería, entre los empleos más recurrentes. Cabe subrayar en particular que la construcción es una ocupación que les permite mucha movilidad (García, 2008a).

La reconstrucción histórica de las migraciones nahuas ofrece una particular versión antropológica de la inserción de un grupo indígena con una clara identidad regional, cuya caracterización se impone, por su propia historia cultural, a partir del uso de su lengua, los circuitos comerciales y rituales, el parentesco y su organización etnopolítica. Hay muchas luchas que entrelazan a las comunidades nahuas del Alto Balsas; una de



Tito Rutilo, *Despedida*, Xalitla, Guerrero

ellas tiene que ver con recrear su identidad más allá de sus complejos confines tradicionales.

Venían a avisar que había trabajo. Cada uno se alquilaba, tenían permisos que sacaban en Gobernación, nos contrataban en Iguala y nos llevaban en camiones hasta Empalme [Sonora] y de ahí seguíamos el camino a Estados Unidos. Pero en la frontera todos éramos revisados, bañados con mangueras, nos inyectaban y nos sacaban sangre (entrevista con el ex bracero Apolinar Celestino, ya fallecido [1917-2004]).

La primera vez salí a los 17 años. No hablaba español. Era por el 59. En Iguala tomaban lista para ir a Empalme. La segunda vez [1960] fui contratado para California, para el corte de lechuga, betabel, espárragos; antes había participado en la pizca de algodón en Hermosillo. Nos daban una cuota de dos mil kilos de algodón para conseguir la carta de contratación. Sí, de Iguala iban a Empalme, luego a Mexicali. La tercera vez fue en 1962, a la lechuga, melón y sandía en Arizona. La cuarta vez [1965] al algodón en Santa Bárbara, y ya la quinta al Centro, California [...] con mi mica pasaba y regresaba (entrevista con el ex bracero Prisciliano Villalobos, Balsas, 2001).

## Bibliografía

- Aragonés, Ana María y Timothy Dunn, "Trabajadores indocumentados y nuevos destinos migratorios en la globalización", en *Política y Cultura*, núm. 23, primavera de 2005, pp. 43-66.
- Durand, Jorge y Douglas S. Massey, *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo xx*, México, Miguel Ángel Porrúa/Universidad de Zacatecas, 2003.
- García, Martha, "Remesas en el Alto Balsas. Balance crítico", en *Estado del desarrollo económico y social de los pueblos indígenas de Guerrero*, México, PUMC/UNAM, 2009, pp. 169-174.
- \_\_\_\_\_, "Nahuas en Estados Unidos. 'Capitales migratorias' de una región indígena del sur de México", en Elaine Levine (ed.), *La migración y los latinos en Estados Unidos. Visiones y conexiones*, México, CISAN/UNAM, 2008a, pp. 75-94.
- \_\_\_\_\_, "Rituales de paso y categorías sociales en la migración internacional nahua del Alto Balsas, Guerrero", en *Cuicuilco*, vol. 15, núm. 42, enero-abril de 2008b, pp. 77-96.
- \_\_\_\_\_, "Migración y ritual. Un estudio de la etnicidad entre las comunidades nahuas en México y Estados Unidos", tesis de doctorado, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 2007.
- \_\_\_\_\_, "Nómadas, viajeros y migrantes. La comunidad sin límites de la región nahua del Alto Balsas", tesis de maestría, México, ENAH-INAH, 2002.
- \_\_\_\_\_ y Eustaquio Celestino, "El otro viaje. Muerte y retorno de los migrantes nahuas de México", en *Liminar*, vol. XIII, núm. 1, enero-junio de 2015.

# De Balsas y la Montaña a Chicago-Manhattan: “migradólares” y remesas culturales

Samuel L. Villela F.\*

*Los hombres de maíz más bien siguen poniendo su esperanza en el alma ancestral de sus pueblos y de la tierra común que empuja la vida en las plantaciones de Bridgeton, en los pavimentos de Queens y en las laderas de Texcatepec.*

ALFREDO ZEPEDA GONZÁLEZ, “Once años migrando a Nueva York”

Los extremos se tocan. Desde Metlatónoc, que no hace mucho era el municipio más pobre de América, se ha conformado parte de una corriente migratoria hacia dos de las principales urbes de la nación más desarrollada del planeta. Marco A. Monge, que en 2005 publicó una obra sobre los guerrerenses radicados en Chicago, refiere la siguiente anécdota con un migrante *na savi* cuando éste le solicitaba ayuda para conseguir un taxi por teléfono:

La verdad, al momento de que Artemio hablaba yo no entendía lo que decía. Tuve que componer sus palabras para que nuestra comunicación resultara eficaz. Como pude me las arreglé.

—¿Es de México? —pregunté.

—Sí, de Guerrero —contestó.

—¿De qué parte? —pregunté sorprendido.

—De Metla... tónoc.

—Yo también vengo de Guerrero —le dije de inmediato.

—¿Y cómo se atrevieron a viajar a una ciudad que no conocen y que ni siquiera hablan bien español! —pregunté admirado.

—Es que no paga[n] bien allá en México, y por eso viene acá, [a] Estados Unidos [a] trabajar.

Artemio me comentó que tenía dos hijos viviendo en North Carolina, pero que prefería vivir en Chicago, ya que anteriormente había vivido y trabajado en esa ciudad en un “restarán de chinos”, como él simpáticamente le llamaba. Ésa era su segunda ida a “la Ciudad de los Vientos” (Monge, 2005: 70).

En la otra cara de esos procesos itinerantes para encontrar trabajo están los riesgos: ser asaltado o morir en la travesía por el desierto; ser esquilado o agredido por coyotes, cholos o maras, y finalmente, ya ubicados en los destinos migratorios, vivir en habitaciones congestionadas, enfrentar la discriminación, padecer la explotación y el desamparo laboral, la deportación o la prisión por ser “indocumentado”, y por añadidura el distanciamiento y la desintegración familiar.

La percepción de un niño *na savi* (Glockner, 2008: 162) es ilustrativa al respecto: “Una vez sí nos agarraron y luego nos volvimos a ir. Nos querían llevar por el desierto pero dicen que era muy peligroso, que nos vamos a morir. Es que ahí está muy cerquitas pero ahí sí te puede suceder algo, como tener mucha sed. ¡Y si te ven en el día te disparan! Porque dicen que no somos

\* Dirección de Etnología y Antropología Social, inah (villela\_s@hotmail.com).

como ellos, no quieren que vayamos allá, quién sabe por qué (Paulino, 12 años)”.

Como parte de esas paradojas de la era neoliberal, fuerza de trabajo de las regiones más “deprimidas” de México se traslada a los emporios del país vecino para contribuir a mantener la tasa media de ganancia del capital transnacional. Más en ese forzoso itinerar, sin el cual no sería posible la reproducción social de las personas, los grupos familiares y las comunidades, también se dan fenómenos de retroalimentación cultural.

### Los antecedentes

Debido al desarrollo urbano y económico de ciudades en el estado de Guerrero –como Acapulco e Iguala– y de otras regiones del país –como Ciudad Nezahualcóyotl, en el Estado de México–, en la década de 1950 se inició un flujo migratorio para producir enclaves desde donde se tejieran las redes solidarias que a partir de entonces han dado paso a un lento pero progresivo arribo de paisanos para el desempeño laboral, sobre todo en el sector terciario. En uno de los casos más significativos por sus implicaciones culturales, nahuas de Acatlán, municipio de Chilapa, establecieron un núcleo de asentamiento en Ciudad Nezahualcóyotl, en el valle de México, desde donde empezaron a tejer el enlace transcomunitario que ha permitido un desplazamiento en que los lazos culturales con la comunidad de origen se han reestructurado, reconfigurándose y permitiendo una reelaboración de identidades mediante la permanencia del vínculo con la tierra comunal y con el ciclo festivo y ritual, fundamentalmente relacionado con la fiesta patronal y la petición de lluvia (Díaz, 2003).

Otro caso significativo en este periodo es la migración emprendida por los nahuas del Alto Balsas a partir de la elaboración de la pintura en papel amate, la cual ha tenido una buena acogida en el mercado artesanal tanto nacional como internacional. Nahuas de Ameyaltepec y San Agustín Oapan, sobre todo, se desplazaron y asentaron en Taxco, mientras que gente de otros pueblos de esa cuenca, como Xalitla y San Juan Tetelcingo, se encaminaron hacia Cuernavaca, Acapulco, la ciudad de México, los principales enclaves turísticos del país y la frontera norte.

Este proceso permitió que las comunidades balseñas tuvieran un mejoramiento relativo en sus condiciones de vida, en contraste con sus congéneres de las otras regiones indígenas de la entidad sureña. Esto fue posible gracias al establecimiento de estrategias

comerciales que facilitaron la obtención de beneficios a los productores directos. El proceso fue descrito por Catharine Good (1988: 15) en los siguientes términos: “[...] los habitantes de Ameyaltepec, Guerrero –y de varios pueblos vecinos– alcanzaron un nivel de prosperidad material sin precedentes, y a la vez conservaron y enriquecieron las bases de su organización económica tradicional”, por lo que se dio un “proceso de adaptación económica y cultural exitosa” (Good, 1988: 15).

Desde la década de 1970, con el desarrollo agroindustrial en el noroeste del país, así como en Cuautla, Morelos, e Izúcar de Matamoros, Puebla, además de las plantaciones de café en la Costa Grande de Guerrero, los indígenas de esta entidad establecieron nuevos lugares de migración estacional y definitiva. Nahuas de todo el estado, y mixtecos y tlapanecos de la Montaña, nutrieron desde entonces el flujo y aportaron uno de los principales contingentes de fuerza de trabajo en las labores de cultivo de productos agrícolas de exportación.

En el estado de Morelos, referido como uno de los principales destinos migratorios que preceden a la migración al noroeste, “la filiación local y lingüística sigue un patrón definido. Así observamos que hay superioridad en la presencia de comunidades tlapanecas de Guerrero y mixtecos de Oaxaca en los Altos de Morelos, de comunidades nahuas y mixtecas de la Montaña de Guerrero en la zona ejotera, así como de comunidades nahuas [de las regiones] Norte, Centro y Montaña en la zona del angú” (Sánchez, 2005: 28).

El desarrollo de los enclaves turísticos en Guerrero reproduce esa misma pauta. En Acapulco “[...] 15 colonias reúnen alrededor de 3000 migrantes [...] con 70% de tlapanecos de Zapotitlán Tablas” (Bey, 2001: 118). En otra de sus expresiones migratorias, además de la itinerancia comercial por pueblos de la Montaña Alta, los acatecos se expanden por la geografía guerrerense, en una pauta indicativa de muchos grupos más: “[...] se estima que alrededor de mil acatecos se encuentran en ciudades como Acapulco, Ayutla, Tecuanapa, San Marcos, Cruz Grande, Las Vigas, Chilpancingo, Chilapa, Copalillo, Tlapa [...] Estos migrantes conservan, en el pueblo, viviendas, parcelas y visitan con frecuencia a sus familiares” (Díaz, 2003: 38).

### La migración multisituada: de los campos agrícolas del noroeste a la tierra de la gran promesa

En la década de 1980 la migración hacia los distritos agrícolas del noroeste hizo necesaria la configuración



Dibujo de Joaquín Dámaso M. **Imagen** Reproducida de *Modelo intercultural para el desarrollo de los pueblos indígenas*, Secretaría de Asuntos Indígenas-Gobierno del Estado de Guerrero, 2006, p. 59

de comunidades “multilocales” o “multisituidadas”, ya que indígenas montañeros, sobre todo, permanecían la mitad del año en los campos agrícolas y regresaban a sus comunidades al terminar la estación de secas para preparar sus tierras de cultivo.

Este proceso muestra una reposición de la fuerza de trabajo campesina para un ulterior desempeño en la producción mercantil que contribuye a la valoración del producto en condiciones ventajosas para el capital, ya que los empresarios tendrán de nueva cuenta una fuerza de trabajo maleable y explotable en condiciones de semiproletariado. El hecho concomitante a esta nueva fase de la migración interna es el proceso de descampesinización, en el que los indígenas se integran de manera temporal al proletariado del sector agrícola avanzado y perciben un ingreso monetario, el cual contribuye a la adquisición de bienes que en forma paulatina rompe esa relativa autosubsistencia de la economía campesina.

La siguiente información, tomada del Programa Nacional de Atención a Jornaleros Agrícolas y Migrantes –en

este caso para el estado de Guerrero–, publicada en 2006 y con datos levantados en 2005, nos muestra la migración de guerrerenses –entre los cuales inferimos un alto componente indígena–<sup>1</sup> hacia el principal enclave agrícola del noroeste, que es Sinaloa: 19388 personas de la región Centro; 12 101 de la Montaña y 5 655 de la Costa Chica. En estos datos destaca el número de migrantes provenientes de la región Centro, que incluye la llamada Montaña Baja, donde se localiza el municipio de Chilapa y en la que también confluyen habitantes del Alto Balsas. Podemos inferir el flujo de indígenas amuzgos desde la Costa Chica.

En la actualidad, la migración a Sinaloa y el noroeste sigue siendo la principal ruta para los pueblos

<sup>1</sup> En nota periodística del 8 de julio de 2013, que recoge datos de un diagnóstico que presentó el Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan, el diario *El Sur* refiere que “[...] la región de la Montaña [...] es la principal expulsora de mano de obra a 16 entidades del país y que, de acuerdo con ese estudio, Sinaloa concentró en 2013 a 90% de los jornaleros y jornaleras agrícolas provenientes de las regiones Montaña y Costa Chica de Guerrero”.

montañeros en términos numéricos, si bien ya no los es en términos económicos. A mediados de la década de 1980 se incrementó la migración hacia Estados Unidos y el flujo de remesas proveniente por esta actividad se tornó en el recurso económico más importante, transformando la faz habitacional de los pueblos y aportando asimismo un recurso complementario para el gasto doméstico, la adquisición de bienes de consumo básico, cierta inversión productiva y el gasto ritual-ceremonial.<sup>2</sup>

Para esa misma década las estrategias de mercantilización y producción entre los nahuas balseños empezaron a mostrar sus limitaciones, por lo cual se inició la migración a destinos foráneos, sobre todo a las ciudades de Los Ángeles y Houston, Estados Unidos. Este proceso encuentra un paralelo desde la Mixteca nahua tlapaneca, cuando, en consonancia con la formación de un flujo migratorio desde la Mixteca Baja poblana –el cual abrió una ruta hacia la ciudad de Nueva York–, gente joven de la cañada del río Tlapaneco y de la Montaña los siguió en su trayectoria, consolidando una nueva ruta hacia la urbe de hierro, con lo que se conformó la paradoja de que, desde varios de los municipios más marginados del país, se nutrió a la fuerza laboral de la ciudad más cosmopolita y desarrollada del mundo.

Ante las limitaciones de la economía campesina, al irse acotando la frontera agrícola y ante la insuficiencia de la economía de subsistencia –a pesar de las innovaciones tecnológicas con la introducción de los fertilizantes y de riego por bombeo en varias localidades–, a las que se sumaron los estímulos al consumo provenientes de la economía mercantil predominante, los indígenas montañeros optaron por diversas opciones. Una: seguir en su condición de “alta marginalidad”, sobreviviendo de las políticas asistenciales del Estado, cuando bien les va; otra, emprender el viaje por la ruta de la explotación en los predios agrícolas del interior del país, sometidos a condiciones de trabajo deplorables y sin el amparo de la legislación laboral vigente;<sup>3</sup> una más, incorporarse a la producción de enervantes, donde su lógica campe-

<sup>2</sup> En su ya clásica obra, Wolf (1978) afirma que el campesinado destina una parte de su producción para el gasto ritual y afirma que los campesinos mexicanos son quienes destinan una mayor proporción del mismo. En este sentido, aunque se ha incrementado el proceso de descampesinización, este tipo de gasto permanece de alguna manera.

<sup>3</sup> Una de las situaciones indicativas de estas condiciones de trabajo que se observan en forma general es el reciente conflicto laboral entre los migrantes de San Quintín, Baja California. En situaciones más específicas, pero también indicativas, está la noticia ampliamente publicitada (véase *La Jornada de Guerrero* del 27 de enero de 2007) respecto a la actitud de la empresa agrícola

sina atisba la ilegalidad pero es vista al mismo tiempo como una fuente más de ingresos,<sup>4</sup> y la última, sumarse al creciente flujo de fuerza de trabajo indocumentada hacia el país del norte, con los peligros que esto implica, pero también con la suficiente necesidad y claridad para correr el riesgo. En estas dos últimas opciones saben que se juegan hasta la vida, aunque es mayor el sector de gente que opta por la última.

Ante las nuevas opciones y estrategias productivas abiertas, una porción significativa de la población, sobre todo jóvenes que cuentan con una escolaridad básica –primaria y secundaria, donde han tenido la oportunidad de aprender algo de inglés–, se inclinó por la opción de emigrar a Estados Unidos, tendencia que se fue afianzando con el paso del tiempo gracias a los beneficios relativos que se obtienen y a pesar de los graves riesgos que hay que correr.

En esta creciente intensidad del tráfico migratorio encontraron tanto la promesa de una mejor perspectiva de resolver el atraso, como la pérdida de un capital humano que aportaría mucho en su propio entorno, ya que, “de acuerdo con el último censo (INEGI, 2000) el estado de Guerrero es el tercer estado en pérdida de población por migración” (Canabal, 2004: 15). Bajo esta perspectiva, no resultan extrañas las cifras de guerrerenses en Chicago (200 000, según estimaciones del antropólogo Cuauhtémoc Sandoval,<sup>5</sup> o 350 000, según Monge Arévalo) o la aún incógnita cifra de montañeros en Nueva York.<sup>6</sup>

Paredes, ubicada en la comunidad de Costa Rica, Culiacán, que de modo “irresponsable” buscó ocultar la realidad del accidente del niño David Salgado Aranda, de nueve años, nativo de la comunidad de Ayotzinapa, municipio de Tlapa, fallecido en horas de trabajo el 6 de enero de 2006. La empresa se negó a indemnizar a la familia.

<sup>4</sup> “La situación en la Montaña de Guerrero ha llegado a un punto en el que, para una gran parte de los hombres, las únicas posibilidades de subsistir son cultivar la amapola o migrar a los Estados Unidos” (Glockner, 2008: 105).

<sup>5</sup> Sandoval proporciona estas cifras basando sus estimaciones en datos recogidos por El Colegio de la Frontera Norte, con lo que elaboró una compilación como parte de sus trabajos en el Congreso mexicano. Posteriormente se desempeñaría –hasta su fallecimiento, hace un par de años– como el primer secretario de la nueva dependencia del gobierno estatal, la Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales. La creación de la misma es una muestra, aunque tardía, de la percepción del gobierno del estado sobre el fenómeno migratorio.

<sup>6</sup> Ante la imposibilidad de contar con estadísticas confiables, habrá que recurrir a las estimaciones del dato testimonial. Según el señor Emiliano Cano Castañeda, originario del pueblo mixteco de Alacatlalzala y regidor de Malinaltepec, en 2004 salieron de su comunidad, compuesta por 2 900 habitantes, hacia Estados Unidos cerca de 100 personas. Según Delfino Díaz Gálvez, síndico municipal de Atlamajalcingo del Monte, en el mismo año salieron de la comunidad mixteca de Tepecocatlán, en el municipio de A. del Monte, cerca de 150 personas hacia Nueva York.

## INTENSIDAD MIGRATORIA A NIVEL ESTATAL Y MUNICIPAL

### Cuadro 1

**Total de viviendas, indicadores sobre migración a Estados Unidos, índice de intensidad migratoria y lugar en el contexto nacional de las entidades federativas con grado alto de intensidad migratoria, 2010**

CLAVE DE ENTIDAD FEDERATIVA	ENTIDAD FEDERATIVA	TOTAL DE VIVIENDAS	% VIVIENDAS QUE RECIBEN REMESAS	% VIVIENDAS CON EMIGRANTES A EU DEL QUINQUENIO ANTERIOR	% VIVIENDAS CON MIGRANTES CIRCULARES DEL QUINQUENIO ANTERIOR	% VIVIENDAS CON MIGRANTES DE RETORNO DEL QUINQUENIO ANTERIOR	ÍNDICE DE INTENSIDAD MIGRATORIA	ÍNDICE DE INTENSIDAD MIGRATORIA REESCALADO DE 0 A 100	GRADO DE INTENSIDAD MIGRATORIA	LUGAR QUE OCUPA EN EL CONTEXTO NACIONAL
12	Guerrero	817 148	6.62	3.25	0.96	3.44	0.6659	2.5841	Alto	7

### Cuadro 2

**Población total, indicadores socioeconómicos del índice de marginación, total de viviendas e indicadores del índice de intensidad migratoria a Estados Unidos de los 26 municipios con muy alto grado de marginación y muy alto grado de intensidad migratoria, 2010**

CLAVE DE LA ENTIDAD	CLAVE DEL MUNICIPIO	NOMBRE DEL MUNICIPIO	POBLACIÓN TOTAL	% POBLACIÓN DE 15 AÑOS O MÁS ANALFABETA	% POBLACIÓN DE 15 AÑOS O MÁS SIN PRIMARIA COMPLETA	% OCUPANTES EN VIVIENDAS SIN DRENAJE NI ESCUSADO	% OCUPANTES EN VIVIENDAS SIN ENERGÍA ELÉCTRICA	% OCUPANTES EN VIVIENDAS SIN AGUA ENTUBADA	% VIVIENDAS CON ALGÚN NIVEL DE HACINAMIENTO	% OCUPANTES EN VIVIENDAS CON PISO DE TIERRA	% POBLACIÓN EN LOCALIDADES CON MENOS DE CINCO MIL HABITANTES
12	027	Cutzamala	21 338	27.03	51.11	17.19	4.57	44.55	44.06	10.58	100
12	065	Tlalixtaquilla	7 096	28.41	50.64	20.76	7.39	37.21	51.61	19.62	100

### Cuadro 3

**Población total, indicadores socioeconómicos del índice de marginación, total de viviendas e indicadores del índice de intensidad migratoria a Estados Unidos de los 26 municipios con muy alto grado de marginación y muy alto grado de intensidad migratoria, 2010**

CLAVE DE LA ENTIDAD	CLAVE DEL MUNICIPIO	NOMBRE DEL MUNICIPIO	% POBLACIÓN OCUPADA CON INGRESO DE HASTA DOS SALARIOS MÍNIMOS	LUGAR QUE OCUPA EN EL CONTEXTO NACIONAL EL ÍNDICE DE MARGINACIÓN	TOTAL DE VIVIENDAS	% VIVIENDAS QUE RECIBEN REMESAS	% VIVIENDAS CON EMIGRANTES A EU	% VIVIENDAS CON MIGRANTES CIRCULARES	% VIVIENDAS CON MIGRANTES DE RETORNO	LUGAR QUE OCUPA EN EL CONTEXTO NACIONAL EL ÍNDICE DE INTENSIDAD MIGRATORIA
12	027	Cutzamala	72.96	383	5 729	32.50	6.28	2.53	8.99	102
12	065	Tlalixtaquilla	81.52	222	1 789	16.90	13.85	2.64	13.02	60

**Fuente** Secretaría de Gobernación, *Índices de intensidad migratoria México-Estados Unidos 2010*

La migración transnacional contribuye a la valoración de las mercancías en la potencia del norte y conforma una válvula de escape para la incapacidad del Estado mexicano de promover el empleo en nuestro país, permitiendo una mejoría relativa en las condiciones de vida de grandes sectores “marginados”. La diáspora de las comunidades indígenas, en una nueva modalidad donde la fuerza joven de trabajo se incorpora, sobre todo, al sector terciario, se dirige a las “capitales migratorias”: ciudades de Estados Unidos

“relevantes a partir del lugar que ocupan en las representaciones sociales en el universo de la migración indígena” (García, 2006: 2). Houston, en Texas, Los Ángeles, en California), Waukegan, en Illinois (González, 2005: 29-38), Nueva York y otras ciudades adquieren la connotación “de ciudades emblemáticas, míticas, con un fuerte contenido simbólico” (García, 2006: 2).

El aporte económico de los envíos de dinero, de “migradólares” para afrontar las necesidades básicas, se ha convertido en uno de los principales alicientes

para el flujo migratorio.<sup>7</sup> El monto de las remesas ha permitido que Guerrero ocupe el séptimo lugar a escala nacional. El cuadro 1 nos muestra algunos de los datos concomitantes a este indicador, muy relevante en cuanto al papel que juega la población guerrerense en ese fenómeno.

Respecto al flujo de remesas, para 2003 ingresaron al estado 877.45 millones de dólares, y para 2004, 1 018.35 millones, que implicaron 5.8% y 5.5%, respectivamente, del total nacional de las remesas en esos años, de acuerdo con el Banco de México.<sup>8</sup> En este sentido, es relevante que, por el monto de estos ingresos, Guerrero ocupara ese año el tercer lugar y para 2004 el cuarto sitio, después de Michoacán y Zacatecas, entidades de larga tradición migratoria hacia el vecino país del norte:

En 2003, las siete entidades con una mayor proporción de remesas respecto a su PIB estatal eran, en el mismo orden: Michoacán, Zacatecas, Guerrero, Oaxaca, Hidalgo, Nayarit y Guanajuato; para 2007 eran exactamente las mismas, pero en distinto orden: Zacatecas, Michoacán, Oaxaca, Guerrero, Hidalgo, Guanajuato y Nayarit. Se trata por tanto de las entidades que presentan mayor dependencia económica de las remesas, no porque reciban cantidades mayores, sino porque su monto tiene un impacto mayor en el PIB local (Moctezuma y Gaspar, s.f.: 18).

Es importante mencionar que, a pesar de las diferencias étnicas, dos poblaciones de regiones diferentes se encuentran entre las que más expulsan fuerza de trabajo hacia Estados Unidos. Una, Cutzamala de Pinzón, en la región de Tierra Caliente; la otra, Tlalixtaquilla, en la región de la Montaña (cuadros 2 y 3). Cabe mencionar que la primera pertenece a una región contigua a la región Norte. Ambas proveen de la mayor cantidad de migrantes a Chicago, que se ha convertido en la tercera ciudad habitada por guerrerenses, después

<sup>7</sup> “Los niños mixtecos [...] añadieron que en EU ‘siempre’ había trabajo, mientras que en Oacalco sus papás a veces ya no habían podido encontrarlo.

—Mi papá se fue a Estados Unidos porque también somos pobres.

—Porque tienen más dinero, allá en Estados Unidos” (Glockner, 2008:171).

<sup>8</sup> Por otra parte, es casi imposible saber con precisión el monto de remesas que se reciben local y regionalmente, dadas las trabas que ponen las casas de cambio para el manejo de esta información. Delgado Travel es la principal en la Montaña, formada por un migrante que retornó a la Mixteca Baja poblana. Marguerite Bey (2001: 113), una investigadora extranjera que acaso por esa condición obtuvo acceso a ciertas cifras estimativas, nos dice que “una agencia del banco Bital en Tlapa estimaba en 30 000 el monto de dólares cambiados cada día en octubre de 1997”.

de Chilpancingo y Acapulco. Cuauhtémoc Sandoval (2004) proporcionó esta información, basado en sus estimaciones sobre datos recogidos por El Colegio de la Frontera Norte, con lo que elaboró una compilación como parte de sus trabajos en el Congreso mexicano.

### Las remesas culturales

La afluencia de divisas producto de la migración a Estados Unidos está produciendo uno de los cambios culturales más visibles: la transformación del paisaje urbano-arquitectónico tanto en el Alto Balsas como en la Montaña. Las casas de chinamite (paredes de varas con adobe) han dado lugar a las casas de “material” (concreto, cemento, ladrillo, herrería, molduras de aluminio y latón),<sup>9</sup> y se ha incentivado el consumo de bienes en las propias comunidades, permitiendo el ensanchamiento de la cadena de pequeños negocios mercantiles. Si esta dinámica avanza, tendremos un afianzamiento del nuevo patrón constructivo que redundará en una urbanización creciente de las comunidades, con sus nuevos y eclécticos patrones arquitectónicos.

Sin embargo, las transformaciones culturales que se están dando se vinculan con las estrategias de adaptación al fenómeno migratorio, con la historia regional y con la conformación de sus identidades culturales. De ahí que, a pesar de esos cambios tan notorios, muchas veces la ocupación de esas casas modernas sigue una lógica campesina. Se da una continuidad del uso del espacio habitacional que refiere Dehouve (1976: 60), donde dentro del solar habitacional sigue ocurriendo una patrilocalidad, al ubicarse tanto las habitaciones de los padres como las de los hijos casados. Las varias recámaras están ocupadas por las nueras o hijas que esperan el retorno de sus jóvenes maridos, o muchas se encuentran desocupadas, como mudo testimonio de una planeación que no consideró eventualidades como la prórroga de la estancia en el otro lado o, peor aún, la creación de otros vínculos afectivos que retardarían o cancelarían el regreso.

Y aquí tenemos uno de los efectos más descarnados de esta fase del proceso migratorio: cierta desintegración familiar, el relajamiento del vínculo de pareja, el crecimiento de niños con una figura paterna ausente o

<sup>9</sup> “¿Por qué se fueron sus papás?

Javier: Para hacer unas casas de cemento, porque a veces hacemos unas casas de carrizo y después nos entra el agua, nos ensuciamos nuestros pantalones y así en el piso ya no entra agua”, Glockner, 2008: 169.



Peregrinación como parte de los eventos del mes para los festejos al santo patrón de Tlapa, octubre de 2004 **Fotografía** Samuel L. Villela F.

distante (Glockner, 2008: 114), además de los lamentables decesos tanto en el trayecto como en la estancia en lugares de destino.<sup>10</sup> Éstos son los saldos negativos que una contabilidad oficial excluye, privilegiando los beneficios de los montos de remesas.

Para su inserción en el nuevo contexto de destino, los migrantes tratan de reproducir patrones culturales del lugar de origen. En el caso de los nahuas del Alto Balsas, además de las redes solidarias que permiten el arribo y apoyo para los recién llegados, “las agrupaciones deportivas, los compadrazgos, las fiestas y la colocación de altares domésticos son la expresión de los vínculos comunitarios y el lugar para la difusión de la información que fluye entre los nahuas del Balsas en Estados Unidos” (García, 2006: 8). Resulta factible suponer que esta reproducción de pautas ocurre de igual manera entre los integrantes de las demás etnias migrantes.

<sup>10</sup> Para sólo mencionar datos referentes a uno de los lugares con menor expulsión de fuerza de trabajo a Estados Unidos, el señor Severiano Vélez González, comisionado de Usos y Costumbres de la cabecera municipal de Tlacoapa, nos dice que uno de sus sobrinos, de 23 años y casado, con dos hijos, se pasó a Estados Unidos, pero después de tres meses de haberse ido regresó muerto. Menciona también que otros paisanos de los pueblos de La Sabana, de Laguna Seca y otro de Ahuehuetepc fallecieron allá (Adelina Martínez, investigación de campo, diciembre de 2004).

Indudablemente, una de los mayores cambios culturales que se están dando tiene que ver con los nuevos ámbitos y esferas de comunicación. Comunidades que todavía hace un par de décadas se relacionaban mediante una rudimentaria red de caminos de terracería y apenas contaban con algunos aparatos para captar evasivas señales radiofónicas o televisivas, ahora se encuentran vinculadas de inmediato con sus familiares o amigos en la gran urbe de hierro y en el resto de Estados Unidos. La cantidad de llamadas telefónicas que fluye a través de estaciones de telefonía satelital facilita tanto el flujo de remesas como el intercambio de noticias, saludos y pautas culturales. Cámaras fotográficas,<sup>11</sup> videocámaras y telefonía celular llevan y traen las imágenes de familiares, eventos, fiestas. El uso de internet empieza a asomarse a esos hogares campesinos que han iniciado su aprendizaje en los vericuetos cibernéticos. Y es aquí donde se encuentran, con su mayor expresión, esos nexos que conforman una nueva geografía transnacional que nos propone Besserer (2004). Nexos que, a través de la frecuencia e intensidad de las referencias en la narrativa telefó-

<sup>11</sup> “Mi tío Miguel trabaja en un restaurante y allá donde se vende coco y saca como dos mil diarios y manda y saca muchas fotos y nos las manda” (Glockner, 2008: 173).

nico/cibernética, establecen relaciones más cercanas e inmediatas de las comunidades indígenas con las “capitales migratorias” de Estados Unidos que con las ciudades importantes de Guerrero o del centro del país.

Al recuperar la tradición comunitaria, se han creado comités de mejoras para los pueblos de origen y la repatriación de difuntos. Los “migradólars”, además de solventar gastos básicos, sirven para construir canchas, remozar iglesias, costear los gastos de la “compostura” –arreglos matrimoniales entre los nahuas de la Montaña– (Villela, 2010), apoyar mayordomías y fiestas patronales. No obstante, sería deseable que sirvieran de palanca productiva para propiciar un desarrollo autosustentable que ya no fincara sus esperanzas de cambio en las promesas y los programas asistencialistas.

### Bibliografía

Banco de México, en línea [http://www.banxico.org.mx], consultado el 28 de mayo de 2015.

Besserer, Federico, *Topografías transnacionales. Hacia una geografía de la vida transnacional*, México, Plaza y Valdés/UAM, 2004.

Bey, Marguerite, “Relación campo-ciudad: desarrollo regional y la nueva espacialidad social”, en Beatriz Canabal Cristiani (coord.), *Los caminos de la Montaña. Formas de reproducción social en la Montaña de Guerrero*, México, UAM/CIESAS/Miguel Ángel Porrúa, 2001.

Canabal Cristiani, Beatriz, “Migración indígena y mercado de trabajo agrícola. El caso del estado de Guerrero. Una introducción al tema”, en Gabriela Barroso (comp.), *Migrantes indígenas y afroestizos de Guerrero*, Acapulco, Universidad Autónoma de Guerrero/Conacyt, 2004.

Cervantes, Zacarías, “Ha expulsado Guerrero a 400 mil jornaleros en 13 años; sufren de discriminación racial, informa Tlachinollan”, en *El Sur*, 8 de julio de 2013.

Dehouve, Danièle, *El tequio de los santos y la competencia entre los mercaderes*, México, INI, 1976.

Díaz Vázquez, Rosalba, *El ritual de la lluvia en la tierra de los hombres-tigre. Cambio sociocultural en una comunidad náhuatl (Acatlán, Guerrero, 1998-1999)*, México, Conaculta, 2003.

García, Martha, “Región tradicional y capitales migratorias internacionales. Diásporas nahuas: entre el Alto Balsas, Los Ángeles y Houston”, en *II Mesa Redonda El Conocimiento Antropológico e Histórico sobre Guerrero* (disco compacto), Taxco, Coordinación Nacional de Antropología-INAH, agosto de 2006.

Glockner F., Valentina, *De la Montaña a la frontera. Identidad, representaciones sociales y migración de los niños mixtecos de Guerrero*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2008.

González, Lilián, “De Temalac a Waukegan: flujos culturales en una comunidad indígena transnacional”, en *Suplemento de Diario de Campo*, núm. 33, junio de 2005.

Good E., Catharine, *Haciendo la lucha*, México, FCE, 1988.

*Índices de intensidad migratoria México-Estados Unidos*, México, Secretaría de Gobernación/Conapo, 2010, en línea [http://www.conapo.gob.mx/swb/CONAPO/Indices\_de\_intensidad\_migratoria\_Mexico-Estados\_Unidos\_2010].

Moctezuma, L. Miguel y Selene Gaspar Olvera, “Población, migración internacional mexicana y remesas familiares”, en línea [http://estudiosdeldesarrollo.net/administracion/docentes/documentos\_personales/12352ParaCalvaComentado.pdf].

Monge Arévalo, Marco Antonio, *El Guerrero de allá... Los guerrerenses radicados en Chicago, Illinois*, México, Titán, 2005. Programa Nacional de Atención a Jornaleros Agrícolas Migrantes, Guerrero, 2006.

Sánchez, Kim, “La migración indígena en el Alto Balsas”, en *Suplemento de Diario de Campo*, núm. 33, junio de 2005.

Villela F., Samuel L., “De la Montaña a Manhattan: procesos migratorios en la Mixteca nahua tlapaneca de Guerrero”, en Miguel Ángel Rubio y Margarita Nolasco (coords.), *Movilidad migratoria en la población indígena de México. Las comunidades multilocales y los nuevos espacios de interacción social*, México, Coordinación Nacional de Antropología-INAH, vol. I, 2010.

Wolf, Eric R., *Los campesinos*, México, Labor, 1978.



# Iniciativas y políticas públicas para migrantes guerrerenses 2011-2015: un recuento de esfuerzos institucionales

Netzahualcóyotl Bustamante Santín\*

**E**l presente artículo pretende reseñar la evolución de las iniciativas y propuestas orientadas a la creación de una institución gubernamental de apoyo y seguimiento a poblaciones de migrantes guerrerenses en el periodo comprendido entre 1990 y 2011. Asimismo, las políticas públicas y estrategias diseñadas por la Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales y el presupuesto de que ha dispuesto para ese sector en el periodo 2011-2015. También se presenta un apartado con estadísticas sobre guerrerenses en Estados Unidos, el monto de remesas familiares enviadas a Guerrero y el impacto del fenómeno de deportación en el estado.

## Guerrero y sus migrantes

Desde el sexenio de José Francisco Ruiz Massieu (1987-1993) comenzó a manifestarse un interés gubernamental por los migrantes guerrerenses que viven en Estados Unidos, evidenciado en hechos como la creación, el 30 de abril de 1991, de la Coordinación de Federaciones de Guerrerenses en el Exterior. A partir de entonces se establecieron los primeros vínculos institucionales entre el gobierno de Guerrero y los incipientes clubes de migrantes, señaladamente en Chicago (Boruchoff, 2013; Díaz Garay, 2011).

Esos esfuerzos pioneros iban de la mano con los impulsos federales, ya que en febrero de 1990 el gobierno de México estableció el Programa para las Comunidades Mexicanas en el Exterior en la Secretaría de Relaciones Exteriores, que es el antecedente del actual Instituto de los Mexicanos en el Exterior. Adicionalmente se instituyó a escala federal el Programa de Solidaridad Internacional entre Mexicanos en la Secretaría de Desarrollo Social en 1992, antecedente del actual Programa 3x1.

Ruiz Massieu visitó Chicago a principios de 1991 y desde ese momento impulsó la primera instancia responsable de atender a los guerrerenses en el exterior (Díaz Garay, 2012: 85). Posteriormente, Ángel Aguirre hizo lo propio en su primer periodo como gobernador (1996-1999) (Boruchoff, 2013: 354). Durante el gobierno de Rubén Figueroa Alcocer (1993-1996) se estableció el Programa de Atención a Guerrerenses en el Extranjero, aunque no se tiene registro de alguna visita a migrantes en el exterior.

Hacia 1999 se oficializó en el estado el Programa 2x1, que tenía el propósito de contribuir con fondos estatales a la operación de un esquema de aportaciones múltiples entre gobierno y asociaciones de migrantes para el desarrollo y ejecución de obras en sus comunidades de origen, señaladamente pavimentación de caminos e introducción de agua potable (*Anuario 2012-*

\* Secretario de los Migrantes y Asuntos Internacionales del Gobierno del Estado de Guerrero (netzas4@hotmail.com).

2013, 2014). Ésta fue una actualización del programa, en virtud de que al menos desde 1991 se tiene registro de la realización de una obra con la participación de gobierno local y migrantes guerrerenses en Amealco, municipio de Ixcateopan (Díaz Garay, 2011).

El 14 de diciembre de 2000 se publicó un decreto del ejecutivo a la Ley Orgánica de la Administración Pública del Estado de Guerrero, cuyo artículo 21 creaba la Dirección de Atención a Guerrerenses en el Extranjero adscrita a la Secretaría de Desarrollo Social (*Período Oficial*, 14 de diciembre de 2000).

El gobernador René Juárez Cisneros (1999-2005) visitó Chicago en el año 2000 y se hizo acompañar de la Orquesta Filarmónica de Acapulco. Volvió en junio de 2003 y comprometió un apoyo de 100 000 dólares para la adquisición de un inmueble que albergara la sede de organizaciones de migrantes en esa ciudad (Sandoval, 2008).

Entre el 22 y el 25 de septiembre de 2005, el gobernador Zeferino Torreblanca Galindo realizó su primera gira de trabajo como gobernador del estado para reunirse con migrantes guerrerenses y acudir al Segundo Encuentro Cultural Guerrerense de los Clubes Unidos Guerrerenses. Antes de dejar el cargo acudió a Chicago por última vez, en febrero de 2011, para dar cuenta de su sexto informe de gobierno.

En su segundo periodo como mandatario (2011-2014), Ángel Aguirre asistió a Chicago en junio de 2013 para sostener un encuentro masivo con oriundos de Guerrero.

En suma, los cinco gobernadores que han presidido el estado durante los últimos 28 años han visitado a sus paisanos en Estados Unidos en menos de 10 ocasiones. Si se toma en cuenta que quienes gobiernan estados como Zacatecas, Jalisco o Guanajuato se encuentran hasta seis veces al año con sus comunidades de migrantes, en el caso de Guerrero se revela una falta de voluntad política de los mandatarios por escucharlos y atenderlos allá donde radican.

En Guerrero, al despuntar un periodo sexenal se plasma el sentido y la orientación que el gobierno dará a su relación con los migrantes en el exterior. Ocurrió con Ruiz Massieu al crear la Coordinación de Federaciones de Guerrerenses en el Exterior; con Figueroa Alcocer al establecer el Programa de Atención a Guerrerenses radicados en el Extranjero; con Ángel Aguirre al constituir el Programa 2x1; con René Juárez Cisneros al instaurar la Dirección de Atención a Guerrerenses en el Extranjero, y nuevamente con An-

gel Aguirre al instituir la Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales.

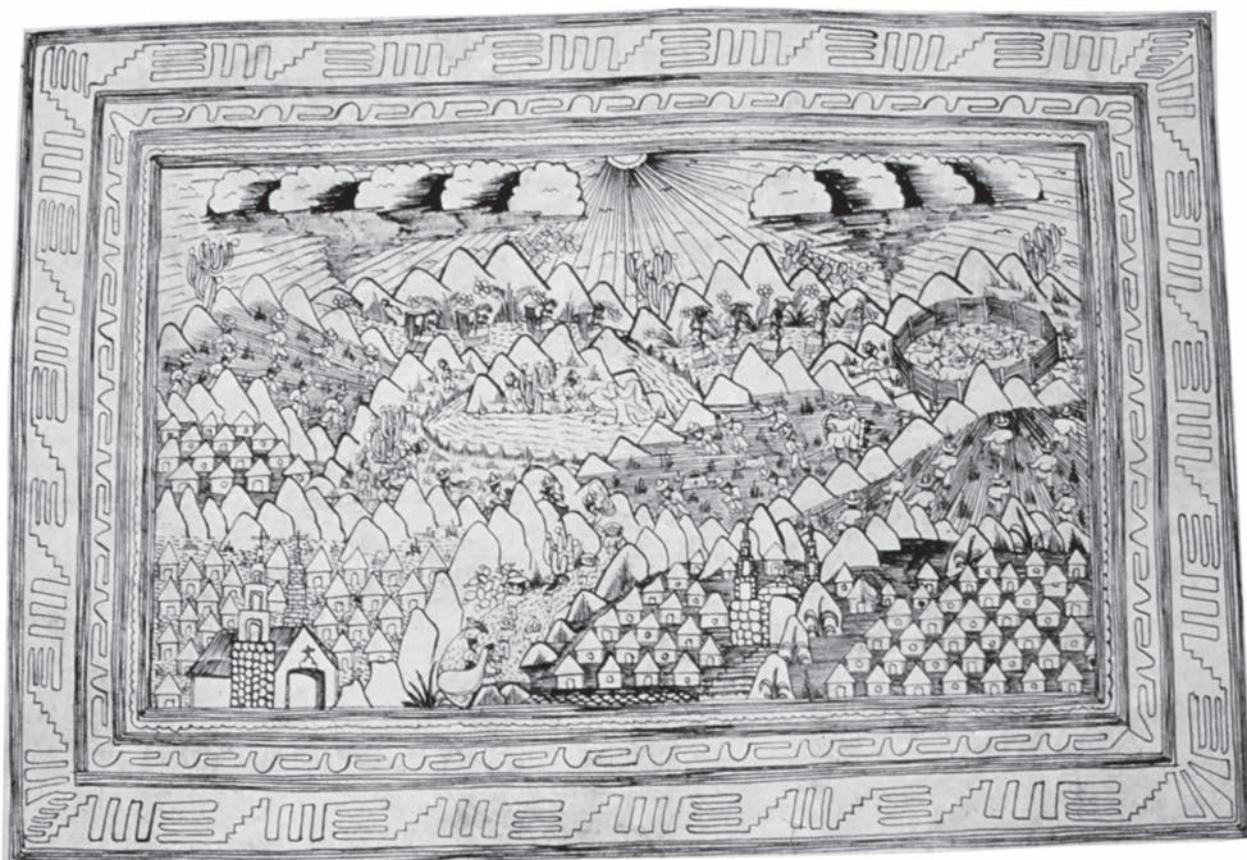
Durante el periodo 2000-2010 el gobierno del estado sólo referenció a los migrantes guerrerenses en el exterior con el actual Programa 3x1 y sus sucesivos antecedentes, pero no diseñó una política permanente de atención integral a ese sector ni estructuró sus propias políticas públicas.

### **Una institución para los migrantes**

Durante su existencia, entre diciembre de 2000 y octubre de 2011, la Dirección de Atención a Guerrerenses en el Extranjero –llamada Dirección General de Atención a Migrantes a partir de octubre de 2010–, sólo concentró sus esfuerzos en la planeación y operación del actual Programa 3x1 para migrantes y en el traslado de guerrerenses fallecidos, en tanto que dejó de fomentar otras iniciativas o programas de apoyo a migrantes en el exterior. Acaso la falta de presupuesto explique esa circunstancia: “Su principal labor es organizar trabajos con organizaciones de guerrerenses radicados en Estados Unidos; llevan a cabo programas de beneficio social en sus comunidades de origen a través del programa ‘Iniciativa Ciudadana 3x1’, para ejecutar obras de beneficio social. Es de considerar lo anterior sólo como un instrumento de transferencia de recursos que, por tanto, no regula, ni estudia el flujo migratorio” (Monge, 2008).

Ante la ingente necesidad de fundar una dependencia que contara con personalidad jurídica y recursos propios, dedicada en exclusiva a establecer políticas y programas de largo aliento con el concurso de los migrantes, las propuestas no tardaron en aparecer. El 22 de mayo de 2008 el diputado del PAN Benito García Meléndez presentó ante el Congreso local una iniciativa de ley que creaba el Instituto de Atención a Migrantes del Estado de Guerrero. Proponía que este instituto

[...] formulará y evaluará programas de atención a migrantes implementados por otras instancias del estado o de los municipios, así como crear un sistema de información, registro, seguimiento y evaluación de las condiciones sociales, políticas y económicas de los migrantes, además de coadyuvar con la creación de asociaciones de guerrerenses en el extranjero. Ese órgano estaría integrado por un director general y un consejo consultivo integrado por personalidades de la sociedad civil con conocimientos en la materia (“Comunicado del 24 de mayo de 2008”).



Autor no identificado, Xalitla, Región del Alto Balsas, amate

El 12 de abril de 2011 la diputada panista Irma Lilia Garzón Bernal presentó ante el pleno del Congreso local otra iniciativa de ley para crear el Instituto de Atención a Migrantes del Estado de Guerrero, integrada por 24 artículos y cinco transitorios. En esencia, esta propuesta era la misma que la presentada por el diputado García tres años atrás (“Comunicado del 12 de abril de 2011”).

Ninguna de esas iniciativas fue dictaminada a favor o en contra en el seno de la Comisión de Atención a Migrantes del Congreso durante las dos legislaturas en que se presentaron. Esos y otros esfuerzos animaban a no retrasar más el nacimiento de una agencia gubernamental dedicada en esencia a visibilizar y reconocer la presencia y el aporte de miles de guerrerenses residentes fuera del estado.

El 8 de julio de 2011, cuatro meses después de asumir el cargo como gobernador del estado, Ángel Aguirre turnó al Congreso local la iniciativa de decreto por la que se reformaban, adicionaban y derogaban diversas disposiciones de la Ley Orgánica de la Administración Pública del Estado de Guerrero (*Periódico Oficial...*, 21 de octubre de 2011). La reforma sugería la creación de dos nuevas dependencias en la estructura

del gobierno estatal, entre éstas la Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales, cuya aprobación por los diputados ocurrió el 13 de octubre de 2011 y su nacimiento, el 22 de octubre siguiente (*Anuario 2012-2013, 2014*).

Pese a la fuerte presencia de mexicanos en Estados Unidos, en la actualidad sólo tres estados del país (Michoacán, Guerrero, Zacatecas) han elevado al rango de secretaría la amplia agenda de temas vinculados con la migración y los migrantes. Desde 2007 Rodolfo García Zamora expresaba esta preocupación: “A pesar de que Jalisco, Michoacán y Zacatecas son tres de los estados con mayor tradición migratoria hacia Estados Unidos, observamos que dentro de sus políticas de desarrollo económico no existe ninguna dirigida de manera específica a los migrantes, ni que considere apoyar sus proyectos productivos” (García Zamora, 2007).<sup>1</sup>

El 10 de enero de 2008 se creó la Secretaría del Migrante (Semigrante) en Michoacán; el 22 de octubre

<sup>1</sup> Conviene revisar la experiencia de políticas públicas para migrantes en otros estados como Tlaxcala (Marchand, 2006), el Distrito Federal (Botey 2011), Puebla (González, 2014) y Michoacán (García Zamora, 2014).

de 2011 se instituyó la Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales (SEMAI) en Guerrero, y el 10 de marzo de 2015 se formó la Secretaría del Zacatecano Migrante.<sup>2</sup>

### **La SEMAI. Sus programas y presupuesto**

La SEMAI tuvo como origen la ya mencionada Dirección General de Atención a Migrantes de la Secretaría de Desarrollo Social. Parte de su estructura administrativa y de recursos humanos pasó a formar parte de la nueva instancia y tuvo como primer titular a Cuauhtémoc Sandoval Ramírez, quien ocupó el cargo del 22 de noviembre de 2011 al 22 de febrero de 2012, fecha en que falleció. Quien esto escribe fue designado secretario el 23 de mayo de 2012.

En 2012, durante su primer año de funciones, la SEMAI sólo contaba con cuatro programas y un limitado presupuesto: 1) Oficinas de Representación del Gobierno del Estado en California e Illinois (1.9 millones de pesos); 2) Programa 3x1 para migrantes (siete millones), y 3) Programa de Apoyo a Deudos de Guerrerenses Fallecidos en el Extranjero (tres millones), además de una partida federal denominada Fondo de Apoyo a Migrantes (23.5 millones).

A partir de un diagnóstico preciso sobre las funciones y atribuciones de la novel dependencia y de la importancia que reviste la presencia de jornaleros agrícolas migrantes originarios de Guerrero en el interior del país, se propuso la creación de otros dos programas que fueron autorizados en 2013: las Jornadas Culturales de Vinculación de Comunidades de Origen y Organizaciones de Migrantes, con un presupuesto de un millón de pesos, y el Programa de Proyectos Productivos para Jornaleros Agrícolas Migrantes (con 1.5 mdp). Adicionalmente, la secretaría cuenta desde 2012 con recursos para apoyar la reinserción laboral y social de migrantes deportados de Estados Unidos mediante el Fondo de Apoyo a Migrantes (FAM).

Para el ejercicio fiscal 2015 la SEMAI contó con recursos del orden de 41.5 mdp, desagregados de la siguiente manera: Oficinas de Representación del Gobierno del Estado en California e Illinois (2 mdp); Programa de Apoyo a Deudos de Guerrerenses Fallecidos en el Extranjero (2 mdp); Jornadas Culturales de Vincu-

<sup>2</sup> Sitios web de los gobiernos de Michoacán, Guerrero y Zacatecas. El 22 de junio de 2015 el gobernador electo de Michoacán anunció la probable desaparición de la Secretaría del Migrante porque, según argumentó, junto a la de los Jóvenes sólo son "cascarones" (véase *La Voz de Michoacán* del 23 de junio de 2015).

lación de Comunidades de Origen y Organizaciones de Migrantes (1 mdp); Programa 3x1 para Migrantes (15 mdp); Programa de Proyectos Productivos para Jornaleros Agrícolas Migrantes (600 000 pesos), y Fondo de Apoyo a Migrantes (20.9 mdp).

Pese al incremento gradual del presupuesto para la dependencia, los fondos para atender a la diáspora guerrerense son notoriamente insuficientes, lo que obliga a un rediseño de la estrategia que permita diversificar los programas y, en consecuencia, obtener un mayor financiamiento para cubrirlos.

### **Guerrerenses en Estados Unidos**

Según el censo 2010 de Estados Unidos, los hispanos o latinos representan 16% de la población total en esa nación y en términos absolutos ascienden a 50.5 millones de personas, consolidándose como la primera minoría. Dentro del total de hispanos, la población de origen mexicano implica a 32 millones de personas, y de éstas, 11.5 millones son mexicanos que nacieron en México pero viven en Estados Unidos (Bustamante, 2011; *Anuario de migración...*, 2014).

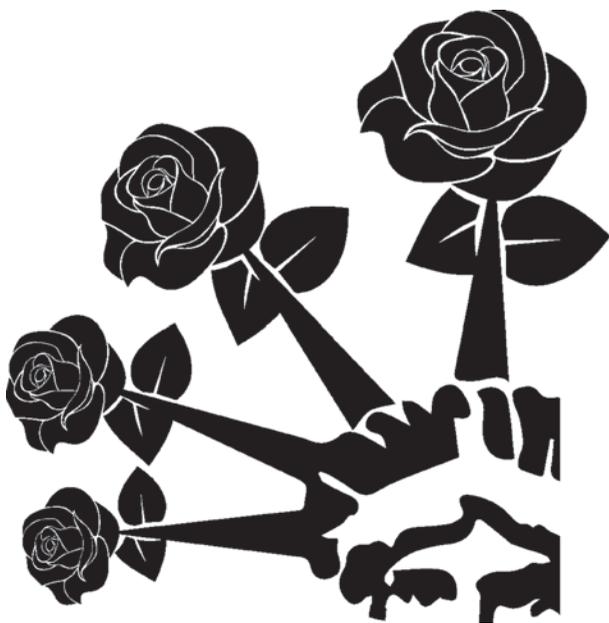
No hay una cifra precisa sobre el número de guerrerenses en Estados Unidos, pero se calcula que radica cerca de un millón, de los cuales una tercera parte (aproximadamente 350 000) nació en el estado y el resto son hijos de padre o madre guerrerense, lo que representa la segunda y hasta tercera generación nacida allá.

De acuerdo con el número de matrículas consulares expedidas por la Secretaría de Relaciones Exteriores a través de su red consular en 2013, las ocho principales ciudades donde habitan los migrantes guerrerenses son Chicago (10 454 matrículas expedidas), Los Ángeles (8 031), Santa Ana (6 512), Atlanta (5 498), Houston (5 352), Raleigh (5 251), Nueva York (4 668) y Dallas (4 054) ("Estadísticas...", 2013).

### **De remesas familiares**

Entre 2007 y 2014 el estado de Guerrero captó 10 223 millones de dólares por concepto de remesas familiares, equivalentes a unos 160 500 millones de pesos a un tipo de cambio de 15.7 pesos por dólar.

El pico histórico de la divisa estadounidense recibido en el estado se registró en 2007, cuando se enviaron 1 489 mdd. Al año siguiente la economía estadounidense se fracturó debido al "estallido de la burbuja" inmo-



biliaria, el cual disparó los indicadores de desempleo y, en consecuencia, se contrajo el envío de dólares al país y también al estado. En 2008 se recibieron en Guerrero 1 435 mdd; en 2009, 1 200 mdd; en 2010, 1 201 mdd; en 2011, 1 262 mdd; en 2012, 1 231 mdd; en 2013, 1 203 mdd; y en 2014, 1 202 mdd.

Si se toma en cuenta el primer año de registro (2007) y el último (2014), se advierte una caída de 23.8% en la captación de remesas en Guerrero, circunstancia que parece no modificarse sustancialmente en los próximos años por razones estructurales asociadas con la falta de crecimiento del empleo y de la economía estadounidense, lo cual mermaría los flujos de dinero al país, así como el hecho incontrovertible de que la segunda o tercera generación de migrantes –aquéllos nacidos allá pero hijos de mexicanos nacidos aquí– no tienen familiares ni incentivos para mandar sus recursos, porque el conjunto de su familia, integrada por padres, hermanos e hijos, ya viven plenamente en Estados Unidos. De ahí que no se vislumbre una recuperación significativa de la llegada de remesas familiares al estado en los próximos cinco años.

Al comparar el monto de los recursos públicos asignados por el gobierno del estado para apoyar y atender a su amplia población migrante (41.5 mdp en 2015) y lo que se recibe por concepto de remesas familiares (equivalente a 18871 mdp en 2014), se evidencia una gran desproporción entre la masa de divisas producto de remesas y los fondos que el gobierno del estado otorga a ese sector, y resulta evidente que los migrantes dinamizan con sus remesas las economías locales y contribuyen al sostenimiento de miles de familias en la entidad.

En 2015 el gobierno del estado tiene un presupuesto de 44 000 millones de pesos (*Periódico Oficial...*, 26 de diciembre de 2014), mientras que las remesas enviadas en 2014 representan 43% de ese monto. Por lo tanto, se puede concluir que 1) cientos de hogares reciben remesas en Guerrero<sup>3</sup> y quizá en muchos casos éstas sean su única fuente de ingreso, 2) la derrama de recursos del exterior significa para el estado un aliciente porque contribuye a disminuir la conflictiva social por falta de empleo y apoyos gubernamentales. Guerrero es el segundo estado en el país, después de Michoacán (7.1%), con una mayor dependencia de remesas, que integran 6.8% del PIB estatal (*Anuario de migración...*, 2015).

### Deportados, los migrantes de vuelta

Las políticas antiinmigrantes han estado presentes en Estados Unidos de manera sistemática, ya sea en el espacio local o nacional. Sin embargo, desde la llegada de Barack Obama a la presidencia se intensificó una política dirigida a expulsar en forma irremediable de ese país a indocumentados de cualquier nacionalidad, en algunos casos por haber cometido delitos menores, en otros por la pérdida de su fuente de trabajo y en su gran mayoría por no tener papeles ni documentos que acrediten su estancia legal en esa nación; es decir, por tener el carácter de indocumentados.

Se ha dicho que la administración Obama ha roto el récord del mayor número de deportados desde que llegó a la Casa Blanca, en enero de 2009, con una cifra que supera los dos millones (Bustamante, 2014). La mayoría de repatriados en los últimos cinco años son mexicanos. Entre 2009 y 2014 volvieron a México 2.42 millones de connacionales.<sup>4</sup> De ese número, 139 854 son de origen guerrerense.<sup>5</sup>

La deportación masiva de mexicanos es un fenómeno reciente y se ha colocado como el asunto de mayor relevancia para las oficinas estatales vinculadas con los migrantes, en virtud de que es muy necesaria su reinserción laboral y social a sus comunidades de origen, que son territorios que mantienen inalterables las condiciones estructurales que los obligaron a tomar la determinación de migrar.

<sup>3</sup> El porcentaje de viviendas que recibieron remesas en 2000 fue de 8.1%, y en 2010 de 6.6% (*Índices...*, 2010).

<sup>4</sup> En 2009, 601 356 mexicanos fueron deportados; en 2010, 469 268; en 2011, 405 457; en 2012, 369 492; en 2013, 332 865, y en 2014, 242 905, según datos de la Unidad de Política Migratoria de la Secretaría de Gobernación (*Eventos...*).

<sup>5</sup> En 2010, 35 785 guerrerenses fueron deportados; en 2011, 30 673; en 2012, 28 369; en 2013, 26 147, y en 2014, 18 880 (*Eventos...*).

En estados como Guerrero, el tema más complejo en el último quinquenio ha sido justamente el retorno de migrantes y sus familias. Para atender esa problemática se diseñó una política de atención específica que les permite obtener oportunidades de desarrollo personal y colectivo mediante el FAM.

Durante las reuniones de trabajo sostenidas con las comunidades de migrantes guerrerenses en Estados Unidos se concluyó que la principal demanda de los paisanos al gobierno estatal se relaciona con documentos de identidad –fundamentalmente actas de nacimiento– necesarios para tramitar ante la red consular mexicana tanto el pasaporte como la matrícula consular, útiles como medios de identificación allá.

Del FAM y de una novedosa campaña de expedición de actas de nacimiento para guerrerenses en ese país nos referiremos enseguida.

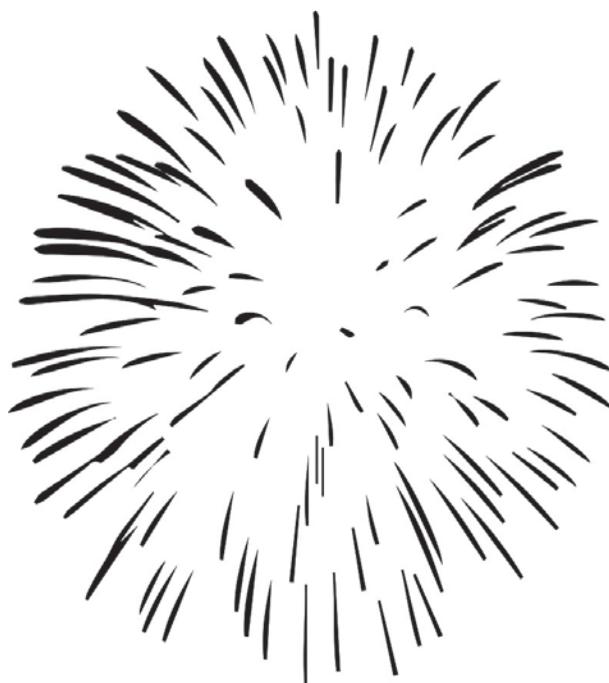
### **El target de las políticas públicas. El FAM: actas de nacimiento**

El Fondo de Apoyo a Migrantes se aprobó en 2008 por la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión y se formalizó en el Presupuesto de Egresos de la Federación del año siguiente. Su aparición fue en respuesta a la previsible “oleada” de retorno de migrantes mexicanos a consecuencia de la crisis económica surgida en Estados Unidos en septiembre de 2008.

Sin embargo, desde su nacimiento hasta el año 2015, el FAM sólo ha tenido un monto de 1 500 millones de pesos,<sup>6</sup> lo que resulta insuficiente para apoyar a los casi dos millones y medio de mexicanos repatriados en la tarea de reincorporarlos a sus comunidades de origen mediante fuentes de empleo.

A partir de 2012, en la SEMAI se identificó que una manera eficaz de apoyar a los deportados era mediante la puesta en marcha de una política que valorara sus conocimientos y habilidades laborales aprendidos en Estados Unidos (remesas sociales), para a partir de ahí ofrecerles una cartera de proyectos que les permitiera iniciar un micronegocio: “El propósito del FAM es impulsar proyectos productivos, acciones y obras de infraestructura y equipamiento, que apoyen a los trabajadores migrantes en retorno y a las familias que reciben remesas para que encuentren una ocupación en el mercado

<sup>6</sup> En el Presupuesto de Egresos de la Federación 2009, 300 millones; en los de 2010 y 2011, 100 millones, respectivamente; en 2012, 300 millones; en 2013 y 2014, 200 millones, respectivamente, y en 2015, 300 millones, de acuerdo con el Presupuesto de Egresos de la Federación.



de trabajo, cuenten con opciones de autoempleo, generen ingresos y mejoren su capital humano, a través de la ejecución de proyectos individuales, grupales y estratégicos comunitarios” (*Anuario 2012-2013*, 2014).

Entre 2009 y 2015 se aprobaron para Guerrero 111.5 millones de pesos del FAM.<sup>7</sup> De esa cifra, 39 millones fueron ejercidos por la Secretaría de Desarrollo Social entre 2009 y 2011, y a partir de 2012 la SEMAI ha aplicado el fondo junto a los 26 municipios que son elegibles mediante la suscripción de convenios para que se ejerza a través de ellos y otra parte por la secretaría. En 2012 el número de beneficiarios con proyectos de autoempleo del FAM fue de 1 779; en 2013, de 1 169; en 2014, de 1 028, y en 2015 se proyecta que la cifra será de 1 606 (*idem*).

Los criterios de selección de los municipios fueron establecidos por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público desde 2009, considerando datos como hogares que reciben remesas, estrato de bienestar del municipio, intensidad migratoria e índices de marginación de municipios expulsores de migrantes, entre otros; no obstante, esas estadísticas se desprenden del Censo de Población y Vivienda del INEGI de 2000, sin que hasta la fecha se hayan actualizado.

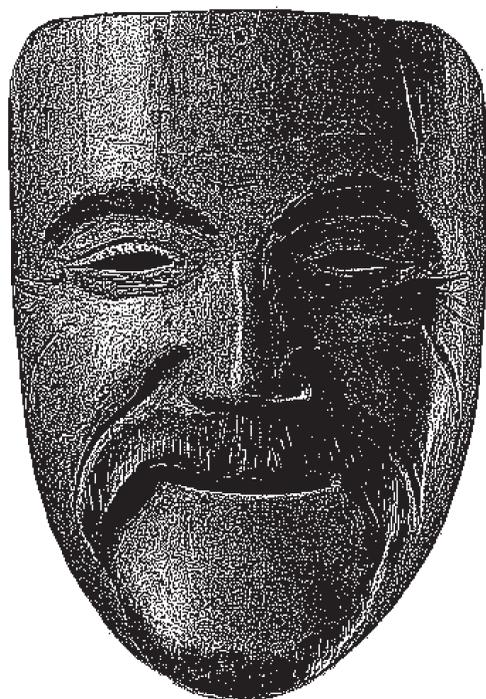
El hecho de que sólo se autorice distribuir recursos del FAM en 26 municipios de Guerrero y se excluya a 41 municipios comprendidos en los estratos de bienestar

<sup>7</sup> Si a cada uno de los 139 854 migrantes guerrerenses repatriados se les hubiera otorgado un proyecto de autoempleo de al menos 15 000 pesos, se habrían requerido recursos por 2 000 millones de pesos.

que califican para recibirlos nulifica en los hechos la posibilidad de que cientos de migrantes deportados se acojan a ese beneficio y los deja en estado de indefensión, pues quizá no encuentren oportunidades para arraigarse o reintegrarse a sus comunidades de origen.

Por otro lado, atendiendo a la solicitud de decenas de migrantes guerrerenses que desde hace al menos una década radican en Estados Unidos, en cuanto a la necesidad de contar con documentos de identidad expedidos por su estado –sobre todo actas de nacimiento–, en 2014 la SEMAI puso en marcha por primera vez en la historia de Guerrero una campaña de registro civil con la intención de corregir inconsistencias o errores que presentaran estos documentos, como el lugar y fecha de nacimiento o el nombre, acaso el problema más común.

Así, se eligieron las ciudades de Estados Unidos con la mayor concentración de población guerrerense para iniciar esa campaña: en Los Ángeles y Santa Ana, California, además de Atlanta, Chicago, Nueva York y Orlando, se atendieron y resolvieron los casos de 1 150 migrantes que presentaban errores en sus actas, lo que les permitió tramitar su pasaporte o matrícula consular –los únicos documentos válidos para mexicanos allá– debido a que la red consular que los expide no acepta actas de nacimiento con inconsistencias (“Comunicado del 28 de abril de 2014”). En el primer semestre de 2015 continuó la campaña de corrección de actas en Los Ángeles, Santa Ana y Chicago, con la asistencia



aproximada de 600 personas. El gobierno del estado, a través de la SEMAI, mantiene en operación sus oficinas de representación en Chicago y Santa Ana, las dos ciudades con mayor presencia de migrantes guerrerenses. En ambas sedes se expiden actas de nacimiento.<sup>8</sup>

Sin duda el fenómeno de repatriación y los elementos que trae aparejados –desintegración y rompimiento familiar por la expulsión a México del padre o la madre o ambos, así como el retorno de migrantes a municipios donde persisten los mismos rezagos y carencias que cuando partieron–, así como la expedición de documentos de identidad para guerrerenses en Estados Unidos son los temas más trascendentes que aquí y allá ha registrado la secretaría durante su existencia, y aquellos que por ahora requieren mayores esfuerzos institucionales, sin dejar de reconocer la importancia y valía de otros programas de atención a ese sector.

Pero si de migrantes se trata, también debe tomarse en cuenta a un número considerable de guerrerenses que cada año se desplazan para laborar a campos de cultivo del noroeste, a quienes también se ha dedicado particular atención durante este tiempo.

### Jornaleros agrícolas migrantes y sus familias

Desde hace al menos tres décadas la región mixteca de Guerrero y Oaxaca ha sido expulsora de mano de obra jornalera agrícola a estados agroindustriales como Sinaloa, Sonora y Baja California. A los mixtecos se suman tlapanecos, nahuas y amuzgos que anualmente se desplazan a ésas y otras 13 entidades (*Migrantes somos...*, 2011). Se estima que unos 20 000 jornaleros agrícolas y sus familias migran cada año desde Guerrero a laborar como peones en los campos de cultivo en condiciones de vulnerabilidad laboral y de derechos humanos.

Como se ha escrito e investigado ampliamente, y como se documenta en este número de *Rutas de Campo*, los jornaleros agrícolas son originarios de comunidades con ancestrales rezagos sociales, económicos, de salud, vivienda y alimentación, así como en infraestructura. Prefieren migrar y trabajar en jornadas extenuantes con una paga raquítica y en condiciones de hacinamiento antes que padecer la carencia de lo más elemental: la alimentación.

Habida cuenta de que en Guerrero han sido modestos los esfuerzos institucionales por atender y apoyar a ese

<sup>8</sup> Mediante un decreto presidencial, a partir de enero de 2015 los 50 consulados del gobierno mexicano ubicados en Estados Unidos ofrecen el servicio de expedición de actas de nacimiento.

sector, y tomando en cuenta los elementos descritos, el 8 de julio de 2013 se instaló la Comisión Intersecretarial de Atención y Apoyo a Jornaleros Agrícolas Migrantes, integrada por 10 dependencias estatales, cuyo propósito fue realizar reuniones periódicas de trabajo para resolver demandas del Consejo de Jornaleros Agrícolas de la Montaña que coordina sus trabajos con el Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan. A pesar de no contar con recursos presupuestales específicos para atender a ese sector, las instituciones que integraron la comisión formaron una bolsa de recursos de 6.7 millones de pesos que cubrió necesidades básicas de la salida de los jornaleros, sin que eso, claro está, ataque de raíz el problema de carencias en sus comunidades de origen que los orilla a migrar. En ese sentido, en 2013 la SEMAI pilotó en cuatro comunidades un programa de proyectos productivos para jornaleros agrícolas, con 1.5 millones de pesos, generando 115 proyectos para 119 beneficiarios (*Anuario 2012-2013*, 2014).

Entre 2013 y 2015 se visitaron campos agrícolas ubicados en Guanajuato, San Luis Potosí, Colima y Morelos, y se efectuaron entrevistas con autoridades federales y estatales, así como organismos de derechos humanos, para conocer su perspectiva sobre el fenómeno, estableciendo a su vez mecanismos de vinculación interinstitucional. Las visitas y las entrevistas sólo confirmaron el actual estado de indefensión legal, jurídica e institucional que viven esos miles de trabajadores del campo, los cuales son abusados, explotados y discriminados por su triple condición de indígenas, migrantes y monolingües.

A partir de ese elemental diagnóstico y de un sobrado interés en problematizar, discutir y recoger propuestas y alternativas de solución a la salida masiva de fuerza de trabajo agrícola del estado, la SEMAI convocó al foro Los Procesos Migratorios en Guerrero, Políticas Públicas para Jornaleros Agrícolas Migrantes, celebrado el 7 de agosto de 2014. Al encuentro acudieron académicos, especialistas e interesados en el tema que vertieron un panorama desolador y propuestas de atención institucional a ese vulnerable grupo social ("Comunicado del 7 de agosto de 2014").

### Apuntes finales

- El nivel de compromiso del gobierno del estado con los migrantes no ha estado a la altura de su contribución.
- Si bien los esfuerzos que ha puesto en marcha la SEMAI desde su fundación han sido diversos y los logros y

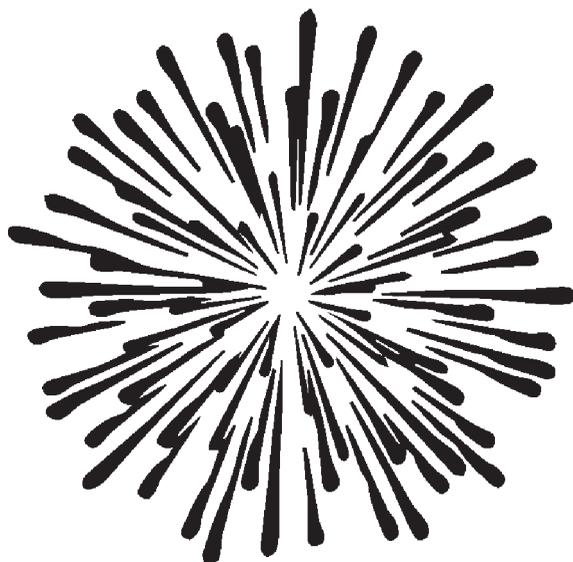
avances graduales, no pueden desdeñarse, puesto que sientan las bases de un futuro promisorio en materia de desarrollo institucional en la atención al sector.

- Aunque los fondos resultan insuficientes y tampoco son los requeridos ante las necesidades, han sido aplicados con creatividad en la atención a los migrantes, permitiendo imprimir un cambio en muchas vidas de los migrantes, los deportados y sus familiares.
- De no existir la cuantiosa derrama de remesas familiares, el grado de conflictiva social, política y económica, así como los niveles de inseguridad, serían aún peores en la entidad.
- Ante la expulsión migratoria y las críticas dificultades de reinserción de los deportados al retornar, queda de manifiesto la enorme relevancia de potenciar los recursos de identidad como un medio que facilite la inserción social en el entorno de atracción.
- Al igual que los migrantes internacionales, los jornaleros agrícolas guerrerenses realizan una aportación invaluable a la economía y el bienestar social de sus familias, así como a la estabilidad social y política de la entidad, lo cual exige redoblar esfuerzos en su atención.
- Visto en conjunto, la política estatal de atención a los migrantes guerrerenses amerita un fortalecimiento en materia de inversión productiva y desarrollo institucional.

### Bibliografía

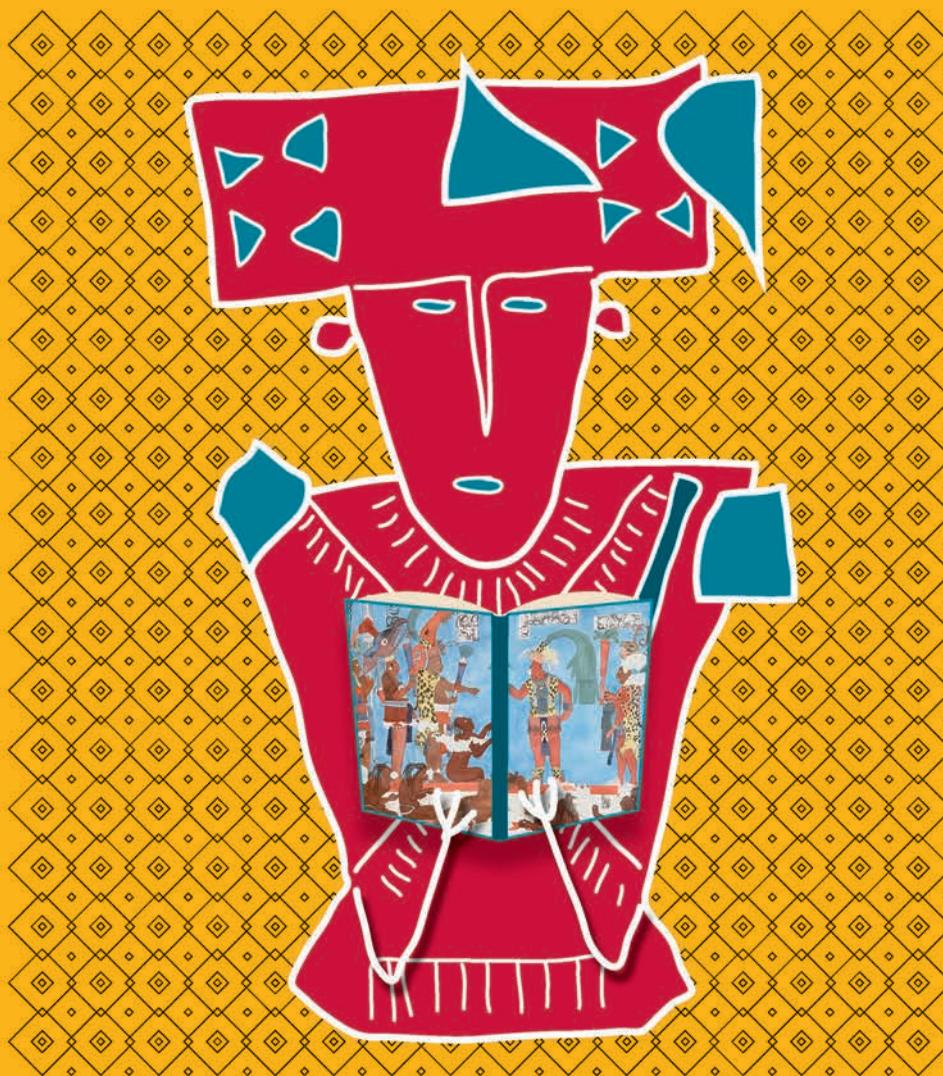
- Alba, Francisco *et al.* (coords.), *Migraciones internacionales*, México, El Colegio de México (Los grandes problemas de México), 2010.
- Anuario 2012-2013*, Chilpancingo, Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales-Gobierno del Estado de Guerrero, agosto de 2014.
- Anuario de migración y remesas, México, 2013*, México, BBVA-Research/Consejo Nacional de Población, 2013.
- Anuario de Migración y Remesas, México 2014*, México, BBVA-Research/Consejo Nacional de Población, 2014.
- Anuario de Migración y Remesas, México 2015*, México, BBVA-Research/Consejo Nacional de Población, 2015.
- Ariza, Marina *et al.* (coords.), *El país transnacional, migración mexicana y cambio social a través de la frontera*, México, INM/Miguel Ángel Porrúa, 2010.
- Boruchoff, Judith A., "Organizaciones de migrantes en Estados Unidos y negociación extraterritorial del poder del estado guerrerense", en Juan José Russo (coord.), *Guerrero indómito*, México, CESOP/Cámara de Diputados, 2013.

- Botey y Estapé, Carlota *et al.*, *Caminando con los migrantes. La experiencia del Gobierno del Distrito Federal*, México, Secretaría de Desarrollo Rural y Equidad para las Comunidades-Gobierno del Distrito Federal, 2011.
- Bustamante Santín, Netzahualcóyotl, "Mexicanos en Estados Unidos", en *El Sur. Periódico de Guerrero*, 26 de julio de 2011.
- \_\_\_\_\_, "Reforma migratoria, el doble discurso de Obama", en *El Sur, Periódico de Guerrero*, 3 de junio de 2014.
- "Comunicado del 28 de abril de 2014", Dirección General de Comunicación Social-Gobierno del Estado de Guerrero, 2014a.
- "Comunicado del 7 de agosto de 2014", Dirección General de Comunicación Social-Gobierno del Estado de Guerrero, 2014b.
- "Comunicado del 12 de abril de 2011", H. Congreso del Estado de Guerrero, LIX Legislatura/Dirección de Comunicación Social-Gobierno del Estado de Guerrero, 2011.
- "Comunicado del 24 de mayo de 2008", H. Congreso del Estado de Guerrero, LVIII Legislatura/Dirección de Comunicación Social-Gobierno del Estado de Guerrero, 2008.
- Díaz Garay, Alejandro, "Políticas migratorias y de desarrollo de las organizaciones de migrantes guerrerenses radicados en Estados Unidos", en A. Díaz Garay e Irma Solano Díaz (coords.), *Políticas migratorias y de desarrollo en México*, Chilpancingo, Universidad Autónoma de Guerrero/Miguel Ángel Porrúa, 2012.
- \_\_\_\_\_, *et al.*, "Evaluación estatal del Programa 3x1 para migrantes", en A. Díaz Garay *et al.* (coords.), *Evaluación del Programa 3x1 para migrantes en Guerrero 2002-2008*, Chilpancingo, Gobierno del Estado de Guerrero/Universidad Autónoma de Guerrero, 2009.
- \_\_\_\_\_, *Transnacionalismo México-Estados Unidos, geografía migratoria de una entidad emergente*, México, Universidad Autónoma de Guerrero/Miguel Ángel Porrúa, 2011.
- Durand, Jorge *et al.*, (eds.), *Perspectivas migratorias. Un análisis interdisciplinario de la migración internacional*, México, CIDE, 2010.
- "Estadísticas de mexicanos en Estados Unidos", Instituto Nacional de Migración-Secretaría de Gobernación, 2013, en línea [www.inm.gob.mx].
- "Eventos de repatriación de mexicanos desde Estados Unidos", Unidad de Política Migratoria-Secretaría de Gobernación, en línea [www.politicamigratoria.gob.mx].
- García Zamora, Rodolfo, "Migración internacional y desarrollo en México: tres experiencias estatales", en Rafael Fernández de Castro *et al.* (coords.), *Las políticas migratorias en los estados de México, una evaluación*, México, Cámara de Diputados/UAZ/ITAM, 2007.
- \_\_\_\_\_, *Crisis, migración y desarrollo. Los actores sociales y el reto de las nuevas políticas públicas en México*, Zacatecas, UAZ, 2012.
- \_\_\_\_\_, (coord.), *Michoacán: hacia una política de Estado sobre desarrollo, migración y seguridad humana*, Zacatecas, UAZ, 2014.
- González Ochoa, Amanda Georgina *et al.*, *Memoria del Primer Encuentro sobre Desarrollo y Migración para la Construcción de una Política Integral en el Estado de Puebla*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Tecnológico de Monterrey, 2014.
- Heredia Zubieta, Carlos *et al.* (eds.), *Perspectivas migratorias. La agenda pendiente de la migración*, México, CIDE, 2012.
- "Índices de intensidad migratoria México-Estados Unidos 2010", México, Conapo-Secretaría de Gobernación, 2010.
- Instituto de los Mexicanos en el Exterior, en línea [www.ime.gob.mx].
- Marchand, Marianne H. (coord.), *Tlaxcala. ¿Migración o desarrollo local?*, Puebla/Tlaxcala, Universidad de las Américas Puebla/Gobierno del Estado de Tlaxcala, 2006.
- Márquez Covarrubias, Humberto, *Diccionario crítico de migración y desarrollo*, México, UAZ/Miguel Ángel Porrúa, 2012.
- Mexicanos en el exterior. Trayectoria y perspectivas (1990-2010)*, México, Instituto Matías Romero-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2010.
- Migrantes somos y en el camino andamos*, Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan, 2011.
- Moctezuma, Miguel, *La transnacionalidad de los sujetos. Dimensiones, metodologías y prácticas convergentes de los migrantes mexicanos en Estados Unidos*, México, UAZ/Miguel Ángel Porrúa, 2011.
- Monge Arévalo, Marco Antonio, "De aquí para los de allá", en Humberto Santos Bautista *et al.*, *La migración en perspectiva. Fronteras, educación y derecho*, Chilpancingo, Gobierno del Estado de Guerrero, 2008.
- Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Guerrero*, jueves 14 de diciembre de 2000, viernes 21 de octubre de 2011 y 26 de diciembre de 2014.
- Sandoval Ramírez, Cuauhtémoc, *Guerrero en la transición*, Chilpancingo, Cámara de Diputados, 2008.
- \_\_\_\_\_, *Migración y relaciones internacionales. Reflexiones*, Chilpancingo, Secretaría de los Migrantes y Asuntos Internacionales-Gobierno del Estado de Guerrero, 2013.



XXVII FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

FILAH



24 DE SEPTIEMBRE AL 4 DE OCTUBRE

*Colombia*  
Invitados de honor *Chiapas*



**Museo Nacional de Antropología**

AV. PASEO DE LA REFORMA Y GANDHI S/N, COL. CHAPULTEPEC POLANCO

Presentaciones editoriales, conferencias, exposiciones,  
talleres, cine y foro artístico.

Entrada gratuita

[www.inah.gob.mx](http://www.inah.gob.mx) / [www.feriadelibro.inah.gob.mx](http://www.feriadelibro.inah.gob.mx)

SEP  
SECRETARÍA DE  
EDUCACIÓN PÚBLICA



CONACULTA



XXVII FERIA  
INTERNACIONAL  
DEL LIBRO DE  
ANTROPOLOGÍA  
E HISTORIA

# FERIA ANTROPOLOGÍA

C I C L O   D E   C I N E

35 PELÍCULAS: PRODUCCIONES INAH, MUESTRA DE  
CINE DE COLOMBIA, CATÁLOGO DEL IMCINE, FESTIVAL  
DE LA MEMORIA Y CINETECA NACIONAL

24 DE SEPTIEMBRE AL 4 DE OCTUBRE

MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

AV. PASEO DE LA REFORMA Y GANDHI S/N, CHAPULTEPEC POLANCO

Entrada gratuita

[www.inah.gob.mx](http://www.inah.gob.mx) / [www.feriadelibro.inah.gob.mx](http://www.feriadelibro.inah.gob.mx)

LINEAMIENTOS EDITORIALES PARA COLABORAR EN DIARIO DE CAMPO, TERCERA ÉPOCA  
*Publicación periódica de la Coordinación Nacional de Antropología-INAH*

En su tercera época, la revista *Diario de Campo* publicará artículos compilados de acuerdo con criterios temáticos y sujetos a dictamen. En este marco queremos darle voz a la comunidad de investigadores de las diversas disciplinas de la Coordinación Nacional de Antropología, así como a los especialistas y estudiosos de la antropología y la historia. De manera que invitamos a los colegas a enviarnos sus propuestas tanto de artículos, reseñas y noticias como de temas para los números futuros de la revista o para los suplementos que aumentarán la cobertura de la publicación. A fin de facilitar su dictamen, solicitamos atentamente que toda propuesta de colaboración se ciña a los siguientes criterios editoriales:

1. Sólo se recibirán colaboraciones inéditas en forma de artículos, reseñas y notas sobre proyectos de investigación antropológica elaborada por investigadores del INAH y estudiosos de temas relacionados con la antropología y la historia.
2. El texto se presentará en archivo Word, con interlineado de espacio y medio, sin formatos especiales ni plantillas. La fuente será Arial en 11 puntos, con título en altas y bajas. El nombre del autor incluirá una llamada al pie, con asterisco, en la que se indique su adscripción o institución académica de procedencia, junto con su correo electrónico.
3. Las notas a pie de página sólo serán de carácter aclaratorio. En caso de aparecer una sola se empleará un asterisco. Si su número es mayor, se utilizará numeración arábiga progresiva.
4. Las referencias o bibliografía consultada se citarán al final del escrito en orden alfabético, de acuerdo con los apellidos de sus autores. Se observará el siguiente formato:

a) Para artículos:

Apellidos, Nombre del autor, "Título del artículo", en *Nombre de la publicación*, Ciudad, Editorial o Institución editora, vol., número, periodo que abarca, año, páginas consultadas.

b) Para libros:

Apellidos, Nombre del autor, *Nombre de la obra*, Ciudad, Editorial (Nombre de la colección, número), año, páginas consultadas.

c) Para capítulos de libro:

Apellido, Nombre del autor, "Título del capítulo", en *Nombre de la obra*, ciudad, Editorial, años, páginas consultadas.

d) Para tesis:

Apellido, Nombre del autor, "Título de la tesis", grado y especialidad obtenida, Ciudad, Institución académica, año, páginas consultadas.

e) Cuando se trate de un código, otros documentos u obras sin autor, el nombre de éstos ocupará el lugar del autor y se resaltarán mediante cursivas. Ejemplo: *Códice de Dresde*.

5. Los artículos científicos, que forman el cuerpo principal de la revista, tendrán una extensión de entre 15 y 20 cuartillas, cantidad que podrá variar previo acuerdo con el coordinador académico de cada número. Las reseñas analíticas podrán ser sobre libros, documentales, música o exposiciones recientes vinculadas con nuestras disciplinas, con una extensión no mayor de siete cuartillas.
6. Los artículos deberán introducirse mediante un *abstract* en español e inglés, de entre cinco y siete líneas, que resuma la idea principal, así como un mínimo de cinco palabras clave que permitan identificar con facilidad su contenido.
7. Las notas sobre coloquios, congresos y otras actividades académicas no podrán exceder las cinco cuartillas.
8. Las imágenes incluidas en los textos deberán ir acompañadas de sus respectivos pies de foto, los correspondientes créditos de autoría, año y procedencia. Los trámites de permiso de su uso recaerán en los colaboradores que las utilicen.
9. Además de observar los permisos de uso, las fotografías y otras imágenes incluidas deberán ser enviadas en formato .tif o .jpg, en resolución de 300 dpi y tamaño carta.

Las colaboraciones deberán ser remitidas a la Dirección de Vinculación, Capacitación y Extensión Académica de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH, con atención a Alma Olguín Vázquez, a las cuentas de correo electrónico: revista.cnan@inah.gob.mx, alma\_olguin@inah.gob.mx, diariodecampo.inah@gmail.com y alolguinvazquez@gmail.com, o a la dirección Av. San Jerónimo 880, Col. San Jerónimo Lídice, Del. Magdalena Contreras, C.P. 10200, México, D.F. Para mayor información, favor de comunicarse al teléfono 4040 5400, ext. 413733.

Consejo editorial de *Diario de Campo*  
Coordinación Nacional de Antropología  
www.antropologia.inah.gob.mx

En *Diario de Campo* queremos difundir la obra de fotógrafos profesionales que se hayan dedicado a documentar imágenes de interés antropológico e histórico. Si usted tiene interés en difundir su trabajo en este medio, por favor no dude en contactarnos a nuestro correo electrónico: revista.cnan@inah.gob.mx y diariodecampo.inah@gmail.com



**CONACULTA**

**INAH**



**SECRETARÍA DE  
LOS MIGRANTES Y  
ASUNTOS INTERNACIONALES**